LAS ENCOMIENDAS DE INDÍJENAS EN CHILE

MEMORIA HISTÓRICA
PRESENTADA A LA UNIVERSIDAD DE CHILE,
EN CUMPLIMIENTO DEL ARTÍCULO 22 DE LA LEI DE 9 DE ENERO DE 1879

POR

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR
Miembro de la Facultad de Filosofía i Humanidades.

BANCO CENTRAL DE CHILE
BIBLIOTECA
SANTIAGO

TOMO PRIMERO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 50

1909

29308.—Imp. Cervantes.—Bandera, 50

ÍNDICE

INTRODUCCION.

	Pájinas
I.—Dos sistemas de colonizacion en América	1
II.—Sistema de los anglosajones	9
III.—Colonizacion española	27

CAPÍTULOS.

I.—Naturales de Chile.—Rancherias araucanas	35
II.—La célula jeneradora de nuestra sociedad.—Los primeros encomenderos	59
III.—Las primeras industrias.—Los primeros trabajos agrícolas.—Los lavaderos de oro	77
IV.—Crueldades de la conquista.—Ordenanzas, reales cédulas i decretos a favor de los indíjenas.—Padecimientos terribles en los lavaderos	125
V.—El primer defensor de los mapuches.—Rasgos biográficos de frai Jil de San Nicolas.—La tasa de Santillan.—Los encomenderos no cumplen sus disposiciones.—Defecto principal de esta ordenanza	155
VI.—Frai Jil de San Nicolas reanuda sus predica-	

Pájinas

ciones en favor de los indíjenas.—Proceso seguido contra los araucanos por el teniente de gobernador.—Los cabildos de Chile piden al virrei del Perú la perpetuidad de las encomiendas; pero Francisco de Villagra da un dictámen contrario.—Los encomenderos hostilizan a frai Jil i le obligan a partir al virreinato.—El gobernador Pedro de Villagra completa la tasa de Santillan con nuevas disposiciones. 191

VII.—Quiroga no respeta las modificaciones de Villagra a la tasa de Santillan.—La Audiencia de Concepcion trata de conseguir que los encomenderos cumplan sus deberes respecto de los naturales.—A instancias del obispo de la Imperial, el rei ordena que se dicte una nueva tasa para todo el obispado; pero no alcanzan a obedecer esta real cédula, ni el tribunal de la Audiencia, ni Quiroga.—En este último gobierno los naturales de Cuyo i los araucanos son obligados a trabajar en los lavaderos de oro de Santiago i la Serena.—La tasa de Gamboa.—Oposicion de los encomenderos.—Influencia de éstos en el Cabildo de Santiago.—Esta corporacion envia a Lima procuradores para que soliciten la derogacion de la nueva tasa.—La Audiencia del virreinato remite el espediente a España 221

VIII.—El rei nombra a don Alonso de Sotomayor gobernador de Chile.—Derogacion de la tasa de Gamboa.—El gobernador García de Loyola proteje resueltamente a los indíjenas contra los encomenderos.—Prohibe la venta i traslacion de los araucanos.—Lista de los encomenderos de Puren, Tucapel i Arauco.—Fundacion de la ciudad de San Felipe de Arauco.—Derrota de Curalava 257

Pájinas

IX.—La destruccion de las siete ciudades.—Alonso de Ribera restablece el órden público al norte del Biobio.—Los indíjenas reanudan sus trabajos en los campos i en los lavaderos.—El situado.—Ribera nombra nuevos alcaldes de minas i nuevos administradores de pueblos.—Jines de Lillo mensura las tierras de los indíjenas en el obispado de Santiago.—La tasa de Ribera.—El virrei del Perú ordena que se suprima el servicio obligatorio; pero el gobernador Garcia Ramon no cumple sus instrucciones.—Inútiles esfuerzos del jesuita Luis de Valdivia..... 295

X.—El provincial de la Compañia de Jesus reconoce su libertad a los yanacomas que sirven en el colejio de la órden, i manda que sean remunerados.—El mismo prelado hace propaganda para que esta regla se estienda a todos los indíjenas de repartimiento.—Oposicion de los encomenderos. — Restablecimiento de la Real Audiencia en Santiago.—Este tribunal ampara el servicio obligatorio; i solo exime del trabajo forzado a los varones menores de diez i ocho años i a las mujeres.—El rei Felipe III condena a la esclavitud a los araucanos cautivados en la guerra..... 335

XI.—Los orijenes de la guerra defensiva.—El virrei del Perú ordena establecerla en las fronteras de Arauco; nombra al padre Luis de Valdivia visitador jeneral de Chile; i suspende la cédula de esclavitud.—Asesinato de los jesuitas Aranda, Vechi i Montalvan.—Alonso de Ribera reanuda las operaciones bélicas contra los araucanos, restablece la esclavitud i prohibe a los jesuitas internarse en el territorio enemigo.—El rei desaprueba su conducta.—El gobernador Ulloa i Lemos recibe instrucciones del prín-

Pájinas

cipe de Esquilache para prohibir el servicio personal i obligatorio de los naturales; pero no puede obedecerlas porque los encomenderos apelan ante el virrei.—El Cabildo de Santiago nombra por su procurador en el Perú a don Pedro Lisperguer i Flores.—Luis de Valdivia se dirije al virreinato... 369

XII.—Protectores de indijenas.—Tasa de Esquilache.—El jesuita Luis de Valdivia parte a España.—El gobernador de Chile Osores de Ulloa modifica la tasa del virrei del Perú; mas no se atreve a mandar cumplir esta reforma. — La tasa de Esquilache no es obedecida.... 405

XIII.—Felipe IV aprueba la tasa de Esquilache; pero, al mismo tiempo, decreta la esclavitud para los araucanos que pasan la raya i atacan a los españoles.—Apesar del mandato real, la tasa no se cumple.—Tres años despues, el rei autoriza la guerra activa i restablece la esclavitud sin limitaciones contra los rebeldes.—El padre Luis de Valdivia no regresa a Chile.—¿Es o nó lícito herrar en la cara a los esclavos indijenas?—Sesion de la junta de guerra del Consejo de Indias.—Real cédula sobre esta materia 443

INTRODUCCION

I

Dos sistemas de colonizacion en América.

La historia de la conquista de América por los europeos aun no ha sido escrita. Existen historias parciales de la mayoria de las naciones fundadas en el Nuevo Mundo, en cuyas primeras pájinas se refieren los esfuerzos hechos por españoles, portugueses, ingleses, franceses i holandeses para dominar en grandes estensiones de tierra; pero no se ha dado a luz todavia una obra de conjunto, en la cual se estudie con el ausilio poderoso de la linterna májica de los documentos últimamente reunidos i publicados la apropiacion del continente americano por la Europa Occidental.

Las historias jenerales de América o son ya antiguas o no abrazan todos los problemas de la conquista segun el criterio científico moderno.

Las heroicas empresas realizadas, de una parte, por los anglosajones, i, de la otra, por los latinos, en el Mundo de Colon, presentan, sin embargo, caracteres diferentes tan notables que no han podido ménos de herir siempre el espíritu de los escritores que se han ocupado en referir estos sucesos con altura de miras e imparcialidad de juicio.

Así, por ejemplo, ha sido tema de inagotables disquisiciones el réjimen de libertad política implantado por cuáqueros i puritanos en Norte-América desde los primeros dias de la colonizacion, contrapuesto al réjimen de gobierno absoluto que predominó en los virreinatos españoles. Difícilmente se encontrará algun historiador moderno de las conquistas europeas en América que no haya puesto de relieve esta diferencia radical en la organizacion de las colonias latinas i sajonas de nuestro continente.

Podria asegurarse sin incurrir en inexactitud que esta materia ha sido estudiada bajo todas sus fases, i que seria redundante tratarla de nuevo *in extenso*.

No sucede por cierto lo mismo con la participacion que los conquistadores europeos dieron a las razas aboríjenes de América en el establecimiento de sus colonias. Este interesante tema ha sido dilucidado solamente en historias parciales i con relacion a determinadas comarcas. Falta, pues, un

exámen jeneral i completo de la conquista americana desde este curioso punto de vista

Entre las colonias sajonas i las españolas se observaba, sin embargo, una diferencia fundamental en el comercio con los indíjenas.

«En ninguna parte, asegura el célebre historiador aleman Gervinus (1), el estraño contraste entre el carácter i la cultura intelectual de los pueblos jermánicos i de las razas latinas se manifestó en forma mas clara i mas viva que en el espectáculo de esa existencia nueva que principió desde entónces a desplegarse en el Nuevo Mundo. La edad media, con su primitiva barbarie i su desprecio envilecedor por la humanidad, oprimió con todo su peso los inmensos territorios que formaban las colonias españolas i portuguesas. El despotismo español allí se trasladó e introdujo el egoismo estrecho de sus ideas relijiosas; la teocracia con sus cuadros jerárquicos formados, con sus pompas esteriores i su groseria interna, se estableció en América al mismo tiempo que se arrojó sobre ella una nobleza feudal i conquistadora, henchida de rapacidad i de crueldad. Cuidadosamente se apartó toda industria de las clases burguesas, i todo movimiento intelectual; una misma uniformidad en la vida relijiosa i política cubrió con su velo este mundo nuevo, en el cual

(1) Gervinus, *Introduccion a la historia del siglo diez i nueve*. Traduccion francesa de Minssen. Paris, 1876. Pájinas 123, 124 i 125.

fueron tambien incorporados los indíjenas i los negros.

«Un movimiento completamente opuesto se realizó en el Norte de América. Allí desde el siglo XVII se habian reunido principalmente inmigrantes de raza jermánica: alemanes, holandeses, suecos, ingleses, i, entre estos últimos, sobre todo hombres de la antigua raza, sajones. Los protestantes dominaban; i, de preferencia, los que sobresalen entre ellos por su esclusivismo, puritanos i cuáqueros, formaban la gran mayoria de los habitantes.

«Ningun virrei llegó allí a implantar instituciones monárquicas; por el contrario, el espíritu republicano animaba a todos esos colonos, no solo a los que habian emigrado sin autorizacion real, sino tambien a los que llegaban con títulos de concesion i con gobernadores. La teocracia no dejó sentir influencia alguna en esta comarca; los nobles ingleses i los patricios de los Paises Bajos se limitaron a débiles tentativas de poca duracion para trasportar en este nuevo suelo sus instituciones; el feudalismo i los bienes de manos muertas, la edad media con sus organismos, todo esto quedó en Europa, miéntras que en la nueva tierra se vió florecer la época moderna con toda su actividad intelectual, con todo su movimiento de industrias i con la misma igualdad de derechos para todos los ciudadanos.

«Las diversas condiciones de la vida, que en otras rejiones no se desenvuelven en los pueblos sino despues de nacer unas de otras i en el espacio

de varios siglos, esto es, la condicion de cazador, de pastor, de agricultor i de industrial, se presentaban en América al mismo tiempo i las unas al lado de las otras, sobre todo desde la independencia de los Estados del Norte. Los inmigrantes manifestaban ese carácter esclusivo i de gran pureza, especial a las razas jermánicas que profesan la fe protestante, carácter que no les permite unirse con los indíjenas, considerados por ellos como seres inaccesibles a la verdadera naturaleza humana; pero, en cambio, se descubrian bastante concienzudos para comprarles las tierras que querian cultivar, en vez de hacerse dar por el Papa, como un regalo, el derecho de propiedad sobre ese mismo suelo.»

Este hermoso i elocuente paralelo se halla viciado por falta manifiesta de equidad. Ni los protestantes que poblaron la América del Norte se hallaban dotados de tan gran rectitud de alma que no admitieran todas las esclavitudes humanas, desde la del negro del Africa hasta la del blanco de Europa; ni los soldados españoles de la conquista, a pesar de sus crueldades de los primeros siglos, condenaron en absoluto "con su desprecio envilecedor" a los indíjenas, puesto que trataron siempre de reunirlos en poblaciones i de convertirlos a la fe cristiana, los asociaron a sus trabajos i mezclaron con ellos su sangre.

Descartadas las exajeraciones que contiene el trozo trascrito, quedan, sin embargo, en pié las afirmaciones principales del historiador: por una

parte, el contraste chocante entre el absolutismo de hierro impuesto por los reyes de España a sus súbditos de América i la independencia republicana i democrática de las colonias inglesas; i, por la otra, la linea absoluta de separacion que desde el primer momento establecieron los sajones entre ellos i los indíjenas, conducta esencialmente contraria al cristianismo i opuesta del todo a la de los latinos.

Estos últimos no pensaron nunca, como los sajones, en prescindir de los indíjenas. Por el contrario, desde los primeros dias la necesidad misma obligó al corto número de europeos, españoles, portugueses o franceses, que emprendian la conquista de un territorio, a servirse de los brazos de los naturales para construir ciudades i para trabajar en los lavaderos de oro o en las faenas agrícolas.

El sistema de colonizacion empleado por los latinos no fué, sin embargo, uniforme en todas partes con relacion a los indíjenas. En los virreinatos de Méjico i del Perú, donde encontraron naciones fuertes i organizadas, con poderosos elementos de defensa i de trabajo, los súbditos de Cárlos V i de Felipe II tuvieron que reconocer las jerarquias establecidas en el órden político i social, i fundaron sobre esta base un gobierno de cooperacion, que de año en año fué oprimiendo a los indíjenas i beneficiando a los españoles, en razon de la superioridad indiscutible de éstos, pero que en definitiva estaba destinado a mejorar de un modo notable las condiciones de vida de unos i otros.

En el Brasil, por circunstancias especiales de clima i de situacion jeográfica, los portugueses emplearon de preferencia en el cultivo de los campos i en la fabricacion de azúcar a los negros esclavos, de tal manera que en una poblacion de 3.000,000 de habitantes, al fin de la dominacion portuguesa, se contaban 1.960,000 africanos. No menospreciaban, sin embargo, los hijos de Lusitania a los indíjenas de América, i, por el contrario, en la rejion de San Pablo, no solo utilizaron sus servicios, sino que se confundieron con ellos en una sola i varonil raza.

Esta mezcla de la sangre latina con la indíjena se verificó en grande escala en Chile i en el Rio de la Plata, i tal es el oríjen indiscutible de los gauchos arjentinos i de los huasos chilenos, cuyos caractéres etnolójicos han sido muchas veces descritos, con encomio o detraccion, de acuerdo con las tésis sostenidas por los autores.

Bastan las observaciones espuestas para comprender que el continente americano fué un tablero de ajedrez, en que se ensayaron los dos sistemas principales de colonizacion, prescindencia del elemento indíjena o cooperacion i mezcla con los naturales, segun las diversas comarcas.

En las pájinas que siguen se harán notar los rasgos sobresalientes de las escasas relaciones que hubo entre los indíjenas de Norte-América i los colonos anglosajones, para contraponer en seguida este cuadro al que ofrece la historia de la conquista española.

II

Sistema de los anglosajones

La principal causa de la inmigracion de los anglosajones en Norte-América, se encuentra, como es mui sabido, en la necesidad que esperimentaban desde el fondo de su alma de vivir en un pais donde gozaran de completa libertad para sus creencias relijiosas.

Puritanos i cuáqueros no tenian absolutamente anhelo de mando, ni trataban de ensanchar los dominios de sus reyes. No sentian tampoco la codicia del oro.

Todos ellos emigraron de Europa con sus familias, esto es, sus mujeres e hijos, con el propósito inquebrantable de establecerse allí donde pudieran levantar sus iglesias, sin temer los peligros que debian arrostrar, ni los sacrificios a que sin duda alguna estarian espuestos.

Estos inmigrantes, que traian a América los principales elementos de la cultura europea, no

pretendian seguir viviendo en los linderos de los bosques vírjenes del Nuevo Mundo con las comodidades de que habian gozado en el Antiguo. Absolutamente. «Los puritanos que fundaron la Nueva Inglaterra no se sirvieron del trabajo de los indíjenas. Ellos mismos construyeron sus habitaciones i cultivaron sus campos. Mas tarde solamente hicieron con los naturales el comercio de pieles (1).»

Separacion tan completa entre europeos i americanos pudo conservarse por el aumento considerable i progresivo de la poblacion estranjera. «Se ha calculado el número de inmigrantes establecidos en Nueva Inglaterra ántes de la reunion del Largo Parlamento (1641) en 21,200 (2).» «En poco mas de diez años se habian levantado 50 ciudades i aldeas; i se habian edificado de 30 a 50 iglesias. Desde los primeros tiempos se habia introducido la construccion de buques; i naves de 400 toneladas fueron fabricadas ántes de 1643 (3).»

Estos rápidos adelantos manifiestan los prodijios que los hombres pueden realizar, aun en medio de bosques impenetrables i sobre las rocas de playas desiertas, cuando disponen de las herramientas i de los secretos de una cultura superior; i ya anunciaban la maravillosa transformacion que estamos presen-

(1) Jorje Bancroft, *Historia de los Estados Unidos*. Traduccion francesa publicada en Bruselas en 1861. Tomo 1.°, pájina 295 i siguientes.

(2) Bancroft, tomo 2.°, pájina 105.

(3) Bancroft, tomo 2.°, pájina 106.

ciando, verificada durante el gobierno de la República, en las vastas praderas donde hoi domina una de las naciones mas poderosas de la tierra.

«En 1675 la poblacion blanca de Nueva Inglaterra llegaba a 55,000 almas, i el número de indíjenas subia apenas a 30,000 (1).»

«La poblacion de Maryland en 1660 era calculada, ya en 8,000, ya en 12,000 habitantes (2).»

«Virjinia empezó a ser colonizada por los ingleses en 1606 (3). En 1627 mas de mil emigrantes se habian establecido en ella (4). En la Pascua de 1648 llegaban a sus playas con fines comerciales diez buques de Lóndres, dos de Bristol, doce de Holanda i siete de Nueva Inglaterra, i el número de los colonos se elevaba entónces a 20,000 (5). En la época de la restauracion se contaban en Virjinia 30,000 habitantes (6).»

«En el mes de agosto de 1683 tres o cuatro chozas pequeñas componian la ciudad de Filadelfia. . . i, sin embargo, dos años mas tarde cerca de 600 casas cubrian este sitio, el maestro de escuela i el impresor habian empezado sus trabajos (7).»

Por desgracia, el brillo de los progresos de las colonias anglosajonas ocultaba manchas repugnantes

(1) Bancroft, tomo 2.º, pájinas 266 i 267.
(2) Bancroft, tomo 1.º, pájinas 293 i 294.
(3) Bancroft, tomo 1.º, pájina 128.
(4) Bancroft, tomo 1.º, pájina 217.
(5) Bancroft, tomo 1.º, pájina 233.
(6) Bancroft, tomo 1.º, pájina 257.
(7) Bancroft, tomo 3.º, pájina 233.

que merecen una condenacion tan severa como las crueldades de los españoles.

En esas colonias no solo era lícita la esclavitud de los negros africanos sino tambien la esclavitud suavizada, o servidumbre, segun el término usual, de infelices blancos traidos de Europa.

Un ilustre historiador anglo-americano, Jorje Bancroft, describe esta última en los términos que siguen:

«En Virjinia la servidumbre habia sido al principio condicional i protejida por convenciones o contratos. El siervo era como un deudor, respecto de su amo, i estaba obligado a pagar los gastos de su emigracion, consagrando todas sus facultades en provecho de su acreedor. La opresion nació luego de este estado de cosas; individuos cuyos gastos de trasporte a Virjinia no habian subido de ocho a diez libras fueron a veces vendidos por cuarenta, cincuenta i hasta sesenta libras. Suministrar siervos blancos se convirtió en un negocio permitido; asociaciones de personas de mala fama se complacian en enganchar jóvenes, domésticos i holgazanes, i en embarcarlos con destino a América, esta tierra de abundancia espontánea, como la pintaban. Los trabajadores blancos llegaron a ser un artículo comun de comercio. Se les vendia en Inglaterra para trasportarlos a Virjinia, i allí se les revendia al mejor postor; del mismo modo que a los negros, se les compraba a bordo de los buques, como se adquieren caballos en una feria. En 1672 el precio ordina-

rio de un blanco que debia servir cinco años era de diez libras, mas o ménos; mientras que un negro valia veinte o veinticinco libras. Este jénero de comercio era tan corriente en Inglaterra que se condenó a servidumbre forzada, con residencia en Nueva Inglaterra, no solo a los escoceses que fueron hechos prisioneros en el campo de batalla de Dumbar, sino tambien a los realistas derrotados en Worcester. Los jefes de la insurreccion de Penruddoc fueron de igual modo embarcados para América, a pesar de las protestas de Haselrig i de Enrique Vane. En la misma época, se esportaban a menudo grandes partidas de irlandeses católicos desde su patria, i se les hacia sufrir siempre tratamientos tan horribles que apénas eran inferiores a las crueldades acostumbradas en el tráfico de negros de Africa. En 1685, cuando cerca de mil prisioneros fueron condenados a la deportacion como cómplices en la insurreccion de Monmouth, algunos personajes de influencia en la corte se disputaron con encarnizamiento a los insurrectos declarados culpables, por ser una mercaderia de fácil venta.

«La condicion de los obreros aprendices en Virjinia se diferenciaba de la de los esclavos sobre todo por la duracion de su servidumbre; las leyes de la colonia favorecian ademas su pronta emancipacion. Pero el trabajo así organizado facilitó la introduccion de la esclavitud perpetua. La compañia (la compañia de Lóndres, autorizada por Jacobo I para colonizar la Virjinia) habia monopolizado

en un principio el comercio de Virjinia; pero, como sus procedimientos para administrar los negocios públicos en provecho de los socios provocaba continuas discusiones se dejó el campo libre a la competencia en 1620. En el mes de agosto de este año, precisamente catorce meses despues de la primera asamblea representativa de Virjinia, cuatro meses ántes que los colonos de Plimouth llegaran a América, i ménos de un año ántes de la concesion de una constitucion escrita, mas de un siglo despues que los últimos vestijios de esclavitud hereditaria habian desaparecido de la sociedad inglesa i de la constitucion inglesa, i seis años despues que el tercer estado en Francia habia pedido la emancipacion de los siervos en todos los feudos, un buque de guerra holandes entró en el *James River* i desembarcó veinte negros para ofrecerlos en venta (1).»

La servidumbre de blancos que la autorizada palabra de Bancroft da a conocer en las pájinas que acaban de leerse era mucho mas odiosa que la esclavitud, real o disfrazada, impuesta a los indíjenas por los súbditos del rei de España. En primer lugar, esos siervos pertenecian a la misma raza de cultura superior i a la misma patria que sus amos; i, en seguida, habian sido arrebatados, como los negros, de su hogar i del lado de sus familias, para obligarles a trabajar por largos años en tierra estraña.

---

(1) Bancroft, tomo 1.º, pájinas 193, 194 i 195.

La esclavitud de los negros floreció tambien en las colonias anglo-americanas en igual o mayor escala que en las colonias latinas. Es verdad que en algunas de aquellas colonias, como en Nueva Inglaterra, «el comercio de los esclavos fué prohibido bajo pena de muerte (1)», i que en otras, como en Pensilvania, se ordenó espresamente que los amos debian dar libertad a sus negros despues de catorce años (2); pero tampoco ofrece lugar a duda que esta horrible institucion concluyó por ser admitida en todas o en casi todas partes.

«En los estados del norte i del centro se empleaba al negro en el servicio doméstico i en el cultivo del trigo i del maiz. Casi todo el tabaco esportado de Maryland i de Virjinia, todo el añil i el arroz de la Carolina, eran fruto de su trabajo (3)».

«La Carolina del Sur fué el único estado de grandes plantaciones que desde su cuna se aprovechó del trabajo de los esclavos. Desde el principio se observó que el clima de este territorio convenia mejor a los africanos que el de las colonias situadas mas al norte (4).»

«Como Maryland se encuentra en una latitud en que, hallándose en colision el trabajo del negro i el del blanco, el clima favorece abiertamente a los blancos, i como la introduccion de esclavos en gran

(1) Bancroft, tomo 2.º, pájina 161.
(2) Bancroft, tomo 3.º, pájinas 243 i 244.
(3) Bancroft, tomo 5.º, pájina 99.
(4) Bancroft, tomo 2.º, pájina 352.

número rechazaba a los trabajadores libres hácia rejiones mas septentrionales, esta provincia aventajaba a todas las otras en cuanto a la cantidad de siervos blancos. El mercado estaba siempre abundantemente provisto de ellos, i su precio variaba entre doce i treinta libras (1).»

A pesar de esta competencia de los blancos, el número de africanos importados en las playas de América del Norte fué considerable durante el período colonial. «Antes del año de 1740, aseguraba Bancroft, mui bien podian haberse introducido en su patria cerca de 130,000 negros; i ántes de 1776, un poco mas de 300,000 (2).»

El baron Alejandro de Humboldt afirmaba, por su lado, a principios del siglo siguiente que «el número de los esclavos africanos en los Estados Unidos pasaba de un millon, que era la sesta parte de toda su poblacion (3).»

En 1824 ese número subia a 1.920,000, o sea, la cuarta parte de todos los negros libres i esclavos del Nuevo Continente (4).

La esclavitud de los negros, la servidumbre de los blancos i la inmigracion continua i voluntaria de europeos, de diferentes clases sociales, hacian

(1) Bancroft, tomo 4.°, pájina 19.

(2) Historia citada, tomo 5.°, pájina 99.

(3) Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*. Traduccion castellana de Gonzalez Arnao, publicada en 1836. Tomo 1.°, pájina 11.

(4) Obra i tomo citados, pájina 130.

inútil en las colonias anglosajonas la cooperacion de los indíjenas.

De este modo podria esplicarse i justificarse el fenómeno de que europeos i naturales vivieran separados e independientes unos de otros; pero en manera alguna el cruel espectáculo de que la raza superior hostilizara a la inferior hasta su casi completo esterminio.

Con verdadera satisfaccion el historiador Bancroft anota algunos hechos en que la jenerosidad de alma natural a los hombres cultos fué llevada a la práctica en el comercio de los europeos con los indíjenas.

«Algunos espíritus nobles, escribe, trataron de instruir a los indíjenas de Nueva Inglaterra en las letras i en la relijion, con buen resultado (1).»

Pero quien sobresalió entre los colonos ingleses por la suprema distincion de su alma fué Guillermo Penn, el cual en 1682 hizo alianza con las tribus Lenni Lenape, a la sombra de un gran olmo, en Shakamaxon.

«Este tratado de paz i amistad se ajustó a todo aire, en las riberas del Delaware, i tuvo por testigos al sol, al rio i al bosque. No fué aprobado con juramentos, ni ratificado con firmas ni sellos; es imposible encontrar huellas escritas de la conferencia; sus cláusulas i condiciones solo dejaron testimonio permanente en los corazones... La Nueva

(1) Bancroft, tomo 2.º, pájinas 267-271.

Inglaterra acababa apénas de concluir una desastrosa guerra de esterminio; los holandeses habian celebrado en esos mismos dias paz definitiva con los algonquines; las leyes de Maryland hacian aun alusiones a las hostilidades i carnicerias contra los indíjenas, a los cuales se perseguia hasta Richmond. Penn se presentó sin armas; declaró su propósito de abstenerse de toda violencia; no llevaba otro mensaje que la paz; i nunca los indíjenas derramaron una sola gota de sangre de los cuáqueros (1).»

En la colonizacion de Maryland, «los indíjenas enseñaron a las mujeres de los recien llegados a hacer pan de maiz; i los guerreros de la tribu dieron a conocer a los ingleses las riquezas de sus bosques, tan abundantes en caza, i les acompañaron en sus partidas (2).»

En jeneral, sin embargo, los anglosajones trataban a los salvajes de la América del Norte con desprecio (3); i a menudo no respetaban el derecho de propiedad, por mas que asegure lo contrario el respetable historiador Gervinus: por la fuerza se apoderaban de las tierras de los indíjenas, de sus chozas, i hasta de las provisiones que tenian almacenadas (4).

Las necesidades de la vida obligaban, por decirlo así, a tales estremos no solo a los conquistadores

(1) Bancroft, tomo 3.º, pájinas 222 i 223.
(2) Bancroft, tomo 1.º, pájina 274.
(3) Bancroft, tomo 1.º, pájina 199.
(4) Bancroft, tomo 1.º, pájinas 159 i 204.

españoles sino tambien a los colonos ingleses de Virjinia.

Una repugnancia instintiva retraia sistemáticamente a cuáqueros i puritanos de mezclar su sangre con la de los naturales; i de aquí proviene que en las colonias inglesas de Norte América los europeos no hayan dado oríjen a esa clase de mestizos que fué tan numerosa en las colonias españolas.

No podria estamparse igual afirmacion respecto de los Nuevos Paises Bajos, fundados por los holandeses, pues en aquel territorio se conocieron las uniones de europeos con mujeres indíjenas. En una conferencia importante, despues de una gran matanza de naturales, un jefe de tribu lanzó este terrible cargo contra los colonos: «Hemos amado como a la pupila de nuestros ojos a los comerciantes que vuestros primeros buques dejaron en nuestras playas para que traficaran en ellas; dimos nuestras hijas en matrimonio a esos estranjeros; entre los que habeis asesinado se encontraban hijos de vuestra propia sangre (1).»

Los oríjenes de Nueva York fueron sin duda mas modestos que los de otras colonias hermanas. «Su primera edad (1620-1638) fué la época de los cazadores i de los traficantes con los indíjenas; el comercio se hacia con pieles de nutria i castores; los naturales eran entónces empleados en perseguir la caza, miéntras los holandeses, en busca de pieles, pene-

(1) Bancroft, tomo 3.º, pájina 121.

traban con sus yates en todas las bahias, en todos los rincones, en todos los parajes, desde Narragansett hasta el Delaware. Este era el tiempo de los techos de paja, de las chimeneas de madera i de los molinos de viento (1).»

«En 1678 la isla de Nueva York podria contener, mas o ménos, tres mil habitantes; en toda la colonia solo se contaban cerca de veinte mil almas. Los ministros de Dios se hallaban en corto número; pero se les recibia bien, habia mucha variedad de relijiones, se socorria a los pobres, i la mendicidad era desconocida. Un millar de libras constituia la opulencia; quien poseia la mitad de esta suma era considerado rico. Las esportaciones se componian de productos del pais, tales como trigo, madera, tabaco i pieles, suministrados por los indíjenas. En esta sociedad, formada principalmente de colonos agricultores, reinaba gran igualdad de condiciones; no se encontraban sino pocos mercaderes, pocos criados i mui pocos esclavos (2).»

La humildad de estos principios se reflejó necesariamente en la conducta observada respecto de los indíjenas; i el trato frecuente con ellos produjo como consecuencia inmediata las relaciones sociales entre una i otra raza.

En ninguna época, sin embargo, esta mezcla de la sangre europea con la indíjena pudo ni remota-

(1) Bancroft, tomo 3.°, pájinas 106 i 107.
(2) Bancroft, tomo 3.°, pájina 251.

mente compararse con la verdadera fusion de elementos etnolójicos realizada en las colonias españolas.

Por la inversa, en el Canadá la celebracion de matrimonios entre europeos i naturales llegó a convertirse en sistema de conquista i de gobierno. El cuerpo lejislativo de la misma colonia de Nueva York, en el año de 1710, dirijia a la reina de Inglaterra un entusiasta mensaje para estimularla a combatir contra los franceces establecidos en aquella rejion.

«Estos, aseguraban a su soberana, mandan continuamente a las poblaciones emisarios indíjenas; i sacerdotes, con baratijas i fruslerias, para alcanzar su amistad. En seguida envian traficantes, despues soldados, i, por fin, construyen fuertes; allí se estimula a los individuos que componen las guarniciones a casarse con las indíjenas, a cohabitar en medio de las tribus, a confundirse con los naturales, i debe ciertamente suponerse que en años de paz se envian al Canadá innumerables soldados con tal objeto (1).»

El permanente estado de guerra que entónces reinaba entre el Canadá i las colonias inglesas limítrofes fué la desgraciada causa del matrimonio de una jóven europea con uno de los guerreros mohawks, en el año 1704.

«La muerte se cernia sobre la frontera. Los colonos ingleses, que habian construido sus viviendas

(1) Bancroft, tomo 4.°, pájina 221.

en la márjen del rio situada exactamente encima de las hermosas praderas de Deerfield, habian rodeado con palizadas un terreno de veinte áreas de estension: esta era la ciudadela de la aldea. Las casas se hallaban de igual modo protejidas con un cerco de estacas plantadas en tierra. Sus moradores sabian por los mohawks que el peligro se aproximaba. Durante todo el invierno, ninguna noche trascurrió sin que los centinelas velasen afuera; ninguna madre hacia dormir a su niño sin temer que ántes de la mañana el tomahawk destrozara el cráneo de la débil criatura. Cuatro piés de nieve cubrian el suelo, la atmósfera estaba clara i hacia renacer las fuerzas, la estacion fria se hallaba en todo su rigor, cuando una partida de 200 guerreros franceses, mas o ménos, i de 142 indíjenas, aprovechándose del buen tiempo, provistos del calzado propio para andar sobre la nieve, i dirijidos por Hertel de Rouville, salieron del Canadá i empezaron a marchar sobre la tierra endurecida del camino. En la última noche de febrero, encontraron refujio en un bosque de pinos próximo a Deerfield, i allí permanecieron hasta despues de la media noche. Cuando los centinelas imprudentes se retiraron al acercarse la mañana, los enemigos saltaron por las palizadas, que los montones de nieve habian hecho inútiles, i los salvajes con sus gritos de guerra anunciaron a todas las familias que era necesario prepararse al cautiverio o a la muerte...

. . . . . .

Eunice Williams, la mujer del pastor, no habia olvidado su Biblia; siempre que los indíjenas descansaban a la orilla del camino, o preparaban en la noche sus camas, con ramas siempre verdes tendidas en la nieve, podia leer el libro santo..... Su corazon de madre se traicionó cuando, invocando a Dios, recomendó a sus cinco hijos prisioneros, los cuales no habian recibido la muerte gracias a las súplicas de su marido; inmediatamente un golpe de tomahawk puso fin a todos sus pesares. «Ella descansa en paz, dijo el pastor; ella goza de una alegria inefable i de una gloria perfecta.» En el Canadá, él no pudo, ni por sus ruegos, ni por sus ofertas de rescate, conseguir la libertad de su hijita menor, entónces de edad de siete años solamente. Adoptada en la aldea de los indíjenas convertidos al catolicismo, cerca de Montreal, la niña abrazó aquella relijion, i mas tarde contrajo matrimonio con un jefe Cahnewaga. Corriendo los años, la jóven quiso hacer una visita a sus amigos de Deerfield, i se presentó vestida de indíjena. Despues de una corta residencia, por mas que los habitantes de toda la aldea pasaron un dia entero en ayunos i oraciones, para alcanzar que se convirtiera, ella regresó a su hogar, a su wigwam, por amor a sus hijos mohawks (1).»

Este dulce cautiverio no fué por cierto una leyenda, como la de Elisa Bravo en nuestra eterna

(1) Bancroft, tomo 4.º, pajinas 213, 214 i 215.

guerra de Arauco (1); i forma contraste, digno de ser recordado, con el matrimonio de la jóven india-na Pocahontas, el cual se realizó en los primeros tiempos de la colonizacion de Virjinia.

«Algunos colonos que forrajeaban bajo las órde-nes de Argall arrebataron a la hija de Powhatan, i pidieron al padre su rescate. El jefe indignado pre-firió apercibirse para la guerra. Entretanto Juan Rolfe, jóven ingles «honorable i discreto», con un alma tiernamente exaltada, que habia emigrado a las selvas de Virjinia, creyó oir dia a dia, i a todas horas, aun durante el sueño, una voz que le gritaba debia él esforzarse por convertir a la muchacha al cristianismo... Despues de una violenta lucha inte-rior, i de continuas oraciones, fruto de ardorosa fe, en la sencillez de su piadoso celo, resolvió «trabajar por la conversion de la indiecita, aun no rejenera-da»; i, habiéndose ganado el cariño de Pocahontas, la pidió en matrimonio. La jóven princesa, llena de elevadas dotes intelectuales, escuchó dócilmente las pláticas relijiosas; mui pronto pudo entrar en la pe-queña iglesia de Jamestown, la cual se hallaba sos-tenida por gruesos pilares de pino, recien arranca-dos a la selva, i cuya primitiva arquitectura era tan salvaje, sino tan frájil, como la de un wigwam in-diano; allí ella se detuvo ante la fuente bautismal:

---

(1) Sobre este episodio, consúltese la obra de don Tomas Guevara sobre la *Civilizacion de Araucania*. Tomo 3.º, pá-jinas 171 i 172.

esta era un tronco de árbol en que «se habia abierto una cavidad, como para hacer un bote»; Pocahontas «renunció en público a la idolatria de su pais, abrazó la relijion de Jesucristo i recibió el bautismo.» «Esta fué la primera alma salvada», «el primer fruto de la conversion en Virjinia»; poco tiempo despues se celebró el matrimonio de Pocahontas con Rolfe. En el mes de abril de 1613, con gran placer de sir Tomas Dale, i aprobacion del padre i los amigos, la novia fué conducida por su tio, Opachisco, i pronunció sus votos matrimoniales ante el ara, segun los ritos de la iglesia de Inglaterra.

«En 1716 la jóven indíjena, que habia aprendido la lengua inglesa i llevaba un nombre ingles, «la primera cristiana de su nacion», se embarcó con su marido para Inglaterra... Como madre i como esposa, su conducta fué ejemplar. Ella tuvo ocasion de comparar la magnificencia de la vida europea con la libertad de las selvas del Oeste, i, en seguida, en el momento en que se preparaba para regresar a América, a la edad de veintidos años, murió víctima del clima de Inglaterra (1617)...

«La consecuencia inmediata de este enlace para la colonia fué la confirmacion de la paz, no solo con Powhatan, sino tambien con la poderosa tribu de los Chickahominis, que solicitaron la amistad de los ingleses i quisieron llamarse ellos mismos ingleses. Todo parecia indicar que la raza indíjena i la europea se hallaban a punto de mezclarse; no fué así, sin embargo. La discordia continuó reinando entre

los ingleses i los indíjenas, i los mas débiles desaparecieron gradualmente (1).»

Entre este poético matrimonio i las carnales uniones de Hernan Cortes con doña Marina i de Francisco Pizarro con la hermana de Atahualpa habia sin duda un abismo; pero tanta sublimidad se desvanece al pensar que el enlace de Rolfe con Pocahontas fué un caso estraordinario, i que la raza indíjena fué destruyéndose, entregada a sus propias fuerzas, por aniquilamiento, despues de haberse visto arrebatar sus tierras i sus chozas, arrollada por los inmigrantes del Viejo Mundo.

En 1824, segun los cálculos de Alejandro de Humboldt, en toda la estension de los Estados Unidos, los indíjenas independientes solo alcanzaban al número de 400,000 (2).

El censo oficial levantado en 1900 por la gran República ofrece los guarismos que siguen: poblacion total, 76.303,387; blancos, 66.990,788; negros, 8.840,789; indíjenas, 266,760.

Rejistrando en sus anales estos resultados, la historia no puede ménos de condenar el frio egoismo de los ingleses, que han visto morir impasibles durante tres siglos una raza entera, sin ofrecer a sus individuos socorro de ninguna clase, ni, ménos aun, darles asiento, como habria sido justo, en el banquete de su alta civilizacion.

---

(1) Bancroft, tomo 1.°, pájinas 160-162.

(2) *Ensayo político sobre Nueva España*, tomo 1.°, pájina 130.

III

Colonizacion española

El plan que los españoles trataron de realizar en sus conquistas de América fué completamente diverso del de los anglosajones. Miéntras éstos huian de la patria para buscar un asilo seguro, en el cual pudieran seguir con libertad sus creencias relijiosas, aquéllos, por la inversa, emigraban de la suya anhelantes de convertir pueblos infieles a la única doctrina que en la Península se concebia como verdadera. Miéntras éstos quisieron interponer toda la anchura del océano a fin de que el yugo de sus reyes i de la mayoria de sus compatriotas no alcanzara a ejercer influencia sobre sus templos, aquéllos se sentian orgullosos con estender los dominios de la bandera de Castilla, que se apresuraban a plantar no solo en las nuevas tierras sino tambien en los nuevos mares descubiertos por su heroismo. Miéntras éstos juzgaban que su felicidad era completa en las selvas del Nuevo Mundo, a pesar de la

modestia de sus recursos, porque podian orar sin obstáculo ni restricciones, aquéllos no descansaban de dia ni de noche, rejistrando los bosques i las aldeas, las arenas de los rios i las entrañas de la tierra, para encontrar el oro apetecido, que en su codicioso criterio daba a la existencia gran parte de su valor.

Este antagonismo de propósitos se descubre de un modo evidente en las relaciones de unos i otros con los indíjenas.

Puritanos i cuáqueros se alejaron en lo posible de los naturales de América; desdeñaron convertirles al cristianismo; a lo mas, se contentaron con no perseguirles, i, en algunos casos, con observar respecto de ellos las reglas de estricta justicia.

Los soldados españoles, por el contrario, se esforzaron desde el primer momento en conquistar no solo las tierras sino tambien los hombres del Nuevo Mundo, con triple objeto: ganar almas al cielo, aumentar los súbditos del rei de España, i tener abundancia de brazos para estraer el oro.

Por lo demas, aunque lo hubieran querido, no habrian podido fundar colonias semejantes a las de los anglosajones. Estos últimos, como ántes se ha visto, poblaron con facilidad, en un período relativamente breve, sus ciudades i aldeas, con inmigrantes de Europa. En cambio, la monarquia española cayó mui pronto en la impotencia de enviar a América los numerosos soldados i colonos que necesitaba para afirmar su dominio en las inmensas co-

marcas que el valor i osadia de sus hijos habian colocado bajo su amparo.

En ménos de un siglo sus súbditos peninsulares habian descubierto i conquistado todo el mar de las Antillas, Nueva Granada i Venezuela, los imperios de Méjico i del Perú, Chile i el Rio de la Plata. La Europa entera no habria bastado para colonizar debidamente esta vastísima estension de tierras.

Hernan Cortes invadió los estados de Anahuac, cuya poblacion no podia bajar de diez o doce millones de habitantes, con un ejército de quinientos cincuenta i tres hombres; i terminó la conquista definitiva de Méjico gracias al ausilio de los ochocientos ochenta soldados de Pánfilo de Narvaez i de algunos destacamentos de aventureros españoles.

Francisco Pizarro emprendió la conquista del poderoso imperio de los incas con trescientos diez soldados, a los cuales agregó seis meses mas tarde, despues de la captura de Atahualpa, los ciento cincuenta hombres que habia reunido en Panamá su compañero Diego de Almagro.

Pedro de Valdivia inició la colonizacion de nuestro pais con ciento cincuenta compañeros europeos, i solo en diciembre de 1543 recibió el socorro de los setenta jinetes que le trajo por tierra desde el Perú su leal subalterno Alonso de Monroi.

Estos antecedentes comprueban la afirmacion de que habria sido completamente inútil que los conquistadores españoles hubieran intentado siquiera, por lo ménos, en los primeros años, prescindir de

los servicios de los indíjenas de América. Los esfuerzos de los compañeros de Cortes, de Pizarro i de Valdivia, por pujantes que se les suponga, se habrian estrellado contra la resistencia pasiva de la naturaleza de las cosas en la dura i difícil obra de la colonizacion.

El heroismo de un pequeño ejército de soldados aguerridos puede vencer a una muchedumbre de individuos incultos; pero no basta, por si solo, para fundar un reino.

En los años posteriores a la época de la conquista, la cooperacion de los indíjenas americanos continuó imponiéndose, con mayor fuerza, si cabe, i en algunas rejiones de un modo mas imperioso que en otras, en todo el ámbito de las colonias españolas.

Segun es mui sabido, la política constante de los diversos monarcas que se sucedieron en la Península consistió en mantener aislados sus dominios de América del resto del mundo, con el fin manifiesto de conservarlos fieles i de perpetuarse en ellos. La consecuencia lójica de este réjimen de gobierno fué la estraordinaria lentitud con que aumentó en las colonias hipano-americanas la poblacion de europeos i descendientes de europeos, i la intervencion necesaria que tuvieron los indíjenas en la vida normal de las nuevas sociedades.

Tales circunstancias constituyen uno de los principales fundamentos de la inferioridad de las colonias latino-americanas respecto de las que estable-

cieron los anglo-sajones en el norte de este mismo continente.

Cuando se comparan los rápidos progresos de Virjinia i Nueva Inglaterra con el penoso desarrollo de los virreinatos de Méjico i del Perú, el espíritu se inclina á creer que la nacion de donde partieron a América puritanos i cuáqueros se hallaba poblada con individuos de cultura e intelijencia superiores a las que poseian los súbditos del rei de España. El estudio imparcial de los hechos revela, sin embargo, la inexactitud de esta deduccion precipitada. Si es verdad que en el año de 1564 nació en Inglaterra Shakespeare, el mas grande jénio dramático que ha producido la humanidad, algunos años ántes, en 1547, habia visto por primera vez la luz en la Península Ibérica, Cervántes, creador, puede decirse, de la novela moderna, i de personajes fantásticos que han llegado a ser inmortales como los del poeta ingles.

Los españoles de los siglos XVI i XVII estaban sin duda alguna a la altura de los súbditos de Isabel de Inglaterra i de Jacobo I; pero, al poner en parangon la obra colonizadora de unos i otros, debe considerarse que las comarcas civilizadas por los anglo-sajones en las costas americanas del Atlántico no eran sino condados de la madre patria que trasplantó en el Nuevo Mundo la ardiente fe relijiosa de los protestantes, i que los virreinatos españoles de Méjico, de Nueva Granada, del Perú i de Buenos Aires se hallaban constituidos esencialmente por los pueblos

aboríjenes de América, bajo el gobierno i suprema direccion de los europeos.

Establecida, pues, esta diversidad de organizacion, no debia razonablemente esperarse que adelantaran en igual grado, ni siquiera en escala aproximativa, las colonias españolas i las inglesas de America. Las unas encerraban en su seno todos los elementos de la civilizacion del Viejo Mundo, i las otras necesitaban educar a la casi unanimidad de sus habitantes.

Sin el concurso de los naturales los españoles no habrian podido establecerse ni en la décima parte de los inmensos territorios que ocuparon en este continente. Los indíjenas empezaron por formar ejércitos ausiliares en los dias mismos de la conquista, sin cuyo socorro los europeos difícilmente habrian realizado sus principales empresas; en seguida, ayudaron a sus amos en las labores de la paz, construyendo ciudades, trabajando en las minas i en los campos, i prestando toda clase de servicios domésticos; por último, mezclaron su sangre con la de los conquistadores i dieron así oríjen a las clases populares de la mayoria de las colonias.

No es de estrañar, en consecuencia, que, aun con los horrores cometidos en la primera época, en la cual fueron esterminadas poblaciones enteras, la raza indíjena, considerada en conjunto, se perpetuara i aumentara en la América Española.

En 1824 se contaban en los paises hispano-americanos 3.276,000 blancos por 7.530,000 indíjenas de

raza pura, sin incluir entre éstos 420,000 indíjenas independientes de la América del Sur (1).

En Méjico habia 3.700,000 indíjenas puros por 1.230,000 blancos; en Guatemala, 880,000 por 280 mil; en Colombia, 720,000 por 642,000; en Perú i Chile, 1.030,000 por 465,000; en Buenos Aires, con las provincias de la Sierra, 1.200,000 por 320,000.

En las colonias españolas no se conoció la servidumbre o esclavitud de blancos, que duró, como se ha leido, en las anglosajonas durante todo el siglo XVII.

En cuanto a la esclavitud de los negros africanos, alcanzó menores proporciones que en las colonias inglesas, i principalmente fué aprovechada en las Antillas. Segun los cuadros estadísticos de Humboldt (2), en 1824 existian en Cuba i Puerto Rico 389,000 negros puros, libres i esclavos; i en el continente español, 387,000.

En estos últimos guarismos no se hallan comprendidos los negros del Brasil, que, por circunstancias especiales ya espuestas, subian en la misma época al estraordinario número de 1.960,000 individuos de raza africana sin mezcla.

En vista de los datos anteriores, se comprende, pues, que la esclavitud de los negros no bastaba en las colonias españolas para que los europeos pudie-

(1) Humboldt, *Ensayo sobre Nueva España*. Tomo 1.°, pá jina 130.

(2) Obra citada, pájina 131.

ran prescindir de los servicios de los indíjenas; i de este modo la relijion, el espíritu de conquista, la sed de oro i las necesidades de la vida se aunaban en un mismo resultado, o sea, el íntimo consorcio de los españoles con los naturales de la tierra.

LAS ENCOMIENDAS DE INDÍJENAS
EN CHILE

I

Naturales de Chile. — Rancherías araucanas.

Los conquistadores españoles del siglo XVI encontraron ocupada la mayor parte del territorio que hoi forma la nacion chilena, desde la actual provincia de Coquimbo hasta la de Chiloé inclusive, por un pueblo de indíjenas que hablaba una sola lengua i practicaba desde una estremidad a la otra iguales usos i costumbres, con un número de individuos prudencialmente calculado en medio millon de habitantes.

Estos aboríjenes de nuestro pais, a quienes hoi se distingue con el nombre de *araucanos*, término empleado por el poeta Ercilla para designar solo a los naturales de la rejion de Arauco, pero a los cuales seria mas propio llamar *mapuches,* u hombres de la tierra, como ellos mismos se designaban (1), sin haber llegado a la alta cultura de los aztecas ni de

(1) Rodolfo Lenz, *Diccionario Etimolójico de las voces chi-*

los indíjenas del Perú, estaban mui distantes del salvajismo primitivo.

Los naturales de Chile no solamente empleaban flechas con puntas de cuarzo i de obsidiana, bien talladas i pulidas, sino que tambien eran diestros en el arte de la alfareria. No podian, pues, compararse con los indíjenas de Australia, que no conocian el arco ni la flecha; i, gracias a la fabricacion de vasijas de barro, habian alcanzado progresos mucho mayores que algunas tribus del Nuevo Mundo, como las del rio Columbia i los Athabaskanos de la bahia de Hudson, en el norte, i como los fueguinos i otras tribus inferiores, en el sur (1).

Nuestros aboríjenes practicaban ademas pequeños cultivos que, aunque no merecian sin duda el pomposo nombre de agricultura, les habian hecho subir considerablemente en la escala de la civilizacion. En los campos vírjenes del territorio chileno, a la orilla de los esteros i en la ribera de los rios, los soldados españoles descubrieron con indecible placer sementeras de papas i maiz.

«El maiz, o *trigo indiano*, observa un notable sociólogo anglo-americano (2), ha desempeñado una

lenas derivadas de lenguas indíjenas americanas. Véase la voz *araucano.*

(1) Estúdiese la clasificacion de Morgan de las épocas de cultura, segun la version de Fiske, en su obra *The discovery of America.* New York, 1899. Vol. I, pájinas 24-32.

(2) Morgan citado por Fiske en su obra *The discovery of America.*

funcion importantísima en la historia del nuevo Mundo, tanto respecto de los pieles rojas como de los hombres blancos. Este cereal podia sembrarse sin limpiar ni arar el suelo. Bastaba desprender las ramas de los árboles vecinos con una pequeña hacha de piedra, a fin de que calentara libremente el sol. Debian hacerse ademas en el suelo lijeros rasguños i escavaciones con una piedra puntiaguda, i una vez desparramadas las semillas se cuidaban por sí mismas. Las mazorcas de maiz sin daño alguno quedaban en la planta semanas de semanas a pesar de su madurez, i podian ser desprendidas del tallo sin romperlo. No habia necesidad de trillar ni de aventar. Ninguno de los cereales del Viejo Mundo requeria para su cultivo ménos industria e intelijencia.»

«Cuando el *trigo indiano*, agrega el mismo autor, era sembrado en un suelo que tenia el riego i el cultivo indispensables, hacia mas densa la poblacion, i contribuia a la organizacion del trabajo i al progreso de las artes; rasgos característicos de la confederacion de Méjico i de la América Central, i de los pueblos indíjenas del sud-oeste de la América del Norte. La papa desempeñaba una funcion parecida en el Perú.»

Ademas de los cultivos de la papa i del maiz, que les habian colocado entre los pueblos indíjenas mas adelantados de la América despues de los aztecas i peruanos, los naturales de Chile en la época de la conquista tenian un principio de vida pastoral; pues a

menudo criaban en sus rancherias *ovejas o carneros de la tierra*, como dieron en nombrar los españoles al llama, al cual los *mapuches* designaban con el nombre de *hueque*, i que segun toda probabilidad es el huanaco domesticado (1).

Este relativo progreso de los antiguos dueños del territorio chileno se debia a causas que aun no se hallan bien esclarecidas.

Por de pronto, el oríjen de la poblacion que encontraron los españoles en nuestro pais a mediados del siglo XVI está envuelto en el misterio, a pesar de que los investigadores han estudiado el problema no solo a la luz de los documentos históricos sino tambien con el poderoso ausilio que proporciona la lingüística.

Los sabios parecen estar de acuerdo en que la raza indíjena de Chile, por lo ménos la que habitaba en el valle central, se hallaba mui léjos de ser autóctona; pero, en cambio, se dividen cuando los unos creen que era la misma de las altiplanicies del Perú, i los otros, fundados en razones lingüísticas, se inclinan a suponerla desprendida de uno de los grupos del Gran Chaco (2).

Ahora bien ¿qué elementos de progreso trajeron estos indíjenas, ya sea que hubieran bajado de las

(1) Lenz, *Diccionario Etimolójico*, palabras *chilihueque, huanaco, loan* i *llama*.

(2) El doctor don Rodolfo Lenz, distinguido americanista i catedrático de filolojia en el Instituto Pedagójico de Santiago, participa de esta última opinion.

mesetas andinas, ya sea que fueran orijinarios de la hoya hidrográfica del Amazonas?

Esta es una materia que solo podrá ser dilucidada con precision científica cuando los jeógrafos se hallen en aptitud de describir prolijamente las razas indíjenas que pueblan el centro de la América del Sur, i cuando los filólogos hayan estudiado i comparado todas las lenguas i dialectos que existian en nuestro continente en el siglo XVI.

Sea, sin embargo, lo que fuere, no hai duda de que deben haber contribuido poderosamente a mantener el estado de adelanto de los naturales de Chile, i aun a hacerlo mayor, la configuracion jeográfica de nuestro territorio i la conquista peruana del siglo XV, cien años, mas o ménos, ántes de la llegada de los europeos.

El valle central de Chile, donde se establecieron los *mapuches*, limitado al oriente por la alta cordillera de los Andes i al poniente por los cerros achatados i redondos de la costa, constituia un espléndido asiento para la formacion i progreso de un pueblo primitivo.

En este vasto territorio, i a la inversa de los indios pampas, que llevaban vida nómade, nuestros aboríjenes tuvieron residencias fijas; i de este modo pudieron contar con una base sólida para sus adelantos.

Por lo demas, el clima i las producciones naturales de esta tierra favorecieron considerablemente al pueblo que se habia establecido en ella. Ni la tempe-

ratura era mui baja en el invierno, ni en el verano llegaba a grados tales que permitiera el desarrollo de esos jérmenes malsanos que producen las terribles epidemias de otras latitudes. Es verdad que nuestros aboríjenes no tenian al alcance de su mano la superabundancia de frutos de los paises tropicales; pero lo es tambien que no carecian de medios fáciles de alimentacion, desde los tubérculos que estraian de la tierra hasta las frutillas i piñones que para ellos maduraban sobre el suelo, desde las aves i animales de caza que poblaban los aires i los campos hasta los peces i mariscos que jenerosamente les ofrecian los rios i las costas.

La conquista incásica realizada en el siglo XV, por otra parte, dió estraordinario impulso no solo al progreso material del pueblo vencido sino tambien a su desenvolvimiento intelectual.

En nuestros dias empieza solamente a estudiarse la influencia ejercida por la alta civilizacion de los incas en el espíritu aun bárbaro de los *mapuches*, por medio de los maravillosos procedimientos que pone a nuestro alcance la lingüística moderna, i ya se han obtenido resultados verdaderamente satisfactorios (1).

Ademas, en los cronistas españoles de la época de la conquista tambien se encuentra la comprobacion de reformas i adelantos introducidos por los

(1) Me refiero a los interesantes estudios del doctor Lenz sobre la lengua de los mapuches comparada con el idioma quechua.

peruanos. Así, verbigracia, por este conducto se sabe positivamente que los incas mantenian, entre los *mapuches*, *curacas* o representantes de su autoridad.

El contacto inmediato de nuestros aboríjenes con individuos de un pueblo que les era mui superior en cultura jeneral i prácticas de gobierno, por espacio de cien años, dejó, no solo huellas materiales, como las del camino del inca, que hoi mismo se ven en las provincias del norte, sino tambien progresos morales destinados a mejorar i embellecer la vida.

El estudio de esta civilizacion primitiva presenta para nosotros, como es fácil comprenderlo, grandísimo interes, ya que el mayor número de los actuales habitantes de Chile procede en verdad de la mezcla continuada durante siglos entre la sangre indíjena i la sangre española.

Por desgracia, los cronistas europeos que pudieron conocer de cerca a los naturales que habitaban en las rejiones donde hoi se hallan nuestras principales provincias no tenian la preparacion científica necesaria para interpretar i describir con exactitud los rasgos característicos del pueblo que combatian i con el cual, al mismo tiempo, cultivaban estrechas relaciones.

Igualmente, las gramáticas i vocabularios compuestos por los padres jesuitas de la llamada lengua de Chile no siguieron las leyes de la filolojia moderna, pues se hallaban calcadas sobre el patron de las gramáticas latinas.

De todos modos, sin embargo, tanto aquellas viejas crónicas como estos trabajos gramaticales han sido de estraordinaria utilidad a los investigadores de hoi.

Por lo demas, la supervivencia de algunos millares de individuos de raza indíjena pura en la comarca propiamente conocida con el nombre de Arauco (1), ha proporcionado i continúa ofreciendo a los etnógrafos un documento de la mayor importancia, puesto que estos restos del antiguo pueblo de Chile conservan los elementos principales de su raza, a saber, la conformacion física, la lengua, las artes heredadas de los abuelos, sus costumbres patriarcales, la manera de construir las habitaciones, i hasta algunas de las antiguas prácticas i creencias relijiosas.

Sobre la base de las antiguas gramáticas de los padres jesuitas, i guiado por las reglas de la filolojia moderna, un benemérito misionero capuchino, frai Félix José de Augusta, ha podido componer, en la rejion central de Arauco, i despues de haber vivido algunos años en medio de los indíjenas, una espléndida gramática araucana, digna de todo encomio, no solo por su plan enteramente conforme con los principios científicos, sino tambien por ser la mas completa i la primera en su jénero.

---

(1) Segun estadística reciente, el número actual de indíjenas es de mas de cien mil.

La lengua *mapuche*, o de los naturales de nuestro pais, que en 1540 se hablaba en todo el territorio comprendido desde Coquimbo hasta Chiloé, hoi solo traduce las ideas i voliciones de poco mas de cien mil habitantes de la rejion araucana.

Su estudio es para nosotros tanto mas importante cuanto puede decirse que ella encierra el alma misma del pueblo a quien vencieron i con el cual se confundieron los conquistadores españoles, para formar la nacionalidad que constituye la República de Chile. No debe, pues, causar estrañeza que en todas las obras donde se refieren nuestros oríjenes sociales se de cabida a una descripcion mas o ménos detallada de este idioma primitivo.

La lengua *mapuche* pertenece a la categoria de las aglutinantes; lo que significa que en ella es procedimiento natural la formacion de palabras compuestas, i el agregar a los vocablos una o mas sílabas para espresar nuevas relaciones de conceptos.

En el idioma de nuestros aboríjenes, de este modo se forman principalmente verbos, pues los sustantivos, adjetivos i adverbios casi siempre son invariables.

La conjugacion de los verbos no presenta sino un solo tipo, con gran riqueza de formas.

El vocabulario jeneral de la lengua se distingue tambien por su abundancia.

En el *mapuche* predominan en cada palabra las vocales sobre las consonantes; de tal modo que el habla resulta mui suave.

Los araucanos actuales, como ántes lo hacian todos los *mapuches*, no usan la *j* castellana; la combinacion *tr* se pronuncia por ellos como en la palabra inglesa *tree*, árbol; i la *rr* tiene en su lengua un sonido fricativo.

Estas peculiaridades fonéticas i muchas otras dan al *mapuche* una armonia característica, que lo hace especialmente simpático a quien por primera vez lo oye.

El escaso desenvolvimiento intelectual de los indíjenas chilenos no les permitia discurrir en términos abstractos, i los vocablos mas usados por ellos se referian a los objetos que les eran familiares; de tal modo que cuando en nuestros dias los misioneros, ya protestantes o católicos, han creido conveniente esplicarles los evanjelios en su propia lengua, se han visto obligados a crear nuevas palabras *mapuches*, o bien, a desnaturalizar el sentido de las ya formadas.

El idioma nacional de nuestros aboríjenes les bastaba en jeneral para todas las necesidades de su vida, pública i privada. En sus juntas de guerra i ceremonias relijiosas empleaban, sin embargo, un estilo especial, con formas i palabras arcaicas, diferente del usado en la conversacion diaria.

Los *mapuches*, segun es sabido, sentian estraordinaria inclinacion al jénero oratorio, i, aun en las circunstancias comunes de la vida, pronunciaban largos discursos.

Tanta importancia daban a la facilidad de hablar

que se esforzaban por educar especialmente a sus hijos en el uso de la palabra.

Por lo demas, en el fondo de su alma primitiva, los naturales de nuestro pais, a pesar de que constantemente se hallaban dominados por bajas pasiones i apetitos groseros, cultivaban sentimientos poéticos, i, en el idioma suave i tierno que habian heredado de sus padres i abuelos, cantaban a menudo para invocar a las almas de sus parientes muertos, enaltecer las proezas ejecutadas contra el enemigo, alejar el espíritu maligno o conquistar a la mujer amada.

El exámen científico del idioma i de la tradicion *mapuches* nos proporciona una buena prueba de que nuestros aboríjenes se hallaban mui léjos de ser los últimos entre los naturales que poblaban la América del Sur (1).

Los *mapuches*, sin embargo, no construian ciudades. Vivian, a lo mas, en rancherias, semejantes a las que hoi se ven en la antigua frontera araucana.

Sus casas, o *rucas*, como las llamaban, eran de madera i de paja; i tenian forma circular o rectangular.

---

(1) Esta opinion ha sido admitida por algunos etnógrafos notables de nuestros dias. Ya se ha nombrado al anglo americano Morgan; i podria tambien citarse al danes Starcke, quien en su obra *La famille primitive*, Paris, 1891, pájina 45, dice espresamente, al describir los aborijenes americanos: «Las tribus araucanas bajo muchos respectos son mas civilizadas que las otras».

Sobre unos cuantos postes clavados en el suelo colocaban la enmaderacion, i en seguida cubrian las paredes con junquillo, carrizo o cortadera, segun las plantas mas comunes en la localidad.

Nunca construian una *ruca* al lado de otra, sino a alguna distancia, entre otras razones, por temor a los hechizos.

De ordinario levantaban sus habitaciones en la montaña, cerca de alguna corriente de agua.

«Esta es una de las dificultades que hai para conquistarlos, escribia en el siglo XVII el mas notable de los cronistas de Chile, i la mayor que hai para doctrinar los que estan de paz, porque los predicadores no los hallan en pueblos, ni en ciudades, ni los pueden juntar, sino que han de andar de casa en casa i de quebrada en quebrada predicándoles (1).»

Como lo advierte, sin embargo, el mismo misionero citado, en los primeros tiempos de la conquista no faltaban agrupaciones mas o ménos grandes de *rucas*, que él designa con el nombre de pueblos, por ejemplo, en el valle del Mapocho, donde se fundó la ciudad de Santiago; pero estas agrupaciones, o *rancherías*, habian ido desapareciendo lentamente.

La construccion de una *ruca* obligaba al dueño a reunir a sus amigos en fiestas i bailes, que siempre se convertian en borracheras.

---

(1) Diego de Rosales, *Historia Jeneral del reino de Chile.* Libro I, capítulo XXVI.

Segun un distinguido escritor contemporáneo, las costumbres de los indíjenas chilenos no han esperimentado desde aquellos lejanos tiempos grandes variaciones en lo que se refiere a sus ranchos o *rucas*, que él ha estudiado en el actual territorio araucano.

«Cuando la *ruca* es mui grande, escribe, lleva tres secciones, una central i dos laterales, donde se encuentran, como camarotes, los dormitorios de las mujeres, *catrintucun*».

«El aspecto en conjunto, agrega, es el de un rancho bajo, ovalado, con techo en forma de casco de embarcacion i abierto en las estremidades para el escape del humo (1).»

Segun el mismo autor, ya no se encuentran *rucas* de forma circular; pero sí se levantan muchas rectangulares o cuadradas, como las antiguas descritas por Rosales. Las hai tambien con figura de óvalo, i, rara vez, de herradura.

En cada *ruca*, la cual es mas o ménos grande segun la fortuna de su dueño, vive una familia, compuesta del marido, sus mujeres e hijos.

El padre de familia, o sea el marido, goza de una autoridad ilimitada sobre los suyos.

Entre los indíjenas chilenos no hai noticia de que hayan predominado jamas los lazos maternos de parentesco sobre los lazos paternos. Por el contra-

(1) Tomas Guevara, *Historia de la civilizacion de Araucanía*. Tomo 1.º, pájina 201.

rio, siempre han sido prohibidos los matrimonios con parientes cercanos por línea masculina.

Los *lov*, o rancherías, se hallaban constituidos, como actualmente en el territorio araucano, sobre la base patriarcal; i los hombres que deseaban casarse debian buscar mujer en otros *lov* que aquél a que pertenecian.

Ademas, el recien casado por ningun motivo debia instalar su vivienda al lado de la familia de su mujer, donde habria sido mirado con desprecio; i, por el contrario, estaba obligado a construir su *ruca* en el *lov* de su padre.

La ceremonia del matrimonio, como muchas veces ha sido descrita por antiguos i modernos historiadores, consistia en un rapto simulado, al cual seguia el pago de la dote, o sea, unas cuantas ovejas de la tierra, o *hueques*, algunas mantas de lana i muchas botijas de chicha.

La dote debia entregarse, nó a la mujer, sino a su padre, i en defecto de él a su hermano de padre i madre. Si la novia carecia de estos parientes, debia recibir el pago uno de sus hermanos de padre, o bien, el mayor de sus tios por línea masculina (1).

(1) Este predominio del parentesco masculino sobre el femenino entre los naturales de nuestro pais puede fácilmente comprobarse en los antiguos cronistas. Por lo demas, continúa rijiendo en gran parte en las rancherías araucanas de hoi, segun me lo han asegurado el doctor don Rodolfo Lenz, don Víctor Manuel Chiappa i don Julio Montebruno, sobre la base de sus observaciones personales.

«Las mujeres, afirma el padre Rosales, como son hacienda propia de el marido, i que las ha comprado, no quedan libres en muriendo él, sino que se las deja por herencia al hijo mayor, i él las tiene por sus mujeres, i, reservando a la madre, las demas le sirven para el tálamo i en los oficios domésticos. I si alguna no quiere hacer vida con él, ha de ser rescatándose, i volviendo lo que le costó a su padre. I si el que muere no tiene hijos, hereda las mujeres el hermano o el pariente mas cercano, i cuando hace testamento se junta toda la parentela, i de palabra hace las mandas, i a cada uno deja alguna cosa, repartiendo las mujeres, los ganados, las tierras, las armas, los caballos, i así de las demas alhajas (1).»

Confirman estas noticias sobre la condicion inferior que sufria el sexo débil entre los naturales de Chile todos los cronistas, i, entre ellos, un prolijo militar español que escribió algunas pájinas mui interesantes acerca de la plaza de Valdivia, cien años mas tarde que el padre Rosales.

El capitan don Pedro de Usauro Martinez de Bernabé pertenecia a la guarnicion de aquel puerto, donde contrajo matrimonio en 1750; i desde allí pudo observar las costumbres de los indíjenas que habitaban la zona comprendida entre el rio Tolten i las fronteras del Bio-Bio.

Este autor se complace en estudiar a los natura-

(1) Rosales, obra citada. Libro I, capitulo XXIV.

les, i agrupa en su memoria un gran número de detalles, descritos con exactitud i precision, que no pueden ménos de ser aprovechados por los etnógrafos.

«Estas mujeres, escribe, refiriéndose a las araucanas, pueden con razon llamarse esclavas, porque se constituyen, casadas o solteras, en servir como tales al marido, padre o hermano, en todo lo necesario para mantenerlos i vestirlos, sembrarles i hacerles chichas para sus continuas bebidas, pues, entregados estos hombres a la ebriedad, flojedad i usanzas, estas infelices hembras estan en continuo trabajo i desprecio, recibiendo cada rato heridas i golpes de sus prevaricados dueños (1).»

En realidad, como lo asegura el capitan valdiviano de las mujeres de Arauco, puede afirmarse, segun el testimonio de los antiguos cronistas, que entre nuestros aboríjenes la mujer era el obrero mas útil en épocas de paz.

Miéntras los hombres del *lov* se entregaban a los placeres que les ofrecian la embriaguez, la pereza i sus variados juegos nacionales, ellas no solo preparaban la comida sino que tambien cultivaban la tierra.

Cuando los conquistadores españoles llegaron a

(1) *La Verdad en Campaña.* Relacion histórica de la plaza, puerto i presidio de Valdivia, por don Pedro de Usauro Martinez de Bernabé. Obra publicada por don Nicolas Anrique Reyes, en Santiago, año de 1898. Véase la *Biblioteca Jeográfico-Hidrográfica de Chile,* segunda serie.

Chile los naturales del pais sembraban papas, maiz, porotos i zapallos. Cultivaban ademas entre otros cereales el llamado *mangu*, parecido al centeno, del cual estraian una harina negruzca. Este cereal fué completamente abandonado tan pronto como los indíjenas comprendieron las ventajas del trigo, i en la actualidad es imposible encontrar ejemplares de la planta en nuestros campos (1).

Las mujeres de los naturales no se limitaban a estas funciones, a pesar de que habrian bastado para llenar su vida. A su cargo corrian tambien otras tres importantes industrias: los tejidos de lana i la fabricacion de canastos i vasijas de barro.

Los hombres se imajinaban que habian nacido solamente con el fin de hacer la guerra i ejecutar algunos trabajos que requerian músculos mas resistentes que los femeninos; i así se esplica que sus mujeres, hermanas e hijas, sembraran para ellos el suelo, les prepararan el alimento diario, tejieran sus mantas i *chamales*, fabricaran las ollas de la cocina i se dedicaran a la cesteria.

«Esta es una nacion, afirma el capitan Usauro Martinez de Bernabé con referencia a Arauco, repartida por terrenos para diferenciar sus parcialidades. No tienen pueblos; habitan dispersos en unos

(1) Don Claudio Gay obsequió al Museo Nacional algunos ejemplares secos, que habia recojido él mismo; pero, despues de medio siglo de esta época, la planta parece haberse estinguido. Debo esta noticia al distinguido botánico don Federico Johow.

ranchos pajizos de mas o ménos estension; tienen por cabeza un cacique, o mas, en cada parcialidad; su mando es reducido a llevar la voz de su terreno. En lo demas, solo le obedece el que quiere, i su superioridad no alcanza a la facultad de hacerse obedecer; i siendo pobre lo desprecian, aunque nunca le privan el nominativo de cacique; i así el indio mas vil que adquiere hacienda es mas respetado, i conocido por *guilmen* (o rico), epíteto suficiente para tener mas parciales i obedientes. I, como en estos términos es mirado el cacique, no se diferencia en sus juntas de los demas, sino en el asiento con primacia, i tenerla para romper la voz por su parte. Pero esto no lo liberta de ser atropellado de unos i otros en cualquiera contienda que suscite la borrachera o la discordia; ni ménos los distingue para los casamientos, por no atenderse en ellos calidad. I, últimamente, nunca sujeta la voluntariedad de sus súbditos, ni éstos conocen la política de la obediencia (1).»

Actualmente, en las rancherias de Arauco, como en los tiempos en que escribia el capitan citado, cada parcialidad tiene su *lonco*, o cacique; i cada *lov* reconoce un *inapalonco*, o segundo del *lonco*, en otros términos, su representante (2).

«El ser *toqui*, o cacique, se lee en el padre Rosa-

(1) *La Verdad en Campaña*, pájina 102.

(2) Noticias de don Rodolfo Lenz, quien las ha obtenido directamente de un anciano cacique de Arauco.

les, no se adquiere por merced ni eleccion, sino por herencia; de modo que muerto el cacique pasa el cargo al hijo mayor o al mas capaz, i, si el hijo mayor es pequeño, ejercita el cargo el hermano del cacique difunto o el pariente mas cercano, hasta que el hijo mayor tiene edad competente. I hai poca ambicion entre ellos, por ser de poca utilidad el oficio i cargo de cacique, aunque es de honor (1).»

Segun el padre Rosales, entre nuestros aboríjenes habia tambien *toquis* jenerales, unos de paz i otros de guerra.

Los primeros llevaban como insignia un ramo de canelo (2), i los segundos un hacha de piedra.

Al *toqui* de paz le correspondia convocar a los caciques para las reuniones en que debia tratarse de poner fin a las hostilidades, o para celebrar fiestas i borracheras. El *toqui* de guerra, por la inversa, dirijia las espediciones bélicas.

Ni uno ni otro, sin embargo, «tenian mas dominio en los vasallos de su provincia que los demas caciques (3).»

«El uso i costumbre de la tierra de indios, que llaman *ad-mapos*, era el rei i lei que a todos únicamente obligaba, i siendo estos *ad-mapos* heredados, la libertad, poligamia, ebriedad, alevosia, flojedad i

(1) Rosales, obra citada. Libro 1.º, cap. XXIII.

(2) Este no es el árbol de Ceilan, sino el conocido en botánica con el nombre de *Drimys Winteri*, en lengua indíjena *voighe*.

(3) Rosales, obra citada. Libro 1.º, cap. XXIII.

perfidia, ni de ellos se separaban, ni ménos admitian la reflexion natural para apartarse de las costumbres, por cuanto dominaba en ellos como inviolable precepto el ejemplar de sus mayores o antepasados (1).»

Este respeto supersticioso por las personas de los muertos formaba tambien la base de sus prácticas religiosas.

Creian en una segunda vida, i se imajinaban que los hombres, segun su condicion terrena, estaban llamados a destinos diversos.

«Los caciques se convertian en moscardones i se quedaban en los sepulcros: de allí salian a ver a sus parientes, i se hallaban con ellos en las fiestas i las borracheras. I los hechiceros, en todos las invocaciones que hacian, llamaban a las almas de los difuntos, diciendo: *Pu am*; nó al demonio precisamente, que no le conocian, aunque él era el que les hablaba i les daba a entender que era alguno de sus difuntos. I lo mismo entendian por el *pillan*, a quien tambien invocaban, porque los volcanes, que eran muchos i echaban fuego, decian que eran algunos de sus caciques difuntos que habitaban en aquellos volcanes i arrojaban fuego cuando se enojaban.»

«Los caciques i indios nobles, para que su memoria quedara para siempre, se hacian enterrar en los cerros mas altos, i en los lugares donde se juntaban a jugar a la chueca, o en los *rehues*, que eran los

(1) Usauro Martinez de Bernabé, obra citada. Pájina 103.

lugares donde se juntaban a tratar las cosas de importancia.»

«Las almas de los indios soldados que como valerosos morian en la guerra, decian que subian a las nubes i se convertian en truenos i relámpagos. I que allí proseguian con la ocupacion que acá tenian de el ejercicio de la guerra, i lo mismo decian que les sucedia a los españoles que morian en ella, que subian a las nubes i allá estaban peleando con los indios. I a unos i a otros llamaban *pillan*.»

«El tercer jénero de jente, que era la comun de hombres i mujeres, decian que en muriendo iban sus almas a la otra banda de el mar a comer papas negras.»

«Persuadidos a que las almas eran corpóreas i a que en otra vida comian i necesitaban de abrigo, les ponian a los difuntos en las sepulturas los mejores vestidos que tenian en vida, las joyas, i las armas, para que pelearan; fuego, para que con él allá se alumbraran i hicieran sus candeladas; i comida, para que comieran (1).»

Este pueblo, tan supersticioso como todos los pueblos primitivos, no carecia por cierto de brujos o adivinos, quienes al mismo tiempo ejercian actos de sacerdotes i de *machis*, o curanderos.

En las antiguas crónicas se lee que estas profesiones, las cuales a menudo se hallaban confundidas con vicios repugnantes, eran desempeñadas indis-

(1) Rosales, obra citada. Libro 1.º, capítulo XXIX.

tintamente por hombres o mujeres; pero en los últimos años de la colonia el oficio de *machi* llegó a ser esclusivo patrimonio del sexo femenino (1).

Al frente de la casa de la *machi* se levantaba siempre el *rehue* , o altar de los indíjenas, que consistia en una grosera escala de madera, tallada en un tronco de árbol, con grandes ramas de canelo.

Tal era el sitio sagrado donde los *mapuches* celebraban sus principales ceremonias relijiosas. Al pié de este rústico altar degollaban a las víctimas humanas i a los animales propiciatorios; i la *machi*, que era tambien sacerdotiza, subia por la escala para rogar al *pillan* en favor de los asistentes.

Estas creencias de nuestros aboríjenes, fundadas, como se ha visto, en el culto de los muertos, no los difenciaban, sin embargo, de los demas pueblos primitivos; pues, segun la majistral teoria desenvuelta por el filósofo ingles Spencer en su *Sociolojia*, este mismo ha sido el primer grado desde el cual los hombres de las mas apartadas rejiones del mundo han ido elevándose hasta el puro idealismo.

Tampoco distinguian a los *mapuches* de una manera radical entre las naciones semi-bárbaras ni la construcion de sus *rucas,* ni sus cultivos, ni sus ceremonias matrimoniales, ni sus prácticas de gobierno.

---

(1) Usauro Martinez de Bernabé, obra citada. Véase la pájina 106, donde se notará que en la segunda mitad del siglo XVIII el oficio de *machi* pertenecia esclusivamente a las mujeres.

En cambio, su valor personal i la rara porfia con que defendieron el suelo en que habian nacido, constituyen rasgos característicos que, no solo los han hecho dignos de la epopeya, sino que tambien los han singularizado en la historia americana.

«I es forzoso, escribe el padre Rosales, para que tenga los esmaltes debidos la corona que merecen los españoles, sus conquistadores, decir con qué indios las hubieron, con quiénes midieron sus fuerzas, que, a no haber alargado la medida, no hubieran jamas igualado a una jente que pelea desmedidamente, i que sobrepuja a los demas indios de la América en la valentia, arrogancia i valor (1)».

En realidad, cuando se piensa que indíjenas casi desnudos, armados con flechas i macanas de madera, resistieron durante siglos el empuje formidable de batallones europeos, los cuales usaban espada i arcabuz, la imajinacion llega a concebir que aquellos naturales poseian virtudes superiores a las humanas.

Las frias lecciones de la historia nos revelan, sin embargo, al traves de los heroicos espejismos de la guerra de Arauco, que los *mapuches* eran hombres como todos, i que adolecian en un grado estraordinario de los vicios propios a una nacion inculta.

(1) Rosales, obra citada. Libro I, capítulo XVIII.

II

La célula jeneradora de nuestra sociedad.—Los primeros encomenderos.

En la historia de una nacion los sucesos que atraen con mayor fuerza el espíritu son sin duda las campañas militares i las luchas políticas, en seguida todo aquello que se relaciona con actos de las autoridades públicas, i, por último, algunos hechos privados de gran relieve i trascendencia.

Nadie podria negar la inmensa importancia de ales acontecimientos en la marcha regular de un pueblo.

Al lado, sin embargo, del estrépito de las armas i del vocerio de los partidos en el foro, simultáneamente con las leyes dictadas por los jefes civiles i eclesiásticos, confundidos con esos grandes escándalos o esos heroicos actos de virtud que a las veces conmueven una ciudad entera, se verifican en nilencio i sin interrupcion otra clase de hechos que no hieren la vista, pero que van trasformando de

una manera poderosa las bases mismas de la organizacion social.

La influencia ejercida por estos sucesos de carácter hasta cierto punto doméstico en el destino de las naciones solo ha sido bien comprendida en los tiempos modernos; pero lo ha sido en tal forma que no se concebiria hoi una historia completa sin el estudio profundo i detallado de las condiciones especiales en que se ha desenvuelto cada pais.

En nuestra sociedad la célula primitiva se encuentra en la encomienda de indíjenas; la cual ha ido constituyendo esta nacion de una manera privada, pero continua i eficaz.

Cuando los soldados españoles empezaron a conquistar esta tierra, puede decirse que no fundaron propiamente ciudades, sino mas bien campamentos de paja i de barro, que eran otros tantos asilos para las mujeres i los niños, i otros tantos refujios contra las inclemencias del invierno.

Los súbditos del rei de España que militaban bajo las órdenes de Pedro de Valdivia, de Hurtado de Mendoza, de los Villagras, de Bravo de Saravia, de Rodrigo de Quiroga, de Ruiz de Gamboa, i de don Alonso de Sotomayor, se ocupaban principalmente en guerrear contra los indíjenas, para someterlos de un modo definitivo a la corona.

Mas tarde, las ciudades que merecieron el nombre de tales se hallaban tan poco pobladas que mas bien parecian villorrios, i estaban tan espuestas a los terremotos, i a las innundaciones del mar o de los

rios, que no era difícil imajinar su desaparecimiento completo.

En cambio, las encomiendas de indíjenas con que los gobernadores agraciaban a sus soldados mas valientes en recompensa por sus fatigas en las campañas, i de las cuales aprovechaban éstos para estraer oro i cultivar sus tierras, desde el principio arraigaron a los europeos en nuestro suelo, no solo por las ganancias que ellos obtenian en los lavaderos, sino tambien por el cariño que empezaron a sentir en sus rudos corazones hacia un pais que les pagaba con creces sus afanes, en forma de espléndidas cosechas i de numerosos rebaños.

Aunque la mayor parte de las encomiendas distribuidas por Pedro de Valdivia fueron desbaratadas por los indómitos mapuches, muchas de éstas subsistieron al norte del rio Maule, i constituyeron el primer núcleo vigoroso de cultura europea.

A pesar de que por su frájil organizacion los repartimientos de indíjenas se asemejaban a simples telarañas, sobre todo comparados con las poblaciones de Santiago i la Serena, donde despues de algunos años se levantaron casas de adobes i se formaron hogares respetables, aquellos centros compuestos de verdaderos siervos ocultaban en su seno un jérmen de estraordinaria fecundidad.

Cada uno de los encomenderos españoles, a cuyas órdenes trabajaban centenares de hombres, hacia producir en un año a los terrenos de su pertenencia mayor cantidad de frutos que la que nunca habian

visto los naturales en toda la estension del pais.

Así fueron naciendo poco a poco esas inmensas haciendas de la colonia; verdadera base de la riqueza de nuestra sociedad, i sólido pedestal de su clase directora, puesto que en el siglo XVIII las principales de ellas quedaron vinculadas, con prohibicion de enajenar, en forma de mayorazgos o de censos perpetuos.

Merced al sistema de encomiendas, los súbditos de Cárlos V i de Felipe II adquirieron verdadero dominio en el valle central del fértil reino de Chile. Por la fuerza de los arcabuces i de los cañones detenian a los araucanos en las riberas del Bio-Bio, i por el empuje del arado tomaban definitiva posesion del suelo en que ondeaba la bandera real.

Las ciudades de la rejion ocupada por las armas españolas habrian podido ser destruidas centenares de veces, i habrian vuelto a renacer con mayor vigor; porque el consorcio de los europeos con la tierra americana estaba consumado de una manera inconmovible en los campos sin fin de las encomiendas.

Por lo demas, en estas mismas encomiendas, así como en las ciudades de todo el territorio i en las fronteras de la guerra, desde los primeros dias empezó a mezclarse i a confundirse la sangre castellana con la sangre mapuche, i empezó a vivir la vigorosa raza de los mestizos, que hoi forma la inmensa mayoria de los habitantes de esta república.

La historia de las encomiendas encierra, pues, la historia de la verdadera conquista de Chile.

Segun documento fidedigno, cuando Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago, i estendió los límites de su jurisdiccion desde el valle de los chañares, o sea, desde el sur del desierto de Atacama, hasta el rio Maule, imaginaron los conquistadores que éste era un territorio mucho mayor que el real, i que se hallaba poblado por innumerables indíjenas (1).

Sea que Valdivia incurriera en este mismo error, sea que deseara complacer a sus compañeros, segun parece indicarlo en carta dirijida a Cárlos V desde la Serena, la verdad fué que creyó poder dar cédulas de repartimiento i encomienda dentro de los límites fijados a sesenta vecinos de la nueva ciudad.

Mui poco tiempo despues, los soldados españoles se fueron persuadiendo de que la lonjitud de la comarca contenia solamente la mitad de las leguas supuestas, i de que en ella no moraban tantos mapuches como habian creido al principio (1).

Los continuos combates sostenidos por los eu-

(1) Medina, *Documentos inéditos para la historia de Chile.* Tomo VIII, documento XL.

(2) En el requerimiento del procurador de Santiago para que se reformasen las encomiendas, publicado por Medina en el tomo 8.° de sus *Documentos Inéditos*, i de donde provienen las noticias comentadas en el testo, se asegura que, despues de haber creido los conquistadores que el territorio asignado a la jurisdiccion de Santiago media ochenta leguas, des-

ropeos habian sido, por otra parte, una causa poderosa de disminucion de los naturales; de tal modo que los centros mas abundantes de indíjenas solo llegaban, a lo mas, a ciento, i, en su mayoria, a cincuenta individuos, sin faltar algunos de a treinta.

Las encomiendas que en los primeros dias alcanzaron, en el espíritu fantástico de los conquistadores, proporciones estraordinarias, que las acercaban a los grandes feudos europeos de la edad media, se habian achicado, pues, hasta convertirse en grupos aislados, i relativamente pequeños, de servidores incultos i vagabundos.

Esta fué sin duda una de las principales razones que dieron oríjen al requerimiento que el procurador de la ciudad de Santiago, el aleman Bartolomé Blumenthal, conocido con el nombre de Bartolomé Flores, dirijió al cabildo, en julio de 1546, para que solicitara del gobernador Valdivia la reforma de las encomiendas, i concediera nuevos repartimientos en los valles que se encontraban al sur del rio Maule.

Debe confesarse, sin embargo, que la peticion de Flores obedecia tambien a otro propósito determi-

---

de el valle de los chañares hasta el rio Maule, habian descubierto que solo tenia treinta i siete leguas de lonjitud, i no mas. Este es un error manifiesto, aceptado, de buena o de mala fe, por Bartolomé Flores. Por eso en el testo no se ha dado lugar a tales mensuras, i únicamente se deja testimonio de que los españoles habian creido mas estenso el territorio de lo que era en realidad.

nado, que se mantenia oculto, i que habia sido acojido por el mismo Valdivia.

El gobernador de Chile juzgaba equitativo i de buena política mejorar la condicion de los principales entre los soldados que habian consentido en acompañarle desde el Perú, i la de otros personajes que le habian traido posteriormente socorros, aunque para ello hubiera de desposeer a algunos individuos de menor importancia.

Es evidente, por lo demas, que el procurador de ciudad procedia en perfecto acuerdo con Valdivia.

Presentado al cabildo, que se hallaba en el secreto, el requerimiento de Flores recibió la unánime aceptacion de alcaldes i rejidores, los cuales por supuesto iban a ser de los agraciados; i todos juntos se dirijieron inmediatamente a una sala vecina, donde les esperaba el gobernador, rodeado de numerosa concurrencia.

Allí el escribano Luis de Cartajena leyó *de verbo ad verbum* i en voz alta el requerimiento de Flores. que fué confirmado en todas sus partes por los capitulares presentes, a saber, Juan Fernandez de Alderete i Rodrigo de Araya, alcaldes, i Francisco de Aguirre, Juan Dávalos Jufré, Jerónimo de Alderete, Pedro Gomez de don Benito i Juan Gomez, rejidores.

I, como si esto no fuera bastante, los oficiales reales, entre quienes se hallaban los primos Alderete, Jerónimo i Juan Fernandez, que acababan de manifestar su opinion, presentaron a Valdivia un se-

gundo requerimiento, redactado en los mismos términos que el de Flores.

Despues de examinado el asunto, i en vista de la unanimidad del cabildo, el gobernador, con fecha 25 de julio, dictó un decreto por el cual accedia a lo solicitado.

Los sesenta encomenderos primitivos fueron reducidos a treinta i dos, i a algunos de éstos mandó agregar Valdivia una docena de caciques, de los que moraban entre los rios Maule e Itata.

Los nombres de los preferidos son los que van designados a continuacion:

1.—El capitan Alonso de Monroi.
2.—Doña Ines Suarez.
3.—El maestre de campo Francisco de Villagra.
4.—El capitan Juan Bautista Pastene.
5.—El bachiller Rodrigo Gonzalez, eclesiástico.
6.—El clérigo Juan Lobo.
7.—El capitan Francisco de Aguirre.
8.—Pedro Gomez de Don Benito.
9.—Rodrigo de Araya.
10.—Juan Fernandez de Alderete.
11.—Jerónimo de Alderete.
12.—Pedro de Villagra.
13.—Juan Jufré.
14.—Gaspar de Villarroel.
15.—El alguacil mayor Juan Gomez.
16.—Alonso de Córdoba.
17.—Rodrigo de Quiroga.
18.—Gonzalo de los Rios.

19.—Pedro de Miranda.
20.—Diego Carcia de Cáceres.
21.—Juan de Cuevas.
22.—Gabriel de la Cruz.
23.—Bartolomé Flores.
24.—Salvador de Montoya.
25.—Gaspar de Vergara.
26.—Juan Godinez.
27.—Francisco Riberos.
28.—Márcos Veas.
29.—Francisco Martinez Vegaso.
30.—Diego Garcia de Villalon.
31.—Alonso de Escobar.
32.—Juan Gallego (1).

Segun el pregon mandado dar por Valdivia, debian entregar sus indíjenas los diez i nueve encomenderos siguientes: Catalina Diez, don Francisco Ponce de Leon, Antonio Zapata, Francisco Martinez, Juan Negrete, Francisco Rabdona, Antonio Tarabajano, Juan Galaz, Santiago Bazan, Juan Cabrera, Juan Pinel, Francisco de Vadillo, Pedro Gamboa, Francisco Carretero, Alonso Moreno, Pedro de Herrera, Diego de Velasco, Luis Ternero i Alonso Galiano.

Por fin, el gobernador ordenó que los encomenderos no comprendidos en las dos listas trascritas, solo debian conservar los naturales que el mismo gober-

(1) Véase la seccion de *Apuntaciones i Documentos* (capítulo I), que se halla al final de esta obra.

nador les habia repartido últimamente, i devolver en el término de quince dias aquellos que habian recibido en depósito con anterioridad.

De advertir es que Valdivia, aunque tenia facultad para conceder encomiendas, fué espresamente autorizado para hacerlo con fecha 18 de abril de 1548, por el nombramiento de gobernador que recibió del presbítero la Gasca (1); i hasta entónces, se habia limitado a declarar en los títulos de repartimiento que *depositaba* tales o cuales caciques, i nó que los daba en encomienda, sin duda alguna para reservarse el derecho de anular o modificar estas concesiones.

Al dia siguiente de promulgado el bando, o sea, en 26 de julio (2), Valdivia juzgó indispensable hacer dar un nuevo pregon, con algunas aclaraciones sobre las cédulas de encomienda que quedaban nulas i sobre aquellas que conservaban toda su fuerza.

Así, verbigracia, en este segundo decreto estableció claramente que su voluntad era mantener los depósitos de indíjenas concedidos ántes del 25 de julio al sur del rio Maule.

Otra cláusula de importancia fué la que ordenó que cada uno de los encomenderos de Santiago de-

(1) Morla Vicuña, *Estudio histórico sobre el descubrimiento i conquista de la Patagonia i de la Tierra del Fuego*. Apéndice, pájina 64.

(2) Por equivocacion manifiesta del documento orijinal o de la copia, se lee en la *Coleccion de documentos inéditos* de Medina que este nuevo pregon fué dado en 6 de julio.

bia tener las armas i caballos necesarios para defender el territorio conquistado, i para seguir al gobernador en las nuevas campañas, entendiéndose que, si alguno no podia adquirir cabalgadura en el término de cinco meses, debia marchar a pié.

La merced de las encomiendas de Chile descansó, pues, desde los primeros tiempos, sobre una base esencialmente feudal. Los agraciados recibian en depósito un número mas o ménos grande de servidores, que quedaban bajo su guarda, a condicion de que ellos mismos continuarian combatiendo en la conquista del pais.

El plazo de cinco meses dentro del cual los encomenderos de Santiago debian tener caballos para salir a campaña era una concesion especial de Valdivia, puesto que en diversas reales cédulas solo se daban cuatro meses con tal objeto (1).

Corriendo los años, los encomenderos de la capital de Chile, acostumbrados al servicio personal de sus vasallos indíjenas, llegaron a creerse dueños de los repartimientos, i por todos los recursos posibles trataron de eludir el cumplimiento de la obligacion que les estaba impuesta de ir a la guerra.

Sin duda alguna, por esta causa, algunos gobernadores introdujeron entónces la práctica de que, al tomar posesion de su encomienda, el favorecido jurara de una manera solemne llenar fielmente

(1) Lei 8, titulo 8, libro 6 de la *Recopilacion de Indias*.

sus deberes, en la misma forma en que lo hacian en la Europa medioeval los señores feudales.

He aquí un ejemplo interesante, que se encuentra en los archivos de la familia Cerda:

«*Juramento de don Alonso Campofrio de Carvajal, al tomar posesion de la encomienda de la Ligua.*

«En la ciudad de Santiago de Chile, a ocho dias del mes de octubre de mil i seiscientos, i treinta i ocho años. Ante mí, el escribano de su Majestad i de gobierno, pareció el maestre de campo don Alonso Campofrio i Carvajal, i juró a Dios i a la cruz, en forma de derecho, e hizo pleito homenaje segun fuero de España de ser fiel i leal vasallo al rei nuestro señor i a sus sucesores, en éstos i los demas sus reinos, i ponerse debajo del estandarte real todas las veces que fuere llamado, i defenderlo hasta perder la vida, haciendo todo aquello que un buen i leal vasallo de su Majestad es obligado, pena de aleve i de perder esta encomienda; i a la conclusion del dicho juramento dijo: «Si juro, i amen», de que doi fe. Ante mí.—*Domingo Garcia Corvalan* (1).»

Las mismas necesidades dieron oríjen en Europa i en América a unas mismas instituciones.

«Los guerreros bárbaros, se lee en un compendio

(1) Este documento habia sido ya publicado en el tomo primero de la obra *Mayorazgos i Títulos de Castilla en la sociedad chilena del siglo XVIII.*

moderno de historia de la edad media (1), tenian desde la época de Carlomagno la costumbre de jurar al jefe que los sostenia que le serian siempre fieles i que combatirian por él. El señor recompensaba sus servicios sustentándolos, suministrándoles armas, trajes i caballos, i, en ocasiones, regalándoles una propiedad.—La costumbre de pagar a los vasallos dándoles tierras, se hizo jeneral en Francia a fines del siglo IX, talvez porque en este país eran pocos los hombres de armas. La tierra concedida como salario se llamó feudo».

Por lo demas, como es mui sabido, los señores feudales ejercian en sus tierras verdadera soberanía; i los cultivadores i criados eran sus súbditos (2).

De igual modo, en Chile, i jeneralmente en las demas colonias españolas de América, se designaba a los encomenderos con el nombre de *feudatarios* (3); i no faltaba ejemplo de que a un *encomendero* se favoreciera con el dictado de *comendador* (4).

Con lo que ántes va dicho, se esplica el término de *feudatarios* con que se designaba a los soldados que gozaban de repartimientos.

---

(1) *Historia de la civilizacion en la edad media i en los tiempos modernos*, por Ch. Seignobos. Version castellana por Francisco Gutierrez Brito. Paris, 1892. Pájina 86.

(2) Obra citada, pájinas 100 i 101.

(3) Solórzano Pereira, *Política Indiana*, libro 3, capítulo 3 número 27.

(4) *La sociedad chilena del siglo XVIII. Mayorazgos i Títulos de Castilla.* Tomo 3.º, pájina 398.

Fácilmente puede tambien justificarse el título de *comendador*.

La *encomienda*, segun las costumbres caballerescas de la edad media, constituia una dignidad de las órdenes militares, i daba derecho al que la obtenia para percibir renta i llamarse *comendador*.

En los primeros tiempos, a estos comendadores se hallaba confiada la direccion de los jóvenes que pretendian armarse *caballeros*; así como mas tarde en América a los dueños de encomiendas se les encargaba que enseñasen a los naturales la doctrina cristiana i las buenas costumbres (1).

Con estos antecedentes, don Diego Calvo de Encalada i Orozco, encomendero chileno de Codao, tenia hasta cierto punto derecho para llamarse en la corte de Felipe V *comendador de San Francisco de Codao*, puesto que reconocia obligaciones i gozaba de privilejios semejantes a los de las encomiendas europeas (2).

Entre los feudos del Viejo Mundo i las encomiendas americanas habia, sin embargo, muchas diferencias.

Los historiadores se hallan de acuerdo cuando colocan la razon primera del feudalismo en la impotencia de los reyes para defender sus estados, i en la necesidad consiguiente de confiar el gobierno de determinadas porciones del territorio a jefes espe-

(1) Lei 1, título 9, i lei 1, título 10, libro 6 de la *Recopilacion de Indias*.

(2) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*, tomo 3.º, pájina 398

ciales, quienes se comprometian a defenderlas contra los enemigos invasores, ya fueran éstos normandos o sarracenos.

El objeto principal de las encomiendas del Nuevo Mundo no fué por cierto protejer las colonias de agresiones estranjeras, sino adueñarse por este medio de los paises americanos, sometiendo a los naturales a la obediencia del rei de España, i sirviéndose personalmente de ellos con el fin de fundar ciudades, construir casas i fortificaciones, cultivar la tierra, esplotar las minas i lavaderos, i ejecutar todos los servicios domésticos.

En los feudos de la edad media los siervos i villanos pertenecian a la misma raza que los señores; en nuestras encomiendas no sucedia igual cosa, i la inferioridad de los indíjenas de América esplicaba los crueles tratamientos de que eran víctimas por parte de los españoles.

Los feudos, por último, llegaron a ser hereditarios en Europa; miéntras que las encomiendas de América solo se concedian por dos vidas, la del agraciado i la del sucesor inmediato (1).

Esta regla tuvo, sin embargo, escepciones, que casi igualaban las encomiendas a los feudos en cuanto al plazo de la merced.

El emperador Cárlos V i su hijo el rei Felipe II concedieron una tercera i una cuarta vida a los encomenderos de Nueva España, o sea, de Méjico;

(1) Lei 2, titulo 8, libro 6 de la *Recopilacion de Indias*.

i la majestad de Felipe III estendió esta gracia a todas las encomiendas del mismo pais dadas hasta el año de 1607 (1).

Por una real cédula espedida en la época del gobierno del Príncipe de Esquilache, se aumentaron tambien en una tercera vida las encomiendas del virreinato del Perú (2).

En Chile, la majestad de Felipe IV autorizó, en cédulas de 5 de mayo de 1629 i de 1.° de junio de 1654, para que, mediante ciertas contribuciones de dinero, pudieran las encomiendas ser prorrogadas por una tercera vida. Los reyes hicieron ademas concesiones especiales a los principales encomenderos por una cuarta i hasta por una quinta vida (3); i, a su vez, los gobernadores se arrogaron la facultad de aumentar nuevas vidas a las familias ricas, aunque esta ampliacion era por tiempo determinado, miéntras resolvia el soberano (4).

Desde principios del siglo XVII se estableció por los monarcas españoles que las encomiendas de Indias, aunque fueran concedidas por autoridad com-

(1) Lei 14, título 10, libro 6 de la *Recopilacion de Indias.*

(2) Torres Saldamando, *Libro primero de Cabildos de Lima.* (Segunda parte). Apuntes históricos sobre las encomiendas del Perú. Pájina 121.

(3) *Mayorazgos i Títulos de Castilla en la sociedad chilena del siglo XVIII.* Tomo 1.°, pájinas 265, 266 i 325; i tomo 3.°, pájinas 120 i 121.

(4) La misma obra. Tomo 1.°, pájina 149; i tomo 3.° pájina 291.

petente, debian tener confirmacion real; i, para alcanzarla, se fijó un plazo de cuatro, mas tarde de cinco, i, por último, de seis años, en los distritos de las audiencias de los Reyes, i la Plata, Santiago de Chile, i Manila en las Filipinas (1).

Por los antecedentes espuestos se esplica que las encomiendas mas importantes permanecieran en nuestro pais en manos de una misma familia, hasta la completa estincion de los naturales, o bien, hasta la abolicion de las encomiendas por el rei.

En comprobacion de este aserto, pueden citarse las encomiendas que siguen:

Copiapó. Descendientes de Francisco de Aguirre.

Huana. Descendientes del coronel Pedro Cortes.

Illapel i *Pullalli*. Descendientes de Ramiriañez Bravo de Saravia.

Choapa. Familia de Ahumada.

Ligua. Familia de Cerda.

Purutun. Descendientes de don Bernardo de Iturgóyen i Amasa.

Talagante. Descendientes de don Juan Rodulfo Lisperguer i Solórzano.

Puangue. Familia de Ovalle.

Pico. Descendientes de don Antonio Gonzalez Montero.

Chiñigüe. Descendientes de doña Ana Maria de Azócar.

---

(1) Solórzano, *Política Indiana*. Libro 3.º, pájina 396.

Angostura de Paine. Descendientes de don Melchor Jufré del Aguila.

Codao. Familia Villapalma de Encalada.

Las anteriores encomiendas fueron en realidad, bajo muchos aspectos, verdaderos feudos hereditarios.

Ellas constituyeron el primer molde aristocrático i nobiliario, bajo cuyo amparo empezó a formarse nuestra sociedad; i de ellas nacieron los mayorazgos del siglo XVIII.

Como los poseedores de esta última clase de vínculos, el hijo o hija que sucedia a su padre en una encomienda estaba obligado a alimentar, «segun la calidad de las personas, cantidad de la encomienda i necesidad que tuvieren», a su madre i hermanos (1).

Con tan sabia disposicion los reyes de España aseguraban el esplendor de las familias de los conquistadores en sus dominios de América.

(1) Leyes 3 i 4, título 11, libro 6 de la *Recopilacion de Indias.*

III

Las primeras industrias.—Los primeros trabajos agrícolas.—Los lavaderos de oro.

El prodijioso descubrimiento del Nuevo Mundo, el hallazgo inesperado del Mar del Sur, el azaroso viaje de Magallánes por el estrecho que lleva su nombre, las heroicas hazañas de Cortes en Méjico i de Pizarro en el Perú, atrajeron de preferencia, como era natural, la atencion i el estudio de los cronistas españoles.

Igualmente, en cada una de las colonias españolas fundadas en América, las penalidades i trabajos increibles de los conquistadores para asentar en ellas el dominio real han suministrado, puede decirse, hasta nuestros dias, el principal asunto de los historiadores nacionales.

Así se esplica que el cuadro de los esfuerzos, en alto grado heroicos, realizados por esos mismos soldados de la conquista a fin de dotar a las nuevas sociedades de todos aquellos elementos que cual-

quiera agrupacion de hombres nacidos en Europa necesitaba para subsistir con independencia i con relativa holgura, no haya sido aun trazado de una manera completa.

Por desgracia, hai fundamento para suponer que las huellas de algunos de los ensayos industriales i agrícolas que los valerosos súbditos del rei de España ejecutaron en estas comarcas se han perdido para siempre. A pesar de la inmensa suma de enerjia que representaban tales ensayos, eran considerados entónces como hechos vulgares i poco dignos de consignarse en las crónicas, al lado de las proezas homéricas con que año a año i dia a dia nuevos i vastísimos territorios eran sometidos a la corona de Castilla.

Al ménos, así sucedió en nuestro pais, donde se hace necesario rejistrar los protocolos de los escribanos hoja por hoja a fin de descubrir esos talleres rudimentarios, que encerraban la fecunda simiente de grandes fábricas o de benéficos cultivos, pero que en su mayor parte fueron sacrificados en aras de las falsas ideas económicas reinantes entónces en Europa.

El réjimen colonial de España descansaba sobre la doble base de que estos paises debian mantener relaciones comerciales i políticas únicamente con la madre patria, i de que no solo los hombres sino tambien los productos peninsulares debian ser preferidos a los hombres i productos americanos.

Las premiosas necesidades de la vida se impusie-

ron, sin embargo, en el primer siglo de la conquista, i obligaron a los españoles que vivian en las ciudades o eran encomenderos en los campos a establecer las industrias mas indispensables.

La ciudad que bajo estos respectos se halló mejor dotada en Chile durante el siglo XVI fué, como era de imajinarlo, la capital, o sea, la ciudad de Santiago.

I ello era mui esplicable: porque Santiago constituia el centro del pais i en su recinto estaba instalado el gobierno; i porque despues del asalto de Michimalonco, a los pocos meses de fundada, se vió libre de los ataques de los indíjenas.

En cambio, la Serena, que era la principal ciudad del norte, fué completamente destruida por ellos en 1549, cuando empezaba a prosperar, i mas tarde sirvió muchas veces de blanco a las piraterias de los ingleses; i Concepcion, a la cual los historiadores consideran como la capital militar de Chile, se vió abandonada por los españoles a la muerte de Valdivia i arrasada por los araucanos, i solo empezó a ser reconstruida de una manera definitiva a principios de 1558, por Hurtado de Mendoza, en una desgraciada ubicacion, donde los terremotos i las salidas del mar debian azotarla por espacio de dos siglos.

Las primeras industrias que se establecieron en Santiago fueron las relativas a la alimentacion i vida doméstica de sus habitantes, a la construccion de las casas, al vestido de los españoles, a la repa-

racion de sus armas, a la fábrica de herramientas i a la fundicion de metales.

Los primeros molinos de que se tiene noticia fueron los que levantaron al pié del cerro de Santa Lucia, Rodrigo de Araya i Bartolomé Flores: aquél, a la subida del cerro por la moderna avenida de las Delicias; i éste, por el costado de la calle de la Merced (1).

Las primeras casas construidas en la ciudad no eran sino ranchos, como los que sirven de habitacion a los inquilinos en nuestras actuales haciendas de campo.

«En este tiempo, escribe Pedro de Valdivia a Cárlos V a 4 de setiembre de 1545, refiriéndose a los primeros años de Santiago, (los indíjenas) nos hicieron nuestras casas de madera i paja (2).»

Con el trascurso de los acontecimientos, cuando los españoles se sintieron mas seguros de sus vidas i propiedades, la edificacion alcanzó progresos notables.

Las paredes de las casas fueron hechas de adobes i los techos cubiertos con tejas.

Con fecha 15 de febrero de 1557, el cabildo ordenó que en adelante ningun tejero pudiera vender el millon de tejas a mas de veinte pesos, so pena de perder las vendidas por mayor suma, i una multa de diez pesos (3).

(1) *Historiadores de Chile.* Tomo I, pájinas 150 i 151.

(2) Obra i tomo citados, pájina 2.

(3) Obra i tomo citados, pájina 578.

En 3 de octubre de 1578 se presentó a la corporacion Alonso de Pomareda con el objeto de que le permitieran hacer adobes en el cerro de Santa Lucia.

«Diósele licencia, se lee en el acta correspondiente, con que no haga hoyos, sino que lo vaya peinando, i que los haga junto a donde los hace Domingo de Elosu (1).»

No tuvo igual suerte otra solicitud dirijida al mismo cabildo a principios de 1580 para obtener licencia de hacer adobes en un lugar cercano a la chacra de Diego Garcia de Cáceres, la cual se hallaba al poniente de la ciudad, entre la Cañada i el Mapocho, i empezaba, mas o ménos, en la linea de la moderna Avenida del Brasil.

La corporacion se negó a conceder permiso, en vista del daño que sufriria la ciudad (2).

Este hecho revela que en otro tiempo habia sido costumbre fabricar adobes en la parte plana de Santiago.

En el mes de febrero de 1548 el cabildo aprobó aranceles para los sastres, espaderos i herreros, o sea, una tarifa oficial de los precios que estos industriales debian pedir por su trabajo (3).

Posteriormente estos aranceles fueron modificados en el sentido de disminuir los precios; i el cabil-

(1) *Historiadores de Chile*, tomo XVIII, pájina 51.
(2) Obra i tomo citados, pájinas 183 i 184.
(3) *Historiadores*, tomo 1.º, pájinas 142 i 143.

do agregó entónces una tarifa especial para los zapateros (1).

Nuevas reformas fueron introducidas en las tarifas de los sastres i zapateros con fecha de 20 de julio de 1553. En esta ocasion, ademas, el cabildo dió aranceles diversos a los sastres i a los calceteros (2).

Para la fiesta de Corpus Christi del año 1556, la misma corporacion «mandó a todos los oficiales de sastres, calceteros, carpinteros, herreros, herradores, zapateros, plateros, jubeteros, que sacaran sus oficios e invenciones, como es costumbre de se hacer en los reinos de España i en las Indias (3).»

Esta enumeracion tiene la ventaja de proporcionar la lista completa de los menestrales que en la fecha señalada trabajaban en la ciudad de Santiago; i es casi seguro que todos ellos habian nacido en Europa, salvo quizas unas pocas escepciones de mecánicos peruanos.

Debian pasar algunos años ántes que los naturales de Chile aprendieran tales oficios.

Por el contrario, puede afirmarse con certeza que los indíjenas de nuestro pais prestaron un ausilio eficaz a los conquistadores en la construccion de las primeras casas i molinos.

Del mismo modo, es innegable su cooperacion en

(1) Obra i tomo citados, pájinas 185-188.
(2) Obra i tomo citados, pájinas 354-356.
(3) *Historiadores*, tomo 1.°, pájina 520.

las demas industrias i labores establecidas en las ciudades o en los campos.

Así no puede caber duda de que los indíjenas trabajaron desde el primer momento en las diversas tenerias, o curtidurias, establecidas en Santiago para adobar las pieles que se usaban, no solo en el calzado sino tambien en los arreos i monturas, en varias clases de muebles, como cofres i sillas, i hasta en algunas piezas del traje militar, el coselete, verbigracia (1).

Los indíjenas sirvieron tambien como ausiliares en las casas de fundicion establecidas en Santiago, la Serena i varias ciudades del sur (2), con el objeto de fabricar los tejos de oro que constituian la moneda legal (3).

Las industrias que se enumeran a continuacion revelan notable espíritu de iniciativa de parte de sus fundadores.

Jerónimo de Molina. Este fué un personaje distinguido, pues ejerció en la ciudad de Santiago los altos cargos de alcalde ordinario en 1588 i de correjidor en 1602. Una de sus hijas, doña Melchora, contrajo matrimonio con el caballero madrileño don Diego Flores de Leon, de cuya rama provienen los marqueses de Villapalma de Encalada.

---

(1) Acuerdos del cabildo sobre tenerias en 20 de agosto de 1568 i en 28 de febrero de 1584. *Historiadores*, tomo 17, pájina 244; i tomo 19, pájina 189.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 28, pájina 290.

(3) Medina, *Las Monedas chilenas*, pájinas XLVII—XLIX.

Molina era dueño de una finca en el Salto, i en ella estableció obraje de paños, en compañía del italiano Anton Galan, cuyo apellido era en realidad Fericho, orijinario de una aldea próxima a la ciudad de Jénova (1).

De 1582 a 1586, en tres años i medio, esta fábrica produjo 57 piezas i media de paños pardos, frailescos i blancos, 80 piezas de sayales i cordellates, 428 frazadas, i 5 piezas de bayetas blancas.

La quinta parte de estos artefactos, segun contrato, pertenecia a Galan (2).

Jerónimo de Molina fundó ademas otra industria de gran utilidad, para cuyo efecto contrató a Antonio Guillonda, nieto del italiano Guillermo de Niza (3).

Guillonda se obligó, por escritura de 19 de abril de 1591 (4), a establecer en la chacra que poseia Molina en Vitacura una fábrica de tinajas, botijas i objetos de loza, i a dirijirla por el término de un año.

No hai necesidad de advertir que los obreros de esta fábrica debian ser indíjenas chilenos, ya que la

(1) Joaquin Santa Cruz, *Los italianos en la conquista de Chile.* (Anales de la Universidad, año 1902).

(2) Escritura pública de 23 de mayo de 1586, ante Jines de Toro Mazote. A foja 406 vuelta.

(3) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájina 193.

(4) Otorgada ante Jines de Toro Mazote. Puede leerse en el protocolo correspondiente, a fojas 757.

alfareria constituia una de sus industrias nacionales.

Juan Jufré. La hoja de servicios de Jufré en la conquista de nuestro pais fué brillante. Basta recordar que se halló en el segundo combate de Mataquito contra Lautaro, i que le toca la honra de haber fundado allende la Cordillera la ciudad de San Juan.

Ménos conocida hasta hoi, i, por lo tanto, ménos alabada, ha sido su actividad industrial.

En el año 1553 estableció un molino en Santiago, al pié del San Cristóbal (1).

Fundó ademas un obraje de paños en su encomienda de Peteroa, a orillas del Mataquito; i en la ribera norte del Maule, un astillero (2).

Como ántes se ha leido, Jufré poseia en este último lugar la encomienda de Pocoa.

Su hijo Luis heredó juntamente los indíjenas i las dos fábricas que acaban de mencionarse.

El obraje fué dirijido durante algunos años por Alfonso Bueso, maestro de hacer paños, natural de la villa de Arjona, en Andalucia (3).

Los resultados de este obraje, establecido en un territorio inculto i léjos de la capital, deberian causarnos estraordinaria sorpresa si no supieramos que

(1) *Historiadores,* tomo 1.°, pájinas 359-361.

(2) Archivo de la Real Audiencia, volúmen 427. Escrito de doña Jeracina Jufré, a foja 148 vuelta.

(3) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI,* pájina 127.

los indíjenas eran mui diestros en los tejidos de lana.

Desde el 24 de noviembre de 1587 hasta el 12 de abril de 1589 se fabricaron 1775 varas de jerga, 544 varas de paños pardos, frailescos, negros i blancos, 468 varas de bayetas i cordellates, i 307 frazadas i media (1); i desde el 12 de abril de 1589 hasta el 16 de mayo de 1590, 426 varas 3/12 de paños, 536 varas 4/12 de bayetas, cordellates i estameñas, 1612 1/2 varas de sayales, i 270 frazadas (2).

Ademas de los obrajes mencionados, el de Jerónimo de Molina i el de Juan Jufré, hubo en el siglo XVI otros dos que tuvieron bastante importancia.

Uno de ellos fué el de Alonso de Córdoba en Rancagua,—obraje que aun se hallaba en actividad en el año 1641 (3); i el segundo, la fábrica de paños de Osorno, mantenida por el arte i destreza de los indíjenas, segun lo da a entender un viejo cronista, en las palabras que siguen:

«En efecto, ella (la ciudad de Osorno) quedó mui bien puesta desde su primera fundacion, de suerte que hasta hoi (1595) se conserva: por las muchas comodidades que tiene, así del buen temple i sani-

(1) Escritura pública de 12 de abril de 1589, ante Jines de Toro Mazote. A fojas 1251.

(2) Escritura otorgada ante Jines de Toro Mazote. A fojas 347.

(3) *Apuntaciones i Documentos.* Véase *repartimiento* del mismo Córdoba.

dad de aires, como de las granjerias que hai en ganados i paños que se labran de sus lanas, así de los que se gastan en vestidos, como de los de tapices; las cuales labran los indios con tan perfectas figuras i vivos colores, que parecen hechos en Flandes (1)».

Evidentemente, a la ropa tejida en Osorno, i en algunas otras comarcas del sur, se refiere el acuerdo tomado por el cabildo de Santiago en sesion de de 10 de junio de 1580, con motivo de «haber venido mucha ropa de la tierra de las ciudades de arriba», para que sus dueños, en conformidad a las ordenanzas reales, hicieran manifestacion de ella (2).

El padre Ovalle asegura en su *Histórica Relacion* que en las «minas i ciudades de la tierra dentro» no se gastaba otra ropa que la de Chile,—que esta misma ropa «bajaba tambien a Panamá, Cartajena i a todos aquellos lugares de Tierra Firme»; i agrega que ademas «se sacaba para Tucuman i Buenos Aires, i de aquí al Brasil (3)».

Como se recuerda, el libro de Ovalle fué impreso a mediados del siglo XVII.

A principios de este mismo siglo, el gobernador Alonso de Ribera estableció en Melipilla un nuevo obraje, destinado al ejército.

---

(1) *Historiadores*, tomo 6.º, Mariño de Lobera, pájina 232. Aluden tambien a la fabricacion de paños en Osorno Suarez de Figueroa (pájina 62), Córdoba i Figueroa (pájina 109), i Carvallo i Goyeneche (tomo X, pájina 189); pero, como se sabe, son estas noticias de segunda mano.

(2) *Historiadores*, tomo 18, pájina 209.

(3) *Historiadores*, tomo 12, pájina 19.

«En otras cartas que tengo escritas a V. M., informaba en 1628 el tesorero fiscal de Santiago, le he dado razon del obraje de Melipilla; i, por lo que conviene ponerle remedio para la conservacion de la real hacienda, digo, señor, que convendria procurar arrendar este obraje con los indios que tiene, i no administrarse por cuenta de V. M., como se administra (1)».

En pugna con el anterior dictámen, del cual se desprende que habia gran derroche en la jestion de la fábrica, ha de saberse que, segun datos oficiales, de 1607 a 1618 el obraje de Melipilla habia producido un beneficio líquido de 13,970 pesos 6 reales (2).

«Tambien tengo hecha, escribia al rei el gobernador Ribera, una teneria en Santiago, que es de mucha importancia, porque con los cordobanes, badanas, vaquetas i cueros de suela que se labran en ella, se ayuda mucho al calzado de los soldados i a las sillas que se van haciendo para encabalgar lo que se pueda (3)».

Igualmente en beneficio de los soldados de la frontera, fundó este gobernador en la ciudad de Concepcion sombrereria, zapateria, silleria i otros oficios (4).

---

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*, tomo 4.°, pájina. 264.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral*, tomo 4.°, pájina 276, nota 72.

(3) Barros Arana, obra citada, tomo 3.°, pájinas 415 i 416.

(4) Errázuriz, *Seis años de la historia de Chile*, tomo 2.°, pájina 290. Edicion de 1908.

Por su parte, Alonso Garcia Ramon, que ántes i despues del primer período de Ribera tuvo las riendas del gobierno, estableció en Quillota una fábrica de jarcia, en 1605, «mas que para la marina, asegura un historiador nacional, para la *cuerdamecha* que necesitaban sus arcabuceros en las fronteras (1)».

Con mucha anterioridad, a mediados del siglo XVI, Juan Bautista Pastene, dueño de las encomiendas de Poangue i de los Taguataguas, habia fundado una fábrica de la misma clase.

«Asimismo, escribia al Consejo de Indias en 1559 el licenciado Hernando de Santillan, el capitan Bautista, encomendero, i otros, tienen otro trato i compañia con oficiales de jarcia, i la hacen de lino, i lo siembran i cojen i benefician i hilan los indios, i ninguna cosa se les da por su trabajo, i es justo se provea conforme a lo arriba dicho 2) ».

Santillan defendia el derecho de los indíjenas i pedia que se les pagara el salario correspondiente.

Por último, a principios del siglo XVII, Juan Gomez de Rivadeneira, hijo de Juan Gomez de Almagro, poseia en Quillota un obraje de paños, que no debió de subsistir por mucho tiempo, pues se conservan escasas noticias sobre sus labores (3).

---

(1) Vicuña Mackenna, *De Valparaiso a Santiago*, pájina 197.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 28, pájinas 295 i 296.

(3) *Historiadores*, tomo 21, pájina 26.

En los párrafos que acaban de leerse se halla la lista completa de los principales obrajes del pais en el primer siglo de su conquista por los españoles.

No fué, por cierto, menor el número de los astilleros establecidos por los europeos. La necesidad de abastecer i defender las ciudades del sur, o *de arriba*, como se las llamaba entónces, esto es, Concepcion, Angol, la Imperial, Valdivia, Villarrica, Osorno, Castro, i la de comunicarse constantemente con el Perú, exijian de una manera imperiosa la construccion de barcos de diversas capacidades.

El real camino del Océano presentaba, sin duda alguna, obstáculos mas fáciles de vencer que los bosques del sur i que los desiertos del norte, no solo para conducir socorros sino tambien para pedirlos.

El astillero fundado por Juan Jufré en las riberas del rio Maule se hallaba en tan espléndida situacion que desde aquella lejana época hasta hoi ha permanecido en constante actividad.

Así lo asegura el padre Rosales en su magnífica crónica, escrita, como se sabe, en la segunda mitad del siglo XVII (1); así lo comprueban los documentos que se refieren al período en que el astillero mencionado estuvo bajo la direccion de la Compañia de Jesus (2); i, por fin, de igual verdad puede

(1) Rosales, *Historia Jeneral de el Reino de Chile.* Tomo 1.°, pájina 261.

(2) Barros Arana, *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile.* Pájina 90.

dar fe en nuestros dias todo el que visite la moderna ciudad de Constitucion.

Ademas, hubo astilleros en lo antiguo en todos aquellos parajes de la costa donde la abundancia de madera i las defensas naturales del terreno lo permitian: en la quebrada de Lirquen, a media legua de Concepcion (1); en el rio Valdivia (2); en las costas de Chiloé.

El primer astillero fundado por los españoles fué el de *Concon*, en la ribera sur del rio Aconcagua, donde Pedro de Valdivia mandó construir, en el mismo año de la fundacion de Santiago, aquel bergantin que fué destruido por los indíjenas, i por medio del cual el conquistador de Chile proyectaba comunicarse con las autoridades del Perú (3).

Del mismo modo, en la caleta de Concon empezó a construirse, a principios de 1554, el barco que, por disposicion del cabildo de Santiago, debia llevar al Perú la noticia de la derrota i muerte de Valdivia (4).

Este astillero era entónces propiedad de uno de los industriales mas activos en la época de la conquista.

Antonio Nuñez. Llegó a Chile despues de Pedro

(1) Rosales, obra citada. *Tomo* 1.º, pájina 283.

(2) Rosales, obra i tomo citados, pájina 274. Como es mui sabido, el actual astillero de Valdivia surte de pequeños vapores a toda la costa del Pacífico, hasta Panamá.

(3) Astaburuaga, *Diccionario Jeográfico.* Véase *Concon*

(4) *Historiadores*, tomo 1.º, pájina 407.

de Valdivia, i vivió en nuestro pais, donde fundó numerosa i respetable familia, por espacio de mas de medio siglo (1).

A 5 de agosto de 1550 el cabildo de Santiago le encargó redactase las ordenanzas de las minas de plata, trabajo aprobado por la corporacion con fecha 9 de agosto; i en este último dia Nuñez fué nombrado alcalde de las minas (2).

Antonio Nuñez adquirió grandes propiedades rurales en las vecindades de Santiago i de Valparaiso; i así fué dueño de las primitivas haciendas de Polpaico, Colina i Lampa, próximas a la capital, i de Colmo i Concon, cercanas a aquel puerto.

Consta ademas que construyó las primeras casas i bodegas en Valparaiso.

Nuñez tuvo grandes negocios en Chile i en el Perú; i trasportaba sus mercaderias en buques propios, de los cuales fueron capitanes sus yernos Pedro de Recalde i Nicolaso Perez (3).

Su astillero de Concon era uno de los mas importantes en el siglo XVI. Segun testimonio fidedigno, en él se construyó en 1596 una fragata destinada a llevar productos al Perú (4).

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájina 193. Thayer ha cometido una inadvertencia cuando afirma que Nuñez llegó a Chile en 1554; pues del acta del cabildo de Santiago del 9 de agosto de 1550 aparece que habia llegado diez años ántes.

(2) *Historiadores*, tomo 1.°, pájinas 252 256.

(3) Noticias suministradas por mi amigo don Joaquin Santa Cruz.

(4) Escritura pública de 30 de mayo de 1596, ante Miguel Crisóstomo Venegas. A foja 269 vuelta.

En la misma caleta, Nuñez proyectó establecer ademas la industria de la pesca, con el fin de proveer a la capital de pescado fresco.

En sesion de 25 de setiembre de 1579, el cabildo de Santiago recibió una peticion suya, en la que hacia presente a la corporacion la escasez de pescado, por no haber quien lo vendiera ni sacara del mar, i ofrecia hacerlo de su cuenta, siempre que le permitieran vender la arroba a un precio equitativo, por el término de tres años.

El cabildo autorizó la venta propuesta, i, de acuerdo con Nuñez, fijó los precios que siguen: «arroba de pescado salpreso fresco, a peso i medio, i seco, a peso i ducado; i tollos, a dos pesos, i nó mas (1).»

Antes de iniciar su empresa, sin embargo, i en vista de los gastos que exijia el plantearla, Nuñez solicitó del cabildo, con fecha 20 de noviembre del mismo año, que le autorizara para alzar los precios.

He aquí sus propias palabras: «Por ser la costa mui grande de barcos i redes, que costará, por lo ménos, quinientos pesos, i son menester, por lo ménos, siete u ocho personas para echar i sacar el chinchorro (2), i otros tres o cuatro indios, con quince o veinte mancarrones (3), para traerla a esta ciudad, por lo cual, atento a los muchos gastos, i que se ha de pescar, por lo ménos,

(1) *Historiadores*, tomo 18, pájinas 138 i 139.

(2) Red.

(3) Caballos flacos.

quince i veinte leguas desta ciudad, vuestras mercedes sean servidos de poner el pescado salado a peso i ducado, i el seco a peso i siete tomines, i el tollo seco a dos pesos i tomin, ques solo un tomin mas por arroba, ques lo que se ha de ganar, porque todo lo demas se va en gastos; i, siendo vuestras mercedes servidos de ponerlo, como dicho tengo, por tres años, yo pescaré i proveeré esta ciudad, i que en estos tres años pesquen todas las personas que quisieren, i lo den por los precios que quisieren (1).»

El cabildo no accedió con facilidad a esta nueva solicitud; pues, para despacharla favorablemente, exijió a Nuñez que rindiera fianza de buen cumplimiento del contrato.

Mas o ménos, por esta misma época, el piloto Juan Fernandez estableció en las islas que llevan su nombre, i fueron descubiertas por él, diversos negocios, i, entre otros, el de pesqueria.

«Los pejes que allí se cojen (2), escribe el padre Rosales, son como los de Europa, congrios, atunes i otros, i una langosta de mucho regalo.»

Merced a la ayuda de sesenta indíjenas, que él habia trasplantado del continente a la isla de Masa-tierra, «cojia gran número de pescado; i, haciendo dél considerables granjerias, entabló comercio con el Perú i las ciudades mas cercanas deste reino. Saca-

(1) *Historiadores*, tomo citado, pájina 149.

(2) *Historia Jeneral de el reino de Chile*, tomo 1.º, pájina 285.

ba mucho aceite de unos lobos grandísimos que salen a la playa, que son todos de aceite, de suerte que, colgando un pedazo al sol, va destilando i deshaciéndose hasta que no queda de él sino una babaza, i en el Perú se lo compraban todo para los obrajes (1).»

Juan Fernandez, agrega el mismo cronista, «murió sin hijos lejítimos, i dejó las islas a un amigo suyo, que despues entró en la compañia de Jesus, i les dejó al colejio de Santiago. Despues que él murió fueron otros españoles a aprovecharse de las maderas i pesqueria de la isla; i despues ha estado por muchos años desierta. I, siendo yo provincial de la provincia de Chile (2), intenté probarla, para que la relijion se aprovechase de las utilidades que en aquella isla tiene.»

Los sucesores de Juan Fernandez, a que se refiere Rosales, en la isla de Mas-a-tierra, fueron los capitanes Diego de Ulloa i Miguel Diaz, quienes celebraron con el piloto Clemente Bautista un contrato de compañia para establecer en aquellas islas negocios de pesca i de maderas, por el término de cuatro años, a contar desde el 9 de abril de 1616.

Clemente Bautista era propiamente el socio industrial, que debia dirijir los trabajos en las islas; i Ulloa i Diaz, los socios capitalistas, que estaban

(1) Rosales, obra i tomo citados. Pájinas 284 i 285.

(2) El padre Rosales fué vice-provincial en dos ocasiones, de 1661 a 1664 i de 1670 a 1673.

obligados a proporcionar los indíjenas, negros o mulatos necesarios para la empresa, i ademas un buque destinado al trasporte de los peces i de las maderas.

Segun las cláusulas del contrato, estos productos podrian negociarse en Chile o fuera de Chile (1).

El capitan Diego de Ulloa habia desempeñado las funciones de alcalde ordinario de Santiago en 1610; i el capitan Miguel Diaz, natural de las islas de Candia, habia llegado a nuestro pais como piloto del navio *Nuestra Señora de Aranzazu*, álias *la Pintadilla*, i estaba casado con una hija del italiano Juan Ambrosio de Escalaferna (2).

Segun se ve, en esta clase de negocios, como en todos aquellos que requieren la ayuda de ajentes subalternos, astilleros, obrajes, fábricas de botijas i de jarcia, los españoles de la época de la conquista se hallaban obligados a servirse de los naturales del pais.

Por otra parte, como ya se ha notado, algunas de las labores antedichas eran de la competencia especial de los indíjenas; i puede afirmarse que, sobre todo en los primeros tiempos, no habria sido dable establecer tales industrias si los europeos no hubieran contado con obreros americanos.

---

(1) Escritura pública otorgada ante el escribano Miguel Jerónimo Venegas a 9 de abril de 1616. Se encuentra a fojas 168.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*. Pájina 142.

El número de los españoles era mui escaso, i necesitaban ellos de sus propias fuerzas con el fin de afianzar la conquista del territorio.

Honroso es para la memoria de Juan Jufré, de Jerónimo de Molina, de Alonso de Córdoba, i de Antonio Nuñez el hecho incontrovertible de haber fundado los primeros obrajes i astilleros; pero la equidad exije que se reconozca al mismo tiempo la importante cooperacion de los indíjenas en estas industrias.

Sin duda alguna, la colonizacion de nuestro pais no habria podido realizarse en el siglo XVI sin la eficaz ayuda de los naturales.

Los españoles dirijian la faena; los chilenos construian las casas, fabricaban vasijas de barro, hacian canastos, curtian pieles, tejian frazadas i bayetas, i trabajaban en los astilleros.

Pero, donde el brazo del indíjena alcanzó resultados verdaderamente admirables, fué en los campos de cultivo, i, sobre todo, en los lavaderos de oro.

La cooperacion de los yanaconas traidos del Perú se ejercitó principalmente en los menesteres domésticos i en las campañas militares.

En los primeros años, sin embargo, fueron empleados tambien en los lavaderos (1); pero a su regreso del virreinato Pedro de Valdivia lo prohibió de una manera espresa (2).

(1) *Historiadores*, tomo 1.º, pájina 161.

(2) Obra i tomo citados, pájina 245.

Los fértiles campos que rodeaban a la naciente ciudad de Santiago fueron repartidos en forma de chacras a los conquistadores; i en ellas pudieron comprobarse los sorprendentes efectos que el clima de Chile i la calidad de su tierra producian en las siembras del trigo importado por los europeos.

Por causa del ataque de Michimalonco solo quedaron a los españoles en la ciudad de Santiago, de los animales trasportados para el consumo desde el Cuzco, «dos porquezuelas, i un cochinillo, i una polla i un pollo»; i, de la abundante provision de cereales que se habia reunido con el mismo fin, «hasta dos almuerzas de trigo».

Estos dos puñados del alimenticio grano debian servir de base a las futuras cosechas. ¡Tánto fué el esmero con que se les guardó i sembró!

En esta ocasion los yanaconas peruanos prestaron una ayuda eficacísima; pues en union de los españoles reedificaron las casas i sembraron la tierra.

Las dos almuerzas de trigo se convirtieron dentro del area misma de la ciudad en doce fanegas.

«Cuando los indios vieron, escribe Pedro de Valdivia al rei en 4 de setiembre de 1545 (1), que nos disponíamos a sembrar, porque ellos no lo querian hacer, procuraban de nos destruir nuestras sementeras, por constreñirnos a que de necesidad desamparásemos la tierra.»

---

(1) *Historiadores*, tomo 1.º, pájina 4.

Esta angustiosa situacion no se mantuvo por largo tiempo. La llegada de socorros del Perú persuadió a los chilenos de la fuerza de los españoles, i empezaron a ceder.

«El verano pasado, dice el mismo Valdivia en la carta antedicha, esto es, a principios de 1545, (los indíjenas) comenzaron a hacer sus pueblos, i cada señor de cacique ha dado a sus indios simiente, así de maiz como de trigo, i han sembrado para simentera i sustentarse, i de hoi en adelante habrá en esta tierra gran abundancia de comida, porque se hacen en el año dos sementeras: que por abril i mayo se cojen los maices, i allí se siembra el trigo, i por diciembre se coje i torna a sembrar el maiz.»

«Ya en esta tierra, agrega mas adelante el conquistador de nuestro pais, se pueden sustentar todos los que estan i vinieren, atento que se cojerán de aqui a tres meses, por diciembre, que es el medio de verano en esta ciudad, diez o doce mil fanegas de trigo, i maiz sin número, i de las dos porquezuelas i cochinillo que salvamos cuando los indios quemaron esta ciudad, hai ya ocho o diez mil cabezas, i de la polla i el pollo tantas gallinas como yerbas, que verano e invierno se crian en abundancia.»

En las palabras trascritas se observa una exajeracion manifiesta, destinada a prestijiar la nueva comarca en la Península, con el objeto de atraer colonos; pero el hermoso cuadro que acaba de leerse, compuesto o inspirado por el propio Valdivia, llegó a ser mui luego realidad, cuando las chacras de los

alrededores de Santiago estuvieron todas entregadas al cultivo, i cuando los encomenderos empezaron sus labores agrícolas en los valles mas fértiles del pais.

Entónces sí pudo afirmarse que los habitantes de Chile contaban con su alimento seguro.

Las necesidades del ejército español de la frontera araucana fueron tambien una causa poderosa que fomentó las grandes siembras de trigo i las grandes crianzas de ganado; pues los gobernadores, con el sano propósito de evitar los abusos de la especulacion privada, destinaron a aquellos objetos vastas haciendas de propiedad real.

A los comienzos del siglo XVII, Alonso de Ribera, en su primer gobierno, dedicó para el abastecimiento de los soldados la isla de Santa Maria, situada en la bahia de Arauco, i tres importantes estancias: la de Quillota, cuyas cosechas eran trasportadas a Valparaiso por la via marítima; la de Catentoa, al sur del rio Maule; i la *Estancia del Rei*, cerca de Yumbel, en la actual provincia de Concepcion.

«La cosecha del año 1604 fué, en números exactos, de siete mil cuatrocientas diez fanegas de trigo, quinientas de cebada i doscientas de papas, repartidas entre las diversas estancias de la manera siguiente: en la de Quillota seis mil fanegas de trigo; en la de Loyola (Estancia del Rei), mil de trigo i trescientas de cebada; en la isla de Santa Maria, cuatrocientas diez de trigo, doscientas de cebada i doscientas de papas.—La estancia del Maule (Catentoa) mantuvo

seis mil vacas, i seis mil ovejas la de Loyola (1).»

De 1607 a 1618 los beneficios líquidos de la Estancia del Rei llegaron a 53,192 pesos 1 real; i los de la crianza de vacas de Catentoa, a 75,180 pesos (2).

Ademas de los cultivos mencionados, es digno de recordarse el de la caña de azúcar, que, aunque no alcanzó buen éxito, revela el espíritu atrevido i laborioso de los conquistadores.

En medio de una vida llena de azares i peligros, ellos se preocupaban de arraigar en nuestro suelo gran número de plantas exóticas cuyos frutos eran útiles al hombre.

Los terrenos donde se colocaron las cañas se hallaban, por otra parte, mui bien elejidos; i, si estas plantaciones no dieron resultados satisfactorios, se debió a que ellas necesitaban un clima mas ardiente que el de Chile.

Por escritura pública de 10 de enero de 1566, el capitan Gonzalo de los Rios contrató al soldado Nicolas Rodriguez, quien por enfermedad no podia continuar sirviendo en el ejército, a fin de que, por el término de diez años, dirijiera una plantacion de esta clase en el valle de la Ligua, i por el mismo tiempo gobernara la esplotacion del injenio.

En los dos primeros años Rodriguez debia recibir

(1) Errázuriz, *Seis años de la Historia de Chile*, tomo 2.°, pájinas 482 i 483. Datos de las cartas de Alonso de Ribera al rei, fechadas a 22 de febrero i a 13 de abril de 1604.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 4.°, pájina 276, nota 72.

como remuneracion por su trabajo la cantidad de cien pesos; i en los ocho restantes, la novena parte de los productos.

Nicolas Rodriguez pertenecia a la hueste que habia llegado a Chile en el año anterior, al mando del jeneral Costilla (1).

Uno de los yernos de Gonzalo de los Rios, en juicio seguido contra él, describe así el injenio de azúcar de aquel conquistador, tal como se hallaba en el año 1576:

«Tiene, asegura, mucha cantidad de caña, tierras mui buenas para plantar mas, i mucha leña en cantidad cerca del dicho injenio, e agua, que nunca falta, con dos ruedas de agua, una de por alto i la otra de piedra; en el cual muele toda la semana, i en cada dia da cincuenta panes arriba de azúcar, con tres calderos que tienen. E, trayendo otra, molerá un tercio mas, que serán ochenta panes. Por lo cual, hace el dicho injenio, en diez meses del año que muele, de seis a siete mil arrobas de azúcar, la cual vale en todo este reino de cinco e a seis pesos cada arroba, e las conservas i confituras a medio peso; la cual se hace en el dicho injenio de cuatrocientas arrobas arriba. Que viene a valer e rentar el dicho injenio mas de treinta mil pesos en cada un año (2).»

(1) Protocolo de Juan de la Peña, a foja 1162 vuelta.

(2) Biblioteca Nacional. Seccion de manuscritos. Espediente seguido ante la Real Audiencia de Lima por el capitan Alonso Ortiz de Zúñiga, marido de doña Isabel de los Rios, contra su suegro, el capitan Gonzalo de los Rios, para que

Segun es mui sabido, el cultivo de la caña de azúcar se perpetuó en la propiedad de Gonzalo de los Rios, la cual se llamó en adelante *El Injenio*, por todo el período colonial.

El fundador de la Serena, Francisco de Aguirre, tambien estableció este cultivo en su encomienda de Copiapó, donde habia construido una casa de campo, con huerto i viña, i mas tarde bodegas i molino (1).

La propiedad mencionada adquirió mucho mayor estension despues que Aguirre regresó del Perú, a donde habia sido llevado por fuerza, de órden de Hurtado de Mendoza.

En 1561, Copiapó era «un pueblo formado de ranchos, huertas i parrales, con que los indios ocupaban el terrazgo que hoi constituye el barrio de la Chimba. Teniendo éstos precision de hacerse de algun ganado, resolvieron desprenderse de gran parte de sus tierras, a fin de obtenerlo, segun junta celebrada ante el cacique del valle, don Francisco Guanitai, i el curador de sus intereses, que lo era don Diego de Aguirre. Reconocidos a la bondad paternal con que los trataba su encomendero, el jeneral Aguirre, fué su primera intencion entregarle sus tierras en cambio del ganado que necesitaban; pero poco despues acordaron que se sacasen a remate.

---

le entere la dote de 25,000 pesos de su mujer. Véase el interrogatorio presentado por Ortiz de Zúñiga en Santiago a 18 de mayo de 1576.

(1) Sayago, *Historia de Copiapó*, pájina 56.

«Este acto tuvo lugar en la ciudad de la Serena, en los primeros meses de 1562, resultando como único postor, por cuarenta i cinco ovejas, un sobrino del jeneral, llamado don Diego de Villarroel, quien traspasó sus derechos a doña Maria de Torres, esposa de aquél. De esta manera, el conquistador Aguirre logró dar gran ensanche al solar que poseia en este valle, haciendo poner desde luego en el retazo adquirido una plantacion de cañas, por cuya razon los archivos de esa época lo denominan *El Cañaveral* (1).»

Corriendo el tiempo, en 1576, cuando Aguirre volvió a establecerse en la Serena, despues de haber sido separado del gobierno de Tucuman, Rodrigo de Quiroga le prohibió que habitara su casa de Copiapó, fundándose en varias reales cédulas de Cárlos V i Felipe II, en que se ordenaba que los encomenderos «no pudieran residir ni entrar en los pueblos de su encomienda (2).»

Así lo asegura el procurador de Aguirre ante la corte de España, en una solicitud que presentó al Consejo de Indias.

«Otrosí dice: que, por cuanto el dicho mi parte conquistó el valle que se dice de Copiapó, i en él tiene hechas unas casas i un injenio de azúcar, i viñas i tierras, i porque los gobernadores le perturban que no esté entre los dichos indios con su casa

(1) Obra citada, pájina 65.

(2) *Recopilacion de leyes de Indias*, libro 6, título 8, lei 14.

poblada, en lo cual recibe notorio agravio, por ser hacienda de recreacion i aprovechamiento, a vuestra alteza pido i suplico le mande dar vuestra real cédula para que libremente pueda estar i residir en la dicha su casa i hacienda que tiene en el dicho valle, mandando a los gobernadores i justicias no se lo perturben, ni pongan impedimiento ni estorbo alguno (1).»

El Consejo, con fecha 7 de noviembre de 1581, pidió informe al gobernador de Chile, que lo era entónces Martin Ruiz de Gamboa, yerno de Quiroga.

Francisco de Aguirre sumaba ya mas de ochenta años de edad, i se cree fundadamente que murió, mas o ménos, en esta misma época. No alcanzó, en consecuencia, a gozar con libertad de su finca de Copiapó, sembrada i plantada con esmero bajo su direccion inmediata.

Tanto el injenio de Copiapó como el de la Ligua se hallaban servidos por indíjenas. «Esos dos injenios, escribia al virrei del Perú en 1582 el dominicano frai Cristóbal Nuñez, han destruido los indios que en ellos habia,i los mui poquitos que quedan, los van consumiendo (2).»

Los naturales de Chile ayudaron tambien poderosamente a los europeos, como era de esperarlo,

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 10, pájina 126.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*. Tomo 3.º, pájina 172.

en la crianza de ganados caballares, lanares i vacunos.

Segun ántes se ha leido, a la llegada de Pedro de Valdivia, al rededor de las rancherias indíjenas, existian pequeños rebaños de *hueques*, u ovejas de la tierra.

El animal doméstico mas importante para los conquistadores era, sin duda, el caballo, ya que servia para emprender largas jornadas i como arma invencible en los combates; i por este motivo la hueste de Valdivia trajo el mayor número posible de ellos.

Los primeros criaderos que se conocen fueron los del bachiller Rodrigo Gonzalez, primer obispo de nuestro pais, i de Bartolomé Flores, dueño de la encomienda de Talagante.

En carta escrita al rei con fecha 1.º de setiembre de 1564, Gonzalez hacia presente «que habia entrado en estas provincias de Chile con haciendas de yeguas i otras cosas», i «que dellas e de sus multiplicos, despues de haber fecho mucho fruto en esta tierra, habia hecho mas de treinta mill pesos de oro (1).»

Valdivia confirma esta noticia en la carta que dirijió al soberano catorce años ántes, a 15 de octubre de 1550, con las palabras que siguen:

«Ciertas cabezas de yeguas que (Gonzalez) metió en

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 444 i 445.

la tierra con grandes trabajos, multiplicándoselas Dios en cantidad por sus buenas obras, que es la hacienda que mas ha aprovechado i aprovecha para el descubrimiento, conquista, poblacion e perpetuacion destas partes, las ha dado e vendido a los conquistadores para este efecto (1).»

En la informacion de servicios rendida por Bartolomé Flores, en el mismo año de 1550, ante el alcalde de Santiago Rodrigo de Araya, aparece esta pregunta:

«6.—Item, si saben que cuando llegué a esta ciudad metí en ella dos yeguas i un caballo, i cantidad de puercos, los cuales han enjambrado i cubrido esta tierra de puercos i caballos i yeguas, que para la sustentacion de esta tierra ha sido mui necesario, i, si no fuera por ello, i por el ganado que se ha criado, no se pudiera sustentar esta tierra. Digan lo que saben (2).»

En calidad de testigos afirmaron la verdad del hecho el mismo Rodrigo de Araya, Lorenzo Nuñez, Santiago de Azócar, Pedro de Gamboa, Alonso de Córdoba *el viejo*, el bachiller Rodrigo Gonzalez, i el presbítero Juan Lobo; todos los cuales habian llegado a Chile en compañia de Flores.

Estos criaderos, sin embargo, por importancia que tuvieran, no podian materialmente proporcionar en los primeros tiempos los animales formados

(1) *Historiadores*, tomo 1.º, pájina 51.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 9.º, pájina 9.

i diestros que eran necesarios en la guerra, i fué forzoso para Valdivia encargar caballos al Perú.

A fines de 1543, Alonso de Monroi llegó a Santiago, como se sabe, con setenta jinetes, que traian sus cabalgaduras del pais de los incas.

El mismo Valdivia, cinco años despues, despachó del virreinato, donde se hallaba detenido por órden de La Gasca, un cuerpo de cien jinetes, seguidos por un número considerable de caballos. Desgraciadamente en el viaje murieron mas de un centenar de estos animales (1).

En la primavera de 1551, Francisco de Villagra, que habia sido enviado al Perú en busca de ausilios, regresó a Chile por el camino de la Cordillera, desde la provincia de Cuyo, con un pequeño ejército i abundante provision de caballos (2).

Don Garcia Hurtado de Mendoza reunió, por su parte, en el virreinato mas de quinientos caballos, en 1556, a fin de realizar su espedicion a nuestro pais (3).

Muchos años mas tarde, en 1583, el gobernador Alonso de Sotomayor consiguió todos los caballos necesarios para las tropas que traia a Chile, en las provincias del Rio de la Plata (4).

A pesar de todo, a principios del siglo XVII se

(1) *Historiadores*, tomo 1.º, pájina 42.

(2) Obra i tomo citados, pájina 56.

(3) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*. Tomo 2.º pájina 107.

(4) Obra citada, tomo 3.º, pájina 25.

notaba escasez de tan útiles ausiliares. Así lo asegura uno de nuestros viejos cronistas, en los términos que van a leerse.

«Porque no hai ahora caballo de carga, escribe Gonzalez de Nájera, que no cueste treinta i cuarenta pesos, i, si es de camino o guerra, setenta, ciento, i ciento i cincuenta, i aun mas. I aunque estos son los comunes precios de los caballos, segun se aventajan en bondad, yo he visto comprarse algunos en trescientos pesos (1).»

La causa principal de esta escasez de caballos provenia de la preferencia dada por los encomenderos a la crianza de mulas, que no eran entónces empleadas en la guerra. De este modo, ellos aseguraban la ejecucion de sus faenas agrícolas, pues escapaban así al peligro de que los gobernadores, como a menudo habia ocurrido en los últimos tiempos, les privaran de sus caballos para los servicios militares.

A tal punto llegó la disminucion del ganado caballar que el presidente Garcia Ramon, con fecha 2 de noviembre de 1607, prohibió en absoluto la crianza de mulas, bajo pena de gruesas multas; i, en vista de la ineficacia de este decreto, por disposicion de 22 de enero de 1611, don Juan Jaraquemada mandó a los correjidores i justicias del reino hicieran capar a todos los garañones de sus respecti-

(1) *Historiadores*, tomo 16. Gonzalez de Nájera, *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, pájina 109.

vos distritos, so pena de cien pesos de oro por cada uno que dejaran entero, dentro del plazo de veinte dias. En igual multa debian incurrir los dueños de estos animales (1).

La operacion ordenada por Jaraquemada era sin disputa el procedimiento mas enérjico que jamas pudo idearse en pro del fomento de la raza caballar.

¡Qué gobernantes i qué tiempos!

Las vacas i las ovejas fueron introducidas en Chile con posterioridad a los caballos.

Se sabe con seguridad que habia en Santiago crianza de animales vacunos a principios de 1555 (2); pero el mayor incremento en nuestro pais tanto de esta raza como de la lanar se verificó principalmente en el gobierno de Hurtado de Mendoza (3).

Entre los dueños de grandes rebaños de vacas durante el siglo XVI pueden mencionarse a Antonio Zapata (4) i a Pedro Lisperguer (5).

Por lo demas, en las pájinas anteriores se ha dado noticia de que en la estancia real de Catentoa se mantenian en el año de 1604 seis mil vacas, i en la de Loyola seis mil ovejas.

---

(1) *Historiadores*, tomo 24, pájina 220-222. Acta del Cabildo de Santiago de 24 de enero de 1611.

(2) *Historiadores*, tomo 1.°, pájinas 470 i 471. Acta del Cabildo de 13 de febrero de 1555.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 27, pájinas 15, 102, 117 i 118.

(4) Protocolo del escribano Juan de la Peña, año 1565. A foja 984 vuelta.

(5) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer*. Pájina 227.

Debido a una circunstancia feliz (1), se ha conservado tambien el cuadro de los ganados vacuno i lanar existentes en la mayor parte de nuestro territorio diez años despues de la llegada a Chile de Hurtado de Mendoza.

Segun este cuadro, no solo los españoles sino tambien los indíjenas eran dueños de grandes rebaños.

Tales adquisiciones habian podido ser hechas por los naturales gracias a sus sesmos, o sea, a la sesta parte del oro estraido en los lavaderos, a que tenian derecho segun la tasa de Santillan, confirmada en decreto de 12 de diciembre de 1563 por el gobernador Pedro de Villagra (2).

He aquí los guarismos indicados.

En el año 1567, los españoles del obispado de Santiago tenian aproximadamente cien mil ovejas i gran cantidad de vacas; los indíjenas de los repartimientos de la jurisdiccion de Santiago, cincuenta mil ovejas (3), diez mil vacas, i muchas yeguas,

---

(1) En una controversia eclesiástica de 1567, entre el obispo de Santiago i el de La Imperial, sobre la diócesis a la cual debia estar sujeta la ciudad de Concepcion, se formó el citado cuadro, con el fin de demostrar que los diezmos del obispado de Santiago, sin incluir a Concepcion, eran mui superiores a los del de La Imperial. Véase Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 30, pájinas 404-406.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 29, pájinas 293-298.

(3) Repartidas así: naturales de las encomiendas de Rodrigo de Quiroga, 5,000 ovejas; de Diego Garcia de Cáceres

cabras i puercos; i los indíjenas de la jurisdiccion de la Serena, diez mil ovejas i gran cantidad de yeguas, cabras i puercos.

Los españoles de la jurisdiccion de la Imperial, Valdivia, Osorno i Villarrica, poseian aproximadamente catorce mil ovejas (1) i mil vacas; i los indíjenas de las encomiendas de esta misma comarca, seis o siete mil ovejas (2).

La estraordinaria rapidez con que se habian multiplicado las ovejas en pocos años, habia influido para que el precio de cada una bajara de treinta i cinco o treinta i seis castellanos a siete u ocho (1).

Iguales hechos se observaban en el precio de las vacas. En 1565 el trasporte por mar de cada una de ellas desde los puertos del Perú hasta Valparaiso valia 46 pesos de oro (4), i este recargo aumentaba considerablemente, como era natural, los precios del ganado vacuno en nuestro pais.

Treinta años mas tarde, Mateo Pizarro vendia en

---

i Garcia Hernandez, su yerno, 5,000; de Pedro de Miranda, 3,000; de Francisco de Riberos, 3,000; de Bartolomé Flores, 3,000; de Juan Godinez, 2,500; de Santiago de Azócar, 2,000; i de los demas encomenderos, hasta completar el número de veinticuatro, las restantes.

(1) Distribuidas de este modo: los de Valdivia, 5,000; los de Osorno, 3,000; los de La Imperial, 3,000; i los de Villarrica, 3,000.

(2) Los de La Imperial, 1,500; los de Valdivia, 2,000; los de Osorno, 2,000; i los de Villarrica, 1,500.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 27, pájina 118.

(4) Protocolo de Juan de la Peña. A foja 984 vuelta.

Santiago al capitan Pedro de Escobar 300 cabezas de vacas, hembras de vientre, de mas de año i medio, en 450 pesos, o sea, a un peso i medio cada una (1).

Este brillante resultado se debia sin duda a los tenaces esfuerzos de los primeros conquistadores, i daba considerables facilidades para la vida en una colonia donde los hombres corrian el riesgo de perderla en diarios combates con la naturaleza i contra los indíjenas.

Mucho mas, sin embargo, que las industrias i labores precedentes cautivaban el ánimo europeo los lavaderos de oro.

Los montes de oro i plata del rescate de Atahualpa no se apartaban del recuerdo de los soldados, aun cuando a la fecha de la fundacion de Santiago esos montones hacia ocho años que habian sido deshechos i destruidos.

Con empuje estraordinario, los españoles de la hueste de Valdivia se dedicaron a buscar el valioso metal en todos los arroyos i corrientes de agua donde era fácil hacerlo, desde que Michimalonco les dió noticia de las minas de Malga-Malga.

De la sierra de este nombre, situada al norte del actual departamento de Casablanca, nacia un riachuelo, llamado mas adelante riachuelo de Quilpué, i en su desembocadura estero de Viña del Mar, en

(1) Escritura pública de 13 de diciembre de 1595, ante Miguel Jerónimo Venegas. A foja 45 vuelta.

cuyas arenas los indíjenas recojian oro en abundancia en la época anterior a la conquista.

En este mismo sitio estableció Pedro de Valdivia sus primeras labores para estraer el metal; i se sirvió a este fin de mas de mil mancebos indíjenas que le proporcionaron los caciques.

Escluyó espresamente a las mujeres de tan penoso trabajo, i colocó a los mocetones bajo la direccion de dos mineros españoles, Pedro de Herrera i Diego Delgado, mui diestros en el arte (1).

Segun se desprende de las cartas escritas por Valdivia al Emperador i a Hernando Pizarro en 1545 (2) estos primeros trabajos, así como los que se llevaron a cabo despues de la sublevacion de Michimalonco, fueron ejecutados en las mazamorras, o terrenos esplotados en otro tiempo por los indíjenas, los cuales «solo cojian el oro mas granado, quedando lo demas perdido (3)».

Los españoles Herrera i Delgado enseñaron por primera vez a los naturales de Chile a estraer casi todo, ya que no era posible todo, el metal contenido en las arenas.

Por lo demas, el procedimiento que entónces se empleó no debia apartarse mucho del descrito por el cronista Oviedo, como usado en la Española.

---

(1) *Historiadores*, tomo 6.°, *Crónica de Mariño de Lobera*, pájinas 54 i 55.

(2) Carta al Emperador de 4 de setiembre de 1545. *Historiadores*, tomo 1.°, pájina 12. Carta a Pizarro, de igual fecha. Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 8.°, pájina 87.

(3) Mariño de Lobera. *Historiadores*, tomo 1.° pájina 55.

«Estas minas de *savana* o halladas en tierra, esplica Oviedo, siempre se han de buscar cerca de algun rio o arroyo o quebrada de agua, o laguna o balsa o fuente, donde el oro se pueda lavar e limpiarlo de la tierra. Dije de suso que se ha de lavar la cata de la mina un palmo o dos en hondo: no se ha de entender que ha de ser dentro de aquel tal hoyo que se hiciere en la cata e propria mina: que si allí, do se cava la tierra, se lavase, mas seria hacer barro o lodo que otra cosa. Pero toman aquella tierra poco a poco fuera de la mina, e llévanla al agua o arroyo donde se han de lavar, e allí purgan o limpian la tierra con el agua, e ven si hai oro en las bateas (que son cierto instrumento con que la tierra se lava), e para lavar esta tierra e labrar la mina hacen así. Ponen ciertos indios a cavar la tierra en la mina dentro, e aquello llaman *escopetar* (que es lo mismo que cavar); e de la tierra cavada hinchen bateas de tierra, e otros indios toman aquellas bateas con la tierra e llévanlas al agua, en la cual están asentados las indias e indios lavadores; e vacian aquellas bateas que trujeron en otras mayores que tienen los que lavan en las manos, e los acarreadores vuelven por mas tierra, en tanto que los lavadores lavan aquella que primero se les trujo. Estos que lavan por la mayor parte son mujeres indias o negras; porque el oficio del lavar es de mas importancia e mas ciente i de ménos trabajo que el escopetar ni que acarrear la tierra. Estas mujeres o lavadores estan asentadas orilla del

agua, e tienen las piernas metidas en el agua hasta las rodillas o casi, segun la disposicion del asiento o del agua; e tienen en las manos sendas bateas asidas por dos asas o puntas que tienen por asideros, i despues que en la batea tienen la tierra que se les trae de la mina para lavarla, mueven la batea a balances, tomando agua de la corriente con cierta maña e facilidad e vaiven que no entra mas cantidad de agua de la que el lavador quiere, e con la misma maña e arte, i encontinente que toma el agua, la vacian por otro lado e la echan fuera; e tanta agua sale cuanta entra, sin que falte agua dentro, mojando e deshaciendo la tierra. La cual se va a vueltas del agua que se despide de la batea; e robada poco a poco la tierra, llevándola tras si el agua, como el oro es pesado, vase siempre al fondo o suelo de la batea, e como queda de todo punto la batea sin tierra e queda el oro limpio, pónelo el lavador aparte, e torna a tomar mas tierra e lávala, segun que es dicho, etc. (1)».

«Sácase oro de otra manera, agrega el mismo cronista, en los rios e arroyos o lagunas de agua; i es desta forma. Si es laguna, procuran de la agotar, siendo pequeña i que se pueda hcer; i despues labran i lavan aquella tierra del suelo i cojen el oro que en ella hallan, segun se dijo de suso. Pero si es rio o arroyo el que se ha de labrar, sacan el agua

(1) Oviedo i Valdes, *Historia Jeneral i Natural de las Indias*. Primera parte, libro 6, capitulo 8, pájinas 184 i 185.

de su curso, e despues que está seco, en medio de la madre, por donde primero iba el agua, así como lo han jamurado (que en lengua o estilo de los que son mineros pláticos quiere decir agotado, porque jamurar es agotar), hallan oro entre las piedras i hoquedades i resquicios de las peñas, i en aquello que estaba en la canal de la madre o principal curso del agua, por donde primero iba el rio o arroyo».

Estos procedimientos fueron modificados en Chile con el andar de los tiempos; i en el siglo XVIII era costumbre en los lavaderos de oro hacer uso de una naveta de cuero, llamada *poruña*, en lugar de la batea, para separar el metal de la tierra (1).

En las minas de Malga-Malga no solo trabajaron en 1541 las cuadrillas de Valdivia sino tambien los yanaconas peruanos de algunos de los otros conquistadores, si bien es cierto que éstos se limitaron a escarbar con palos en las mazamorras (2).

El resultado puede considerarse superior a toda espectativa, pues, en la corta temporada que medió entre el principio de las labores i el levantamiento

---

(1) Consúltense los dos compendios del abate Molina, el de 1776 i el de 1782. *Historiadores*, tomo 11, pájinas 234 i 366. Con algunas modificaciones, describe la misma manera de estraer el oro Carvallo i Goyeneche. *Historiadores*, tomo 10, pájina 16. Segun el diccionario quechua de Middendorf, *puruña* era una fuente de barro para los usos de la cocina, i probablemente se derivaba de *puru*, palabra con que se designaba una especie de calabaza redonda. Noticia suministrada por el profesor don Rodolfo Lenz.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 8.º, pájina 87.

de Michimalonco, se reunieron de seis a siete mil pesos; todos los cuales, con el beneplácito de los dueños, fueron enviados por Valdivia al Perú en el primer viaje de Alonso de Monroi (1).

La gran sublevacion indíjena de que se ha hecho recuerdo no alejó por muchos años a los españoles del trabajo en los lavaderos, aun cuando la estraccion del oro habia ofrecido a los naturales la oportunidad de rebelarse.

Los caciques chilenos volvieron a la obediencia a fines de 1543,cuando vieron llegar los refuerzos del Perú; pero Valdivia no creyó prudente aprovechar sus servicios en las minas sino algun tiempo mas tarde, una vez que hubieron dado pruebas de su sinceridad.

«Eché este verano pasado a las minas, escribia el conquistador de nuestro pais a Cárlos V en su carta de 1545 (2), los anaconcillas que nos servian, i nosotros con nuestros caballos les acarreábamos las comidas, por no fatigar a los naturales, *hasta que asienten*, trabajando éstos que tenemos por hermanos, por haberlos hallado en nuestras necesidades por tales, i ellos se huelgan viendo que hacen tanto fruto, i en las mazamorras que han dejado los indios de la tierra, donde sacaban oro, han sacado hasta veinte i tres mil castellanos.»

En esta ocasion, por desgracia, Valdivia no sintió

(1) Carta de Valdivia a Cárlos V en setiembre de 1545. *Historiadores*, tomo 1.º, pájina 5.

(2) Obra i tomo citados, pájinas 11 i 12.

escrúpulos para emplear mujeres en los lavaderos, i el ejemplo del jefe fué desde entónces norma constante observada por sus subalternos.

El número de los yanaconas peruanos, hembras i varones, que recibieron trabajo en Malga-Malga llegó a cerca de quinientos (1).

La estraccion del oro debia continuar en los años posteriores con gran empeño, no solo por parte de Valdivia, sino tambien de todos aquellos españoles que podian hacerlo; i, como era natural, tan luego como se consideró discreto, empezaron a ocupar en estas faenas a los naturales del pais.

Así se esplica que Valdivia en diciembre de 1547 llevara al Perú cien mil castellanos: «los sesenta mil, asegura él mismo al Emperador (2), suyos i de amigos, que se los habian dado de buena voluntad; i los cuarenta mil, que tomó prestados a otros diez o doce particulares, a uno mil i a otro mil i quinientos, dejando órden para que se los fuesen pagando poco a poco, de lo que sacasen de las minas sus cuadrillas, que serian cada año, libres de gastos, doce o quince mil pesos.»

En esta misma fecha, los oficiales reales de Santiago aseguraban al rei que los *quintos reales* recojidos hasta entónces, por el impuesto de veinte por ciento establecido sobre el producto en bruto de los

(1) Obra i tomo citados, pájina 22.
(2) Obra i tomo citados, pájina 31.

metales preciosos, llegaban a la suma de 40,000 pesos de oro (1).

En otros términos, de los lavaderos de Malga-Malga se habian estraido doscientos mil pesos de oro.

El cronista Rosales habla tambien de mantos auríferos esplotados en las cercanias de la Imperial, tanto en el rio de las Damas como en las lomas de Calcoimo i Relomo, a orillas del Cautin; i en las comarcas que rodeaban el fuerte de Tucapel i las nuevas ciudades de los Confines i Villarrica.

Pero los lavaderos de mayor importancia de esta época fueron los descubiertos en 1552 en las riberas del Quilacoya, afluente del Bio-Bio por el norte.

Si hubiera de creerse a los cronistas, el Quilacoya era un rio por cuyo lecho no corria agua sino oro.

«A Valdivia mirad, canta Ercilla, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia (2).»

«Hallada esta opulencia tan grande, refiere Mariño de Lobera, se hizo un asiento de minas en aquel lugar, el cual se comenzó en el mes de octubre de mil quinientos cincuenta i tres, poniendo para ello españoles mineros que gobernasen a los

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile.* Tomo 1.°, pájina 353, nota 38.

(2) *La Araucana,* 3.ª estrofa del canto III. Cada marco equivalia a 50 pesos de oro de aquel tiempo.

indios: porque pasaban de veinte mil los que venian a trabajar por sus tandas, acudiendo de cada repartimiento una cuadrilla a sacar oro para su encomendero. Fué tanta la prosperidad de que se gozó en este tiempo que sacaban cada dia pasadas de doscientas libras (1) de oro; lo cual testifica el autor como testigo de vista, cosa de tanta opulencia que quita la vanagloria a los famosos rios Idaspe de la India i Pactolo de Asia (2).»

Por desgracia, la derrota de Tucapel i la muerte de Valdivia hicieron desaparecer mui pronto de los ojos españoles este tesoro fantástico.

Durante el gobierno de don Garcia Hurtado de Mendoza se descubrieron los lavaderos de Osorno, los de *Madre de Dios* en Valdivia, i los del rio Choapa (3).

Segun el padre Rosales, «el terreno de Osorno tiene minas de plata i oro, i éste se sacaba en tanta abundancia que con un dia o dos que los indios trabajaban sacaban la tasa que debian de dar a sus encomenderos cada semana i les sobraba, i sacaban granos tan grandes que los partian e iban dando a pedazos por su tarea (4).»

Igualmente ponderativo se manifiesta el cronista

(1) Cuatrocientos marcos.

(2) *Historiadores*, tomo 6.º, *Crónica de Mariño de Lobera*, pájina 144.

(3) Góngora Marmolejo, *Historia de Chile*, pájina 91.

(4) Rosales, *Historia Jeneral de el Reino de Chile*, tomo 1.º, pájina 475.

jesuita cuando se refiere a los lavaderos de *Madre de Dios* i de Choapa. «Tiénese averiguado, afirma, que de las dos minas se sacó este año 1561 un millon i doscientos mil pesos de oro, atribuyéndolo a dicha de don Garcia, porque jamas en Chile se habia sacado tanto como entónces se sacó. Porque en Valdivia cada catorce indios mineros sacaban al dia quinientos pesos, i el dia en que se sacaban cuatrocientos decian los señores de minas cuando se comunicaban: hoi no se ha sacado cosa que de contar sea (1).»

A fin de rectificar estas exajeraciones, la historia posee un documento digno de toda fe, del cual se deduce que en realidad los lavaderos de Valdivia producian oro, en grandes cantidades para aquella época, pero en proporcion mucho menor que la consignada por el padre Rosales.

Rodrigo de Quiroga refiere al rei, en carta de 12 de enero de 1579 (2), que en diciembre del año anterior el corsario ingles Drake se habia apoderado en el puerto de Valparaiso de un buque que acababa de llegar de Valdivia, cargado con oro en polvo, por valor de cerca de veinticinco mil pesos de oro.

Esta suma, que debia representar el trabajo de varios meses, se hallaba, pues, mui léjos de igualar los guarismos dados como exactos por el distinguido escritor jesuita.

(1) Rosales, obra citada, tomo 2.°, pájina 102.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*, tomo 2.°, pájina 469.

En 1594, otro corsario ingles, Hawkins, se apoderó tambien en Valparaiso de una considerable remesa de oro en polvo procedente de Valdivia (1).

Respecto de los lavaderos de Choapa, en un juicio de encomiendas entre la viuda de Jerónimo de Alderete i el conquistador Pedro de Miranda, por una parte, i Juan Godinez, el cual habia sido compañero de Diego de Almagro i lo fué de Valdivia, por la otra, aquéllos, que estaban interesados en abultar la riqueza de la encomienda que a orillas del Choapa gozaba Godinez, dirijieron por los años de 1569 a sus propios testigos la interrogacion que sigue:

«15.—*Item*, si saben que los indios que al presente tiene i posee el dicho Juan Godinez, cada un año le sacan de las minas seis o siete mil pesos de oro, i ha habido muchos años que le han sacado diez o doce mil pesos los dichos indios. Digan lo que saben (2).»

La diferencia entre estas cantidades i las que consigna el padre Rosales salta a la vista.

Ademas de los de Choapa, gozaron de fama por su riqueza en oro, dentro de la jurisdiccion de la Serena, a fines del siglo XVI i a principios del XVII, los lavaderos de Andacollo; a los cuales se refiere el obispo Medellin en carta a Felipe II, de 18 de febrero de 1585 (3), i el presidente Garcia Ramon en carta a Felipe III de 12 de abril de 1607 (4).

(1) Barros Arana, obra citada, tomo, 3.º pájina 199.
(2) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 14, pájina 310.
(3) Errázuriz, *Los orijenes de la Iglesia Chilena*, pájina 365.
(4) Esta carta puede leerse en el segundo tomo de documentos de la *Historia de Chile* por Gay.

Desgraciadamente, como es sabido, escaseaba el agua para lavar el oro en la rejion septentrional de nuestro pais; i fué necesario mas tarde emplear otro sistema a fin de estraer el metal.

El primer trapiche de metales fué establecido en Copiapó por un descendiente lejano del fundador de la Serena (1).

En resúmen, si bien es cierto que los cronistas primitivos no merecen crédito cuando afirman que habia en Chile rios i montañas de oro, este metal precioso representa sin duda en el siglo XVI la principal produccion de nuestro pais, gracias al trabajo gratuito e infatigable de los naturales.

(1) Sayago, *Historia de Copiapó*, pájina 292. El autor citado se equivoca cuando atribuye esta innovacion a un hijo de Francisco de Aguirre.

IV

Crueldades de la conquista.—Ordenanzas, reales cédulas i decretos a favor de los indíjenas.—Padecimientos terribles en los lavaderos.

Numerosos libros se han escrito desde los primeros años de la conquista de América sobre las crueldades cometidas por los españoles en las personas i bienes de los naturales. Podria formarse con estas obras una copiosa biblioteca.

Sin duda alguna, cuando se examinan los anales de la dominacion europea en la América española durante los siglos XVI, XVII i XVIII, aparece de relieve a la vista del observador inspirado en los sentimientos modernos de induljencia i de amor al prójimo un cuadro inmenso, talvez el mas grande que se conozca, por su duracion i por su intensidad, de crímenes i despojos ejecutados a sangre fria i sin causa que en apariencia los justificara por soldados que venian de una de las naciones mas adelantadas

del mundo sobre los habitantes desnudos e indefensos de comarcas que carecian de casi todos los elementos esenciales de cultura.

Para juzgar, sin embargo, con imparcialidad la conducta de los europeos en el Nuevo Mundo es indispensable distinguir, entre esas crueldades i horrores, aquellos que, segun las ideas dominantes de la época, eran permitidos, i aquellos que los estadistas de entónces prohibian i condenaban.

Las violencias i atropellos de los españoles eran consecuencias inmediatas, primero, del derecho de conquista que sus reyes se habian arrogado sobre las vírjenes comarcas descubiertas por Colon i sus compañeros; i, segundo, de la servidumbre que los conquistadores creian tener facultad para imponer a los aboríjenes de estas vastísimas rejiones.

En caso de que se adoptaran como norma las opiniones del ruso Leon Tolstoi i del ingles Heriberto Spencer, deberian condenarse todas las conquistas que los españoles realizaron en América, i, en consecuencia, todos los actos de persecucion e inhumanidad que ellos ejecutaron contra los naturales.

Pero, si se toma en cuenta que esas opiniones, aun en nuestros dias, son rechazadas por las naciones cultas de Europa, puesto que la misma Inglaterra da ejemplo de crudelísimas campañas en Asia i Africa, no seria equitativo aplicar un criterio semejante a empresas de colonizacion que fueron iniciadas en los últimos años del siglo XV.

Igualmente, una vez aceptado, o, por lo ménos, tolerado el derecho de conquista, en vista de las poderosas razones de necesidad i urjencia que se han aducido en capítulos anteriores, habria excesiva dureza de parte de un escritor moderno en reprobar de una manera absoluta las obligaciones de trabajar i servir, impuestas a los aboríjenes americanos.

Con estas dos importantes salvedades, el cuadro de los horrores de la colonizacion quedaria reducido a aquellos actos que sin necesidad alguna causaron la pérdida de vidas, o infirieron graves daños a los infelices vencidos.

Bajo este respecto, nuestro pais ofrece un estenso campo de estudio, pues, a consecuencia de la prolongada guerra araucana, los europeos, llevados de su codicia i del espíritu propio a todo militar, ensayaron variados jéneros de crueldades a fin de someter a nuestros indomables aboríjenes, i aprovechar sus servicios, para enriquecerse ellos mismos, por espacio de tres siglos.

De conformidad con las ideas espuestas, no debieran dirijirse cargos a Pedro de Valdivia, fundador de nuestra nacionalidad, ni a los hombres de su hueste, por los combates que hubieron de sostener contra los naturales, con el objeto de establecer la dominacion española.

Este mismo procedimiento fué seguido en todas las latitudes del mundo americano, por ingleses, franceses, holandeses, portugueses i españoles.

Podria tambien aducirse otro argumento en favor

de la conquista armada, que no carece de importancia i es aplicable a todas las secciones de América colonizadas por los latinos.

En la guerra sin cuartel que trabaron las dos civilizaciones, la europea con la americana, casi siempre un ejército ausiliar compuesto de indíjenas acompañó a los invasores, en contra de sus propios hermanos.

Esta alianza, que se repitió en Méjico como en el Perú, i en Bogotá como en el Rio de la Plata, manifiesta de un modo evidente que la imposicion por la fuerza de un nuevo gobierno no chocaba las tradiciones ni los principios de estos pueblos primitivos.

En la conquista de Chile los naturales ayudaron eficazmente a los españoles en su arriesgada empresa de subyugar todo el territorio, desde los Chañares hasta el Estrecho.

I, no solo los indíjenas subalternos, sino tambien sus jefes principales prestaron al invasor el apoyo poderoso de su brazo i de su conocimiento de la tierra.

De esta cooperacion de las dos razas existe un ejemplo notable ocurrido en los primeros años.

Antes de fundar a Concepcion, en el mes de marzo de 1550, Pedro de Valdivia, como lo refiere la historia, sostuvo un terrible combate con los naturales de aquella comarca, del cual salió victorioso, gracias al socorro de los indíjenas que le acompañaban.

El capitan de estos ausiliares—¡hecho que parece increible!—fué el mismo Michimalonco, aquel caci-

que que habia asaltado con sus huestes a la naciente ciudad de Santiago, i habia estado a punto de destruirla.

Un antiguo cronista, que describe el combate con interesantes pormenores, asegura que, en medio de la lucha, i cuando aun parecia indeciso el resultado, «no era poca la obra que metia el buen capitan Michimalonco, animando a su jente en favor de los españoles, diciéndoles a grandes gritos: ea, soldados mios, demos tras estos araucanos en nombre de Santa Maria; lo cual todos hacian con valeroso ánimo i bravoso orgullo, flechando sus arcos i dando sobre los enemigos con no ménos fervor que los españoles (1)».

Esta actitud de nuestros aboríjenes, que se mantuvo igual durante toda la dominacion española, justifica hasta cierto punto la conquista; pero no atenúa siquiera las crueldades innecesarias de los soldados europeos.

Los soberanos de España, desde los primeros tiempos, dictaron centenares de reales cédulas e impartieron instrucciones categóricas a fin de que los conquistadores trataran con clemencia a los indíjenas americanos. Todo fué inútil; i, principalmente en los últimos años del siglo XV i durante el XVI, los soldados de aquellos poderosos reyes revelaron corazones de fieras en sus relaciones con los naturales, persuadidos con razon de que en la cor-

(1) Mariño de Lobera, *Historiadores*, tomo 6, pájina 113.

te se disculparia su conducta en vista de los inmensos dominios con que iban enriqueciendo a la corona.

Esas reales cédulas, ya sea que tuvieran por objeto el bienestar presente de los naturales, ya sea que encerraran reglas previsoras para evitar males de importancia, como, verbigracia, la despoblacion del territorio, no eran respetadas ni cumplidas.

El emperador Cárlos V, de gloriosa memoria, como le llaman los documentos públicos de fecha posterior a su muerte, firmó en Toledo, a 4 de diciembre de 1528, sabias i prolijas ordenanzas para el buen tratamiento de los indíjenas.

Entre las numerosas disposiciones que ellas contienen, merecen recordarse las siete que siguen, por su aplicacion a nuestro pais.

El emperador manda: 1.° «que no se cargue indio ninguno contra su voluntad ni de su grado, con paga ni sin ella»; 2.° «que ningun encomendero pueda tener en su casa para su servicio ni para otro efecto indios de sus pueblos de repartimiento»; 3.° «que ninguna persona pueda llevar indio con carga, desde los puertos de mar a ningun pueblo, i si se quisiera alquilar de su voluntad lo puedan hacer»; 4.° «que se guarde i cumpla la provision que está dada para que no se hagan indios esclavos»; 5.° «que no ocupen los encomenderos a los indios de sus repartimientos en los tiempos que quieren de hacer sus sementeras»; 6.° «que los que tuvieren indios en las minas tengan relijiosos que

los doctrinen en la fé, i los domingos i fiestas les digan misa»; i 7.° «no se consienta sacar de la tierra, aunque sea de su voluntad, a indios (1).»

Estas prescripciones terminantes fueron violadas a sabiendas por Valdivia i sus soldados. Es verdad que algunas no podian ménos de serlo, por las condiciones mismas de la conquista; pero tambien lo es que otras de ellas habrian debido cumplirse, por lo ménos en su espíritu, i, si no lo fueron, ello provino del apetito desordenado que los españoles sentian por el oro.

Los conquistadores desobedecieron desde el primer dia la prohibicion de hacer esclavos, pues en realidad todos los indíjenas cuyos servicios aprovechaban, aunque no tuvieran el nombre de tales, lo eran verdaderamente.

No puede negarse, sin embargo, que la conducta de los europeos en este punto se hallaba en cierto modo justificada, por la circunstancia de que los naturales chilenos no habrian consentido jamas en servirles sino por la fuerza.

En cambio, esta especie de esclavitud debió haber sido moderada por los buenos tratamientos; i sensible es reconocer que siempre la acompañaron el terror i el látigo.

---

(1) Encinas, *Provisiones, cédulas*, etc., libradas i despachadas por los reyes católicos don Fernando i doña Isabel, i emperador don Cárlos de gloriosa memoria, i doña Juana, su madre, i católico rei don Felipe. Madrid, 1596. Tomo 4.°, pájinas 259-262.

Contra la órden espresa del Emperador, los indíjenas de nuestro pais se vieron abrumados desde el principio por pesadas cargas, que llevaban, como si fueran bestias, desde Santiago a Valparaiso, i viceversa, i en todas las direcciones del territorio conquistado.

«El que tiene indios encomendados en Chile, escribe un respetable eclesiástico, se sirve de servicio personal de todos los de su repartimiento, chicos i grandes, continuamente, mui peor que de esclavos, porque vienen a servir de veinte a treinta leguas, i traen lo que han de comer a cuestas, sin otras cargas que por el provecho de sus amos traen i llevan siempre de una parte a otra (1).»

«Una de las principales granjerias, asegura otro ilustre letrado de la misma época, que los encomenderos tenian, era traer recuas de indios cargados con mercaderias e otras cosas de sus granjerias, desde la dicha ciudad (Santiago) al puerto de Valparaiso, que son quince leguas de mui mal camino, i otras partes, llevándose los encomenderos el jornal que por lo susodicho ganaban los dichos indios; de lo cual andaban mui acosados i con mataduras en las espaldas, como bestias, i otros morian en el trato (2).»

En las mismas ordenanzas de Toledo, Cárlos V se habia visto obligado a establecer escepciones en cuanto a las cargas de los indíjenas, permitiéndolas

(1) *Historiadores*, tomo 29, pájina 463.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 28, pájina 286.

en ciertos casos, a saber: en los lugares donde no hubiera caminos, i siempre que faltaran bestias de carga; pero, posteriormente, en real céduda dada en Monzon, habia limitado a dos arrobas, o poco mas, cuando las circunstancias lo exijieran, el máximo de peso con que podia cargárseles (1).

El Cabildo de Santiago habia mandado que se cumpliera estrictamente esta órden del emperador, so pena de perder las cargas, i ademas cincuenta pesos de multa.

Mas tarde, en sesion de 1.° de julio de 1552, la corporacion estimó que el castigo era excesivo, i lo redujo a veinte pesos de multa, conmutable en el pago al real erario de diez pesos por cada carga, i una manta para el indíjena perjudicado (2).

A pesar de estas disposiciones, sin embargo, los naturales de Chile continuaron trasportando las mercaderias sobre sus espaldas, víctimas de los mismos abusos que ántes, segun lo atestiguan los dos escritores citados, cuyas palabras se refieren a una fecha posterior a los acuerdos del Cabildo.

No merece por cierto igual censura el desobedecimiento por parte de Valdivia i sus compañeros de la prohibicion que tenian para servirse en sus casas de los indíjenas de sus encomiendas. Pues, si no hubieran procedido de este modo, ¿cómo habrian rea-

(1) *Recopilacion de leyes de Indias.* Libro 6, titulo 12, leyes 9 i 15.

(2) *Historiadores*, tomo 1.°, pájina 298.

lizado sus espediciones al traves de los estensos territorios que necesitaban conquistar?

Debe tenerse presente que el número de los primitivos soldados europeos que acompañaban al valeroso estremeño no excedia de ciento cincuenta.

Todos los indíjenas que los conquistadores encontraron en su camino fueron distribuidos por Valdivia en la forma conocida de repartimientos o encomiendas, i de estos indíjenas necesariamente los encomenderos reservaban algunos para los quehaceres domésticos.

Los yanaconas traidos del Perú se hallaban en una escala mas alta, i, por lo jeneral, prestaban servicios de mayor importancia.

Una prueba positiva de infraccion a la mencionada órden real se halla en la cédula de encomienda concedida por Valdivia a Juan Jufré en 1.° de noviembre de 1552.

«Encomiendo por la presente en vos, decia a éste conquistador, el cacique llamado Tipitureo, con todos sus prencipales indios e subjetos, que tienen su asiento en los promacaes, como los tenia e poseia el capitan Francisco de Villagra, mi teniente jeneral. . . .»; i mas adelante agregaba: «Habeis de dar veinte indios mancebos por anaconas al dicho capitan Francisco de Villagra, de los indios del dicho cacique Tipitureo (1).»

El mas autorizado de los comentadores de las le-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájina 17.

yes de Indias definia como sigue a los indíjenas *yanaconas o anaconas.*

«En el lenguaje de aquella tierra (Perú), escribe, quiere decir indios o hombres serviciales o de servicio; que así eran, i quedaron ellos, i sus descendientes, como por serviciales, i adscripticios de las casas i posesiones de los conquistadores (1).»

Por desgracia, los españoles que colonizaron a nuestro pais no se limitaban a emplear a los indíjenas en sus propias casas o estancias; sino que, faltando a órdenes espresas de la corona, se esforzaban por conseguir el mayor provecho posible, en todas las formas imajinables, de estos desgraciados seres, a quienes consideraban como esclavos.

Por real cédula, firmada en el mismo año que las ordenanzas de Toledo a que ántes se ha hecho referencia, se estableció «que los encomenderos, ni otras personas, no podian alquilar ni prestar los indios de sus repartimientos, ni algunos de ellos, a ninguna persona, so pena de perdimiento de los dichos indios i mitad de sus bienes (2).»

Pues bien, la propia mujer de Pedro de Valdivia, doña Marina Ortiz de Gaete, infrinjió abiertamente esta disposicion, nó una, sino muchas veces, como consta en las siguientes cláusulas de su testamento.

---

(1) Solórzano Pereira, *Politica Indiana.* Tomo 1.º, libro 2, capítulo 4, número 3.

(2) Real cédula firmada por *la Reina* en Toledo a 10 de agosto de 1529. Véase Encinas, obra citada, tomo 2.º, pájinas 215 i 216.

«Item, declaro que tiene Juan de Azócar, vecino de esta ciudad, once indios de mi encomienda, alquilados por un año, en cien pesos de buen oro, i cien fanegas de trigo, i cincuenta de maiz, o lo que fuese, i cincuenta de cebada, i veinte carneros, de los cuales declaro me ha dado los diez. Mando se averigüe, i que se cobre del dicho Juan de Azócar todo lo sobredicho.»

«Item, declaro que tiene alquilados diez i seis indios de mi encomienda Francisco de Riberos, este año de ochenta i nueve. Mando se averigüe con él la paga de los jornales i alquileres, i lo que montaren se cobren dél (1).»

Podrian citarse otras cláusulas del mismo jaez; pero bastan las anteriores para dejar comprobado el hecho.

Como se ha leido, el emperador Cárlos V, en sus ordenanzas citadas, prohibia que se sacara de su tierra a los indíjenas, aunque fuera con su voluntad.

Una real cédula posterior, firmada en Talavera, en el año 1541, completaba esta disposicion ordenando que no se trasladara a los naturales, aun dentro del propio pais, de tierras frias, donde hubieran nacido, a tierras calientes, ni viceversa (2).

Estas prescripciones del soberano de España tampoco consiguieron en Chile cumplimiento.

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 10, pájina 338.

(2) Encinas, obra citada, tomo 4.º, pájinas 280 i 281.

Ellas empezaron a ser desobedecidas desde los primeros años de la fundacion de Santiago.

El valle del Mapocho era una selva de espinos, en la cual abundaban las pataguas i las plantas de quillai, i donde a menudo se levantaban con soberbia el algarrobo, el peumo, el canelo i el maiten.

En nuestros dias, este hermoso valle se ha convertido en un jardin, en que predominan las plantas de adorno i los árboles frutales.

El bosque primitivo fué arrancado de raiz por los conquistadores, para construir las casas de la nueva ciudad. En vano los primeros cabildos de la naciente poblacion prohibian que se cortaran árboles sin permiso. Trascurrieron los años, i no han quedado vestijios de aquella espesa selva.

Las necesidades de la vida trasformaron el leñoso espino en carretadas de carbon, i los algarrobos, litres, canelos i pataguas en vigas, postes, tablas i muebles.

Los indíjenas no fueron mejor tratados que los árboles del bosque.

En el sitio donde hoi se levanta la moderna ciudad de Santiago existia una numerosa rancheria de naturales.

Valdivia creyó cumplir con todas las leyes divinas i humanas notificando a los dueños de la tierra que habia resuelto establecerse en ella; e inmediatamente ordenó al alarife Pedro de Gamboa que procediera a trazar las calles i a mensurar los solares.

Los indíjenas parecieron aceptar de buen grado esta brutal imposicion, i dejaron el campo a los españoles.

Siete meses mas tarde, sin embargo, asaltaron la ciudad, la incendiaron, i estuvieron a punto de destruir toda la poblacion, sin dejar europeo alguno con vida.

Los españoles se defendieron con valor i audacia, i, gracias a sus caballos i a los indíjenas ausiliares, consiguieron derrotar i poner en fuga al enemigo.

La causa de los europeos era sin duda la de la civilizacion; pero en el ataque de los mapuches se descubria un fondo innegable de justicia. No debe olvidarse que los asaltantes habian sido arrojados de sus casas i privados de sus tierras, i que al combatir contra los estranjeros se limitaban a reclamar lo que era suyo, el suelo en que habian nacido i el campo que habian labrado.

Este despojo de los naturales se halla plenamente establecido en los documentos de la época.

«Deposito por la presente en vos, el dicho Rodrigo de Araya, decretaba Pedro de Valdivia, en Santiago, a 8 de marzo de 1545, los caciques llamados Pillinarongo i Birocuspa, con todos sus prencipales i súbditos, que tienen su tierra en la provincia de los poromaucaes, i mas el prencipal llamado Tinguimangui, i su hermano Gualtimilla, con todos sus prencipales indios i subjetos, e que fuesen por sí con otro prencipal que se llamaba Guaupilla, que tiene su asiento en este valle de Mapocho, *a los cuales se*

les han tomado sus tierras para el servicio de los vecinos desta dicha ciudad (1).»

Con motivo de un juicio seguido en 1561 por los oficiales reales de Santiago sobre la posesion de los repartimientos de indios del valle de Quillota, se presentó por parte de Pedro de Miranda i de Alonso de Córdoba, los cuales contradecian aquella jestion, un interrogatorio en que se leian las dos preguntas que siguen:

«3.—Item, si saben que el dicho Alonso de Córdoba, del dicho tiempo a esta parte, tiene i posee, por el dicho título de encomienda que en él se hizo en nombre de S. M., a don Alonso i Baltazarillo i Guandarongo, caciques, con sus indios e prencipales a ellos subjetos, que tienen su asiento en el valle de Chile i en Pico, los cuales dichos don Alonso i Baltazarillo *tenian ántes su tierra i asiento en Mapocho, i fueron mudados para fundar la ciudad de Santiago.*

«4.—Item, si saben quel dicho Pero Gomez de Don Benito tiene i posee del dicho tiempo a esta parte a don Hurtado i Comparavando, con sus indios e prencipales, que tienen su asiento en el valle de Chile, por el dicho título de encomienda que en él se hizo en nombre de S. M., *los cuales dichos don Hurtado i Comparavando, caciques, tenian*

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 413 i 414.

su asiento en el Mapocho i los mudaron al dicho valle de Chile (1).»

Los testigos Diego Garcia de Cáceres, Francisco Martinez, Francisco Rubio i Juan de Ardila contestaron afirmativamente.

Por último, el Cabildo de Santiago, en sesion de 4 de agosto de 1553, concedió al mismo Pedro Gomez de Don Benito, para sus indíjenas de Quilicura, las tierras de Quinamba, «*en recompensa*, se lee en el acta, *de las tierras que quitaron a sus indios para poblar esta dicha ciudad* (2).»

Estas compensaciones concedidas a los naturales, i que a primera vista pudieran interpretarse como productos de un sentimiento de equidad, en el hecho debian beneficiar a los encomenderos de esos indíjenas ántes que a ellos mismos.

Por otra parte ¿quiere saberse cómo eran tratados los mapuches, antiguos señores de la tierra, en la ciudad levantada sobre sus dominios?

A puros azotes, aplicados sobre la carne desnuda, a veces por lijeras faltas, en el rollo de la plaza pública.

A los diez años de establecidos en Santiago, los españoles empezaron a notar los malos efectos de la falta de policia, sobre todo en la noche, en la cual los negros, los indíjenas, i aun algunos europeos, aprovechaban la oscuridad para cometer robos, asesinatos i otros delitos.

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájina 406.

(2) *Historiadores*, tomo 1.°, pájina 357.

En sesion de 31 de julio de 1551, los capitulares «mandaron que en adelante ninguna persona, de cualquiera condicion que fuera, así cristiano, negro, ni indio, ni negra, ni india, fuera osada de andar de noche despues de la queda, so pena que al español le tomaran en perdimiento de sus armas; e al negro o negra que tomaran, fuera llevado a la cárcel pública, e de allí al rollo, e atado fueran dados cien azotes públicamente; i a los indios e a las indias, la misma pena de los dichos negros. I los dichos negros ni indios trajeran armas a la ciudad, so la pena.

«E asimismo sus mercedes mandaron que ningun indio ni india fuera osado de *hacer taquí* (1), ni su amo no consintiera que hicieran sus piezas taquí, en sus casas ni fuera de ellas, so pena que a la india e indio que les tomaren haciendo taquíes se les dieran cien azotes en el rollo de la ciudad, e mas les fueran quebrados los cántaros que tenian la chicha.

«Otrosí, mandaron sus mercedes que ningun indio, ni negro, ni muchacho, fuera osado de jugar a ningun jénero de juegos (entendíase de naipes e otros juegos que ellos sabian), así en el asiento de minas de oro ni de esta ciudad, so pena que por el mismo caso le dieran cien azotes públicamente (2).»

Los capitulares de Santiago a mediados del siglo XVI evidentemente pecaban por exceso en sus castigos. Si la amenaza de un centenar de azotes a los

(1) Fiestas donde se embriagaban.

(2) *Historiadores*, tomo 1.º, pájinas 272 i 273.

que eran sorprendidos de noche en las calles estaba justificada, por el desamparo de la ciudad durante las horas del sueño, a fin de atemorizar a los ladrones i otros perturbadores del órden, la aplicacion de la misma pena a los indíjenas por el hecho de embriagarse o tomar parte en juegos de azar contrariaba todos los principios de justicia.

Los naturales de Chile, como los demas aboríjenes americanos, se hallaban habituados a perder la intelijencia con la bebida en sus fiestas públicas i particulares, i conocian ademas diferentes clases de juegos de envite, a los cuales tenian estraordinaria aficion. No era, pues, razonable imponerles una pena tan cruel por actos que estaban incorporados en su vida nacional i practicaban desde hacia siglos.

No solo los indíjenas del valle del Mapocho fueron desposeidos de sus campos i trasportados a otros valles. Este fué un procedimiento autorizado por el uso comun durante el período colonial, aun cuando los soberanos de España lo prohibieron de una manera espresa en repetidas cédulas.

Podrian citarse numerosos ejemplos ocurridos en Chile.

El célebre conquistador Francisco de Aguirre trasladó a la Serena algunos de los naturales que le habia concedido Pedro de Valdivia en la jurisdiccion de Santiago, con el objeto de emplearlos en los lavaderos de oro (1).

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájinas 289 i siguientes.

En el mismo siglo XVI, el capitan Pedro de Lisperguer, marido de doña Agueda Flores, estableció a los puelches, o patagones setentrionales, de su encomienda en las de Putagan i Cauquenes, de este lado de la Cordillera (1).

Mas tarde, todos estos indíjenas, tanto los puelches como los de Putagan i Cauquenes, fueron trasplantados en la estancia de Peñaflor, donde se conservaban sus descendientes al empezar el siglo XVIII (2).

La familia de Ovalle, la cual entre sus abuelos contaba al distinguido jenoves Juan Bautista Pastene, hizo cambiar de residencia a los taguataguas, que habian pertenecido a la encomienda de este capitan, trasportándolos primero a Peñalolen i despues a Poangue (3).

Los Bravo de Saravia trasladaron en el curso del siglo XVII a los indíjenas de las encomiendas de doña Isabel Osorio de Cáceres a las diversas propiedades concedidas a esta señora, hasta que, por último, en el siglo XVIII quedaron concentrados en las haciendas de Pullalli e Illapel, del marques de la Pica (4).

Los naturales de Colina, encomendados por el

(1) Vicuña Mackenna, *La Quintrala*, pájina 226.

(2) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 545, número 6,749.

(3) Capitania Jeneral, volúmen 538, número 6,690.

(4) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*, tomo 1.º, mayorazgo de Irarrázaval.

presidente Alava i Nurueña, en 1625, a una nieta del conquistador Santiago de Azócar, fueron instalados por ella en su hacienda de Chiñigüe (1), donde permanecieron hasta fines del siglo XVIII.

Otra infraccion que cometieron los conquistadores fué la de agraciar con encomiendas a los eclesiásticos i casas de relijion, a pesar de que el rei lo tenia prohibido.

En pago del dinero que le habia dado en préstamo i de sus importantes servicios personales, Valdivia concedió grandes repartimientos de indíjenas al bachiller don Rodrigo Gonzalez, quien fué mantenido en ellos por otros gobernadores.

Igualmente, el clérigo Juan Lobo recibió del mismo Valdivia la merced de algunos indíjenas en el valle de Chile.

El conquistador de nuestro pais tenia, sin embargo, pleno conocimiento de las prohibiciones establecidas, como lo espresó en la cédula de encomienda otorgada a favor de Garcia de Villalon, i firmada en Los Reyes a 19 de noviembre de 1548, en los términos que siguen.

«Por cuanto S. M., por ordenanza real que para ello hizo, manda que no pueden tener indios los prelados, iglesias, hospitales i monasterios, i, conforme a ella, no puede tener la hermita de Nuestra Señora del Socorro de la ciudad de Santiago un principal llamado Llangallave, con sus indios, que yo depo-

(1) Capitania Jeneral, volúmen 494, número 6,342.

sité para el servicio de dicha hermita e iglesia, e se le han de quitar e remover, por tanto, conformándome con la real ordenanza que sobre ello habla, vos encomiendo el dicho principal Llangallave..... (1).»

Aunque la declaracion anterior no podia ser mas esplícita, Valdivia creyó justo continuar favoreciendo al presbítero Gonzalez con las mejores encomiendas del territorio conquistado; i procedió así hasta su trájica muerte en Tucapel.

Este desobedecimiento a una órden espresa del soberano, constituia, sin embargo, una falta pequeña comparada con el trato cruel i sin piedad que los indíjenas recibian en los lavaderos de oro.

La autoridad pública dictó a veces medidas disciplinarias en resguardo de los naturales; pero esta intervencion fué casi siempre débil i no puso estorbo a los grandes abusos de los soldados españoles.

En sesion de 10 de diciembre de 1548, el Cabildo de Santiago, de acuerdo con las ordenanzas de Cárlos V, dispuso «que se echara a las minas a sacar oro desde quince de enero del año de mil i quinientos i cuarenta i nueve años; porque salgan las cuadrillas a tiempo que tenga lugar de sembrar al fin de la demora (2).»

Llamábase *demora* la época durante la cual era permitido que se trabajara en los lavaderos, i su

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 12, pájina 185.

(2) *Historiadores*, tomo 1.°, pájina 161.

duracion habia variado en América desde seis hasta ocho i nueve meses.

En nuestro pais, la demora del año 1545 se prolongó, segun carta de Valdivia a Cárlos V, por espacio de nueve meses (1).

La única restriccion que en jeneral debian observar los encomenderos, salvo reglas especiales de los gobiernos de cada comarca, se referia a los meses que los indíjenas necesitaban para las siembras de sus chacras.

Así, verbigracia, en real cédula de 1551, se autorizó al virrei del Perú a fin de que permitiera a los indíjenas el trabajo en las minas, ya que éstos deseaban hacerlo, «con que los tres meses de la sementera los dejaran estar en sus tierras para que pudieran sembrar (2).»

En 1555, la demora terminó en Chile a principios del mes de octubre, i el Cabildo de Santiago, por acuerdo de 30 de setiembre, conminó con la pena de quinientos pesos a los que desobedecieran esta órden (3).

Gonzalo de los Rios faltó a ella, i fué condenado en la suma de cien pesos (4).

La verdad era que en los lavaderos la codicia de los soldados prevalecia sobre todas las ordenanzas.

El antiguo cronista Mariño de Lobera manifiesta

(1) Obra i tomo citados, pájina 22.
(2) Encinas, obra citada, tomo 4.°, pajinas 313 i 314.
(3) *Historiadores*, tomo 1.°, pájina 495.
(4) Obra citada, pájina 497.

que los encomenderos procedian con tan poco recato «que, así como echaban cuadrillas de hombres en las minas, echaban tambien de mujeres, habiendo en aquellos asientos muchos españoles, que residian allí de ordinario, con cargo de recibir el oro, i mandarlo sacar a puros azotes; de los cuales algunos eran tan deshonestos que vivian de la manera que se les antojaba, teniéndolo todo por suyo, sin haber quien se lo impidiese ni castigase, con ser grande la disolucion i soltura. I bien se sabe, agrega el mismo fiel narrador, que semejante abuso tuvo por autores a los mesmos encomenderos; pues nunca su Majestad, el rei nuestro señor, ha mandado que en sus reinos labrasen minas las mujeres de la manera que hemos dicho, estando en el invierno metidas en el agua todo el dia, helándose de frio, como el autor testifica haberlas visto lavar el oro, llorando, i aun muchas con dolores i enfermedades que tenian. I, aun cuando no entraban con ellas, las sacaban ordinariamente de allí (1).»

«Encomendero como fué Rodrigo de Quiroga, se lee algunas pájinas mas adelante en la misma pintoresca crónica, tenia en las minas seiscientos indios de su repartimiento, la mitad hombres i otras tantas mujeres, todos mozos de quince a veinte i cinco años, todos los cuales se ocupaban en lavar ocho meses al año, por no haber agua en los cuatro restantes, que eran de verano, sin otros muchos indios,

(1) *Historiadores*, tomo 6, pajina 55.

que entendian en los demas oficios necesarios a tal labranza. I a este paso iban los demas encomenderos, con notabilísimo detrimento de los cuerpos i almas de los desventurados naturales; porque, hombres i mujeres de tal edad, que toda es fuego, todos revueltos en el agua, hasta la rodilla, bien se puede presumir que, ni toda era agua limpia, ni el fuego dejaba de encenderse en ella (1).»

Estas crueldades i abusos llegaron a noticia de respetables personas residentes en el Perú, quienes se apresuraron a comunicarlos a las autoridades de la Península.

«Por dos personas recien llegadas de Chile i que se han hecho frailes, i por otros que se han confesado, escribia al Consejo de Indias, desde Lima, en 10 de enero de 1553, el dominicano portugues frai Francisco de Victoria, consta que allí no hai cristiandad ni caridad, i suben al cielo las abominaciones. Cada encomendero echa a las minas a sus indios, hombres i mujeres, grandes i chicos, sin darles ningun descanso, ni mas comida en ocho meses del año que trabajan, que un cuartillo de maiz por dia; i el que no trae la cantidad de oro a que está obligado, recibe palos i azotes; i si alguno esconde algun grano, es castigado con cortarle las narices i orejas, poniéndolas clavadas en un palo (2).»

(1) Obra i tomo citados, pajina 75.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*. Tomo 1.°, pajina 412.

Los soldados españoles no sentian otro anhelo mas poderoso que reunir la mayor cantidad posible de oro, i, a fin de conseguir su objeto, no reparaban en los medios.

Así se esplica que despues de los combates mismos, en que los indíjenas perdian la vida en defensa de su libertad, no hubiera cuadro de horror comparable al de los lavaderos, en que los naturales del pais sufrian verdaderos martirios, i concluian tambien por encontrar la muerte.

Por otra parte, justo es reconocer que, aunque en ninguno de los lavaderos se cumplia la órden del Emperador sobre la enseñanza de la doctrina cristiana ni sobre la celebracion de la misa en los dias festivos, esta infraccion estaba plenamente justificada.

Cinco años despues de la muerte de Valdivia, el licenciado Santillan advertia a los miembros del Consejo de Indias que en estas provincias de Chile no habia mas relijiosos que dos franciscanos, i que el número de presbíteros del clero secular llegaba solo a nueve; de tal modo que no era posible instruir a los naturales en las cosas de la fe (1).

Con escepcion de los lavaderos, sin embargo, en las demas circunstancias ordinarias de la vida, los conquistadores manifestaban a menudo sentimientos de equidad i de benevolencia, como los otros hombres.

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 18, pajina 191.

En una encomienda valiosa concedida por Valdivia en el valle de Lampa, a Francisco Hernandez Gallego, autorizó a éste para que se sirviera de los indíjenas conforme a las ordenanzas reales, «con tanto, cuidaba de agregar el conquistador de Chile, que seais obligado a dejar al cacique principal sus mujeres e hijos, i los otros indios de su servicio, i a dotrinarlos en las cosas de nuestra santa fe católica, i, habiendo relijiosos en esta ciudad, traer a ellos los hijos del cacique, para que sean ansimismo instruidos en las cosas de nuestra relijion cristiana (1).»

Estas mismas recomendaciones se leian en todas las cédulas de repartimientos de aquellos primeros tiempos. Segun puede comprenderse, no siempre se cumplian, sobre todo, en cuanto a la enseñanza relijiosa; pero el hecho de estamparlas honra en alto grado a las autoridades españolas.

Por lo demas, no faltaban encomenderos que en sus tierras observaran una conducta humana con los indíjenas.

En una informacion de servicios de Bartolomé Flores, o Blumenthal, encomendero de Talagante i Putagan, levantada en Santiago a 24 de abril de 1550, encontrábase la siguiente pregunta.

«15.—Item, si saben, etc., que, despues que yo tengo estos indios, siempre los testigos me han conocido que los he tratado mui bien, i he procurado de no castigarlos, ni demasiadamente trabajado, si-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 9, pajina 442.

no siempre los he sobrellevado i los sobrellevo de cargas, i por eso hice carretas, i los he tenido siempre mui asentados i acimentados, i mui hartos de comida, i al cacique i a los demas indios que me pertenecen, con mis yeguas i caballos, les he sembrado muchas veces, porque tuviesen mucha comida de sobra, en tiempos que indios de muchos morian de hambre (1).»

Afirmativamente respondieron el alcalde Rodrigo de Araya, Gaspar Orense, Hernando de Poblete, Lorenzo Nuñez, Juan Lopez, Santiago de Azócar, Pedro de Gamboa, Alonso de Córdoba, i dos presbíteros, el bachiller Rodrigo Gonzalez i Juan Lobo.

Entre estos nombres, pueden reconocerse a algunos de los vecinos mas respetables de Santiago; pero, por si se temiera que la amistad i el compañerismo hubieran sido la razon principal de tales declaraciones, no es superfluo recordar otros hechos que dan considerable fuerza a la palabra de aquellos testigos.

Segun es mui sabido, el aleman Flores formó en Talagante un hogar tranquilo i ordenado, uniendo su suerte a la hija del cacique del lugar, i manifestó en ocasion solenme estraordinario cariño por los frutos de este enlace.

«Nombro por mi universal heredera, dispone en su testamento, a doña Agueda Flores, mi hija natural, a la cual reconozco por tal mi hija natural, pa-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 9.º, pájina 11.

ra que lo haya i herede todo, con cargo que no revoque ni contravenga las donaciones que tengo hechas a los indios de Talagante i Putagan (1).»

Este testamento fué otorgado en 1585, i en esta fecha Flores no tenia otra hija que doña Agueda de sus relaciones con doña Elvira de Talagante.

La cláusula citada revela de una manera fehaciente cuáles eran los sentimientos de cariño que ligaban al conquistador aleman, no solo con la heredera de su nombre i de su fortuna, sino tambien con los naturales del pais en que habia pasado la mitad de su vida.

Bartolomé Flores felizmente no es el único encomendero que respetaba las leyes de la equidad en sus relaciones con los mapuches.

Con motivo de un litijio sobre posesion de ciertos indíjenas del valle de Santiago, Alonso de Córdoba *el viejo* hizo interrogar a sus testigos, en el año 1577, al tenor de esta pregunta:

«9.—Item, si saben que los indios que ha tenido en encomienda i en su servicio los ha tratado mui bien, i procurado su conversion a nuestra santa fe católica, i dádoles doctrina, i puéstoles en buenas costumbres i policia (2).»

Los mas distinguidos conquistadores se apresuraron a confirmar la verdad de los hechos: Juan Jufré, Antonio Zapata, Santiago de Azócar, Juan

(1) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer*. Pájina 225.
(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 14, pájina 437.

de Cuevas, Pedro de Miranda, Marcos Veas, Rodrigo de Quiroga, Diego García de Cáceres i Juan Godinez.

No hai antecedente alguno que autorice para tachar estas declaraciones.

Pedro de Valdivia, por su parte, dictó diversas ordenanzas, unas en Santiago i otras en Concepcion, a fin de protejer a los naturales chilenos.

Prohibió espresamente que se obligara a las mujeres mapuches a trasportar cargas de un punto a otro.

Organizó tambos, o posadas, para los viajeros i soldados que iban de Santiago a Concepcion, o viceversa, servidos por indíjenas; pero estableció bajo severas penas que estos naturales no podian ser aprovechados en el trasporte de cargas.

A los soldados que hacian el viaje de Santiago a Concepcion debian proporcionarse para las necesidades del camino cuatro indíjenas, si eran soldados de a caballo; i dos, si eran infantes. A los que viajaban con mujer e hijos, podian darse todos los naturales que hubieran menester.

Los soldados que volvian de las comarcas del sur a la capital no tenian derecho, ni en este viaje ni en el de regreso, a ningun indíjena, a no ser que se dirijieran al Perú, en cuyo caso debian rejir las reglas del párrafo anterior.

Segun estas disposiciones, los naturales que se hallaban al servicio de un tambo, por ningun motivo podian ser obligados a conducir cargas a otro

tambo; i debian limitarse a atender a los viajeros, dentro de cada posada, indicándoles, al mismo tiemdo, el camino por donde habian de seguir.

Los encomenderos tenian el deber de proporcionar indíjenas para estas posadas, de acuerdo con lo dispuesto por el Cabildo de Santiago.

Los viajeros que no pertenecian al ejército debian llevar indíjenas propios para el trasporte de sus cargas.

Por último, Pedro de Valdivia impuso por castigo a los que embarcaran en Concepcion piezas de indíjenas, sin permiso suyo, con el objeto de llevarlas al Perú, una multa de cincuenta pesos por cada pieza (1).

El fundador del nuevo gobierno comprendia perfectamente que era deber suyo protejer a los naturales del territorio conquistado, no solo porque eran hombres iguales a todos, sino tambien porque su disminucion estorbaba el progreso de la colonia.

Desgraciadamente, los combates i los lavaderos de oro, esto es, la conquista misma i la codicia de los europeos,contribuyeron a despoblar el pais con estraordinaria rapidez.

---

(1) *Historiadores*, tomo 1.º, pájinas 278, 279 i 286.

V

El primer defensor de los mapuches.— Rasgos biográficos de frai Jil de San Nicolas.- La tasa de Santillan. — Los encomenderos no cumplen sus disposiciones. — Defecto principal de esta ordenanza.

La llegada a Chile de don Garcia Hurtado de Mendoza constituye un verdadero acontecimiento en la historia de nuestro pais.

El nuevo gobernador traia cuatrocientos cincuenta hombres armados para afianzar la conquista; i de éstos, algunos, como el heroico Pedro Cortes, dignos de ser colocados entre los fundadores de la colonia.

En el séquito del futuro marques de Cañete se distinguian, asimismo, el oidor de Lima don Hernando de Santillan, a quien iba a corresponder la reglamentacion del servicio personal de los naturales; don Alonso de Ercilla i Zúñiga, cantor privile-

jiado de la guerra de Arauco, tanto por su estro poético como por la exactitud de sus noticias; don Pedro Lisperguer, súbdito aleman de Cárlos V, i don Francisco de Irarrázaval, jentilhombre del príncipe heredero, los cuales debian dar oríjen en nuestra sociedad a innumerables familias; i, por fin, el dominicano frai Jil Gonzalez, cuyas predicaciones en favor de los indíjenas le hacen acreedor a las alabanzas de la historia.

La espedicion de Almagro habia sido únicamente esploradora. La de Valdivia habia llevado a buen término la conquista de una parte considerable del territorio, i habia asentado las bases de la nueva sociedad; pero, desgraciadamente, a causa del desastre de Tucapel, habia dejado en grave peligro la dominacion española, i sin el poderoso i eficaz ausilio del ejército de Hurtado de Mendoza el edificio levantado por el glorioso estremeño habria caido probablemente en ruinas.

Puede asegurarse que el hijo del virrei del Perú fué el segundo fundador de la capitania jeneral de Chile, no solo gracias a su actuacion personal sino tambien a la de los militares i relijiosos que le acompañaron.

Entre estos últimos, ninguno aparece con mayor relieve que el dominicano frai Jil Gonzalez, el cual era orijinario de la ciudad de Avila, patria de Santa Teresa, en Castilla la Vieja; i se hallaba establecido en el Perú, con prestijio de gran predicador i hombre virtuoso, cuando fué designado por el vicario

jeneral de su órden en el virreinato para que viniera a Chile como protector de los naturales.

Ya en el Perú habia sobresalido por su celo en atender a los indíjenas, i tal fué sin duda la razon de su nombramiento.

A mas del título de protector, frai Jil trajo a nuestro pais facultad para erijir conventos de su órden (1).

Hacia algunos años que este sacerdote se hallaba pronto a cumplir la honrosa comision que le tenian confiada sus superiores, sin que se le presentara la oportunidad de emprender viaje a Chile, cuando vino a ofrecérsela la espedicion de Hurtado de Mendoza.

«En la jornada que hizo a Chile don Garcia Hurtado de Mendoza, escribe frai Jil a los consejeros de Indias dos años mas tarde, fuí yo uno de los que él escojió para que le diésemos parecer en cómo habia de traer de paz cristianamente los indios que en la misma provincia estaban de guerra. Fué tambien frai Juan Gallegos, de la órden de los menores; i el licenciado Vallejo, clérigo, que iba por visitador de aquella iglesia (1).»

Desde el primer momento, el padre Gonzalez inició su ardiente obra de propaganda a favor de los

(1) Ghigliazza, *Historia de la provincia dominicana de Chile.* Concepcion, 1898. En esta obra se publican varios documentos de importancia relativos a frai Jil i a la fundacion de la órden dominicana en Chile.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 28, pájina 276.

naturales; i en Coquimbo trató de disuadir a don Garcia de su proyecto de dirijirse inmediatamente a la rejion bañada por el Biobio, donde se sabia que los indíjenas estaban de guerra.

El plan del dominicano era completamente distinto. En su sentir, el gobernador debia pasar el invierno, el invierno del año 1557, en la capital, i debia ocuparse aquí de preferencia en libertar a los naturales del servicio obligatorio impuesto por los encomenderos.

En seguida, debia enviar un mensajero a las comarcas de guerra, i frai Jil se ofrecia para serlo, con tal de que don Garcia le prometiera el cumplimiento de lo que él pactara con los indíjenas, a fin de que llevara al Biobio la oliva de paz.

Solo despues de esta embajada creia frai Jil que seria prudente el viaje de Hurtado de Mendoza.

No faltaron militares que asintieran a esta opinion; pero, por razones de otro órden. Ellos temian que la navegacion fuera peligrosa, como resultó serlo, en los meses mas crudos del año.

En cambio, el franciscano Gallegos adhirió incondicionalmente a la resolucion de don Garcia, i contradijo de una manera franca a su colega, defendiendo en la iglesia de la Serena i en la fiesta de pentecostes que «a tiempos se habia de predicar el evanjelio con bocas de fuego, conviene a saber, con tiros i arcabuces, donde dió a entender, agrega frai Jil, la guerra contra los indios ser lícita.»

Hurtado de Mendoza era un jóven de veintidos

años, mui altivo i resuelto, que sentia los ardores de su edad, i ante todo deseaba ganar gloria en la guerra contra los indíjenas. Desatendió, pues, las humanitarias amonestaciones de frai Jil i los prudentes consejos de los militares, i se lanzó con valor, acompañado de ciento ochenta soldados, en las tempestuosas olas del Pacífico.

Atribuyó en gran parte el padre Gonzalez el desaire que habia sufrido en esta ocasion a sus malas relaciones con el oidor Santillan, que ejercia el alto cargo de teniente del gobernador i era su primer consejero.

A la verdad, el licenciado Santillan, como le llamaban sus contemporáneos, poseia un carácter susceptible i poco conciliador. Así lo demostró en el Perú, en Chile, i mas tarde en Quito, donde le cupo desempeñar las funciones de presidente de la Audiencia (1).

El motivo señalado no fué, sin embargo, la principal causa de la derrota del padre Gonzalez. Por mucho valimiento que alcanzaran los relijiosos en los consejos de gobierno i de guerra de aquel tiempo, tanto en España como en sus colonias americanas, ántes que las palabras de paz habian de triunfar necesariamente los estímulos al combate, sobre todo en paises que aun no se hallaban sometidos.

(1) Numerosos datos sobre Santillan se encuentran en la *Historia Jeneral de la República del Ecuador* por don Federico Gonzalez Suarez, actual obispo de Ibarra. Consúltese el tomo 3.°, capítulos 1.° i 2.°

Despues de terribles tempestades, las naves de don Garcia arribaron a la isla de la Quiriquina, i en ella se verificó una interesante conferencia entre el gobernador, frai Jil i el franciscano Gallegos, la cual terminó en una disputa mas ajitada que el mar donde habian estado a punto de zozobrar.

El padre Gonzalez, que ya habia censurado su proceder al gobernador a solas, delante de Gallegos «le dijo que guardase la instruccion que para semejantes entradas habia dado el Consejo de Indias; i que por ella veria que estaba obligado a hacer muchas cosas ántes que pudiese entrar entre los indios de guerra.»

Don Garcia «respondió que entendia que era mas provechoso a los indios sujetarlos de presto, darles guerra ántes que pudiesen ellos juntarse i hacerse fuertes, porque, previniéndoles, moririan ménos.»

Como habria sido de esperarlo, frai Juan Gallegos manifestó «que era así, i que así lo decia Santo Tomas en lo de *Correctione fraterna.*»

Frai Jil le contradijo, teniendo delante el libro citado; Gallegos insistió; i «acabóse la junta en voces, i no se sacó della otro fruto.»

Cuando Hurtado de Mendoza creyó que habia llegado el momento de abandonar la isla, i dió órdenes para que los soldados se trasladaran a la tierra firme, el padre Gonzalez le dirijió serias observaciones.

Advirtióle «que ofendia gravemente a Dios, porque daba ocasion a que los indios viniesen sobre él

i muriesen»; i le aconsejó «que, ya que habia errado en venir allí, donde no se podia sustentar, esperase la jente de a caballo (la cual venia por tierra), i entónces podria pasar a la Concepcion, porque, viendo los indios que tenian mucha resistencia, no osarian venir sobre él.»

En el mismo sentido arengó frai Jil a todo el ejército.

Inútilmente.

Persuadido entónces de que sus esfuerzos eran completamente estériles, pidió permiso para dirijirse a la capital; pero Hurtado de Mendoza no se lo concedió.

Conocido el jenio impetuoso de don Garcia, esta negativa solo se esplica por el respeto que debia sentir hácia los consejeros nombrados por su padre, i el temor de que éste se sintiera ofendido si los apartaba de su lado.

Un jeneral moderno no habria consentido jamas en que sus órdenes fueran discutidas, mucho ménos censuradas, ante los soldados. El capellan castrense que tal hiciera pondria en peligro su propia vida.

Frai Jil no desmayó en su propaganda pacífica.

Una vez en el continente, rogó encarecidamente al gobernador «que siquiera enviase a hablar a los indios i les requiriese con la paz.»

Por desgracia, el padre Gallegos lo contradijo nuevamente, «i estorbó les hiciesen requerimientos.»

En estas circunstancias llegó al campo español un cacique del lugar con proposiciones de amistad.

El licenciado Santillan i el padre Gallegos aconsejaron que se le hiciera prisionero.

Frai Jil dió una opinion contraria, i pidió «que, aunque fuese espia, le tratasen bien, i le convidasen con la paz, i le mostrasen las fuerzas del fuerte, para que no osasen venir.»

Como siempre, fué vencido por el licenciado i el franciscano; i el cacique cayó en los hierros.

«Creo, asegura frai Jil a los consejeros de Indias, que, en volver yo por los indios, los dañaba; porque se hacia todo al reves.»

«En fin, agrega mas adelante en la misma comunicacion, vinieron sobre el fuerte unos indezuelos, i los soldados mataron los que pudieron dellos, sin tener lástima que enviaban al infierno a los que venian a predicar. Antes hubo quien decia que era la mas linda caza del mundo el tirarles con los arcabuces.

«Ya entónces me pareció no se sufria esperar mas a jente que tanto se cebaba en el mal hacer; i predicando traté de la ofensa que a Dios se habia hecho, i cómo llevaban mal camino, i que los que persiguiesen aquella jornada irian en estado de pecado mortal. . . . . »

Hurtado de Mendoza tampoco pudo tolerar por mas tiempo que el padre Gonzalez sembrara la indisciplina en el ejército, i se apresuró a darle licencia para que se trasladara a Santiago; no sin que el padre Gallegos, ántes de su partida, subiera al púlpito con el fin de desvirtuar sus palabras, i demos-

trar a sus soldados, apoyado en la autoridad de Santo Tomas, que la guerra contra los indíjenas era en todo lícita.

Por su parte, el licenciado Santillan se despidió de frai Jil «con palabras descomedidas», en presencia del gobernador i de los soldados.

Al retirarse, el padre Gonzalez habia dejado en manos del gobernador un dictámen escrito i firmado por él contra los procedimientos bélicos empleados por los españoles.

El propósito del dominicano no era detenerse en Santiago sino mas bien continuar viaje al virreinato; pero, tales fueron las demostraciones de los vecinos de la capital i su empeño por que en ella fundara convento de su órden, que frai Jil resolvió erijirlo, en unas casas que con este objeto le cedió, cercanas al rio Mapocho i pertenecientes al rei, el mismo teniente de gobernador, Pedro de Mesa.

Esta última circunstancia inducia a creer que el funcionario nombrado habia recibido instrucciones de don Garcia.

Las escrituras, de donacion, por parte de Mesa, i de aceptacion, por parte de frai Jil, fueron firmadas en Santiago con fecha 16 de noviembre de 1557 (1).

Algunos dias mas tarde, el aleman Blumenthal obsequió al nuevo convento una chacra de su propiedad, situada en la ribera norte del Mapocho; i,

(1) Ghigliazza, obra citada, pájinas 128-131.

con fecha 22 de agosto del año siguiente, Rodrigo de Quiroga i su mujer, doña Ines Suarez, encargaron a los dominicanos la administracion de la ermita de Nuestra Señora de Monserrate, fundada por ellos en la cumbre del cerro Blanco, i de las tierras concedidas por Pedro de Valdivia a esta institucion, estableciendo al mismo tiempo una capellanía en la ermita a favor de los relijiosos de la misma órden.

Estos actos de largueza i proteccion aseguraban en lo futuro la subsistencia del convento.

Por desgracia, no habian terminado para frai Jil los dias de sacrificio.

Entretanto, Hurtado de Mendoza continuaba sus campañas contra los indíjenas del sur.

El padre Gonzalez se indigna, en la relacion que en 1559 escribió al Consejo de Indias, contra los crueles procedimientos usados en esta guerra por las tropas de don Garcia.

«Los indios que mataban, asegura, iban de huida. Item que se aperrearon algunos; ahorcaron muchos; cortaron brazos, piés, narices, dedos sin número; i, despues de haberles cortado los pulgares o otros miembros, los cargaban con el carruaje del gobernador i de los demas.»

Frai Jil creyó de su deber denunciar esta conducta de don Garcia al virrei, su padre; pero, con gran dolor, supo mui luego que el marques de Cañete, no solo la aprobaba, sino que estimulaba al gobernador de Chile para que hiciera trabajar a los naturales en los lavaderos.

I lo que mas sublevó al dominicano fué que don Garcia aseguraba que el propio frai Jil habia dado su aprobacion a esta clase de servicio personal.

«El parecer que yo di a don Garcia, afirma en son de protesta a los consejeros de Indias, fué que, teniendo en los indios bastante dotrina, podrán llevar de los indios lo que para sustentar esta dotrina mui moderadamente bastare, i que servicio personal en ninguna manera es lícito.»

Miéntras tanto, esclama, «lo que hace es que por fuerza los indios saquen oro cuanto pueden, dado que no será tanto cuanto desean, i no les dan comida, i en lugar de dotrina tienen en las minas capitan i guarda, que no les deje resollar.»

Por lo demas, el gobernador tenia su conciencia tranquila, pues, segun frai Jil, recibia constantemente aprobacion de sus actos del franciscano Gallegos i del licenciado Vallejo.

Este último habia obtenido, por su parte, una encomienda de indíjenas en Concepcion.

A principios de la cuaresma volvieron a Santiago, del teatro de la guerra, los principales vecinos de la ciudad, i entre ellos, el licenciado Santillan i frai Juan Gallegos, con el fin de pasar aquí el invierno; i volvió entónces a renovarse la contienda entre frai Jil i sus contradictores de Concepcion.

«Viendo la jente ya recojida, i el tiempo tan aparejado, el dominicano comenzó a predicarles lo que eran obligados a restituir a los indios por los agra-

vios pasados, i cómo se habian de haber con ellos en lo porvenir.»

Frai Juan se preparó por su lado a sostener la tésis opuesta.

Frai Jil defendió esta proposicion concreta: «que los conquistadores eran obligados al daño que en su entrada hicieron.»

El franciscano, por la inversa, afirmó «que los indios eran obligados a pagarles la costa que para entrar hicieron de armas i caballos, etc.»

Frai Jil predicó a los conquistadores «que, si no tenian dotrina bastante, que no podrian haber de los indios ni un tomin.»

Frai Juan les dijo «que cumplian con tener un muchacho que dijese el *Padre Nuestro.*»

El dominicano desenvolvió estensamente sus argumentos contra el servicio personal, i el franciscano absolvió de toda culpa a los encomenderos que lo practicaban.

Esta disputa era la repeticion, punto por punto, de la que se habia verificado hacia cincuenta años en la isla Española entre el dominicano frai Antonio Montecinos i el franciscano frai Alonso de Espinal; la cual debia renovarse, mas o ménos, en los mismos términos, en todas las colonias españolas de América.

Los franciscanos, como es mui sabido, triunfaron en todas partes; pero en ninguno de los paises de este continente su victoria alcanzó mayores proporciones que en Chile, donde, a pesar de la firme vo-

luntad de los soberanos de España, el servicio personal de los indíjenas se conservó por espacio de dos siglos i medio, de 1541 a 1791.

La tenacidad con que el padre Gonzalez defendió en Santiago la causa de los naturales contra la crueldad española, le concitó malquerencias tan vivas, sobre todo de parte de las autoridades civiles i eclesiásticas, que, no solo puso en peligro su reputacion de sana ortodoxia, sino tambien la subsistencia del convento que acababa de fundar.

Frai Jil refiere en su carta de 1559 dos casos característicos de esta enemistad hácia su persona.

«Porque yo habia dicho, escribe a los consejeros de Indias, que cierto contrato no era usurario, el licenciado Santillan condena los contratantes i hace pregonar en la plaza que yo no sabia lo que me decia».

«Trujeron allí, agrega, un trasunto de trasunto de la bula del Santísimo Sacramento, i, porque yo dije que yo habia visto una derogatoria del papa, en que declaraba que era su voluntad que por trasunto de trasunto no se publicasen perdones, ni ganasen, hacen a un clérigo que estaba allí por vicario que me publique por descomulgado; de donde se siguió en toda la ciudad grande escándalo.»

Los sentimientos de hostilidad que estos hechos descubren contra el dominicano trascendieron a su convento.

Segun fundadas sospechas, los adversarios de frai Jil indujeron a Santiago de Azócar, primiti-

vo dueño de las casas donde se habia verificado aquella fundacion, a que las reclamara ante el licenciado Santillan.

Cuando el padre Gonzalez tuvo noticia oficial de que Santillan acojia la demanda, i declaraba sin validez la cesion hecha por Pedro de Mesa, se apresuró a manifestar que se hallaba dispuesto a cumplir la sentencia; pero algunos vecinos ricos de la ciudad se opusieron a ello, i pagaron a Azócar el precio de la propiedad, el cual ascendia a dos mil doscientos pesos.

El licenciado Santillan no se detuvo en este punto. Con fecha 26 de agosto de 1558, reunió al Cabildo de Santiago; e influyó para que la corporacion resolviera declarar nula la donacion hecha por Pedro de Valdivia a la ermita de Monserrate de la chacra que habia sido de su propiedad, i, por lo tanto, la capellania fundada sobre estas tierras por Rodrigo de Quiroga i su mujer, considerando, primero, que la chacra mencionada pertenecia a los indíjenas de la encomienda de Rodrigo de Araya, i, segundo, que en ningun caso convenia que se cediera a las iglesias o conventos una parte tan considerable del valle del Mapocho, pues así llegarian a escasear las tierras i el agua necesaria para las siembras (1).

Frai Jil apeló inmediatamente ante el tribunal de la Real Audiencia de Lima, i desde entónces resolvió

(1) Ghigliazza, obra citada, pájinas 151 i 157.

dirijirse al virreinato con el objeto de defender en persona los intereses del convento de Santiago.

Ademas, este viaje tuvo otra causa: pues habia sido llamado por el provincial de su órden en el Perú, sin duda alguna, a instancias del virrei, quien se habia persuadido de que la permanencia del padre Gonzalez en Santiago ponia obstáculos al gobierno de su hijo don Garcia.

El padre Gonzalez se alejó, pues, de Chile en la primera oportunidad, empujado por sus adversarios; aunque solo por poco tiempo, porque en su corazon de apóstol sentia verdadero interes en asegurar el reconocimiento de los derechos que a su juicio tenian los indíjenas del pais.

Por otra parte, el celo humanitario i relijioso de que se hallaba poseido le habia ganado el afecto de un grupo considerable entre los fundadores de la colonia.

A la inversa de frai Jil, el licenciado Santillan consideraba que la guerra contra los indíjenas era justa, i aplaudia todas las medidas adoptadas por el gobernador con el fin de asegurar la conquista; pero no podia ménos de acompañar al dominicano en la condenacion de las crueldades innecesarias.

En una interesante comunicacion que envió al Consejo de Indias, cuando ya habia salido de Chile, con fecha 18 de marzo de 1560 (1), Santillan se es-

(1) Esta comunicacion se halla íntegramente publicada por Medina en el tomo 28 de los *Documentos Inéditos*, en dos

presa en términos rigurosos contra las crueldades i excesos que los españoles habian acostumbrado con los indíjenas chilenos, «ansí en la primera entrada que los cristianos entraron con el adelantado Almagro como despues con Pedro de Valdivia, e asimismo despues de la muerte de dicho Valdivia»; «matando, agrega, mucha suma dellos debajo de paz, aperreando muchos, i otros quemando, i encalándolos, cortando piés i manos, e narices i tetas, robándoles sus haciendas, estrupándoles sus mujeres i hijas, poniéndoles en cadenas con cargas, quemándoles todos los pueblos i casas, talándoles las sementeras.»

En estas últimas palabras, parece el licenciado referirse a una época próxima; pues afirma que, a consecuencia de la mencionada tala, «sobrevino grande enfermedad, i murió grande suma de jente, de frio i mal pasar, i de comer yerbas i raices, i los que quedaron, de pura necesidad, tomaron por costumbre de comerse unos a otros, de hambre.»

Esta pintoresca i terrible descripcion hace recordar la que aparece en el Dante sobre el conde Ugolino, en quien el hambre ahogó todo sentimiento paternal, al punto de buscar alimento en la carne de sus propios hijos. Con esta diferencia, sin embargo.

---

partes: la primera, que es una carta u oficio al Consejo, en las pájinas 359 i 361; i la segunda, que sin duda alguna acompañaba a aquélla, i en la cual se hace una esposicion de la tasa conocida con el nombre de *Tasa de Santillan*, en las pájinas 284 i 312.

El suplicio a que fué condenado aquel tirano causó la tortura i muerte de cinco personas; los conquistadores de Chile, i, entre ellos, Santillan señala con especialidad a Francisco de Villagra i a Francisco de Aguirre, esterminaron a menudo por iguales medios a los indíjenas de toda una comarca.

La primera ciudad donde se ofreció a la vista de los consejeros de Hurtado de Mendoza el cuadro de las penalidades a que se hallaban sometidos los indíjenas chilenos fué la Serena.

En ella i en sus alrededores, el licenciado Santillan observó que los naturales «estaban mui vejados e fatigados de sus encomenderos, usando dellos para cargas, i echándolos a las minas a todos, e a sus mujeres e hijos, e ocupándolos en otros servicios personales, sin dejarles una hora de descanso.»

El licenciado se apresuró entónces, sin duda alguna con autorizacion del gobernador, a publicar las reales cédulas por las cuales era prohibido cargar a los indíjenas fuera de ciertos casos especiales i con mas de dos arrobas de peso; dispuso tambien que los encomenderos solo pudieran hacer trabajar en los lavaderos a la quinta parte de sus naturales encomendados, i que a éstos se les diera la sesma del oro estraido, libre de gastos; hizo poner en libertad, en cumplimiento de repetidas órdenes del soberano (1), a los yanaconas de encomienda; i estableció que, si voluntariamente estos yanaconas

(1) *Recopilacion de Indias*, libro 6, título 8, lei 37.

consentian en tomar parte en las labores mineras, los españoles estaban obligados a darles la comida, las herramientas necesarias i la cuarta parte del oro que se estrajera.

«Hice, agrega Santillan, otras setenta i nueve ordenanzas mui convinientes, así para la labor de las minas como para que los indios que en ellas anduviesen fuesen sobrellevados, curados i bien mantenidos, e dotrinados en las cosas de nuestra santa fe.»

En la rejion que se estiende desde Copiapó hasta el rio Choapa, habia ocho encomenderos, de los cuales el principal era Francisco de Aguirre, como que le estaban sometidos todos los indíjenas del valle de Copiapó i del valle de Coquimbo, i los restantes se llamaban Garci Diaz, Pedro de Cisternas, Diego Sanchez de Morales (1), Luis Ternero, Bartolomé de Ortega, Baltasar de Barrionuevo i Juan Gonzalez (2).

En Santiago fué, sin embargo, donde, como era esplicable, hubo que vencer mayores dificultades para aliviar la condicion de los indíjenas.

A principios de la cuaresma del año 1558, segun ya se ha dicho, el licenciado Santillan llegó por primera vez a la capital del reino; «en la cual, asegura, halló las cosas en lo tocante a los naturales en el estado que estaban las de la Serena, i aun con

(1) La encomienda de Sánchez de Morales se hallaba en el valle del Huasco.

(2) *El Conquistador Francisco de Aguirre*, por el presbítero Luis Silva Lezaeta. Pájina 92.

mui mayor exceso, i luego mandó publicar i ejecutar la provision de S. M. sobre las cargas.»

A fin de facilitar el cumplimiento de la real voluntad en esta materia, ordenó que se amansaran un gran número de yeguas i caballos, i que se fabricaran los aparejos indispensables. De este modo consiguió poner en estado de servicio mas de doscientas bestias de carga, que reemplazaron ventajosamente a los infelices indíjenas.

En seguida, se ocupó en reglamentar el trabajo de los naturales en los lavaderos, en los campos, en las viñas, en los obrajes i en las ocupaciones domésticas.

Los reyes, como ántes se ha dicho, habian terminantemente prohibido el servicio personal obligatorio de los indíjenas; i por diversas cédulas habian ordenado que los virreyes, presidentes i audiencias, cada uno en su distrito, hicieran tasar los tributos que aquéllos debian pagar al soberano de España en la persona de los encomenderos (1).

En Chile no se habia decretado aun ninguna tasa, sin que por ello pudiera dirijirse un cargo grave contra los conquistadores; pues la actividad de la guerra no lo habia permitido.

En cambio, era altamente censurable la práctica establecida de hacer trabajar en los lavaderos, no solo a los hombres formados, sino tambien a las mujeres i a los niños.

---

(1) *Recopilacion de Indias*, libro 6, título 5, lei 21.

«Hallé, escribe Santillan, por relacion de personas relijiosas, que a sus propios hijos chiquitos las madres no les querian dar leche, i así los mataban, diciendo tener por mejor aquello, que no, en siendo de siete a ocho años, les quitaban los encomenderos sus hijos e hijas, i se los llevaban a las minas, donde nunca mas los veian ni gozaban dellos.»

En esta ocasion, el licenciado Santillan hizo visitar todos los pueblos de indíjenas, es decir, las encomiendas territoriales, o de cacique, en las jurisdicciones de Santiago i de la Serena; i tasó, segun dice, «lo que los dichos naturales habian de contribuir a sus encomenderos.»

De advertir es que cuando él habia residido en la segunda de dichas ciudades, en compañia del gobernador, a su llegada a nuestro pais, no habia tenido tiempo de establecer tasa, sino únicamente una ordenanza, o sean, reglas jenerales sobre la materia.

Segun repetidas reales cédulas, los indíjenas debian pagar sus tributos con las producciones del suelo cultivado por ellos, o bien, con los artefactos de sus industrias.

Mandamos, decian los reyes, que los tributos sean moderados; de tal modo que quede a los naturales «con qué poder pasar, dotar i alimentar sus hijos, reparo i reserva para curarse en sus enfermedades, i suplir otras necesidades comunes (1).»

(1) *Recopilacion de Indias*, libro 6, título 5, lei 21.

Por desgracia, «salvo el oro que sacaban de las minas», como cuidaba de advertirlo Santillan a los consejeros de Indias, los indíjenas de Chile no podian pagar otra clase de tributos; pues sus siembras i rebaños eran reducidísimos, i las industrias de alfareria, cesteria i tejidos, a que de ordinario se dedicaban las mujeres, apénas bastaban para proveerlos a ellos mismos.

Esta falta de cultura, que estaba llamada a influir de una manera decisiva en los futuros destinos de los aboríjenes de nuestro pais, obligó a Santillan a quebrantar abiertamente las reales disposiciones sobre servicio personal.

Los naturales del Perú tenian un gobierno organizado, poseian hábitos de trabajo, habian establecido grandes industrias, i constituian una sociedad fuerte i homojénea. Así se esplica que hasta ahora sobrevivan los caractéres etnolójicos de aquel pueblo, en una parte considerable del territorio que dominaron hace cuatro siglos.

Los naturales chilenos debian desaparecer con prontitud, no solo como unidad política sino tambien desde el punto de vista etnolójico; porque su organismo social carecia de los elementos fundamentales que dan permanencia a los rasgos característicos de una raza.

El rei habia ordenado que las tasas se impusieran de una manera individual, pueblo por pueblo, o sea, encomienda por encomienda, a fin de que los naturales supieran lo que debian pagar; i con tal propó-

sito habia dispuesto que se hiciera una matrícula prolija de todos los indíjenas tributarios de cada encomendero (1).

Santillan trató de ajustarse en cuanto era posible a las leyes vijentes; pero, por las condiciones de vida de nuestros naturales, en lugar de tasa de tributos, la estableció de servicios, contra la espresa voluntad del soberano.

«En la tasacion, recomendaba el rei a los encargados de verificarla, guarden lo que por nos está mandado, acerca de que no haya servicios personales, ni se echen los indios por sus encomenderos a las minas (2).»

La fórmula empleada por Santillan en cada caso fué la siguiente, segun sus propias palabras:

«A vos, fulano encomendero, e a vos, fulano cacique, mando que, en tanto que su Majestad e los señores virrei, presidente e oidores de la Audiencia Real del Perú mandan e proveen la órden que en el tributar han de tener los dichos naturales, o otra cosa parece al señor gobernador, i a mí en su nombre, en el sacar del dicho oro i demas servicios, guarden la órden siguiente.

«De tal pueblo, tantos deteneros (3) i tantos lavadores, etc., que montan tantos deteneros i tantos la-

(1) *Recopilacion de Indias*, libro 6, título 5, lei 21.

(2) *Recopilacion de Indias*. Libro, título i lei citados.

(3) Con esta palabra, evidentemente el oidor designa a los indios encargados de cavar la tierra i llenar las bateas. Cabe, sin embargo, la duda de que este vocablo haya sido

vadores; los cuales han de andar en tal asiento de minas, que es el mas cercano a sus pueblos, e se han de mudar por sus mitas, los indios deteneros de dos en dos meses, i los lavadores de cuatro en cuatro meses. I que el indio o lavador que anduviere una mita no lo metan en la siguiente, so pena de cien pesos por cada indio o lavador, para la cámara de su Majestad. I del oro que así sacaren los dichos indios, el cacique tenga su quipocamayo, i el minero i encomendero su cuenta i razon; i cada dos meses se traiga a la fundicion desta ciudad, i allí se divida en esta manera:

«Que vos, el dicho encomendero, por razon de la comida i herramientas, i por salario de mineros i criados, que habeis de tener para hacer sembrar a los dichos indios, i por vuestra industria, i porque habeis de ser obligado, i es a vuestro cargo, el dotrinar a los dichos indios en las cosas de nuestra santa fe católica, lleveis las cinco partes de seis; i la otra sexta parte sea para los dichos indios que lo sacaren, i hayan por su trabajo, lo cual se les emplee en ropa i en ovejas, o en lo que fuere mas útil i provechoso para ellos, conforme a la órden que sobre la distribucion dello se dará.

«Para hacer i cojer las sementeras i otras cosas necesarias, os den los indios siguientes, etc., a los

mal interpretado, i de que, en vez de *detenero*, Santillan haya escrito *batenero* o *batelero*. El punto no puede ser resuelto, como se comprende, sino a la vista del orijinal.

cuales habeis de dar i pagar: a los que ayudaren a hacer las sementeras, a cada uno, un vestido entero de algodon; i a los que ayudaren a la cosecha, a cada uno una manta, en pago de su trabajo; i a los carreteros e indios que guarden ganados, i viñaderos e de servicio de casa, a cada uno, un vestido entero en cada un año, e dos puercos i una cabra; i a las mujeres que sirvieren en casa, en cada un año, dos vestidos enteros de algodon. I a los indios que anduvieren en las minas i a los demas servicios les habeis de dar para su comida, en cada un dia, un cuartillo de trigo o maiz, i sal, i ají.

«I, si el encomendero tuviere sementera de lino, mando que se pueda concertar con los indios de su encomienda para que le ayuden a sembrarlo i beneficiarlo, conquel dicho lino se divida entre vos el encomendero i los dichos indios que lo benefician, en esta manera: que el encomendero, por la industria, telares i otros aparejos que ha de poner, lleve la mitad de lo que se tejere i hilare, i los dichos indios la otra mitad, i questa particion i concierto se haga ante la justicia mayor, i el cacique tenga quipo i el encomendero cuenta.

«I mando que, demas de lo arriba contenido, vos, el dicho encomendero, no lleveis otro tributo ni servicio a los dichos indios, ni los echéis en otras minas mas léjos, so pena que, por la primera vez, perdais la renta i servicio de aquel año, i por la segunda, privacion del dicho repartimiento.»

Estas reglas debian aplicarse estrictamente, sin

otras variaciones que el número de los tributarios i los jéneros de cultivo o de trabajo de cada encomienda, en las jurisdicciones de Santiago i la Serena, segun lo ya espresado.

En la primavera del mismo año de 1558, Santillan se trasladó a Concepcion con el objeto de dictar la norma a que debian sujetarse los indíjenas encomendados de las ciudades del sur.

Desgraciadamente, los naturales habian vuelto a rebelarse, i habian dado muerte al capitan Pedro Estéban, compañero de Valdivia i uno de los fundadores de la Imperial (1).

El licenciado empezó, sin embargo, la visita de las encomiendas, para hacer la matrícula de los naturales, tomando por punto de partida las ciudades españolas; hasta que hubo de persuadirse que en el estado de sublevacion en que se hallaba la comarca no era posible continuar el trabajo, i entónces resolvió dictar una ordenanza jeneral para los indíjenas de Concepcion, Imperial, Cañete, Valdivia, Osorno i Villarrica.

Esta ordenanza era semejante a la establecida en Santiago i la Serena, i solo se apartaba de ella en el número de tributarios que podian ser obligados a servir en los lavaderos. En las encomiendas de

(1) Medina confunde a este conquistador en su *Diccionario Biográfico* con un soldado de la ciudad de Valdivia procesado por la Inquisicion, el cual tenia por nombre Alonso. Véase Medina, *La Inquisicion en Chile*, tomo 1.°, pájina 297.

Santiago i la Serena, como se ha leido, podia enviarse a lavar oro hasta la quinta parte de los indíjenas de trabajo; en las ciudades del sur, o de arriba, segun el lenguaje de la época, solo fué permitido emplear en las mismas labores, talvez por la mayor cantidad de habitantes, la sesta parte de los indíjenas, i, para conocer con exactitud cuántos individuos componian esta sesta parte, en cada caso, debia estarse «al dicho del cacique i principales.»

Santillan no habia podido levantar el censo de los repartimientos, i juzgaba de buena política favorecer de este modo a los hijos del pais.

Hé aquí algunas de las disposiciones principales de la ordenanza indicada (1).

«Primeramente, que ningun vecino ni otra persosona que tenga indios a su cargo pueda pedirles mas indios para sacar oro de la sesta parte de los indios que tuviere, que sean macegales, a que llaman indios de pala, i para ello no se haga número de los viejos de cincuenta años arriba, ni de los muchachos de diez i ocho para abajo.

«Item, mando que ninguno pueda traer a sacar oro en las minas a ninguna mujer ni muchacho de menos edad de diez i ocho años.

(1) El testo de ella se ha conservado íntegramente, i lo publica Medina en el tomo 28 de sus *Documentos Inéditos*, pájinas 297-302. Solo se reproducen aquí las reglas que se apartaban de la ordenanza de Santiago; o bien, las que, siendo de alguna importancia, no han sido ántes señaladas i tenian aplicacion a todas las encomiendas del pais.

«Item, mando que los caciques den para cada diez indios que dan para las minas una india que les aderece la comida.

«Item, mando que asimismo den los dichos caciques para cada cuadrilla dos mitayos para que les traigan leña i agua.

«Item, mando que la demora en que los dichos indios han de comenzar a sacar oro en términos de las dichas ciudades comience desde primero de diciembre hasta en fin de julio, e que ninguna persona eche indios en las minas a sacar oro, ni a desmontar ni a catear, ántes del dicho término de primero de diciembre, ni los traiga en ellas despues del dicho mes de julio, so la pena que de yuso será contenida.

«Item, mando que los dichos encomenderos i sus mineros tengan cuidado de que se hagan algunos ranchos en las dichas minas, donde los indios que anduvieren en ellas puedan recojerse cómodamente.

«Item, mando que ningun encomendero pueda tomar minero ni criado a partido de tantas bateas una, ni tampoco dalle sobre el salario ningunas bateas para el tal minero, salvo que los tome por el salario que se concertare a dineros.

«Las penas que incurren las personas que exceden de las ordenanzas de suso contenidas, mando que sean, si fuere vecino, por la primera vez, privacion de los indios que tiene en encomienda e tributos dellos por tiempo de un año, e, por la segunda vez, suspension precisa para siempre; i el que no

fuere vecino, de quinientos pesos de oro para la cámara de su Majestad, por la primera vez, e por la segunda, la pena doblada.

«Otrosí, ordeno e mando que los indios que se ocuparen en sacar oro en las minas, su mita, que, saliendo della, no puedan ser ocupados en otro ningun servicio hasta que primero pase otra mita en medio, so pena de quinientos pesos aplicados conforme a la ordenanza ántes de ésta (para la cámara de S. M. la mitad, e la otra mitad para el denunciador e para los tales indios).

«Otrosí, ordeno e mando que cualquier encomendero o otra persona que tuviere india en su casa, de servicio, siendo de edad suficiente, i habiéndole servido cuatro años, sea obligado a casalla e dalle su rancho aparte, o envialla a su naturaleza con su marido, so pena de doscientos pesos, i que no pueda servirse mas de las tales indias.

«Otrosí, ordeno e mando que los encomenderos que tuvieren indios de mita en su servicio, haciendas e granjerias, no puedan traer ocupados en ellas mas de la quinta parte de los indios de trabajo que hubiere en su repartimiento, entiéndese, contando en ellos la sesta parte de indios que por otra ordenanza ántes desta se permite que puedan andar a sacar oro en las minas, e nó de otra manera, so pena de veinte pesos para cada indio que trabajaren de mas de los susodichos, aplicados segun de suso; i a los que así trajere ocupados ha de dar la comida i paga, segun de suso.

«Otrosí, ordeno e mando que en los tiempos en que los naturales suelen acostumbrar hacer sus sementeras i cojellas, ningun encomendero los ocupe ni estorbe que no les hagan ni cojan, so pena de quinientos pesos, aplicados segun de suso.»

La lectura atenta de las reglas anteriores i el exámen jeneral de las ordenanzas elaboradas por Santillan para Santiago, la Serena i ciudades del sur, revelan en el consejero de Hurtado de Mendoza el propósito concienzudo de mejorar la condicion de los naturales de Chile; i, si estas disposiciones no fueron cumplidas como debieran, ello provino de múltiples causas, en las cuales el licenciado no tuvo sino una parte mui pequeña.

Por desgracia, cuando Santillan se encontraba aun en Concepcion ocupado en preparar su reglamento para los indíjenas de aquella ciudad, i de Imperial, Cañete, Valdivia, Villarrica i Osorno, se indispuso seriamente con el gobernador, quien no se limitó a injuriarle sino que tambien le amenazó con la horca (1).

Grave debió de ser el desacuerdo entre el hijo del virrei del Perú i su respetable consejero, el cual sumaba dieciseis años mas que don Garcia; pues Santillan se apresuró a retirarse del lado del gobernador, i no terminó la redaccion de la ordenanza indicada sino algunos meses despues, como se deduce de las palabras con que le dió remate:

(1) Medina, *Documentos inéditos.* Tomo 28, pájinas 413 i 432.

«Fecho en Valparaiso, a cuatro dias del mes de junio de mil e quinientos e cincuenta e nueve años (1).»

Por su parte, Hurtado de Mendoza dió órden para que este reglamento se pusiera en ejecucion, así como los que se habian dictado en Santiago i en la Serena.

«Yo he publicado, escribió al presidente del Consejo de Indias, en carta de 30 de agosto de 1559, firmada en Arauco, las dichas provisiones, i dado a entender que se han de guardar desde luego, e irlas cumpliendo de manera que no resulte de ello inconveniente i la tierra lo pueda sufrir; i atrévome a esto como criado que tiene la cosa presente i desea acertar (2).»

Sin duda alguna, a causa de sus diferencias con el gobernador de Chile (3), Santillan partió al Perú en el curso del año 1559; i, tan luego como se estableció en Lima, manifestó a la Real Audiencia, de la cual era miembro, la necesidad de que confirmara las ordenanzas compuestas por él en beneficio de los naturales de nuestro pais.

A la verdad, Santillan abrigaba serios temores de

(1) Medina, *Documentos inéditos*. Tomo 28, pájina 312.

(2) Obra i tomo citados, pájina 323.

(3) La real cédula de 15 de marzo de 1559, por la cual se ordenó a Santillan que se trasladara a Lima, debió llegar a sus manos cuando ya se hallaba en el virreinato. Medina, *Documentos inéditos*. Tomo 28, pájina 376.

que, una vez que él se alejara, los encomenderos chilenos burlarian las disposiciones dictadas.

Por desgracia, los otros miembros del supremo tribunal no se hallaban poseidos de igual entusiasmo por los indíjenas, i no tomaron, en consecuencia, las medidas urjentes que eran indispensables.

Esta fué la razon que indujo al ex-consejero de Hurtado de Mendoza para dirijirse, en 18 de marzo de 1560, al Consejo de Indias, con el fin de que esta alta corporacion hiciera cumplir estrictamente la tasa prescrita (1).

En su oficio, Santillan espuso al Consejo que habia creido oportuno tomar diversas medidas encaminadas a evitar abusos; i, entre éstas, las principales eran las siguientes:

1.ª Para asegurar el pago efectivo del sesmo de oro que correspondia a los indíjenas, i su debida inversion en provecho de ellos mismos, habia ordenado que anualmente se nombrasen en Santiago i la Serena dos individuos, uno por el cabildo i otro por la justicia mayor, los cuales, de acuerdo con los encomenderos i relijiosos de las encomiendas, debian emplear este oro en ropa, lana o ganado, u otras cosas de que tuvieran los naturales inmediata necesidad. El ganado que se adquiriera así debia colocarse bajo la guarda de los encomenderos, por escritura pública; i los encomenderos debian dar cuenta de los animales que se les entregaran i de sus crias

(1) Obra i tomo citados. Pájina 359.

En la sesion que celebró el Cabildo de Santiago a 12 de agosto de 1558, presidida por el mismo Santillan, habian sido nombrados los dos individuos a que se refiere la resolucion anterior: el alcalde ordinario Juan Godinez, por parte del Cabildo; i Francisco Perez de Valenzuela, por parte de Santillan (1).

En las ciudades del sur, segun las ordenanzas, debia hacer estas compras una persona nombrada por el gobernador, o por el teniente de gobernador, la cual debia proceder de acuerdo con el encomendero.

2.ª Con el objeto de impedir que los encomenderos distrajeran en beneficio propio el oro sacado de los lavaderos, sin pagar los quintos reales ni el sesmo de los indíjenas, habia establecido que todo el oro estraido fuera inmediatamente llevado a las fundiciones existentes en el pais; que los españoles no pudieran celebrar contratos entre sí con pagos en oro sin fundir; i que los mercaderes solo quedaban autorizados para hacer ventas a los naturales, pagaderas con oro en polvo, por la cantidad de diez pesos.

3.ª Habia permitido, por lo demas, a los encomenderos el empleo de cuadrillas de negros en la estraccion del oro; i a los indíjenas el que lavaran oro por su propia cuenta, e hicieran siembras en compañia con los encomenderos, quienes debian

(1) *Historiadores.* Tomo 17, pájina 41.

proporcionar los arados i entregar a los indíjenas la tercera parte de las cosechas.

A pesar de las ordenanzas establecidas i de las precauciones que acaban de leerse, Santillan denunciaba al Consejo de Indias diversos actos en que abiertamente se habian violado estas reglas.

Juan Jufré i otros no pagaban salario alguno a los indíjenas que tenian empleados en su fábrica de tejidos.

Igualmente, Juan Bautista Pastene i socios no daban remuneracion a los naturales que servian en su fábrica de jarcia.

Por fin, algunos encomenderos de Santiago habian obligado a sus indíjenas a trasladarse a los lavaderos recientemente descubiertos en Choapa i Combarbalá, los cuales se hallaban hasta a sesenta leguas de distancia de la capital i poseian un clima mui distinto.

El Consejo, tan luego como recibió la comunicacion de Santillan, impartió órdenes terminantes al sucesor de Hurtado de Mendoza en el gobierno de Chile, que lo era Francisco de Villagra, para que hiciera cumplir la tasa establecida i castigara con severidad a los que la quebrantaran.

El mismo Consejo nombró una comision, compuesta de Villagra, del obispo de Santiago i de dos relijiosos, a fin de que informara sobre las ventajas e inconvenientes que producia en el pais la ejecucion de las ordenanzas de Santillan.

I, por último, dispuso que el nuevo gobernador

obligara a los encomenderos a emplear negros en la estraccion del oro.

Esta última prescripcion nunca pudo ser obedecida, por el motivo que daba el contador de real hacienda, Francisco de Galvez, en un informe que se conserva en el Archivo de Indias (1).

«En este reino, escribia, no habria saca de esclavos, ni se venderian bien, a causa de ser la jente dél tan pobre . .»

Aconsejaba, sin embargo, que por via de ensayo se enviaran cincuenta negros, con las herramientas necesarias para estraer oro i cultivar la tierra.

De igual modo, ni las reales cédulas, ni las órdenes de los gobernadores, ni mucho ménos la tasa de Santillan, pusieron fin a las encomiendas de yanaconas, o encomiendas reducidas de indíjenas de servicio, sin cacique ni territorio propio, pues ellas subsistieron en Chile hasta la abolicion completa del réjimen de las encomiendas, a fines del siglo XVIII (2).

Esta violacion manifiesta de las órdenes del gobierno arrancaba su oríjen, como ántes se ha espresado, de la imprescindible necesidad que tenian los colonos españoles del servicio personal de los natu-

(1) Medina, *Documentos inéditos*. Tomo 28, pájina 355. Galvez llegó a Chile en 1550, i permaneció en nuestro pais mas de treinta años.

(2) Solórzano, *Política Indiana*. Tomo I, pájina 75, nota del licenciado Ramiro de Valenzuela.

rales, tanto en sus propiedades de campo como en sus casas de la ciudad.

Por lo demas, si las reglas establecidas por Santillan en la tasa que lleva su nombre fueron desatendidas en su mayor parte desde el primer momento, ello provino de la falta de vijilancia de las autoridades i del desórden propio a una colonia incipiente.

Uno de los gobernadores de Chile que mayor atencion puso en el desempeño de los deberes de su cargo, i que por desgracia fué la víctima inocente de errores i delitos ajenos, don Martin Garcia de Oñez i Loyola, ha juzgado con criterio imparcial i mui penetrante las ordenanzas del consejero de Hurtado de Mendoza, en las líneas que siguen:

«El licenciado Santillan, oidor de Lima, escribia al rei desde Concepcion, a 12 de enero de 1598, que vino a este reino habrá cuarenta años, hizo unas ordenanzas de compañía con los vecinos i sus encomendados, que hasta entónces no habian ningunas, i fué que del cuerpo del repartimiento sacasen la sesma parte para lavadores, i desta sesma parte para mitayo el quinto, que los vecinos ocupaban en lo que querian, i otro minero para los cateadores que descubriesen minas i las labrasen, i cuadrilleros i indios que llevasen las comidas, i de los demas sacasen servicio para el beneficio de sus haciendas, i gañanes para sus sementeras, oficiales cazadores i pescadores, conforme al número que tenia de indios, *dejando el mando i ejecucion desto a los mismos encomenderos*, que como cosa propia lo man-

daban, i ponian criados en los pueblos de los mismos indios, que los mandaban, i ejecutaban la voluntad del encomendero i suya, i esta sesma parte que se les ordenaba (si es verdad que no excedian dello, porque no habia quien les fuese a la mano) los echaban a las minas, que señaló fuesen ocho meses del año, i de lo que sacasen les diesen el sesmo a los indios, i pagasen la dotrina, sin darles otra paga a éstos, ni a los demas de que se servian, que lo hacian a su voluntad, como si fueran esclavos, sin que se les impidiese ni castigase exceso. . (1)»

Sea lo que fuere, sin embargo, los esfuerzos de Santillan i de Hurtado de Mendoza para mejorar la condicion de los naturales de nuestro pais merecen los aplausos de la posteridad.

(1) Tomo 2.°, seccion *Apuntaciones i Documentos*, documento II.

VI

Frai Jil de San Nicolas reanuda sus predicaciones en favor de los indíjenas.—Proceso seguido contra los araucanos por el teniente de gobernador.—Los cabildos de Chile piden al virrei del Perú la perpetuidad de las encomiendas; pero Francisco de Villagra da un dictámen contrario.—Los encomenderos hostilizan a frai Jil i le obligan a partir al virreinato.—El gobernador Pedro de Villagra completa la tasa de Santillan con nuevas disposiciones.

Como se recuerda, frai Jil de San Nicolas, se trasladó apresuradamente a Lima a principios de 1559; i con tanta fortuna que a 13 dias del mes de marzo consiguió de la Real Audiencia ordenara la devolucion de las tierras de Monserrate al convento de Santiago (1).

Frai Jil habria deseado regresar en el acto a nues-

(1) Ghigliazza, obra citada. Tomo 1.º, pájinas 152-155.

tro pais; pero estorbó sus propósitos el virrei, padre de don Garcia Hurtado de Mendoza, segun lo refiere el relijioso dominicano, en su comunicacion varias veces citada, de 26 de abril de 1559, a los consejeros de Indias.

Cerca de un año hubo de quedarse en el Perú, hasta que cayeron en desgracia el virrei don Andres i su hijo ante la corte de España.

En los primeros dias de enero de 1560 frai Jil se hallaba ya en Santiago, i a fines del mismo mes el alcalde ordinario Rodrigo de Quiroga le mandaba entregar las tierras mencionadas (1).

En esta última fecha, Francisco de Villagra, el cual permanecia aun en Lima, despues de haber sido absuelto por la real audiencia en el proceso que le habian ordenado levantar don Garcia i don Andres Hurtado de Mendoza (2), acababa de saber que el rei le habia nombrado gobernador de Chile. Dificultades de diverso jénero le retuvieron, sin embargo, en el virreinato hasta marzo de 1561; i solo llegó a nuestro pais en junio del mismo año.

Gratísimas nuevas debieron de ser para frai Jil, primero, el nombramiento de Villagra, i en seguida, el arribo de éste a la Serena; pues en el Perú habia anudado estrechas relaciones de amistad con el nuevo gobernador, como lo manifestaron los sucesos posteriores.

---

(1) Ghigliazza, obra citada. Pájinas 156 i 157.

(2) Este proceso ha sido publicado por Medina en los tomos 20, 21 i 22 de sus *Documentos Inéditos*.

Sin temor de irreverencia con el padre dominicano, puede asegurarse que a él i a Villagra los acercaba un comun sentimiento de oposicion a don Garcia Hurtado de Mendoza.

En efecto, cuando en el mes de octubre Francisco de Villagra partió de Santiago en direccion al sur, con el objeto de dirijir personalmente las operaciones militares, llevó en su compañia, en calidad de consejero, a frai Jil Gonzalez (1), prueba decisiva de la confianza i cariño que sentia por este relijioso.

A pesar de que Villagra no habia llegado aun a la ancianidad, i de que muchos de los conquistadores españoles con los años que él tenia conservaban intactos los atributos de la edad viril, podia considerársele como un hombre gastado e incapaz de sobrellevar los sufrimientos i trabajos de una campaña.

La vida licenciosa de los militares, dado el atraso en que se hallaba la ciencia médica para curar un mal grave, le habia hecho perder sus enerjias morales i sus fuerzas físicas.

A esta causa debe atribuirse la incompetencia que desde el primer momento reveló en las operaciones bélicas.

La intervencion del dominicano no fué tampoco

(1) *Historiadores*, tomo 2.º. Góngora Marmolejo, capítulo 34. Este cronista ofrece noticias fidedignas sobre la actuacion del dominicano Gonzalez en la primera campaña de Francisco de Villagra.

estraña al desprestijio en que cayó Villagra ante los ojos de sus capitanes i soldados.

«Juntósele a Villagra, refiere Góngora Marmolejo (1), para no acertar a hacer la guerra, que frai Jil, en las oraciones que hacia a los soldados, les decia se iban al infierno si mataban indios, i que estaban obligados a pagar todo el daño que hiciesen i todo lo que comiesen, porque los indios defendian causa justa, que era su libertad, casas i haciendas; porque Valdivia no habia entrado a la conquista como lo manda la iglesia, amonestando i requiriendo con palabras i obras a los naturales . . . . »

«Volviendo a frai Jil, agrega, eran sus palabras dichas con tanta fuerza, que hacian grande impresion en el ánimo de los capitanes i soldados, i acaeció vez que Villagra estaba hablando algunos soldados que hiciesen lo que sus capitanes les mandasen, i alanceasen a los indios todos que pudiesen, frai Jil les decia que los que quisiesen irse al infierno lo hiciesen: ansí era una grandísima confusion ver estas cosas i que Villagra no las remediase, i ansí se hacia la guerra perezosamente.»

La sublevacion araucana se hallaba entónces concentrada alrededor de Cañete, donde tenia sus reales el gobernador; pero los vecinos españoles de la ciudad preferian batirse sin la presencia de Villagra, i, sobre todo, de frai Jil, i despues de mucho

(1) *Historiadores*, tomo 2.°, pájina 95.

importunar, consiguieron que uno i otro se alejaran del sitio.

Al retirarse, Villagra dejó ciento veinte soldados para la defensa de la poblacion, al mando de su hijo Pedro i del capitan Reinoso; i él se dirijió a Angol.

Celebróse en estas circunstancias en el campamento de Cañete un estraño ceremonial, destinado a dejar tranquilas las conciencias de los militares españoles i a activar la guerra contra los araucanos.

El hecho es tan característico de la época que merece ser conocido en todos sus detalles, con las palabras mismas empleadas por su protagonista.

«Como juez e teniente jeneral de aquella provincia, refiere al virrei del Perú conde de Nieva el teniente del gobernador Villagra, que lo era el licenciado Juan de Herrera (1), hice proceso en forma contra todos los dichos indios rebelados i los llamé por edictos, i se creó fiscal, i se les puso acusacion sobre las muertes i robos e insultos, e otros delictos que habian hecho e cada dia hacian, i por su ausencia i rebeldia hice citar i llamar a las personas que eran sus protectores, i que en público volvian por ellos, hasta venir a citar a frai Jil de Sant Niculas, que era i fué el mas principal relijioso que por ellos volvia, i el que mas escrúpulos ponia, i predicaba que se iban los capitanes e soldados i jueces al in-

(1) *Historiadores*, tomo 2.º. Góngora Marmolejo, documentos anexos, pájinas 253 i 254.

fierno, i de palabra me dijo que su Majestad, ni yo en su nombre, no éramos jueces porque no estaban seguros; i, en efecto, yo sustancié el proceso e hice probanzas, i vine a sentenciarlos a muerte i perdimiento de bienes, i notifiqué la sentencia en los estrados, i a los que pretendian defenderlos, i, pasado el término en que podian apelar, pronuncié otro auto en que, en efecto, dije que por cuanto convenia ejecutar la dicha sentencia e ir a prender los culpados, i que andaban salteando i matando por los caminos, i por andar con mano armada, e yo no los poder prender i castigar si no llevaba copia de jente, i que fuese armada, i que para el dicho efeto convenia yo ir en persona i llevar hasta doscientos hombres que fuesen apercibidos con un capitan que nombré; i con esta órden fuí a la guerra i dí aviamiento i municiones i socorros a la jente que iba i fué a ejecutar lo susodicho.»

Este proceso levantado contra toda una nacion, i la sentencia de muerte que dictó el licenciado Herrera, contribuyeron sin duda a dar mayor impulso a las operaciones militares contra los indíjenas; pero no estorbaron ni la derrota de Catirai sufrida por los españoles ni el despueble de la ciudad de Cañete.

Los encomenderos de Chile esperimentaron en esta misma época una derrota en el órden económico, que les causó un pesar mucho mas profundo que los desastres militares.

«Las necesidades del tesoro en España, escribe

un distinguido investigador moderno (1), eran por entónces apremiantes, i como un medio de salvarlas el rei encargó al marques de Cañete que convirtiera en feudos las encomiendas, siempre que sus poseedores hicieran a la corona donativos proporcionados a los derechos que iban a adquirir. Los vecinos del Cuzco i otros que se encontraban en aptitud de pagar caro la perpetuidad de aquéllas, exijieron que se les concediera jurisdiccion civil i criminal sobre sus vasallos; pero los indios, a cuyo conocimiento llegó lo que con ellos pretendia hacerse, ofrecieron un donativo superior al que pudieran dar los encomenderos, ademas del tributo ordinario, i pasó el tiempo sin que nada se resolviera sobre el particular.»

El sucesor de don Andres Hurtado de Mendoza en el Perú, conde de Nieva, quiso hacer estensiva la gracia indicada a los encomenderos chilenos; i, con fechas 24 de setiembre i 1.º de octubre de 1561, dirijió comunicaciones firmadas por él i por los miembros de la Audiencia de Lima, a las ciudades de nuestro pais i al gobernador Villagra, para pedirles dictámen sobre tan interesante materia.

Las seis principales ciudades, esto es, Santiago, Concepcion, la Serena, Imperial, Valdivia i los Confines, contestaron defendiendo calorosamente la ne-

(1) Enrique Torres Saldamando, *Libro Primero de Cabildos de Lima*. Tomo 2.º, pájinas 107 i 108.

cesidad de que se diera a las encomiendas el carácter de perpetuas (1).

Con fecha 8 de marzo de 1562, la ciudad de Santiago, en cabildo abierto, formado por los dos *Alonso de Córdoba*, padre e hijo, i por *Diego Garcia de Cáceres*, *Pedro Gomez*, *Francisco de Riberos*, *Pedro de Miranda*, *Santiago de Azócar*, *Juan Bautista de Pastene* i *Gonzalo de los Rios*, hizo presente que los indíjenas chilenos vivian en suma pobreza, de tal modo que no podian pagar tributos a sus encomenderos sino en la forma de servicio personal; que las mujeres eran trabajadoras, pero que los hombres solo tenian aficion a la embriaguez i a la guerra; i que, por lo tanto, la perpetuidad de las encomiendas, a mas de ser mui justa recompensa para los conquistadores del pais, por sus servicios al rei i por las penalidades sin cuento que habian sufrido, contribuiria poderosamente al bienestar i conservacion de los mismos naturales.

La respuesta de la ciudad de Concepcion, dada en 26 de febrero, quedó redactada en términos mas o ménos parecidos, i llevó las firmas de *Alonso de Reinoso*, *Pedro Pantoja*, *Diego Diaz*, *Rodrigo Bolaños*, *Hernando de Huelva*, *Francisco de Casta-*

(1) Mi amigo don José Toribio Medina, quien jenerosamente ha puesto a mi disposicion su valioso archivo histórico, del cual he alcanzado gran provecho para escribir esta obra, me ha obsequiado una copia del espediente sobre perpetuidad de las encomiendas, que él hizo sacar en el Archivo de Indias de Sevilla.

ñeda, *Bartolomé de Mella*, *Francisco Gutierrez de Valdivia* i *Antonio Lozano*.

Los vecinos de la Serena, reunidos tambien en cabildo abierto, como los de Santiago, abundaron en iguales conceptos. *Garcia de Alvarado*, *Pedro de Herrera*, *Gaspar de Medina*, *Diego Sanchez de Morales*, *Juan Gonzalez*, *Garcia Diaz*, *Alonso de Torres*, *Luis Ternero* i *Luis de Cartajena*, con fecha 21 de marzo, aseguraron al virrei que la perpetuidad «seria principal parte de que en estas provincias quedasen sus hijos i sucesores.»

La ciudad de la Imperial, en su contestacion de 20 de enero, representada por *Gabriel de Villagra*, *Hernando de San Martin*, *Hernando Ortiz de Zúñiga*, *Leonardo Cortes*, *Anton Nuñez Contreras*, *Joan de Cárdenas*, *Francisco Loarte*, *Juan de Villanueva*, *Anton de Montiel*, *Francisco Martin Naranjo*, *Francisco Donado de Villacis*, *Andres de Escobar*, *Francisco Rodriguez*, don *Francisco Ponce de Leon*, *Bartolomé Martin* i *Luis Barba*, dieron como principal razon en favor de las encomiendas perpetuas la necesidad de protejer a los naturales contra ellos mismos. "Los ha acabado Dios, decian, matando a los mas en esta ciudad, que solia ser la mas próspera desta gobernacion, i al presente está destruida i apocada dellos. I, por todas estas causas, e porque ellos se han comido unos a otros, sin perdonar hijos a padres, ni padres a hijos, ni mujer a marido, ni por el contrario, ni vecino a vecino; i por estas causas, i otras muchas que se podrian dar desta ciudad,

convenia en ella la perpetuacion para estos naturales».

La contestacion de la ciudad de Valdivia fué dada en 13 de febrero i firmada por *Garcia de Alvarado*, *Cristóbal Ramirez*, *Francisco de Valenzuela*, *Estéban de Guevara*, *Martin Gallego*, *Diego Garcia Altamirano* i *Bernal Dianez*. Los capitulares nombrados insistian en las condiciones especiales del clima de Valdivia, que no permitia el cultivo de la vid, ni la crianza de ganados. «No hai, agregaban, de qué poder ser socorridos sino es de buscar minas de oro en cuatro o cinco meses que hai de razonable temple en todo el año».

Por la ciudad de los Confines, finalmente, respondieron, a 10 dias del mes de febrero, don *Miguel de Avendaño i Velasco*, *Sebastian del Hoyo Villota*, *Gaspar de Vergara*, don *Cristóbal de la Cueva*, *Gaspar de Aviles*, *Lorenzo Bernal* i *Gregorio de Oña*, con estas palabras: «Si vuestra excelencia e mercedes nos quisieren hacer merced de concedernos la perpetuacion, en nombre de su Majestad, ternémosla por mui grande; e, dándonos Nuestro Señor alguna prosperidad, ternemos particular cuidado de hacer un servicio a la majestad real de tal cantidad de pesos de oro con que se tenga por servido.»

Esta promesa condicional i poco segura, que, por lo demas, solo hizo la antigua ciudad de Angol, no debió de satisfacer ciertamente ni al virrei del Perú ni a la corona.

Las ciudades de Chile confiaron, sin embargo, en

que las autoridades peninsulares habrian de acceder a su solicitud en vista de las esplicaciones que se hallaba encargado de dar al conde de Nieva el licenciado Juan de Herrera, teniente de gobernador en nuestro pais, i portador de las antedichas respuestas.

«El licenciado Juan de Herrera, repetian en sus cartas los vecinos de Santiago, Concepcion, la Serena, la Imperial, Valdivia i los Confines, lleva nuestro poder e instruccion, a cuya relacion en todo nos remitimos.»

Por desgracia para los encomenderos, el licenciado llevó tambien al Perú una carta del gobernador Villagra, en que espresaba la opinion de que no se concediera la perpetuidad inmediatamente, i se demorara hasta el próximo año de 1563 la resolucion del asunto.

Villagra no contó con que a mediados de este último año debia terminar su existencia.

El gobernador fundaba su parecer, que dictó en Angol a 28 de enero, en diversas consideraciones, de las cuales la mas grave era la injusta reparticion que, a su juicio, habia hecho de los indíjenas chilenos don Garcia Hurtado de Mendoza.

«Yo quise, agregaba Villagra, poner ésto en el estado que convenia para el sosiego i quietud de la tierra, i, contento de los que en ella estan, dando a cada uno lo que merecia, segun su servicio, calidad de su persona i de la tierra; i a los que tuvieran de comer en esta tierra dejallos en ella quietos, i a los

que le faltare, llevallos adelante, para dárselo en lo que yo iba a descubrir de Chilué, de manera que todos lo tuvieran.»

Este hermoso plan debia ser desbaratado, primero, por «el alzamiento de los indios de Tucapel», que obligó al gobernador a quedarse en el teatro de la guerra; i, segundo, por una provision de la Real Audiencia de Lima, en virtud de la cual a nadie podia despojarse de sus indíjenas sin que la justicia interviniera en ello.

En apoyo de su dictámen, contrario a la concesion inmediata de la perpetuidad, Villagra hizo tambien valer la circunstancia de que los indíjenas se hallaban entónces combatidos por una terrible epidemia de viruelas, cuyos efectos no se podian preveer entre los encomendados; i el descubrimiento que se habia hecho de minas de plata, tanto en la jurisdiccion de Santiago como en la de Angol, lo que aumentaba el valor del servicio de los naturales.

La lectura detenida del informe del gobernador deja el convencimiento de que éste, a la inversa de los encomenderos, juzgaba dañosa la perpetuidad, para los indíjenas i para la corona.

No es por cierto aventurado suponer que al discurrir así Villagra se hallaba bajo la influencia de las predicaciones del dominicano frai Jil de San Nicolas.

Existe, sin embargo, un cargo grave contra su conducta respecto de los indíjenas; i éste se funda en la autorizacion que dió a los encomenderos para

que, en vez de la sesta parte, como se hallaba establecido en las ordenanzas de Santillan, solo entregaran a los naturales el ochavo del oro estraido en los lavaderos (1).

Esta exajerada concesion hecha por Villagra, solo se esplica como un acto de reaccion i de enemiga personal contra la política de su antecesor en el gobierno, don Garcia Hurtado de Mendoza.

El ánimo de Villagra se encontraba, por lo demas, perturbado a causa de sus dolencias, i no seguia un plan fijo en sus determinaciones.

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que el viaje del licenciado Herrera al Perú (2) resultó infructuoso en lo tocante a la perpetuidad de las encomiendas, i que sin duda influyó para este mal éxito la carta adversa del gobernador.

Entretanto, la irritacion de los encomenderos contra frai Jil de San Nicolas habia aumentado a tal estremo que, cuando se trasladó a Santiago a mediados de 1562, i reanudó sus pláticas i sermones en defensa de los indíjenas del pais, la persona i doctrinas del dominicano fueron puestas en tela de jui-

(1) Así consta en carta escrita por tres franciscanos del convento de Santiago a frai Bartolomé de las Casas, en 6 de marzo de 1562. Medina, *Documentos inéditos*. Tomo 29, pájina 144.

(2) Este viaje consta de la comunicacion dirijida por el mismo Herrera a los consejeros de Indias, desde Lima, a 30 de abril de 1562. Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 29, pájina 146.

cio, i sirvieron de blanco a apasionados ataques, aun de parte de vecinos respetables de la ciudad.

Entre los mas enardecidos contra frai Jil, se distinguia el conquistador Alonso de Escobar, a quien la autoridad eclesiástica siguió con este motivo un breve proceso por hereje, del cual salió absuelto, pero no sin haber sufrido veinte dias de amarga prueba (1). Felizmente para él, aun no se hallaba establecido en Chile el tribunal del Santo Oficio.

Frai Jil no se dió por satisfecho con las jestiones practicadas, i obligó a Alonso de Escobar a desdecirse, i al vicario eclesiástico Paredes, que habia dictado la sentencia absolutoria, a darle plenas satisfacciones (2).

Tal era, sin embargo, la indignacion pública por la conducta de frai Jil, que el licenciado Antonio de Molina (3), nombrado vicario de Santiago por el vicario jeneral Paredes, trató de alejar del pais al dominicano, i con este fin levantó una informacion secreta en contra suya.

Fundado en algunos antecedentes de los cuales parecia desprenderse que frai Jil sostenia en sus sermones proposiciones heréticas, el licenciado Molina solicitó de Juan Jufré, teniente de gobernador, el ausilio de la fuerza armada para prender al culpa-

(1) Medina, *La Inquisicion en Chile.* Tomo I, capítulo 2.°

(2) Medina, obra i tomo citados. Capítulo 3.°

(3) Barros Arana le llama Cristóbal, por equivocacion. Véase su *Historia jeneral de Chile.* Tomo 2.°, pájina 323.

ble; pero Jufré, como habria sido de suponerlo, ya que se trataba de perseguir a un amigo i protejido de Villagra, se negó terminantemente a concederla.

El Cabildo de Santiago, a su vez, tampoco accedió a una peticion idéntica.

Molina quiso entónces proceder por sí mismo, con la cooperacion de algunos parientes i amigos; pero el dominicano escapó hábilmente de sus redes, e inició un violento juicio eclesiástico contra el vicario.

Molina se apresuró a declarar escomulgado a frai Jil; i por otro edicto puso a la ciudad en entredicho, i ordenó la cesacion *a divinis*.

Por su parte, frai Jil consiguió que el juez conservador nombrado por él, o sea, el padre guardian de San Francisco, escomulgara a Molina, i, mas aun, diera mandamiento de prision en contra suya.

Juan Jufré no tuvo dificultad en este caso para poner la fuerza a las órdenes del juez, i Molina fué llevado al convento de Santo Domingo, de donde no salió en libertad sino algunos dias mas tarde con la fianza de Alonso de Escobar i Pedro de Miranda.

Con fecha 25 de enero de 1563, el guardian de San Francisco condenó al vicario Molina: le declaró nuevamente por escomulgado, le suspendió de sus funciones eclesiásticas, i le ordenó que se desdijera desde el púlpito, en presencia de los fieles, de todas sus acusaciones contra el dominicano.

Molina no se dió por vencido, i, despues de haberse refujiado en el convento de la Merced, mandó fi-

jar en la puerta de la iglesia decreto de escomunion mayor contra veinticinco personas, entre las cuales se contaban el mismo juez conservador que le habia condenado; por supuesto, frai Jil; el obispo electo don Rodrigo Gonzalez; el teniente de gobernador Juan Jufré; i algunas otras personalidades, como los encomenderos Francisco Martinez, Gonzalo de los Rios i Pedro Lisperguer.

El guardian de San Francisco, en vista de tamaño desacato, dió un segundo decreto de prision contra Molina, i, como éste no se entregara voluntariamente, fué sacado a viva fuerza de la Merced i llevado al convento de San Francisco.

Desde allí se le condujo preso a casa del licenciado Bravo (1), donde permaneció incomunicado hasta que sus hermanos consiguieron hacerle huir.

Refujióse por segunda vez en el convento de la Merced, i tambien por segunda vez la autoridad pública empleó la fuerza con el fin de trasladarlo a casa del alguacil mayor Alonso de Córdoba.

Con la fianza de cárcel segura, que se apresura-

(1) El licenciado Fernando Bravo de Villalba, oriundo de Villanueva de la Serena, en Estremadura, desempeñó en Chile los cargos de asesor del Cabildo de Santiago, en 1557; de teniente jeneral del reino, en 1563; de fiscal de la Audiencia de Concepcion, algunos años mas tarde; i de correjidor de la capital, en 1567. Véanse el *Diccionario* de Medina, i *Santiago durante el siglo XVI* de Thayer Ojeda. Bravo de Villalba es el abuelo materno de don Fernando Bravo de Naveda, correjidor de Santiago en 1633.

ron a dar en su favor Juan Godinez, Juan Bautista Pastene, i Pedro Gomez de don Benito, el licenciado Molina nuevamente obtuvo su libertad, i aprovechó de ella para escapar al Callao.

A los pocos meses, frai Jil Gonzalez siguió tras de su porfiado adversario; i uno i otro presentaron ardientes reclamaciones ante la Real Audiencia de Lima, primero, i ante la majestad de Felipe II, en seguida (1).

Nada de positivo obtuvieron como resultado de estas jestiones. Fué digno, sí, de notarse que en carta dirijida al rei desde el Perú, con fecha 22 de enero de 1564, el licenciado Molina protestara de que en Chile «hicieran los jueces grandísimas fuerzas a los naturales, i usaran con ellos de inhumanidades no usadas entre jentes, por bárbaras que fueran i sin conocimiento de Dios»; de lo cual se desprendia que tanto este eclesiástico como el dominicano frai Jil se hallaban de acuerdo en defender a los indíjenas de nuestro pais.

Esta uniformidad de opiniones entre los contendientes sobre el asunto principal estaba manifestando que los acalorados litijios que habian traido revuelta a la capital del reino desde hacia mas de un año no encerraban otra importancia que la de una disputa frailesca, como las muchas que se desenvolvieron durante el período colonial.

Así debió de estimarlo la Real Audiencia de Li-

(1) Medina, *La Inquisicion en Chile*. Tomo I, capítulo 4.º

ma, la cual en su sentencia trató de aplacar los ánimos mas bien que de resolver en definitiva. «El presidente e oidores que, por mandato de V. A., residen en la ciudad de los Reyes, refiere el licenciado Molina, que ya habia vuelto a Chile, en comunicacion dirijida al rei desde Santiago, a 24 de agosto de 1564, declararon haberme hecho fuerza el dicho frai Cristóbal de Rabanera, e mandaron alzar las dichas fuerzas, i no se entremetieron en castigar al dicho frai Jil ni a los demas, por ser negocio de Inquisicion (1).»

Entretanto, frai Jil se quedó en el Perú, i, sin duda alguna, por prudente disposicion de la autoridad eclesiástica, no volvió mas a nuestro pais (2).

A fines de 1563, habia enviado desde Lima una pavorosa relacion de los sufrimientos que tenian en nuestro pais los infelices mapuches, destinada evidentemente a los superiores de su órden en la Península (3).

En esta relacion, el dominicano daba como principal causa de los grandes levantamientos de indíjenas, al fin del gobierno de Pedro de Valdivia i en la época de Francisco de Villagra, los malos tratos

(1) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia Chilena*. Pájina 508.

(2) Ghigliazza, *La Provincia Dominicana en Chile*, tomo 1.º, pájina 334.

(3) Esta relacion ha sido publicada por Medina en sus *Documentos Inéditos*. Tomo 29, pájinas 461-466. Véase tambien Ghigliazza, obra citada, pájinas 332, 335 i 336.

de los españoles; i entraba a enumerar prolijamente todas las crueldades de que eran víctimas los naturales.

«Traen al presente, aseguraba, indios e indias de los que prenden en la guerra, en cadenas, para cebar los perros, i vivos se los echan para que los hagan pedazos, i muchas veces echan los indios a los perros por recrearse en ver una tan inhumana batalla.

«Matan niños i niñas, mujeres i viejos, cuantos encuentran.

«Si algun indio, o indios, por particular interes suyo, mata algun español, va luego un capitan con jente a destruir i matar todos cuantos hai en aquel pueblo o valle, que tengan culpa, que no la tengan.

«Allende de todo esto, hacen muertes atroces, destruyen i cortan las comidas, queman las casas i pueblos, i muchas llenas de indios; i tápanles las puertas, porque ninguno se escape. I ejercítanse agora en las demas crueldades que se han usado en Indias desde su principio.»

Observaba, al mismo tiempo, frai Jil que los encomenderos no se contentaban con mantener constantemente ocupados a los mapuches, ya fuera en las faenas agrícolas, ya fuera en edificar casas, ya en los lavaderos, ya en labores de manos, como hilar i tejer, sino que estorbaban por cuantos medios se hallaban a su alcance el matrimonio de las mujeres, con el fin de que estuvieran únicamente a su servicio.

«Ninguno huelga, afirmaba en frase mui feliz, desde que nace hasta que muere.»

No perdonaba el dominicano en sus ataques ni siquiera a los eclesiásticos, a quienes acusaba de complicidad con los laicos, i por el grave delito de bautizar a los naturales «sin enseñarles cosa alguna de nuestra santa fe cristiana.»

Pero, como era lójico, fustigaba de preferencia a los encomenderos. «Al principio, escribia, mandaron dar a los indios la sesma parte del oro que sacasen, i despues se lo pasaron al ochavo, i este ochavo mal pagado; i, por fuerza, unos compran vacas, dicen que para los indios, i los que se sirven dellas son los encomenderos; otros les compran ovejas, i en nombre de los indios la lana i carne es de los encomenderos. Del mismo ochavo pagan al protector de los indios, a el cual señala el gobernador solo para dalle aquella ganancia, nó porque hayan de volver por los indios, porque no pretende tal; i hai un protector jeneral en toda la tierra, i otros particulares en cada pueblo, i todos ellos no sirven sino de acabar de llevar aquel ochavo que viene a los indios, i ansí todos contra ellos.»

Al estampar estas frases de fuego, frai Jil ignoraba que en esos mismos dias el sucesor de Francisco de Villagra en el gobierno, que lo era su primo Pedro de Villagra, habia dictado nuevas ordenanzas en favor de los mapuches.

En efecto, con fecha 12 de diciembre de 1563, el gobernador habia hecho promulgar una docena de

reglas que completaban la tasa de Santillan, i aseguraban de una manera prudente su ejecucion (1).

Es indudable que frai Jil, si llegó a conocer esta reforma, debió quedar en estremo satisfecho, por lo ménos, del buen espíritu que animaba a Pedro de Villagra.

Segun lo consigna el mismo Villagra en su decreto, las nuevas reglas habian sido formuladas por su asesor, el licenciado Alonso Ortiz.

Hélas aquí:

1.ª En adelante, la *demora*, o sea, el trabajo de los indíjenas en los lavaderos, solo seria de seis meses. En las jurisdicciones de Santiago i la Serena, comprendidas la ciudad de Cuyo (bautizada últimamente con el nombre de la Resurreccion, pero siempre mas conocida con su primer nombre de Mendoza) i la de San Juan (2), no podria estraerse el oro sino en marzo, abril, mayo, junio, julio i agosto; i en el resto del pais, a causa de las diferencias del clima, en noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo i abril.

El fundamento de esta disposicion era la necesidad de permitir a los naturales el aprovechamiento de sus chacras.

La infraccion a esta regla se castigaba con la suspension del repartimiento por dos i por cuatro

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 29, pájinas 293-298.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*. Tomo 2.º, pájinas 210 i 211.

años, o bien, con la pérdida de la encomienda, si el poseedor de ella delinquia una tercera vez.

2.ª Se restablecia en todo su vigor el sesmo del oro para los indíjenas, i las garantias que en favor de éstos habia ordenado Santillan.

3.ª En vista de los malos resultados de la mezcla de negros con naturales en las labores, se prohibia la introduccion de aquéllos como *sayapayas* (1) en los repartimientos: so pena de que los encomenderos, por una primera infraccion, deberian pagar, en beneficio de los indíjenas, cien pesos de oro, i por la segunda, doscientos pesos. Ademas, los negros recibirian cien azotes cada uno. Por la tercera infraccion, los encomenderos perderian sus esclavos, i serian privados del repartimiento durante tres años.

4.ª El protector de los naturales, i el relijioso nombrado con el fin de enseñarles la doctrina, deberian emplear el producto de los sesmos, año a año, en adquirir cabezas de ganado ovejuno para sus protejidos; i a presencia de la justicia deberian entregar estos animales a los encomenderos, quienes estarian obligados a dar cuenta anualmente del estado del rebaño.

5.ª Esta cuenta deberia recibirse por el protector i el relijioso, «entrambos juntos, e no el uno sin el otro.» Los mismos protector i relijioso quedaban

(1) Palabra quechua, que significa vijilantes o inspectores. Ellos debian desempeñar iguales funciones a las de los que hoi se llaman en Chile *sotas de peones*.

autorizados para repartir entre los indíjenas tantas ovejas cuantas juzgaran oportuno.

6.ª El protector i el relijioso deberian hacer efectiva la responsabilidad de los encomenderos cuando éstos cayeran en falta; i aun quitarles la guarda del rebaño, i entregarla a personas idoneas, sin perjuicio de entablar contra los delincuentes las jestiones judiciales del caso.

7.ª El protector i el relijioso deberian visitar juntos cada seis meses los repartimientos de la ciudad confiada a su celo, e informarse del trato dado a los naturales, i del cumplimiento de las ordenanzas; i enviar un informe detallado al gobernador, a fin de que hiciera justicia.

8.ª—En cada ciudad deberian nombrarse un protector i un relijioso. El protector deberia ser elejido por el gobernador del reino entre las personas de mayor cristiandad; i el relijioso deberia ser el guardian del convento de San Francisco, o bien, otro franciscano designado por la órden, siempre que los hubiera, i, en caso contrario, el cura párroco, o un relijioso de prestijio de otra órden que la seráfica, hasta en tanto que ésta se estableciera en la ciudad.

9.ª—A los protectores se daria un estipendio señalado por el gobernador, i pagado por mitad entre los naturales i los encomenderos; aunque de preferencia deberia deducirse del producto de las penas establecidas en esta ordenanza.

10.—Anualmente se tomaria cuenta a los protectores del modo cómo habian ejercido sus cargos, i

se les castigaria en el caso de que hubieran delinquido.

11.—En la primera visita de cada año, el protector i el relijioso deberian levantar, con citacion del encomendero, una matrícula prolija de los indíjenas casados i de trabajo existentes en el repartimiento.

12.—Las contribuciones i cargas personales establecidas por causa de guerra o por cualquier otro motivo, deberian repartirse entre los naturales segun los principios de la mas estricta equidad, a proporcion de sus haberes o del número de indíjenas de cada encomienda (1).

Estas nuevas ordenanzas en algo disminuian el penoso trabajo de los naturales, puesto que reducian en dos meses el plazo de la demora; i, al mismo tiempo, trataban de aliviar la condicion social de los indíjenas, con la terminante prohibicion del empleo de mayordomos negros, a quienes se achacaban diversos delitos, como rapto de mujeres, hurto de alimentos, i toda clase de malos ejemplos.

Por lo demas, como se ha leido, Villagra aumentaba el número de los protectores, a razon de uno por cada ciudad; i les confiaba, con sueldo proporcionado a la obligacion, una estricta vijilancia del

(1) Pedro de Villagra se habia casado en el Perú con una rica encomendera, doña Beatriz de Figueroa i Santillan, probablemente hermana del oidor don Hernando de Santillan i Figueroa. Así se esplica que Pedro de Villagra respetara i se empeñara por hacer mas eficaz la tasa establecida por este oidor.

buen cumplimiento de las disposiciones contenidas en la tasa de Santillan i en la suya propia.

Las restriciones impuestas a los encomenderos no causaron grande impresion en el ánimo de ellos, ya sea porque los protectores de naturales, i los relijiosos encargados de enseñarles la doctrina, no aplicaron con la severidad debida las órdenes del gobernador, ya sea porque el decreto de Villagra solo estuvo en vigor por corto tiempo, como se verá despues.

La verdad es que los lavaderos de oro, que constituian la faena mas penosa, continuaron en plena actividad durante todo el siglo XVI; i, aunque así lo manifiestan numerosos documentos fidedignos de la época, bastaria como prueba el siguiente cuadro oficial que se conserva en el archivo del Cabildo de Santiago.

«*Relacion de las bateas que tienen de tasa los vecinos de esta ciudad de Santiago conforme a la tasa del licenciado Hernando de Santillan.*

	Bateas.
El gobernador Rodrigo de Quiroga.	96
El capitan Francisco de Riberos.	105
El jeneral Juan Jufré.	178
Don Diego de Guzman.	46
» Diego Garcia de Cáceres.	76
» Santiago de Azócar	35
Doña Esperanza de Rueda.	50
» Alonso de Córdoba.	70

	Bateas.
Don Alonso de Escobar.	68
El capitan Juan Bautista de Pastene.	41
Don Pedro de Miranda.	45
» Francisco Ruiz.	50
» Pedro Gomez.	59
» Juan Gomez.	45
» Juan de Barros.	47
» Juan de Cuevas.	87
» Pedro Lisperguer.	26
» Francisco de Irarrázaval.	50
» Agustin Briceño.	35
El capitan Gonzalo de los Rios.	75
Don Alonso Alvarez Berrio	26
» Márcos Veas..	57
El capitan Juan Godinez.	35
Don Garcia Hernandez.	26
» Gabriel de la Cruz.	15
» Pedro Ordoñez Delgadillo.	10
Suman todas.	1,453

«En 26 de marzo de 1575 recibió la particion e sobrecarta de las bateas presentadas Jerónimo de Molina, e lo firmo.—*Cristóbal de Escobar* (1).»

La esplicacion de los guarismos que acaban de leerse se encuentra de una manera completa en Oviedo i Valdes, cuya competencia es indiscutible

(1) *Historiadores de Chile.* Tomo 17, pájinas 384 i 385.

en estas materias, puesto que él mismo vivió algunos años en el Nuevo Mundo, i desempeñó en Panamá el cargo de veedor de las fundiciones de oro establecidas por la corona.

«Háse de notar, escribe el mencionado cronista (1), que para un par de indios que laven son menester dos personas que sirvan en traerles tierra, e otros dos que caven o escopeten e rompan la tierra e hinchen las bateas de servicio (porque así se llaman, del servicio, aquellas bateas, en que se lleva la tierra desde los que la cavan hasta los que la lavan). Estos indios estan en la ocupacion del oro, sin los otros indios e jente que ordinariamente atienden a las heredades i estancia, donde los indios se recojen a dormir i cenar, i tienen su habitacion e domicilio: los cuales andan en el campo, labrando el pan i los otros mantenimientos, con que los unos i los otros se sustentan i mantienen. I en aquellas tales estancias e moradas hai mujeres continuamente que les guisan de comer i hacen el pan, i el vino (donde lo hacen de maiz o del caçabi), i otras que llevan la comida a los que andan en la labor del campo o en la mina. De manera que, cuando se pregunta a uno que cuántas bateas tiene de lavar en la mina, i responde que son diez, habeis de entender ordinariamente que el que tal alcanza tiene cincuenta personas de trabajo, a razon e respecto de cinco per-

(1) Oviedo i Valdes, *Historia Jeneral i Natural de las Indias*. Primera Parte, libro 6, capítulo 8, pájina 185.

sonas por batea de lavar, non obstante que con ménos cantidad de jente algunos la traen; pero esto que he dicho se entiende cuanto a lo conveniente o necesario para andar las bateas bien servidas.»

Indudablemente en nuestro pais no llegaban a cinco el número de personas empleadas en cada batea, i esta misma circunstancia hace suponer cuánto mayor trabajo tendrian en los lavaderos los infelices mapuches.

En cambio, puede asegurarse que, gracias a la tasa de Santillan i a su confirmacion por el gobernador Pedro de Villagra, los rebaños propios de los indíjenas, adquiridos con los sesmos de oro que a éstos tocaban, aumentaron con estraordinaria rapidez en pocos años.

En un litijio eclesiástico, a que ántes se ha hecho referencia, entablado en el año 1567 entre los obispos de Santiago i de la Imperial, en que estos prelados disputaban cada uno para su distrito la ciudad de Concepcion, se deja testimonio de que los naturales de los repartimientos de la jurisdiccion de Santiago tenian mas de 50,000 ovejas de Castilla, mas de 10,000 vacas, i muchas yeguas, puercos i cabras; que los indíjenas de la Serena eran dueños de mas de 10,000 ovejas de Castilla i de una gran cantidad de yeguas, cabras i puercos; i que los de los repartimientos de Imperial, Valdivia, Osorno i

Villarrica poseian de seis a siete mil ovejas de Castilla (1).

El dominicano frai Jil se burlaba de estos rebaños, segun se ha leido en pájinas anteriores, i afirmaba que solo pertenecian a los naturales en el nombre, pues «la lana i carne era de los encomenderos.»

Se hace difícil creer, sin embargo, que un abuso de esta entidad fuera la regla, i nó la escepcion, tanto mas cuanto que no faltaban funcionarios públicos celosos en cumplir i hacer cumplir las disposiciones vijentes.

Con fecha 3 de junio de 1568, el correjidor de Santiago, capitan Juan de Barahona, nombró al aguacil mayor de la ciudad, Gregorio Sanchez, juez visitador de los lavaderos i de los pueblos de indíjenas, con plenos poderes para que castigara toda infraccion a las ordenanzas reales i a la tasa de Santillan, i para que administrara justicia conforme a derecho, tanto en lo civil como en lo criminal (2).

Este nombramiento manifiesta sin duda que el correjidor Barahona no depositaba mucha confianza en los protectores de indíjenas; pero, al mismo tiempo, constituye una elocuente prueba de que la autoridad velaba por la suerte i condicion de los naturales.

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 30, pájinas 404 i 405.

(2) *Historiadores de Chile*. Tomo 17, pájinas 228-231.

VII

Quiroga no respeta las modificaciones de Villagra a la tasa de Santillan.—La Audiencia de Concepcion trata de conseguir que los encomenderos cumplan sus deberes respecto de los naturales.—A instancias del obispo de la Imperial, el rei ordena que se dicte una nueva tasa para todo el obispado; pero no alcanzan a obedecer esta real cédula, ni el tribunal de la Audiencia, ni Quiroga.—En este último gobierno los naturales de Cuyo i los araucanos son obligados a trabajar en los lavaderos de oro de Santiago i la Serena.—La tasa de Gamboa.—Oposicion de los encomenderos.—Influencia de éstos en el Cabildo de Santiago.—Esta corporacion envia a Lima procuradores para que soliciten la derogacion de la nueva tasa.—La Audiencia del virreinato remite el espediente a España.

Así como Hurtado de Mendoza no respetó las órdenes de Pedro de Valdivia en cuanto a los repar-

timientos de indíjenas, i de igual modo procedieron los Villagras, Francisco i Pedro, con la mayor parte de los decretos i ordenanzas espedidos por el hijo del marques de Cañete, en idéntica forma se creyó autorizado Rodrigo de Quiroga, cuando tomó el gobierno interino del pais a mediados de 1565, para derogar las disposiciones establecidas por los Villagras (1).

Esta es la esplicacion de que haya permanecido en el olvido hasta ahora el decreto de Pedro de Villagra que confirmó i completó la tasa de Santillan.

Los conquistadores españoles se hallaban mui léjos de la corte, i a menudo oian los dictados de la pasion i del interes ántes que la voz de la justicia i del bien público.

A Quiroga, segun es mui sabido, sucedió en 1567 el gobierno de la Real Audiencia, i un año mas tarde el del presidente de este tribunal, don Melchor Bravo de Saravia.

«En esta tierra, escribian al rei desde Concepcion, con fecha 26 de mayo de 1569, los oidores don Juan de Torres de Vera i Aragon i don Diego Nuñez de Peralta, no ha habido mas tasa de los tributos que los indios han de dar de la que hizo el licenciado Santillan, siendo teniente de gobernador; e, aunque algunos dicen que hai cédula de V. M. mandando que aquella tasa se guarde, no se ha vis-

(1) Gay, *Historia de Chile.* Tomo 2.º, pájina 17.

to en esta Audiencia, pero úsase della por haber testigos que dicen que vieron la dicha cédula. Algunos de los que estamos en esta Audiencia parece que aquella tasa se debe guardar, i que lo dispuesto en ella no es servicio personal. A otros de nosotros parece que todo lo que en ella se manda que los indios den a sus encomenderos es servicio personal, en así, como cosa prohibida por V. M., se debe quitar, i hacer nueva tasa. Suplicamos a V. M. envie declaracion de lo que sea su voluntad, porque podria ser ántes que venga no haber acá resolucion en ello (1).»

Esta apremiante consulta de dos de los miembros de la Audiencia recien establecida en Chile arrancaba su oríjen, en primer lugar, de la obligacion impuesta a estos tribunales por Cárlos V i Felipe II de velar por el buen tratamiento de los indíjenas de América (2), i en seguida de las repetidas instancias con que el obispo de la Imperial, frai Antonio de San Miguel, estimulaba el celo de aquellos majistrados, desde fines de 1568, fecha de su llegada a Concepcion.

El obispo nombrado no se limitaba a ejercer presion en el ánimo de los oidores, sino que tambien escribia al rei lastimeras cartas, en que, despues de presentar el sombrio cuadro de la condicion en que se hallaban los naturales de Chile, pedia que se dic-

(1) Archivo de don José Toribio Medina.

(2) *Leyes de Indias*, Libro 2.º, título 31.

tara una tasa de los tributos que ellos debian pagar (1).

Las reclamaciones de frai Antonio se hallaban destinadas a alcanzar desde el primer momento satisfactorio éxito ante la Audiencia de Concepcion i ante la majestad del rei.

Repetidas reales cédulas habian ordenado que de todas las audiencias de las Indias salieran oidores a visitar las tierras de su distrito, i las ciudades i pueblos que hubiera en él; i Felipe II, por disposicion de fecha reciente, habia encargado de una manera espresa a los visitadores que se informaran de si los indíjenas tenian tasa de tributos i si ésta era excesiva, o si ellos recibian malos tratamientos, de cualquiera clase que fueran, i, sobre todo, que hicieran justicia i se esforzaran por que las leyes i ordenanzas reales recibieran cumplida obediencia (2).

La Real Audiencia de Chile creyó del caso comisionar a uno de sus miembros, el licenciado Egas Venegas, para que, a virtud de las leyes en vigor, visitara las encomiendas de las ciudades del sur; i algun tiempo mas tarde al oidor Torres de Vera i Aragon, con el fin de que practicara igual encargo en los distritos de Concepcion, Santiago i la Serena (3).

---

(1) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia Chilena*. Capítulos 18 i 20.

(2) *Leyes de Indias*. Libro 2.º, título 31, leyes 1 i 8.

(3). Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*. Tomo 2.º, pájina 410.

Por desgracia, estas dos visitas, aunque practicadas con espíritu mui alto e imparcial, fueron completamente estériles.

«Para que Vuestra Alteza vea cómo han sido tratados los indios, escribia al rei el obispo San Miguel con fecha 24 de octubre de 1571, bastará saber que en la visita que el licenciado Egas hizo por órden de la Audiencia, con no visitar mas que dos pueblos (la Imperial i Valdivia), condenó en ciento i cincuenta mil pesos i dende arriba. I, si el mismo licenciado Egas prosiguiera la visita de todo el reino, i visitado cada repartimiento hiciera la tasa en él, mucho se descargara la conciencia de Vuestra Alteza. Halléme en la Imperial cuando hizo la visita, i parecióme habia buen órden i deseo de hacer bien a los indios i darles algun alivio, que es la primera parte para la justificacion de la guerra (1).»

De recordar es que los distritos visitados por el oidor Egas Venegas no lo habian sido nunca, i que el licenciado Santillan se habia contentado con «proveer a lo mas necesario para que los dichos naturales fueran sobrellevados i conservados, i no recibieran las vejaciones que ántes se les hacian (2).»

No debe, por lo tanto, causar estrañeza que el visitador Venegas tuviera que correjir graves i numerosos abusos i estorsiones.

(1) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia chilena*, pájina 535.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 28, pájina 294.

El oidor Torres de Vera no se portó ménos celoso que su colega en el cumplimiento de la comision que le habia confiado el tribunal.

Segun una informacion de servicios levantada en Santiago por los años de 1576, «partió de Concepcion en la furia del invierno, i anduvo personalmente visitando los dichos indios, para darles a entender cómo habian de servir, procurando su buen tratamiento e policía, entrando en repartimientos i tierras mui fragosas i peligrosas e de malos caminos, en lo cual hizo gran servicio a S. M.; i se ocupó en la dicha visita un año, en la cual cobró una enfermedad mui grande, de que estuvo a punto de muerte; i gastó en la dicha visita mas de seis mil pesos de su hacienda (1).»

Las multas impuestas a los encomenderos, tanto por Egas Venegas como por Torres de Vera, quedaron, sin embargo, en el papel; pues los condenados en ellas apelaron ante el tribunal, el cual no dictó resolucion alguna sobre el asunto (2).

A causa de la eterna guerrra de Arauco, los gobernadores necesitaban del apoyo constante de los encomenderos, i éstos abusaban de la situacion para sobreponer sus intereses personales a los de la justicia, i aun a la autoridad del rei.

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*. Tomo 2.º, pájina 410.

(2) Consúltese la carta de Garcia de Loyola, que se publica al final de esta obra, bajo el número II, en la seccion *Apuntaciones i Documentos*.

El obispo San Miguel consiguió mas por su intervencion amistosa i personal que por conducto de los ministros de la Real Audiencia.

Movidos por sus alegatos constantes en favor de los naturales, el rico encomendero de la Imperial Pedro Olmos de Aguilera fundó en 1573 siete iglesias i un hospital para los indíjenas de su repartimiento; i Diego Nieto de Gaete, cuñado de Pedro de Valdivia, a quien Hurtado de Mendoza habia concedido una buena encomienda en Osorno, por testamento otorgado en 1578, legó 27,000 pesos de oro a sus indíjenas, i 54,000 para obras pias (1).

Pero sin duda el mas gran triunfo alcanzado por el obispo fué la real cédula que firmó en Madrid, a 17 de julio de 1572, la majestad de Felipe II, i por la cual, en vista del dictámen de frai Antonio de San Miguel, mandaba a la Audiencia de Concepcion que tasara los tributos de los naturales del obispado de La Imperial despues de una concienzuda visita hecha a todos los repartimientos del distrito (2).

Esta órden del soberano llegó a nuestro pais un año mas tarde, i recibió un principio de cumplimiento, pues consta que el presidente Bravo de Saravia encargó a dos sacerdotes, a saber, el provincial de San Francisco, frai Juan de Vega, i el vicario pro-

(1) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia chilena*. Pájina 226.

(2) Esta cédula se halla publicada en *Los Orijenes de la Iglesia chilena*. Véanse pájinas 228 i 229.

vincial de los dominicanos, frai Lope de la Fuente, que, en compañia de dos vecinos respetables, visitaran los repartimientos de las ciudades de Angol, Imperial, Valdivia i Osorno, e informaran sobre los tributos que seria equitativo imponer a sus naturales (1).

Aquí se detuvieron, sin embargo, los esfuerzos de la autoridad, ya sea que las exijencias de la guerra araucana distrajeran su atencion, ya sea que el poderoso influjo de los encomenderos estorbara el establecimiento de la tasa.

En carta de 26 de octubre de 1575, el obispo San Miguel escribia a Felipe II estas ardientes frases: «cumplieron (los oidores) con todos; con Vuestra Alteza en pronunciar un auto que haya tasa, i luego con los vecinos encomenderos mandando que no la haya El servicio personal está entero; hai muchos malos tratamientos de indios: no sé yo cómo se espera que vengan los indios de guerra a una paz que les es pesado yugo e insufrible por los excesivos trabajos que les dan. Deseo esté Vuestra Alteza advertido que, *si fuere servido proveer algo para* bien de este reino, aprovechará poco si no hai persona que en nombre de Vuestra Alteza lo ejecute. I, con haber dicho lo que hai en esta tierra, quedo sosegado en la conciencia, esperando Vuestra Alteza descargue la suya (2).»

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 2.º, pájina 199 de la Crónica de Góngora Marmolejo.

(2) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia Chilena*. Pájinas 251 i 252.

Con mayor induljencia, propia de quien tenia la responsabilidad del gobierno, juzgaba la conducta de los oidores en este asunto su sucesor, o sea, Rodrigo de Quiroga, nombrado por fin gobernador propietario, despues de haberlo sido en varias ocasiones interino.

«El Audiencia Real de este reino, escribia a Felipe II en 2 de febrero de 1576, hizo cierta tasa de los tributos que los indios de las mas ciudades del obispado de la Imperial debian de dar; i, por ser jente desnuda, i tan bárbaros que no viven en pueblos, ni obedecen a caciques, ni entre ellos a órden ninguna, ni tienen haciendas ni granjerias para mantenerse i dar sus tributos, i entender que la tasa que habian fecho por el presente no convenia, la suspendieron (1).»

Demasiado bien se comprende por las anteriores lineas que el gobernador Quiroga tenia opinion enteramente contraria a la implantacion de una tasa de tributos en el obispado de la Imperial.

Sin duda, él era resuelto partidario del servicio personal de los indíjenas, tal como lo habia establecido el oidor Santillan; i así lo espresaba un año mas tarde al mismo rei de una manera clara i terminante.

«Sobre la tasa de los tributos de los indios de este reino, por otro escrito digo a V. M., se lee en carta suya de 2 de enero de 1577, que la guerra i pacifi-

(1) Gay, tomo 2.º de *Documentos*. Pájina 109.

cacion que tengo entre manos es gran estorbo para ello; porque estos indios es jente desunida, i tan bestiales que no viven en pueblos juntos, ni conforme a lei natural, i entre ellos no hai ninguna órden de justicia, ni vida política, ni tienen haciendas, ni crian ganados la cantidad que baste para mantenerse i dar sus tributos. I así convendria que la tasa sea de tributo personal, i que se reformen al ser de hombres, para que vengan de tener capacidad i reciban lumbre de cristianos. I para todo esto se requiere que haya quietud i paz, i que se entienda en ello mui de veras, i buscar para ello administradores que con celo cristiano ejecuten lo que se proveyere (1).»

El obispo San Miguel habia apelado en vano a un recurso estremo, cual era, el no admitir en el tribunal de la penitencia a los encomenderos de la diócesis que fueran adversos a la nueva tasa. Mas aun, habia conminado con censuras a aquellos que no la pidieran con instancia a Rodrigo de Quiroga (2).

Este se mantuvo, sin embargo, indiferente, a pesar de que habia recibido una comunicacion del rei en que le ordenaba diera cumplimiento a la real cédula de 17 de julio de 1572 (3).

La conviccion de que esta reforma no podia apli-

(1) Gay, obra i tomo citados, pájina 114.

(2) Gay, obra i tomo citados, pájina 109.

(3) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia Chilena*. Pájina 306.

carse a los naturales de Chile debia ser mui profunda en el ánimo de Quiroga, encomendero él mismo i de los mas beneficiados, i, por lo tanto, mui conocedor de las costumbres de los mapuches, ya que se atrevió a demorar el cumplimiento de las reales instrucciones casi hasta el dia de su muerte, ocurrida en el mes de febrero de 1580.

Por lo demas, Rodrigo de Quiroga tenia autoridad suficiente en la colonia fundada por Pedro de Valdivia para que su palabra i sus disposiciones fueran respetadas en todas las casas de españoles.

Si él se resistió por tanto tiempo a reformar el réjimen de servicio personal organizado por Santillan en la época de Hurtado de Mendoza, en cambio, tuvo empeño por que se observaran estrictamente las disposiciones favorables a los indíjenas que se hallaban en vigor.

En dos ocasiones, a principios de 1577 i de 1580, nombró a Diego Vasquez de Padilla «alcalde en los asientos de minas de Chuapa i Quillota, i Curaoma, i Alamillo, i en los demas asientos de minas que se descubrieren en los términos desta ciudad de Santiago, i en las minas del Espíritu Santo i su comarca, términos de la ciudad de la Serena, en caso que en ellas anduvieren i labraren cuadrillas de indios de vecinos desta ciudad de Santiago, por el término de la demora, que eran ocho meses (1) primeros

(1) Esta es una evidente prueba de que Quiroga no habia obedecido el decreto de Pedro de Villagra, sobre el trabajo

siguientes, i mas el tiempo que su voluntad fuere.»

Este alcalde era un verdadero juez de primera instancia, con goce de derechos i de salario, i cuya principal funcion debia ser una vijilancia esmerada por el cumplimiento de la tasa de Santillan.

En los casos graves, civiles o criminales, estaba obligado a remitir el espediente al correjidor de Santiago, a fin de que este funcionario dictara la sentencia definitiva (1).

Con fecha 19 de marzo de 1579, el mismo Quiroga nombró a Juan Bohon, hijo del primer fundador de la Serena, por alcalde mayor de las minas existentes tanto en la jurisdiccion de Santiago como en la de la Serena, con facultad para «ver i visitar las cuadrillas de mineros, si guardan i cumplen las ordenanzas que estan puestas para el buen gobierno i aumento de ellas, i llevar los derechos i salarios de visitas i medida de minas, i otros aprovechamientos e salarios que suelen i acostumbran llevar los tales alcaldes mayores i alcaldes de las dichas minas, ansí de las cuadrillas de los encomenderos vecinos de las dichas ciudades como de cuadrillas de indios *guarpes* i *veliches* que anduvieren en los dichos asientos de mina (2).»

---

en los lavaderos; puesto que, como se recuerda, en ese decreto la demora estaba reducida a seis meses.

(1) *Historiadores de Chile.* Tomo 17, pájinas 494 i 495; i tomo 18, pájinas 185 a 188.

(2) *Historiadores de Chile.* Tomo 18, pájinas 103-106. «*Huarpe*, una tribu de indios de la antigua provincia de Cuyo,

Estas últimas cuadrillas, que provenian del otro lado de los Andes i del sur del pais, no habian llegado, segun puede fácilmente colejirse, por su propia voluntad a las ciudades del norte, sino arrastradas por la fuerza de las armas.

Los trabajadores empezaban a escasear en las minas, como era costumbre llamar entónces a los lavaderos, i los súbditos del rei de España no tenian reparo en buscarlos allende la Cordillera i el caudaloso Biobio.

Debe advertirse, por otra parte, que Rodrigo de Quiroga estaba facultado para trasportar a los indíjenas que se hallaban de guerra en la rejion meridional, tanto por el virrei del Perú como por la majestad de Felipe II.

«Cuando en 6 de marzo de 1574 el virrei don Francisco de Toledo nombró a Quiroga, durante la presidencia de Bravo de Saravia, jeneral en jefe del ejército de Chile, lo autorizó espresamente para que, pudiendo sujetar «algun buen golpe de indios rebeldes, agora sea combatiendo multitud de ellos, o en cabalgadas, o facciones particulares, pueda traer hasta seiscientos o setecientos a la provincia de Coquimbo, para que, asegurándolos de la fuga con desgobernallos de un pié, puedan andar en las

---

principalmente cerca de San Juan». «*Huilliche*, denominacion de una parte de los indios mapuches, cuyos límites varian segun el tiempo. En el siglo XVI, i aun mas tarde, se llaman así todos los que viven al sur del Biobio.» Lenz, *Diccionario Etimolójico.*

minas de oro, i sacar con que se pueda mejor sustentar la guerra i pagar los soldados, con ménos vejacion i molestia de los súbditos i vasallos de S. M. (1).»

Mas o ménos en la misma época, con el objeto de apresurar la pacificacion de Arauco, el rei habia impartido órdenes al gobernador de Chile para que arrancara del territorio en que vivian a los indíjenas rebelados.

«Mándame V. M., escribia a Felipe II el gobernador Quiroga con fecha 2 de febrero de 1576, destierre algunos indios de los bulliciosos para las provincias del Perú, en entrando que entre por los estados de Mareguano, de Puren, Arauco i Tucapel, que son los que hacen la mas guerra. En este reino procuraré haber a las manos, así por via de paz como de guerra, los mas de los indios belicosos con el ménos daño que yo pudiere, de los cuales convendrá desterrar alguna buena parte de ellos de su naturaleza, i trasplantarlos en los valles i tierras fértiles, así de esta ciudad de Santiago como de la Serena; lo cual pondré en ejecucion i castigo de sus delitos. Con los cuales se sacará oro, con que se podrá dar entretenimiento a algunos soldados i perso-

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*. Tomo 2.°, pájina 448. «Desgobernar a un indio, continúa el señor Barros Arana, en el lenguaje de los conquistadores, era cortarle el pié poco ántes del nacimiento de los dedos.»

nas que han servido i sirven a V. M. en esta tierra (1).»

En pocas palabras, Quiroga no aceptaba el destierro de los naturales al Perú, i proponia al rei el plan indicado por don Francisco de Toledo, o sea, trasladar los indíjenas de guerra a los lavaderos que se esplotaban en las jurisdicciones de Santiago i la Serena.

Esta idea mereció la aprobacion del soberano.

Despues de un proceso jurídico, semejante al de Herrera, levantado en el verano de 1577 contra los enemigos, Quiroga inició ruda campaña en el corazon del territorio de Arauco, i consiguió apresar a algunos centenares de indíjenas.

«Pronuncié un auto, escribe al rei en carta de 26 de enero de 1578, en que mandé que se ejecutase en estos indios presos la sentencia de muerte que yo di contra ellos i contra los demas rebelados, la cual pena por entónces la mandé suspender; i en el entretanto mandé questos indios fuesen llevados a la ciudad de la Serena, i que allí se les cortase un pié a cada uno, i trabajasen en las labores de las minas de oro para ayudar al gasto de la guerra, i que los caciques fuesen llevados al visorrei del Perú (2).»

---

(1) Gay, *Historia de Chile.* Tomo 2.º de *Documentos.* Pájinas 109 i 110.

(2) Barros Arana. *Historia Jeneral.* Tomo 2.º, pájinas 449-453.

Con igual fecha a la de la anterior comunicacion, el gobernador de Chile se apresuró a trasmitir estas mismas noticias al virrei Toledo. «Conforme a la intruccion i provision que V. E. me envió cuando me hizo merced de elejirme por jeneral de este reino, me he rejido en lo tocante al destierro de estos indios i rebelados; porque, desterrándolos i haciéndolos *mitimaes* (1), se pacificará este reino mas brevemente. Esto ha aprobado S. M. por una su cédula que me envió, donde me manda que haga lo que me pareciese en este caso (2).»

Para que se conozca toda la crueldad del procedimiento, léase a continuacion el párrafo con que empieza una carta escrita desde la Serena al virrei Toledo, en 25 de marzo de 1578, por Gregorio Sanchez, quien habia recibido de Quiroga la comision de gobernar a los naturales desterrados.

«Mui excelente señor:

«El señor gobernador me ha mandado tenga a cargo i admistracion los indios que destierra a esta ciudad de la Serena; i los aprovechamientos dellos que sean para ayudar los grandes gastos de la guerra; i, aunque su señoria los manda cortar los pies, se remite a lo que a mí me pareciese que mas con-

(1) *Colonos*, segun la lengua de los peruanos.

(2) Archivo de Medina. Esta traslacion de los araucanos dió orijen a vivas reclamaciones de doña Marina Ortiz de Gaete i otros encomenderos del sur, quienes pretendian tener derecho a aquellos naturales por ser de sus repartimientos.

venga al servicio de S. M. i bien de los indios, como quien lo tiene presente. Llegados que fueron los indios a esta ciudad, se quisieron huir algunos, i se prendieron, i ahorcaron seis o siete dellos, i se cortaron los pies a otros cincuenta; i, aunque se tiene entendido entre algunas personas seran de beneficio para las minas, cortados los pies, no son de ningun efecto mas de para chacras i huertas (1).»

En esta comunicion esplicaba Gregorio Sanchez al virrei cómo habia organizado los trabajos en los lavaderos.

Los vecinos proporcionaban los utensilios necesarios para el beneficio del metal, i alimentaban i vestian a los naturales; i, en cambio, tomaban para sí la mitad de las ganancias. La otra mitad se destinaba a los gastos de la guerra.

Despues de los antecedentes espuestos, se vendrá en cuenta que el rei hacia una profunda separacion entre los indíjenas rebelados contra su autoridad i los indíjenas sometidos.

Para éstos, el soberano dictaba toda clase de cédulas de amparo i proteccion; para aquéllos, no tenia clemencia i autorizaba los actos mas estupendos de crueldad.

Las hostilidades entre los conquistadores españoles i los indíjenas chilenos no se habian interrumpido desde la llegada de Pedro de Valdivia, i duraban ya cerca de cuarenta años.

---

(1) Archivo de Medina.

Las sublevaciones del territorio araucano amenazaban ser un mal endémico en el pais.

Por desgracia, los súbditos de Felipe II estaban siempre prontos para acatar las resoluciones del monarca cuando ellas encerraban medidas de violencia contra los mapuches; i descubrian graves obstáculos en la aplicacion de las reales cédulas cuando favorecian a los indíjenas.

Así, jamas aceptaron la supresion del servicio personal obligatorio en beneficio de los naturales de sus encomiendas, por mas sumisos que estos últimos se manifestaran, i por mas que todos los reyes, desde el Emperador *de gloriosa memoria* hasta la majestad de Cárlos III, lo ordenaran terminantemente en centenares de cédulas firmadas por sus manos casi divinas.

Se ha leido que Rodrigo de Quiroga no reformó durante todo su gobierno la tasa de Santilan. Mas aun. No respetó siquiera la disminucionde la *demora*, o sea, del tiempo que duraba el trabajo en los lavaderos, ordenada por su antecesor, Pedro de Villagra.

Los esfuerzos incansables de los obispos en favor de los indíjenas obtuvieron, sin embargo, un gran triunfo, que pareció al principio definitivo, despues de la muerte de Quiroga.

Martin Ruiz de Gamboa, yerno i sucesor de este último, consintió en decretar una nueva tasa para los indíjenas, cuya base principal consistia, nó en servicios personales, sino en el pago de tributos.

Esta reforma produjo naturalmente una ajitacion considerable en el campo de los encomenderos de todo el pais, i puede considerarse como la primera tentativa seria para organizar un réjimen liberal, i, talvez es lícito decirlo, democrático.

La esposicion de las medidas dictadas por Ruiz de Gamboa, la tenaz resistencia que se levantó en el acto contra ellas, i la vuelta al réjimen antiguo, presentan sin duda alguna un cuadro mil veces mas interesante que las monótonas peripecias de la guerra araucana.

El capítulo histórico que trata de la *tasa de Gamboa* describe el acontecimiento social de mayor trascendencia ocurrido en esta colonia durante el siglo XVI.

Durante el gobierno de Quiroga, el obispo de la Imperial habia tenido un ausiliar poderoso en su campaña a favor de los naturales: el nuevo obispo de Santiago, frai Diego de Medellin.

Este anciano prelado habia unido su ardorosa palabra a la de frai Antonio de San Miguel para manifestar a Felipe II la necesidad de una nueva tasa i del establecimiento de nuevos pueblos de *indíjenas* (1).

Despues de una detenida visita de su diócesis, el obispo Medellin se habia formado la mas triste opinion de los protectores de indíjenas.

Segun la relacion que hace al rei, estos funciona-

(1) Carta de 6 de enero de 1577, citada por Errázuriz. *Orijenes de la Iglesia Chilena*, pájina 304.

rios, en vez de defender a los naturales, se ponian de acuerdo con los encomenderos para esplotarles. A mas de ganar un sueldo, que variaba entre trescientos i quinientos pesos, sacaban todo el provecho posible de los rebaños pertenecientes a los indíjenas (1).

Indignado con tales procedimientos, frai Diego apeló al mismo recurso adoptado algunos años ántes por el obispo San Miguel, a fin de alcanzar justicia en pro de los naturales, i en la cuaresma de 1580 ordenó a los sacerdotes de su diócesis que no confesaran a ningun encomendero que no les presentara testimonio de haber pedido nueva tasa al gobernador Ruiz de Gamboa (2).

Este último no necesitaba, sin embargo, de tales apremios; pues estaba deseoso de hallar una oportunidad para hacerse grato a los ojos del rei, i ninguna mas favorable que la que podia proporcionarle el establecimiento de la tasa de tributos ordenada en varias cédulas por la majestad de Felipe II.

Ruiz de Gamboa se sentia en toda la fuerza de la edad i ambicionaba la confirmacion real del cargo de gobernador, que habia recibido de manos de su suegro.

Por otra parte, en los últimos dias de su vida, Rodrigo de Quiroga habia tomado la resolucion de cumplir en la mejor forma posible la voluntad del

---

(1) *Orijenes de la Iglesia Chilena*, pájinas 305 i 306.
(2) Obra citada, pájina 308.

soberano en cuanto a la avaluacion de los tributos que debian pagar los naturales de nuestro pais; i, con tal fin, habia ordenado se hiciera una visita detenida de los repartimientos (1).

Ruiz de Gamboa se encontró, pues, a los pocos meses de haber tomado posesion del mando, en situacion de dictar su célebre ordenanza, tan solicitada por los obispos i tan temida por los encomenderos.

La *tasa de Gamboa* fué promulgada en el mes de mayo de 1580, primeramente en el obispado de Santiago, i en seguida (2). con modificaciones, en el de la Imperial.

«De mas de lo dicho, escribia al rei desde Lima, en 16 de octubre de 1580, el estremeño Alonso Campofrio de Carvajal, doi cuenta a V. M. cómo, dentro de tres meses que murió Rodrigo de Quiroga, Martin Ruiz, vuestro gobernador, por lo que a él le pareció, acordó de tasar la tierra, estando casi toda de guerra, sin guardar la órden que V. M. tiene dada por su real cédula, i visitar los repartimientos de los indios, para saber i entender lo que se debia hacer. . . (3).»

Este fué sin duda uno de los primeros gritos de

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral.* Tomo 3.º, pájinas 8 i 9.

(2) *Orijenes de la Iglesia Chilena.* Pájina 309.

(3) Archivo de Medina.

alarma que llegaron a los oidos del monarca de parte de los encomenderos de Chile.

Campofrio de Carvajal tenia encomienda en la jurisdiccion de Concepcion (1), i se hallaba casado con una hija de Francisco de Riberos, el cual poseia valiosísimos repartimientos en Aconcagua i Malloa.

El ataque, por lo que se sabe, era injusto, pues ántes que Ruiz de Gamboa dictara la mencionada ordenanza habia precedido la visita de reglamento a las principales encomiendas del pais.

Segun el decreto del gobernador, cada uno de los indíjenas tributarios del obispado de Santiago debia pagar en dinero la cantidad de siete pesos anuales, «de buen oro, de veinte quilates e medio», de los cuales deberian destinarse dos pesos a los gastos jenerales i al pago de doctrinero, correjidor i administrador. I ademas debia contribuir con trigo, cebada, maiz i pescado, aves u ovejas, hasta por valor de dos pesos al año. Estos impuestos completaban la suma de nueve pesos anuales fijada para el obispado.

Despues de haber promulgado estas reglas jenerales, en el mes de mayo, como se ha leido, Ruiz de Gamboa cuidó de irlas aplicando a cada una de las encomiendas en particular, previa matrícula i clasificacion de sus indíjenas.

En virtud de las reales cédulas vijentes, debian

(1) Medina, *Diccionario Biográfico*. Pájina 162.

considerarse como indíjenas de tributo todos los mayores de diez i ocho años i menores de cincuenta, con escepcion de los caciques, a los cuales se incluia entre los «*reservados* de los servicios públicos.»

«Sean las tasas, habia ordenado el rei, claras, distintas i sin jeneralidades, especificando todo lo que han de tributar los indios, i no espresen los tasadores cosas menudas, disponiéndolo de forma que solo tributen en cada pueblo dos o tres especies de las que en él se cojieren, i los indios tuvieren, i no se ponga el gravámen de hacer i reparar las casas i estancias de los españoles (1).»

En cuanto fué posible, dadas las condiciones especiales del pais i de los mapuches, Ruiz de Gamboa trató de ajustar su ordenanza a las instrucciones impartidas por la corona.

Consérvase felizmente el testo mismo de la tasa ordenada para las encomiendas de Luis Jufré, hijo de Juan Jufré, quien habia sido de los principales compañeros de Valdivia, i nieto de Francisco de Aguirre, el fundador de La Serena (2).

Luis Jufré habia heredado de su padre el repartimiento de Macul, a poca distancia de la capital; los de Peteroa i Mataquito, en las riberas del rio de este nombre; i el de Pocoa, al norte del Maule, en el límite de separacion entre los dos obispados, de Santiago i la Imperial.

(1) *Recopilacion de Indias.* Lei 22, título 5, libro 6.

(2) Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 15, pájinas 198-202.

La encomienda de Macul tenia 22 indíjenas de tributo; la de Peteroa, 197; la de Mataquito, 142; i la de Poco, 57.

Conviene hacer notar que Ruiz de Gamboa obligó a pagar tributo a los indíjenas desde la edad de diez i siete años, i nó desde los diez i ocho, segun la regla jeneral establecida por el rei; concesion importante a favor de los encomenderos de Chile.

De conformidad con la ordenanza de mayo de 1580, el gobernador decretó que los indíjenas de Macul debian dar a su encomendero 110 pesos de oro en cada año, pagaderos en esta forma: 55 pesos al fin de la mitad de la demora, i 55 cuando ella terminara; que, fuera de esta suma, estarian obligados a contribuir con dos pesos, tambien en oro, para pagar al doctrinero, al correjidor i al administrador de la encomienda; i que, por último, a fin de completar la cuota fijada de nueve pesos por cada indíjena tributario, debian entregar en su propio pueblo 30 fanegas de trigo a tres tomines fanega, 20 fanegas de cebada a dos tomines, 20 fanegas de maiz a cuatro tomines, i debian llevar a casa de su encomendero el pescado, las aves u ovejas necesarias para reunir la suma de los 44 pesos restantes.

Con el objeto de evitar abusos en la avaluacion de estos últimos frutos, Ruiz de Gamboa dictó en Santiago un arancel jeneral de todo lo que, a mas del trigo, la cebada i el maiz, podian tributar los mapuches.

Los indíjenas de Macul quedaban tambien obli-

gados a proporcionar nueve criados, de uno i otro sexo, para el servicio doméstico de don Luis Jufré, quien, por su parte, debería pagarles salario, sin exijirles ninguna clase de tributo.

Los indíjenas de Peteroa, ademas de los dos pesos destinados a gastos jenerales, debian entregar a su encomendero 985 pesos de oro, i 394 pesos en pescado, aparejos i lo demas que produjeran o cosecharan en sus tierras. De estos últimos frutos, estarian obligados a dar de tributo 200 fanegas de trigo, 100 fanegas de cebada, 120 de maiz, i 6 fanegas de fríjoles, estimados a seis tomines la fanega. Como los de Macul, debian reservar once criados para la casa del encomendero.

Los naturales de Mataquito, ademas de los dos pesos de gastos jenerales, debian tributar 710 pesos de oro, i 284 pesos en comida: 150 fanegas de trigo, 80 fanegas de cebada, 5 fanegas de maiz, 4 fanegas de fríjoles, i la cantidad de pescado, aparejos, ovejas, legumbres u otras cosas que produjeran o cosecharan en sus pueblos, hasta completar aquella suma. Se hallarian asímismo obligados a proporcionar diez criados para la casa del encomendero.

Los de Pocoa debian dar anualmente dos pesos cada uno para los gastos de la encomienda, 285 pesos de oro, 4 indíjenas de servicio doméstico, i 114 pesos en frutos, de los cuales debian entregar 80 fanegas de trigo, 40 de cebada i 50 de maiz.

El gobernador, en su decreto, prohibia espresamente a Jufré que exijiera de sus indíjenas otros

tributos que los indicados; pero le autorizaba para que pudiera adquirir de ellos por su justo precio «cosas de comer i beber, i otros mantenimientos necesarios.»

A fin de evitar que el encomendero quebrantara las disposiciones de la tasa, Ruiz de Gamboa ordenó que se diera copia de ella tanto a Jufré como a los caciques; i que, si a pesar de todo aquél percibia mas tributos de los fijados, debia sufrir, por primera vez, la pena de pagar a sus indíjenas el cuádruplo de la cantidad en que se habia excedido, i, por segunda vez, igual pena, i ademas la pérdida de la encomienda.

Aun cuando la ordenanza empezó a rejir desde el 1.° de octubre de 1580, el decreto especial relativo a las encomiendas de Jufré, llevaba la fecha de 18 de agosto de 1582; circunstancia que revela la lentitud con que necesariamente fué puesta en ejecucion.

Esta ordenanza, por lo demas, aseguraba, como ha podido leerse, un provecho considerable para los encomenderos. Así, si se hubiera dado exacto cumplimiento a sus disposiciones, Luis Jufré habria recibido de sus indíjenas un tributo anual de 2.090 pesos de oro.

Los indíjenas igualmente se hallaban bien protejidos por la tasa.

«Con mucha moderacion, escribe al rei Garcia de Loyola, (Gamboa) envió correjidores de naturarales, i administradores que los administrasen, pro-

hibiendo que los encomenderos no tuviesen mano ni mando en sus encomendados, ni entrasen en sus tierras (1).»

La tasa, segun ya se ha leido, fué tambien decretada en la jurisdiccion del obispado de la Imperial; pero Ruiz de Gamboa juzgó conveniente disminuir a siete pesos de oro el tributo anual de cada uno de los indíjenas (2).

Por lo demas, no señaló tributo alguno a los naturales de Chiloé (3); i concedió a los del continente el derecho de elejir entre el pago de la contribucion pecunaria i el servicio personal.

«Hai otro jénero de tributo, se lee en la carta varias veces citada de Garcia de Loyola al rei, refiriéndose al obispado de la Imperial, que llaman de *moderacion*, que es que, en lugar de oro, ropa o las demas cosas, sirvan los indios personalmente una cantidad de ellos por tiempo limitado a sus amos i cosas de su provecho. Esta distincion soi informado que hizo el Mariscal, respecto de que al tiempo que ordenó este tributo aun no estaba bien asentada la tierra, i dejó a la voluntad de los indios la eleccion de lo que mas quisiesen, o tributo líquido, como digo, o este servicio (4).»

(1) Carta publicada al fin de esta obra. *Apuntaciones i Documentos*, pájina 153.

(2) Rosales, *Historia Jeneral de el Reino de Chile*. Tomo 2.º, pájina 207.

(3) Carta citada de Garcia de Loyola. *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 141 i 142.

(4) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 142 i 143.

La verdad es, por mas que sostuvieran lo contrario los defensores de los indíjenas, que, si en el obispado de Santiago habia probabilidades de poder establecer labores ordenadas, en el de la Imperial, ya sea por el continuo estado de guerra que ofrecian los campos de Arauco, ya sea por la poca importancia de las poblaciones i el escaso número de españoles que trabajaban en faenas agrícolas o mineras, los obstáculos para aplicar una tasa estricta de tributos habian llegado a convertirse en insuperables.

El obispo de Santiago, frai Diego de Medellin, no quedó completamente satisfecho con la ordenanza de Gamboa, aunque no podia dejar de considerarla como un gran triunfo debido a sus esfuerzos, i, sobre todo, a los del obispo San Miguel; i se preparó a fin de solicitar una retasa (1).

Entretanto, el gobernador, que siempre manifestó estraordinario celo por que se cumplieran sus decretos relativos a los indíjenas, nombró con fecha 13 de febrero de 1582 a Anton Martin Moreno alcalde en los asientos de minas de Choapa, Espíritu Santo, Quillota i demas que se descubrieran en la jurisdiccion de Santiago, entre otros objetos, para que velara por la aplicacion de la tasa últimamente dictada (2).

---

(1) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia Chilena*, pájina 310.

(2) *Historiadores de Chile.* Tomo 19, pájinas 16-19

Como se comprende, este nombramiento anulaba todos los anteriores para igual cargo.

Los encomenderos, por su parte, se coligaron estrechamente en contra de la reforma establecida por Ruiz de Gamboa.

Tenian ellos plena razon cuando aseguraban que los mapuches no poseian hábitos de trabajo, i, por lo tanto, no se hallaban preparados para pagar tributos en oro o en especies con la debida regularidad.

En cambio, eran injustos, i se contradecian, cuando levantaban la voz para protestar de la intervencion de los correjidores i administradores de naturales creados por la nueva tasa.

No podian, por último, convenir en que los servicios de los *yanaconas,* o criados domésticos, debian ser en adelante remunerados.

Los conquistadores desde hacia cerca de un siglo ocupaban a los indíjenas americanos como si fueran esclavos, mas aun, como a bestias de carga.

Se esplica, pues, que los españoles, o descendientes de españoles, se resistieran con enerjia para reconocer a los mapuches su calidad de hombres libres.

¡Cómo! ¡Los que habian espuesto su vida i su salud en climas mortíferos i en mares tempestuosos para traer a América la luz del evanjelio iban a verse obligados a pagar hasta el mas pequeño servicio que les prestaran indíjenas incultos, a los cuales habian vencido en mil combates!

¡Nó! Mil veces no! Antes que someterse a semejante humillacion apelarian al virrei del Perú, i llevarian sus reclamaciones al mismo trono.

I vencerian; porque así estaba escrito en el libro del destino; porque la barbarie de los indíjenas no les permitia igualarse con los europeos, ni en sus fiestas ni en sus dolores, ni en el descanso ni en el trabajo.

Evidentemente Ruiz de Gamboa se habia adelantado muchos años al progreso de la civilizacion.

Debian trascurrir siglos ántes que los sirvientes domésticos recibieran en Chile una remuneracion equitativa (1).

Persuadidos de que la reforma decretada era prematura, los encomenderos se dispusieron con el fin de hacer valer todas sus influencias políticas i sociales en favor de su causa.

Podia asegurarse desde luego que contaban con el Cabildo de Santiago, a pesar de que la constitucion de este cuerpo habia sido alterada desde hacia algunos años en beneficio de los vecinos de la ciudad que no gozaban de encomiendas.

---

(1) Puede asegurarse que esto no sucedió sino a fines del siglo XVIII, cuando ya habian sido abolidas las encomiendas de indíjenas, i corria en el pais moneda menuda, de aquella que no podia esportarse al Perú. ¡Memorable acontecimiento, cuya fecha es casi imposible fijar con exactitud! Por su estraordinaria importancia, i gracias a su benéfico influjo, la condicion moral de los sirvientes domésticos empezó a elevarse con pasos de jigante!

En el año 1574 se habia presentado ante la Audiencia de Concepcion un escrito del capitan Jerónimo de Molina en el cual solicitaba se ordenara que en adelante el Cabildo de Santiago no se compusiera únicamente de encomenderos, sino tambien de simples moradores, con casa en la poblacion.

Aunque esta peticion fué proveida favorablemente, con el pretesto de que en la ciudad no residian sino tres o cuatro vecinos dignos de representarla, el Ayuntamiento solo elejió encomenderos para formar el cabildo de 1575.

El capitan Molina no se dió por vencido, i tan luego como pudo reclamó de nuevo ante la Audiencia.

En este segundo memorial hizo presente que el Cabildo de Santiago, contra lo resuelto, habia nombrado «por alcaldes a Marcos Veas e a Alonso de Córdoba, e por rejidores a Ramiriañez de Saravia i a Luis de las Cuevas i a Tomas Pastene, e procurador a Cristóbal de Escobar, todos mancebos de poca edad, a fin de que la dicha eleccion de alcaldes e rejidores no saliera de seis o siete vecinos encomenderos, de lo cual la república era mal rejida, e redundaba gran daño e inconveniente a los pobres de ella, porque los vecinos encomenderos en quienes estaba el dicho Cabildo eran los que vendian las cosas de mantenimiento, subiendo los precios como a ellos les parecia, i las medidas achicándolas, i echando derramas al comun, e en la justicia los pobres eran tan agraviados que jamas

la alcanzaban como pidiesen contra vecinos encomenderos.»

Agregaba el capitan Molina que no faltaban en Santiago vecinos respetables que no tenian encomienda de indíjenas, i citaba, entre otros, a los siguientes: capitan Alvaro de Mendoza, Juan Cimbron de Mendoza, Francisco de Mendoza, capitan Alonso Ortiz de Zúñiga, Diego Lopez de Monsalve, capitan Diego Jufré, Francisco Jufré, Gregorio Sanchez, Gregorio Blas, Francisco de Toledo, Cárlos de Molina, Andres de Valdenebro, Antonio Zapata, Francisco Peña, licenciado Escobedo, Juan Ruiz de Leon, Juan Nuñez, Diego Vasquez de Padilla, Francisco de Lugo, Hernando Alonso.

Por último, pedia que se declarara nula la eleccion de alcaldes i rejidores, i se estableciera como regla que uno de los alcaldes i la mitad de los rejidores deberian escojerse entre los vecinos propietarios de casas, pero sin repartimiento, i el otro alcalde i la segunda mitad de los rejidores, entre los encomenderos.

Con fecha 14 de febrero de 1575, la Audiencia de Concepcion ordenó al Cabildo de la capital que procediera en la forma indicada por el capitan Molina, i, so pena de pagar una multa de mil pesos de oro, diera inmediato cumplimiento a esta provision.

Notificado el auto a 17 de junio, el Cabildo acordó obedecerlo en la próxima renovacion de alcaldes i rejidores.

Llegado, sin embargo, este dia, o sea, el 1.° de

enero de 1576, el Ayuntamiento se desentendió por completo de las órdenes recibidas; i el capitan Molina tuvo necesidad de reclamar ante la Real Audiencia de Lima, por cuanto, como se sabe, el rei habia suprimido la de Concepcion.

Aquel alto tribunal, por provision de 28 de marzo del mismo año, confirmó las resoluciones de la Audiencia de Chile, i, con la respetable firma del virrei Toledo, amenazó al desobediente Cabildo de Santiago con enviar un apoderado especial desde el Perú a fin de que hiciera cumplir este acuerdo (1).

El Cabildo se inclinó sumiso esta vez ante el mandato de su superior, i lo ejecutó con toda escrupulosidad desde la eleccion de alcaldes i rejidores verificada en 1.º de enero de 1577.

A pesar de esta disminucion en sus fuerzas, los encomenderos alcanzaron entre los capitulares de Santiago el mas resuelto apoyo para combatir la tasa de Gamboa, ya porque todos los españoles sin distincion necesitaban del servicio personal de los indíjenas, ya porque aun aquellos vecinos que no tenian repartimiento se hallaban relacionados con los encomenderos por los lazos del matrimonio, de la consaguinidad o del interes.

Por acuerdo de 11 de noviembre de 1580, el Cabildo nombró como procuradores de la ciudad, con el objeto de que se dirijieran al Perú, entre otros negocios, para solicitar de la Real Audiencia la de-

(1) *Historiadores de Chile.* Tomo 17, pájinas 471-478.

rogacion de la nueva tasa, al licenciado Juan de Escobedo i a don Francisco de Irarrázaval.

Por renuncia del licenciado, se designó en el año siguiente, con fecha 6 de abril, a Lorenzo Bernal de Mercado, quien habia ejercido las funciones de maestre de campo jeneral en el gobierno de Quiroga.

Solo uno de los capitulares, el alcalde Juan de Barahona se negó a dar su voto para este último nombramiento (1).

Los encomenderos encontraron ademas ausilio donde ménos habria sido de esperarlo: en la misma órden relijiosa a que habia pertenecido frai Jil de San Nicolas, el esforzado campeon de los mapuches durante el gobierno de Hurtado de Mendoza.

El prior del convento de Santo Domingo en la capital, frai Bernardo de Becerril, se manifestó francamente partidario de la revocacion de la tasa; i envió a Lima al distinguido sacerdote frai Cristóbal Nuñez para que manifestara al virrei los grandes perjuicios que producia en la colonia el establecimiento de los tributos de indíjenas (2).

El padre Nuñez algunos años mas tarde salió nuevamente de Chile, con rumbo a España, encargado de negocios mui importantes para su órden; i en este último viaje consiguió la ereccion de la provincia de Chile, con el título de *San Lorenzo Már-*

(1) *Historiadores de Chile.* Tomo 18, pájina 284.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral.* Tomo 3.°, pájina 36.

tir, e inició jestiones ante el rei para fundar Universidad en el convento de Santiago (1).

Los esfuerzos de frai Cristóbal Nuñez i de los procuradores del cabildo, Irarrázaval i Bernal de Mercado, para que la Real Audiencia de Lima derogara la tasa de Ruiz de Gamboa resultaron estériles; pues aquel tribunal no se atrevió a resolver el asunto, i remitió los autos al Consejo de Indias (2).

Los encomenderos tuvieron, pues, que resignarse a aguardar la resolucion del soberano de España.

Es de suponer, por lo demas, el estado de inquietud en que quedaron los ánimos, en todo el territorio de la colonia, o reino de Chile, como pomposamente era llamada.

---

(1) Sobre frai Cristóbal Nuñez pueden leerse interesantes documentos i noticias en la obra de Ghigliazza, *Historia de la Provincia Dominicana de Chile*, i en la de Medina sobre la *Instruccion Pública en Chile*.

(2) *Apuntaciones i Documentos*. Pájina 153. *Historiadores de Chile*. Tomo 19, pájina 49.

VIII

El rei nombra a don Alonso de Sotomayor gobernador de Chile.—Derogacion de la tasa de Gamboa.—El gobernador Garcia de Loyola proteje resueltamente a los indijenas contra los encomenderos.—Prohibe la venta i traslacion de los araucanos.—Lista de los encomenderos de Puren, Tucapel i Arauco.—Fundacion de la ciudad de San Felipe de Arauco.—Derrota de Curalava.

Algun tiempo ántes de la resolucion tomada por la Real Audiencia de Lima, los encomenderos se habian apresurado a enviar instrucciones, con el objeto de que defendiera su causa en España, a Ramiriañez Bravo de Saravia, quien se hallaba en el Perú desde el año 1579, tanto por asuntos relativos a sus encomiendas personales como por encargos de la ciudad de Santiago.

Bravo de Saravia habia recibido para los gastos de viaje una gruesa suma de dinero de los vecinos de la capital (1).

Mensajero alguno fué mejor elejido, a juzgar por el buen éxito que alcanzó en sus jestiones.

Miembro de una familia que pertenecia a la nobleza de Castilla la Vieja, Ramiriañez era hijo del primer presidente de Chile, don Melchor Bravo de Saravia, quien en sus mocedades se vió obligado a salir de España por haber dado muerte en Salamanca a un caballero, mas tarde recibió sus grados en la universidad italiana de Bolonia, i, por fin, llegó a América como oidor de la ciudad de los Reyes, despues de desempeñar el correjimiento de Ciudad Rodrigo, en la Península (2).

Ramiriañez no tuvo necesidad de esforzarse, segun parece, por defender a los encomenderos de Chile ante el Consejo de Indias, pues este elevado tribunal guardó estraordinaria prudencia en el asunto, i nunca llegó a tomar acuerdo sobre la tasa de Gamboa, sino mas bien ante el nuevo gobernador de nuestro pais, nombrado por el rei a principios de 1581, el cual no pudo salir de la Península sino a fines del año.

Este era don Alonso de Sotomayor, hijo de una familia noble de Estremadura i distinguido capitan del ejército de Flandes.

---

(1) *Mayorazgos i Títulos de Castilla.* Tomo 1.°, pájina 240.
(2) Medina, *La Imprenta en Lima.* Tomo 1.°, pájina 240.

De las prolijas, aunque no desinteresadas, informaciones de Bravo de Saravia, dedujo sin duda el gobernador electo que para tener alguna probabilidad de poner fin a la guerra de Arauco se hacia indispensable el concurso de los encomenderos, i que no era por cierto el medio de alcanzarlo prohibir en los repartimientos el servicio personal de los indíjenas.

Hai antecedentes para suponer que Sotomayor partió de España con la resolucion formada de reaccionar contra las innovaciones de Ruiz de Gamboa.

Ramiriañez debia ser en Chile uno de los amigos i partidarios mas decididos de don Alonso, como lo prueba el hecho de haber sido él i su mujer padrinos del matrimonio clandestino celebrado por el gobernador con hija de don Francisco de Irarrázaval, en el año 1590 (1).

Otro de los consejeros que acompañaron a Sotomayor durante la mayor parte de su permanencia en nuestro pais, fué el teniente de gobernador don Luis Lopez de Azócar, enemigo resuelto de Ruiz de Gamboa i adversario de todas sus reformas.

La causa de esta enemistad era que, aun cuando ya ejercia el cargo de teniente de gobernador, a mediados de 1581 Ruiz de Gamboa le habia hecho apresar, por resistencia a las órdenes de la autoridad, i le habia enviado al Perú.

(1) *Mayorazgos i Títulos de Castilla.* Tomo 1.º, pájina 294.

La Real Audiencia de Lima le autorizó, sin embargo, para que volviera a Chile a ejercer nuevamente sus funciones al lado de don Alonso (1).

Se comprende que un majistrado como Lopez de Azócar debe haber influido poderosamente para que se aboliera la tasa establecida (2).

Por desgracia, esta influencia hizo que el gobernador traspasara los límites de la justicia; pues, movido por las pasiones de su teniente, condenó a Ruiz de Gamboa de una manera inconsulta a pagar 13,600 pesos de oro, por los daños causados a aquél (3).

Mas aun. Algunos de los parientes de Ruiz de Gamboa, como su yerno don Antonio de Quiroga, sufrieron perjuicios graves en sus intereses por actos de don Alonso (4).

Antes de que éste llegara a Santiago, el suegro de Ramiriañez Bravo de Saravia, que habia sido designado por el gobernador (5) desde Mendoza, a fin de

(1) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*. La primera sesion del Cabildo de Santiago presidida por el doctor Lopez de Azócar es la de 6 de diciembre de 1583. Sotomayor habia llegado a Santiago en el mes de setiembre por la via de la Cordillera.

(2) Esta amistad entre don Alonso i Lopez de Azócar no duró por mucho tiempo. Véase Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 3.°, pájina 140, nota 33.

(3) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*. Pájina 473.

(4) *Apuntaciones i Documentos*. Pájinas 18-21.

(5) Esta designacion, como lo indica Barros Arana, constituia un indicio seguro de cuáles eran las intenciones que traía Sotomayor sobre la tasa de Gamboa.

que tomara el mando, miéntras él podia atravesar la Cordillera, empezó a preparar el campo para la derogacion de la tasa; i logró obtener un informe favorable del provincial de San Francisco, frai Cristóbal de Ravaneda (1).

El gobernador propietario pudo, en consecuencta, proceder con toda libertad de espíritu, ya que dos eclesiásticos de tan encumbrada posicion como el superior de los franciscanos i el prior de Santo Domingo hacian causa comun con los encomenderos.

En los primeros dias se limitó a suprimir los cargos de correjidores de indíjenas, i a rebajar del tributo los dos pesos de oro destinados a este i a otros objetos parecidos; pero al poco tiempo declaró abolida la tasa de Gamboa en el obispado de Santiago, sin atender a las reclamaciones de frai Diego de Medellin (2).

Desde entónces se observaron las reglas siguientes, resumidas, algunos años mas tarde, en carta de Garcia de Loyola al rei Felipe II.

«Del cuerpo del repartimiento, esplicaba el gobernador nombrado, se saca servicio para los encomenderos, beneficio de haciendas, sementeras, guarda de ganados, i oficiales, sin mas paga de dos piezas de ropa, que hai oficial destos que al cabo del año se aprovecha el encomendero de mas de

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral.* Tomo 3.°, pájina 36.
(2) Barros Arana, *Historia Jeneral.* Tomo 3.°, pájina 37.

cien pesos de su trabajo i jornales, i el indio no lleva sino tres o cuatro pesos, que valen cuando mas estas dos piezas de ropa de lana; i del resto del cuerpo que queda deste repartimiento sacan la tercia parte para las minas, i arrieros i gañanes que hagan las sementeras i acarreen las comidas, i un indio que haga bateas para esta labor de minas; i el resto del repartimiento que queda en sus pueblos, que es bien poco, se ocupan en las sementeras, guarda de ganados i demas beneficios de comunidad, i da al encomendero cada indio una gallina i una fanega de trigo i maiz cada año.»

A continuacion se lee que Sotomayor «proveyó en los pueblos destos indios administradores, con salario del cuarto de las comidas que cojiesen, i ganado que multiplicasen de comunidad, i lo demas que beneficiasen; dejando a los mismos encomenderos algunas administraciones, *que yo les quité*, agrega Garcia de Loyola, *por el daño que resultaba a los pobres naturales* (1).»

Segun esta misma relacion, la *demora* continuaba siendo de ocho meses, como en la época de Hurtado de Mendoza, i nó de seis, conforme a la ordenanza de Pedro de Villagra.

«Este modo de compañia, manifiesta con indignacion Garcia de Loyola, realmente para los indios es una esclavonia; porque lo procedido de los sesmos, que es la parte que a los indios pertenece, no les es

(1) *Apuntaciones i Documentos.* Pájinas 153 i 154.

de efecto alguno, pues que los han echado hasta ahora a censo sobre los bienes de los propios encomenderos, i toda esta ciudad está hipotecada i acensuada a estos bienes, de manera que hai muchas haciendas que valen ménos de lo que deben de corrido. I ahora los vecinos han reclamado para que los réditos se les reciba en trigo i vino i ganado, ques de lo que los indios abundan. I no pueden pagar en oro, i cada dia van cargando; i, en muriéndose el vecino, quedan los indios vacos, i, no teniendo las haciendas sobre que estan impuestos (los censos) con qué las beneficiar, se pierden, i el indio trabaja i trabaja. El principal i réditos asimismo se pierden i no se cobran, i así la compañia sirve solo (a los indíjenas) para trabajar toda la vida infructuosamente (1).»

En este cuadro tan negro habia sin duda un gran fondo de verdad; pero no seria justo hacer responsable únicamente al gobernador que derogó la tasa de Gamboa, puesto que, por una parte, como ya varias veces se ha indicado, el servicio personal de los naturales constituia un mal necesario en esta colonia incipiente, i, por la otra, los funcionarios públicos no disponian de los elementos indispensables para reprimir eficazmente los abusos i crueldades de los encomenderos.

Al contrario, consta en documentos fidedignos

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 154 i 155.

que Sotomayor trató de mejorar la condicion de los mapuches, tanto moral como materialmente.

Con fecha 18 de febrero de 1585, precisamente en los dias de la abolicion de la tasa, el obispo Medellin daba al rei las siguientes noticias sobre el estado de las doctrinas (1) rurales, o sea, de indíjenas, pertenecientes a su diócesis.

«En esta provincia de Chile no estàn los pueblos de indios reducidos, como lo estan en el Perú, porque los gobernadores que los han de reducir, con achaques de guerra, o no quieren o no lo han podido hacer; i ansí las doctrinas se sirven con mucho trabajo, porque cada sacerdote de los que las sirven tiene a cargo muchos lugarillos, i apartados unos de otros en mucha distancia; i así, hasta que se reduzgan como se deben reducir, que hai para ello buen aparejo, por haber buenos valles i rios buenos, con buenas acequias, no puede haber doctrinas bien asentadas.

«Los que agora tienen doctrinas son los siguientes:

«Frai Leoncio de Toro, de la órden de Santo Domingo, sirve la doctrina de Mataquito, Gonza, Teno i Rauco. El salario que se le da son trecientos i treinta pesos, en oro i comida.

«Frai Alejandro de Beteta, de la órden de Santo

(1) *Doctrina.* «En América, pueblo de indios recien convertidos, cuando todavia no se ha establecido en él pa rroquialidad o curato». Dic. de la Real Academia.

Domingo, sirve la doctrina de Duao, Perales i Pocoa; el salario son docientos i ochenta pesos en oro i comida.

«Hernando Sanchez, clérigo presbítero, sirve la doctrina de Peteroa i los dos Gualemus; su salario es cuatrocientos pesos en oro i comida.

«Diego de Lobera, clérigo presbítero, sirve la doctrina de Huenchullami, Vichuquen i Lora; su salario, setecientos i veinte pesos, en oro i comida.

«Frai Luis Martinez, de la órden de Nuestra Señora de las Mercedes, sirve la doctrina de Nancagua, Colchagua i Ligüeimo; el salario que tiene, trecientos i ochenta pesos, en oro i comida.

«Frai Luis de la Torre, de la órden de Nuestra Señora de la Merced, sirve la doctrina de Peomo i Pichidegua; el salario de ella es docientos cincuenta pesos, en oro i comida.

«Pero Gomez de Astudillo, clérigo presbítero, sirve las doctrinas de Copequen, Malloa i Taguatagua; su salario es trecientos i diez pesos, en oro i comida.

«Alonso Alvarez de Toledo, clérigo presbítero, sirve la doctrina de Codegua, Alhué i Aculeo; el salario que tiene es de docientos i sesenta pesos, en oro i comida.

«Cristóbal de Alegria, clérigo presbítero, sirve la doctrina de los Tangos, Guaicochas i otras estancias; su salario es docientos i ochenta pesos, en oro i comida.

«El monasterio de San Francisco del Monte sirve

la doctrina de Talagante, Pelvin i Llopeo; tiene de salario ciento cincuenta pesos, en oro i comida.

«Jerónimo de Céspedes, clérigo presbítero, sirve la doctrina de Melipilla, Pico i Pomaire; el salario que tiene es trecientos i diez pesos, en oro i comida.

«Francisco de Ochandiano, clérigo presbítero, sirve la doctrina de Apoquindo, Macul i Tobalaba; su salario della es ciento trece pesos, en oro i comida.

«Juan Jofré, clérigo presbítero, sirve la doctrina de Quilicura i Huechuraba; el salario que tiene es cuarenta pesos, en oro i comida.

«Juan Pardo, clérigo presbítero, sirve la doctrina de Lampa i Colina; su salario que della tiene es trecientos i veinte pesos, en oro i comida.

«Pantaleon Correa, clérigo presbítero, sirve la doctrina de Aconcagua, Curimon i Putaendo; el salario que tiene es cuatrocientos pesos, en oro i comida.

«Alonso de Madrid, clérigo presbítero, sirve la doctrina del valle de Quillota; el salario que con ella tiene es docientos i ochenta pesos, en oro i comida.

«Francisco de Mestanza, clérigo presbítero, sirve la doctrina de los Cauquenes, Chanco i Loanco; su salario es trecientos i ochenta pesos, en oro i comida

«La doctrina de Putagan, Loncomilla i Purapel ha pocos dias que vacó; el salario que tiene es trecientos i ochenta pesos, en oro i comida.

«La doctrina de Rapel ha pocos que vacó; el sa-

lario que tiene son docientos i cuarenta pesos, en oro i comida.

«Joan Riquel, clérigo presbítero, sirve la doctrina de las minas de Quillota, Caren, Curaoma i el Alamo; su salario es cuatrocientos pesos, en oro i comida.

«Hernando de Peñafuerte, clérigo presbítero, sirve la doctrina de las minas i valle de Choapa; el salario que tiene son cuatrocientos pesos i comida.

«Todos estos sacerdotes i clérigos de estas doctrinas fueron presentados por el gobernador don Alonso de Sotomayor, i les fué hecha colacion por el obispo de Santiago; i el salario de todas las dichas doctrinas fué moderado por el obispo i el gobernador, conforme a la disposicion de los pueblos i cuantidad de los indios, en el término de la ciudad de Santiago.

«Dos obrajes de paño e un injenio de azúcar hai en términos de Santiago, e por ser obrajes e injenio no trató el gobernador en el salario de la doctrina de ellos, porque la pagan los amos e cuyos son.

«Joan Gomez Talavera, clérigo presbítero, sirve la doctrina del obraje de Alonso de Córdoba, en Rancagua; el salario que se le da es docientos i cincuenta pesos, i de comer.

«Juan Jofré, clérigo presbítero, sirve el obraje de Jerónimo de Molina, en el Salto; el salario que se le da son cien pesos.

«Diego Falcon, clérigo presbítero, sirve la doctrina del injenio de azúcar del jeneral Gonzalo de

los Rios; el salario que se le da por su servicio i el de cincuenta indios que estan allí, de aquel valle, son docientos cincuenta pesos, i de comer.

«Juan Gaitan de Mendoza sirve la doctrina de las minas de Andacollo, de Coquimbo; su salario es cuatrocientos pesos en oro i cincuenta en comida. Es hombre virtuoso i hábil, i ha servido en esta tierra, i merece cualquier merced que Vuestra Majestad fuese servido hacerle.

«Francisco de Herrera, clérigo presbítero antiguo, sirve la doctrina de Limarí; su salario es trecientos i treinta pesos, en oro i comida.

«Francisco de Aguirre, clérigo presbítero, sirve la doctrina del valle de la Serena; su salario es trecientos pesos en oro i cincuenta en comida.

«Frai Juan de Arciniega, de la órden de Nuestra Señora de las Mercedes, sirve la doctrina de Copiapó; su salario es trecientos pesos en oro i cincuenta en comida.

«Frai Pablo de Cárdenas, de la órden de Nuestra Señora de la Merced, sirve la doctrina de los Huascos; su salario es docientos i sesenta pesos en oro i sesenta en comida.

«Todos estos curatos i sacerdotes fueron presentados por don Alonso de Sotomavor, guardando el órden de la cédula real de patronazgo de Vuestra Majestad, como lo fueron los del término de Santiago (1).»

(1) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia Chilena*. Pájinas 361 366.

Esta larga enumeracion de eclesiásticos que atendian las doctrinas de los campos, hace recordar que ya entónces habian trascurrido algunas decenas de años desde aquel en que el licenciado Santillan comunicaba al Consejo de Indias que no era fácil enseñar el catecismo a los mapuches, porque solo habia en la colonia dos padres de San Francisco i nueve presbíteros del clero secular.

Al mismo tiempo que de su educacion relijiosa, don Alonso de Sotomayor se preocupó de velar por el buen tratamiento de los naturales; i desde el tambo de Aconcagua, ántes de haber sido personalmente recibido en Santiago, nombró a su hermano don Luis de Sotomayor protector jeneral de todos los indíjenas del pais (1).

Algunos años mas tarde, con fecha 10 de marzo de 1589, nombró el gobernador a Martin de Zamora administrador jeneral i defensor de los naturales de la provincia de Santiago (2).

Por estos nombramientos quedaban nulos todos los hechos con anterioridad, de protectores i procuradores de indíjenas.

Asimismo don Alonso elijió durante todo su gobierno personas respetables que desempeñaran las funciones de alcaldes de minas en el distrito de la capital.

El valiente soldado Francisco de Soto, que habia combatido contra los araucanos desde la época de

(1) *Historiadores de Chile.* Tomo 19, pájinas 127-130.
(2) *Historiadores.* Tomo 20, pájina 204.

Pedro de Villagra, fué designado para este cargo en tres ocasiones, a 19 de noviembre de 1583, a 27 de junio de 1588, i a 10 de junio de 1592 (1).

Igual nombramiento obtuvieron el capitan estremeño Francisco Hernandez Jiron, en 13 de junio de 1585, i Francisco Moreno, en 7 de enero de 1591 (2).

Este último decreto lleva la firma del licenciado Vizcarra, teniente de gobernador.

Ademas, con fecha 29 de julio de 1588, Sotomayor creyó necesario nombrar un visitador jeneral de las minas, tanto del distrito de Santiago como de la Serena; i elijió para este empleo al capitan Gregorio Sanchez, quien tenia especial competencia en esta clase de comisiones, con ámplias facultades para residenciar a los alcaldes de minas, para castigar todos los delitos que se hubieran cometido contra los indíjenas, i para hacer prolija numeracion de ellos, con citacion de encomenderos i administradores.

Sanchez recibió tambien autorizacion para imponer penas a los naturales i tomar presos a los soldados fujitivos (3).

Debe suponerse, sin embargo, que este interes estraordinario manifestado por don Alonso en favor de los indíjenas que trabajaban en los lavaderos, tendia principalmente a resguardar las labores de

(1) *Historiadores de Chile.* Tomo 19, pájina 154; i tomo 20, pájinas 155 i 368.

(2) Obra citada. Tomo 20, pájinas 11 i 304.

(3) Obra i tomo citados, pájinas 167 i 213.

todo obstáculo o peligro que pudiera interrumpirlas.

Lo primero era conseguir la estraccion del oro. Se cuidaba, en segundo término, de la salud i bienestar de los naturales; porque sin ellos no se alcanzaba aquel objeto.

Sotomayor concibió entónces el plan de organizar dos asientos de minas, uno en el valle de Quillota i otro en el de Choapa, que eran los centros auríferos mas esplotados en su época.

Con fecha 23 de enero de 1590 nombró corregidor del asiento de Quillota a Baltasar de Reinoso.

En este asiento debian reunirse las cuadrillas de naturales del capitan Agustin Briseño, de doña Esperanza de Rueda, del capitan Alonso Alvarez Berrio, del capitan Juan de Ahumada, i de Tomas Duran, Juan de Barros, don Juan de Rivadeneira i Antonio Gonzalez Montero; i, si era posible, las del mismo gobernador, de su cuñado don Cárlos de Irarrázaval, de Pedro Gomez Pardo i de Juan de Azócar. Si esto último no podia llevarse a efecto, Reinoso debia organizar un segundo asiento en Curaoma (1), para las cuatro cuadrillas enumeradas.

En 7 de febrero del mismo año, Sotomayor nombró corregidor de Choapa a Juan de Tapia.

Este asiento debia poblarse con las cuadrillas de Juan Godinez, Pedro de Miranda i don Gonzalo de los Rios.

(1) *Curaoma* se estendia al sur del puerto de Valparaiso. Actualmente conservan este nombre los cerros que se levantan al norte del estero de la Placilla.

Los correjidores de Quillota i de Choapa fueron investidos de una doble autoridad: judicial, para castigar los delitos que cometieran los indíjenas, o de que ellos fueran víctimas; i administrativa, para cuidar de la educacion i conservacion de los naturales, i para fomentar por todos los medios a su alcance la debida esplotacion de los lavaderos i el descubrimiento de otros nuevos (1).

Sotomayor establecia penas estraordinariamente benévolas para algunos delitos de los indíjenas, en forma inusitada hasta entónces. «Os doi poder cumplido, decia a cada uno de los nombrados, para que como tal correjidor e justicia del dicho asiento mireis por el bien i conservacion de los naturales, i de que sean mirados i doctrinados, castigados de los delitos que cometieren. De los delitos livianos, borracheras i otras cosas que hicieren los dichos naturales, los castigareis con castigo paternal, como hace el padre al hijo i el maestro al discípulo, e con pena de cepo, el cual habeis de tener, e prisiones.»

No era éste el procedimiento empleado medio siglo ántes para reprimir faltas iguales o parecidas.

La jurisdiccion de Baltasar de Reinoso comprendia todo el valle de Quillota, dentro de seis leguas a la redonda del asiento establecido, hasta el mar, con una estension de costa que abrazaba desde Concon a Valparaiso; i su sueldo era de doscientos

(1) Los reyes de España habian autorizado por diversas reales cédulas la creacion de estos correjimientos de segunda clase. *Leyes de Indias*, libro 5, titulo 2, lei 3.

pesos anuales, de buen oro de contrato. La mitad de esta suma debian pagarla los dueños de las cuadrillas; i la otra mitad, los mismos naturales, quienes estaban obligados a trabajar con tal objeto en dias estraordinarios, fuera de la demora.

La jurisdiccion de Juan de Tapia abarcaba todo el valle de Choapa, dentro de seis leguas a la redonda de este valle; i su sueldo ascendia a cuarenta pesos por cada demora, pagaderos en la misma forma ya indicada (1).

Los correjidores de Quillota i Choapa fueron los únicos que dejó Sotomayor para el gobierno de los naturales en el obispado de Santiago.

En el de la Imperial, como ántes se ha leido, la la tasa de Gamboa nunca pudo cumplirse con estrictez, a causa de la guerra araucana; pero don Alonso se apresuró a suprimir los correjimientos de indíjenas que se habian establecido en él (2), con tanta mayor razon cuanto que en sus principales lavaderos, como en los célebres de Quilacoya, se habian suspendido las faenas.

Los trabajos en las mencionadas minas solo se reanudaron despues de la fundacion de Santa Cruz de Oñez, ubicada al sur del Bio-Bio por Garcia de Loyola, en 1593 (3).

Cinco años mas tarde, este gobernador dió cuen-

(1) *Historiadores*, tomo 20, pájinas 243 i 247.

(2) Errázuriz, *Los Orijenes de la Iglesia Chilena*, pájina 355.

(3) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 145.

ta al rei de los tributos que pagaban los indíjenas del sur de conformidad con las reglas dictadas en la época de Sotomayor.

«En la de Osorno, Rica i Imperial, se lee en su carta de principios de 1598, hai tributo de cuatro, cinco i seis pesos, que pagan de derecho tan vario que, con ser una propia tierra, pagan diferente cantidad, mas o ménos, como el gobernador le pareció señalar, respetando a la mejoria o peoria della, i al mas o ménos pusible del indio, i, como ha pocos años que se acabó la guerra de las tres ciudades, i el dia de hoi no les faltan ruines pensamientos a los naturales, estos tributos se cobran trabajosamente, i muchos de los indios no los pagan en oro sino en jornales, que sus encomenderos para sí o para otros gastan. El tributo no está impuesto a todo el cuerpo del repartimiento sino a cada indio singular, i por esta razon no cobran por entero los encomenderos; porque unos se huyen i otros bajan a la guerra con soldados. Otros son tan haraganes que no trabajan, i al tiempo de la paga, i que la andan cobrando, se meten al monte, i el amo, por que no se le huya, disimula con él, o cobra en lo que la quiere dar, a trueque del oro que deben. Al que no lo tiene le reciben ropa de vestir, caballos, sebones, miel i otras cosas, i con esto no hai órden que se pueda llamar (1).»

«El tributo que los indios desta ciudad de la Con-

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 142.

cepcion i de San Bartolomé de Gamboa dan es uno mismo, i es que sacan ante todas cosas del cuerpo del repartimiento cierta cantidad para el servicio de sus casas, i gañanes para sus sementeras i crianza de ganados. Luego sacan el tercio de los indios que quedan, los cuales echan a las minas a sacar oro, i del que sacan es el sesmo para los propios indios, i el resto para el encomendero, el cual paga doctrina en las minas i pueblos mineros, i les da de comer trigo i carne, sal i ají. I para cojer el trigo para las minas, les dan de la comunidad de los indios tantos gañanes i arrieros, para acarrearlo. El tiempo que se ocupan estos indios en sacar oro son seis meses de verano, i cada semana cada indio, cuando ménos, saca dos pesos de buen oro, de manera que cada indio sacará al pié de cuarenta i ocho pesos, poco mas o ménos, de los cuales los ocho son del indio, los diez son de V. M., uno es de la doctrina, otro de minero i herramientas, medio de comida i otro medio de merma en la fundicion. De suerte que le quedan veinte i siete pesos, que sale cada indio, así de los que trabajan en las minas como de los que quedan en sus pueblos, a nueve pesos cada uno, que, si fuese cierto este tributo, era mucho; pero, como las minas son varias, no es renta segura, i las desta ciudad son ahora las mejores del reino, i la jente que anda en ellas poca. I, sin esto, dan a los encomenderos cinco indios por ciento de mita los otros seis meses que no andan en minas, i éstos ocupan en hacer sus ca-

sas, i en acarrearles las comidas a ellos, i beneficio de las viñas (1).»

Los naturales de Angol, segun lo advertia Garcia de Loyola en la misma comunicacion, no pagaban tributo pecuniario alguno, i solamente prestaban servicios en los viñedos i en los trabajos agrícolas, sin que pudiera exijírseles mas, por la circunstancia especial de que se hallaban mui cerca del teatro de la guerra.

Esta confesion, de parte de uno de los defensores mas decididos de los indíjenas chilenos, manifiesta qué obstáculos insuperables se oponian al establecimiento de un sistema regular de tributos, por lo ménos, en el territorio araucano.

Iguales inconvenientes estorbaban, como se ha visto, la imposicion del pago anual de una cantidad fija de dinero, sin servicio personal obligatorio, en el centro i norte del pais.

La derogacion de la tasa de Gamboa fué sin duda una medida de gobierno de gran trascendencia política i social.

El mantenimiento del servicio personal constituia la única base sólida sobre la cual podia continuar viviendo i progresando la colonia chilena.

Reconocida la necesidad de que los indíjenas ayudaran a los españoles en todas las esferas del trabajo, industrial, agrícola i doméstico, i la porfiada resistencia que ellos presentaban al servicio vo-

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 145 i 146.

luntario, no era prudente debilitar la autoridad de los encomenderos, i esterilizar así sus esfuerzos en pro del adelanto público i de la riqueza particular.

Sin perjuicio de perseguir i castigar los abusos i las crueldades, los gobernantes tenian la obligacion de prestar mano fuerte a estos señores feudales de nuestro pais, que no eran otra cosa los dueños de repartimientos, para que se adueñaran de la tierra por medio del trabajo lejítimo i fecundo, para que hicieran progresar de este modo el organismo que constituye la sociedad moderna, i para que fueran preparando, por último, los cimientos de la república del porvenir.

Por otra parte, los encomenderos reemplazaban en el gobierno de los naturales a sus propios caciques, cuya autoridad no era ejercida por cierto con mayor blandura ni conforme a los principios de una justicia mas alta.

Segun las doctrinas universalmente aceptadas hoi, la evolucion de un pueblo no se verifica por cambios repentinos, del estado de barbarie al estado de civilizacion; i se comprende, de acuerdo con estas lecciones adquiridas por la esperiencia de los siglos, que habria sido completamente infructuoso someter a nuestros indíjenas a un réjimen liberal, adecuado solo para pueblos mas cultos.

A mas de sus consecuencias sociales, la derogacion de la tasa de Gamboa dió espléndidos resultados políticos; pues don Alonso de Sotomayor, gracias a su actitud resuelta en este asunto, contó en

sus campañas contra los araucanos con el firme apoyo de los encomenderos.

Desgraciadamente, éstos no tenian sino recursos mui limitados, i no pudieron ausiliarle como habria sido necesario.

Por lo demas, Sotomayor no recibió del rei los elementos indispensables para dar impulso a las operaciones bélicas, a pesar de que no faltó en la corte voluntad de enviarlos.

Circunstancias estraordinarias movieron al virrei del Perú para hacer regresar a España las tropas que venian destinadas a la guerra de Chile (1).

Esta es la verdadera esplicacion del fracaso de don Alonso de Sotomayor en sus esfuerzos por dominar a Arauco.

Sin duda alguna, este mal éxito del valiente capitan de las guerras de Flandes contribuyó a que cayera en desgracia ante la majestad de Felipe II; pero la circunstancia que decidió de su suerte fué el matrimonio secreto celebrado por él, contra órdenes terminantes de la corona, con una jóven criolla nacida en Chile: doña Isabel de Zárate, hija, como ántes se ha dicho, de don Francisco de Irarrázaval i de doña Lorenza de Zárate.

Su sucesor en el gobierno de nuestro pais fué don Martin Garcia de Oñez i Loyola, pariente cercano del fundador de la Compañia de Jesus, i casado en el Perú, donde habia obtenido la gloria de

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral.* Tomo 3.°, pájina 107.

vencer a Tupac Amaru, el último descendiente de los incas, con una princesa *coya*, o sea, de la familia real indíjena.

Garcia de Loyola siguió una política enteramente contraria a la de Sotomayor con relacion a los dueños de encomiendas i a los naturales encomendados i protejió, en lo posible, a estos últimos de la tirania de los primeros.

Si no estableció una tasa de tributos pecuniarios parecida a la de Ruiz de Gamboa, i si no cortó de raiz algunos de los abusos mas irritantes que pudo notar en las encomiendas, provino de que no se creyó autorizado para ello por la cédula de su nombramiento (1).

Al poco tiempo de haberse hecho cargo del gobierno, juzgó indispensable dictar dos reglamentos, uno para los administradores i otro para los protectores de indíjenas, en que tomó toda clase de precauciones a favor de los mapuches (2).

Como sus antecesores, Garcia de Loyola nombró una serie de funcionarios encargados especialmente de amparar a los indíjenas.

Con fecha 24 de febrero de 1593, designó al capitan Jerónimo de Benavides para que ejerciera las funciones de correjidor de Santiago, i conjuntamente las de alcalde mayor de minas. «Os elijo i nombro, se leia en el mencionado decreto, por tal corre-

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 148 i 157.

(2) Archivo de Medina.

jidor de la ciudad de Santiago i toda su jurisdiccion, así de españoles como de indios naturales i forasteros, beliches i guarpes (1) que en ella residieren, i por alcalde mayor de minas de los asientos della que hai i hubiere en la dicha ciudad i su distrito.» «Tendreis gran cuidado, agregaba mas adelante, del buen tratamiento i conservacion de los naturales, i que sean dotrinados en las cosas de nuestra santa fee católica, evitando las borracheras, daños i robos que unos a otros se hacen, i no consintiendo que ninguna persona les haga fuerza ni mal tratamiento ni agravio (2).»

Un dia ántes, Garcia de Loyola habia nombrado a Lesmes de Agurto administrador jeneral i protector «de los naturales de todos los pueblos de indios que hai en todos los términos e jurisdiccion de la dicha ciudad de Santiago, encomendados en los vecinos della, que viven i residen desde las riberas del Maule i Cauquenes, de la una parte i otra del dicho rio, hasta el valle de Chuapa incluso.»

Lesmes de Agurto, en el desempeño de su cargo, deberia tener las obligaciones que siguen: 1.ª residenciar a su antecesor Gaspar Jorje de Segura, i a los administradores particulares de cada uno de los pueblos de indíjenas; 2.ª administrar los censos, ses-

(1) Los encomenderos de San Juan i Mendoza alquilaban los servicios de sus naturales (llamados *huarpes*) en las ciudades de Santiago i la Serena. Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 3.º, pájina 135.

(2) *Historiadores*. Tomo 20, pájinas 439 442.

mos de oro, ganados, bienes i haciendas de los naturales de las encomiendas i demas indíjenas de la dicha ciudad i sus términos; i 3.ª velar por el bienestar de los mapuches, castigar a los hechiceros, impedir las borracheras, cuidar de que los encomenderos pagaran sus servicios a los yanaconas, i averiguar el número de huilliches que hubiera en Chcapa, Quillota, la Ligua i otros lugares de la jurisdiccion de Santiago (1).

En remuneracion de sus servicios, Garcia de Loyola señalaba a Lesmes de Agurto un honorario de quinientos pesos al año, a mas de 20 carretadas de leña, 36 fanegas de trigo, 20 de cebada i 50 carneros.

El sueldo debia pagarse de los sesmos, i la leña, cereales i carneros, de los productos que correspondian a los indíjenas.

En este decreto, el gobernador no concedia a Agurto el derecho de nombrar administradores particulares; facultad que se reservaba el mismo Garcia de Loyola.

Mas tarde, con fecha 4 de junio, fué designado Domingo de Eraso juez especial de residencia de todos los protectores i administradores de naturales que anteriormente habian ejercido estos cargos en el territorio comprendido entre el rio Choapa i el Maule (2).

(1) Obra i tomo citados. Pájinas 446-451.
(2) Obra i tomo citados. Pájinas 501-504.

La administracion de los censos, sesmos i demas bienes pertenecientes a los indíjenas no permanecieron por mucho tiempo a cargo de Lesmes de Agurto, pues, habiéndose puesto a remate a mediados de 1594 el cargo de depositario jeneral, i habiéndolo obtenido el capitan Tomas de Olavarria, se declaró que a este funcionario tocaba recibir i gobernar la mencionada hacienda (1).

Garcia de Loyola creó ademas diversos correjimientos de indíjenas, en reemplazo de los que habia suprimido don Alonso de Sotomayor.

En 2 de junio de 1593, nombró a Jerónimo Sedeño de Arévalo, «notorio hijodalgo, servidor de su Majestad en los reinos de España i el Pirú», «correjidor de los pueblos de indios Quillota, Anongante, la Ligua, Putaendo, Chuapa, i en los yanaconas de don Alonso de Sotomayor (2), i por alcalde ma-

(1) Obra i tomo citados. Pájinas 587-619.

(2) «Don Alonso de Sotomayor, escribia al rei en 27 de diciembre de 1607 el gobernador Garcia Ramon, gobernador que fué deste reino, tuvo órden de Vuestra Majestad para poder tomar cinco mil pesos de oro en indios vacos, de los cuales tomó alguna parte que el dia de hoi estan de guerra i otros de paz. I éstos en parte que sirven en un obraje que Vuestra Majestad tiene en el distrito de Santiago, en el valle de Melipilla, el cual estaba empezado a hacer, i en mi tiempo se ha dado mucha prisa, de suerte que se hacen en él fresadas, jergas i cordellates i algunos paños. I seria de grande consideracion Vuestra Majestad fuese servido mandarle recompensar al dicho don Alonso en el Pirú i que hiciese dejazon de los indios que aquí tiene; que con la de guerra se satisfarian algunos soldados beneméritos, i con la de paz estaria el obraje mui bien aviado, de suerte que Vuestra Majestad tuviera mas de quince mil reales de a ocho de renta.» Errázuriz, *Continuacion de los seis años de la Historia de Chile*. Pájinas 228 i 229, tomo 1.º.

yor de las minas de Chuapa»; con fecha 30 de mayo habia designado a don Alvaro de Villagra, «nacido en Lima, hijo ilejítimo de doña Ana de la Cueva, dama de alcurnia (1)» i del gobernador de Chile Francisco de Villagra, por correjidor de los pueblos indíjenas de Teno, Rauco, Nancagua Colchagua, Peumo, Ligueimo, Pichidegua, Rapel, Mallogua, Taguataguas i Copequen, i por alcalde mayor de las minas del mismo distrito; i, por último, en 3 de marzo, habia elejido al capitan Diego de Rojas, «hidalgo notorio», quien habia combatido en la guerra de Arauco desde hacia veinticuatro años, como correjidor de la ribera del Maule i de los pueblos indíjenas de Cauquenes, Chanco, Loanco, Purapel, Purales, Pocoa, Vichuquen, Longomilla, Putagan, Duao, Lora, Huenchullami, Gualemos, Lontué, Peteroa, Pequen, Mataquito i Gonza, i como alcalde mayor de las minas de estas comarcas (2).

Los territorios en que estos funcionarios debian desempeñar sus cargos pertenecian al distrito del correjidor de Santiago, i quedaban, por lo tanto, desmembrados de su esfera jurisdiccional.

Al emprender esta reforma, Garcia de Loyola tuvo en vista los obstáculos casi insuperables que encontraban los naturales para hacer sus reclamaciones en Santiago, por la enorme distancia que

(1) Thayer Ojeda, *Los Conquistadores de Chile.* Tomo 1.º, pájina 228.

(2) *Historiadores.* Tomo 20, pájinas 504, 511, 524 i 530.

a menudo los separaba de la capital, i para alcanzar justicia, por la facilidad con que los delincuentes escapaban a la accion del correjidor i de los alcaldes ordinarios.

A pesar de la evidencia de estos fundamentos, el cabildo de Santiago no recibió sin protestas i restricciones a los correjidores mencionados,

Un año despues, con fecha 2 de mayo de 1594, el gobernador designó al capitan Juan Perez de Cáceres, nieto de Diego Garcia de Cáceres, para que sucediera a Jerónimo Sedeño de Arévalo en el correjimiento de Quillota (1).

Con el mismo fin de prestar apoyo a los naturales, Garcia de Loyola nombró en 7 de junio de 1593 administrador de los pueblos i minas de Peumo i Colchagua a Matias Carreño; i, con fecha 6 de junio, administrador de las encomiendas del capitan Gaspar de la Barrera, en Colina (2), i de Tomas Duran, en Lampa (3), a Luis Abad, el cual habia combatido en las campañas de Arauco desde hacia mas de dieciseis años (4).

Aunque estos nombramientos estuvieron mui léjos de ser agradables a los encomenderos, el gobernador debia colmar la medida de su impopularidad cuando se vió obligado a prohibir bajo severas

(1) Obra i tomo citados. Pájina 572.

(2) *Apuntaciones i Documentos.* Pájina 118.

(3) *Apuntaciones i Documentos.* Pajina 54. Véase tambien a Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI,* pájina 123.

(4) *Historiadores.* Tomo 20, pájinas 516 i 522.

penas la traslacion de los indíjenas desde la rejion del sur a las ciudades situadas al norte del Maule.

«Hai otra causa de disminucion destos naturales, de no ménos consideracion, escribia al rei, causada por todo estado de jentes, así eclesiásticas como seculares, ques una saca ordinaria de indios i indias, muchachos i muchachas, que deste obispado (el de la Imperial) bajan al de Santiago, tierra de diferente temple, por todos los medios que humanamente se puede aprovechar, hasta roballos en las calles i en los campos, i embarcarlos en el puerto de Valdivia. I como navio de negros se han llevado al puerto de Santiago. I muchas veces la mujer que iba al recaudo de su amo a su hacienda, dejando al marido i a los hijos, ha remanecido navegando la mar. I era con tanto exceso esto que los vendian públicamente, a trueco de ropa i caballos, cotas i otras cosas. I los vecinos i moradores destas ciudades de arriba hacian presentes a sus amigos i conocidos de la de Santiago, caso bien digno de llorar (1).»

El nuevo obispo de la Imperial, don Agustin de Cisneros, comunicó a la majestad de Felipe II los mismos atropellos, en los términos que siguen:

«I es esta guerra causa de muchos daños i ofensas que se hacen a Dios, nuestro señor, porque el principal oficio de los soldados, entretanto que no estan en la guerra, es subir a estas ciudades de arriba

(1) *Apuntaciones i Documentos.* Pájinas 149 i 150.

(así se llamaba entónces a las del sur, la Imperial, Angol, Villarrica, Valdivia, Osorno), para el Estrecho, que son cinco, i sacar indios e indias para su servicio; i, si a uno le bastan dos o tres indios, i puede sacar ocho o diez o mas, no lo deja de hacer, porque los engañan con mucha facilidad. I acontece muchas veces que, dejando al indio casado, le llevan la mujer, i otros al contrario; i otras veces llevan indios e indias de poca edad, i los quitan a sus padres. I muchos soldados llevan indias para servirse mal de ellas (1).»

Estas malas prácticas se habian jeneralizado desde que Rodrigo de Quiroga recibió facultad, primero del virrei Toledo, i despues del propio rei, para trasportar araucanos a Santiago, a la Serena, i aun al Perú.

Garcia de Loyola espidió varios decretos para prohibir tan censurable abuso.

Con fecha 17 de noviembre de 1593, declaró ilícita la venta de los indíjenas, arrancados a su tierra natal para que sirvieran como esclavos en las ciudades del norte (2).

A 5 de marzo del año siguiente, desde las riberas del Biobio, mandó «que el capitan Francisco de Galdamez ni otro capitan ni correjidor ni justicia de ninguna de las ciudades fronteras i fortalezas del reino, en ningun tiempo ni por causa alguna,

(1) Carta de 17 de diciembre de 1590. Archivo de Medina.
(2) Archivo de Medina.

sin particular i espresa órden, ellos ni otros sucesores suyos, fueran osados ni pudieran desterrar ni enajenar destos reinos, en cualquier manera que fuera, ningun indio, de el de guerra, o por o de otra calidad que fuera; i los que así hubieran desterrado el dicho Francisco de Galdamez, de cualquier parte o lugar que fuera, los volviera a la cibdad Rica... so pena de 500 pesos de oro. . . (1).»

A mediados del mismo año, el gobernador tuvo necesidad de volver a prohibir, con la amenaza de severas penas, la traslacion de los naturales de Arauco, ya sea con destino al virreinato, ya sea con rumbo a Santiago o a la Serena (2).

En estos dias, Garcia de Loyola tuvo el sentimiento de saber que el mismo teniente de gobernador, o sea, el licenciado Pedro de Vizcarra, habia desobedecido sus órdenes, i habia dado muchos permisos para trasportar indíjenas al Perú.

El territorio del obispado de la Imperial se habia convertido en una inmensa feria de carne humana, donde los soldados se enriquecian con la venta de los araucanos, i donde los encomenderos i vecinos de Santiago i la Serena buscaban sus criados domésticos i renovaban el personal de sus encomiendas.

Garcia de Loyola combatió estas crueldades con tanta mayor enerjia cuanto que por propia esperiencia sabia cuál era la suerte de los naturales trasplantados en las rejiones del norte.

(1) Archivo de Medina.

(2) *Historiadores.* Tomo 20, pájinas 619-621.

En carta de 17 de enero de 1598 daba así cuenta al rei de los castigos i mutilaciones que sufrian los pobres indíjenas de nuestro pais:

«Hallé en tanta manera esta costumbre recibida por lei entre los ministros de justicia que, sin intervencion della, cada particular le parecia que no delinquia en hacer esto; i así se ve en este reino multitud de indios cojos, mancos, sin manos o con una sola, ciegos, desnarizados i desorejados, que son tan buenos predicadores, jeneralmente todos, que con la manifestacion de su lástima suben de punto nuestra crueldad, tanto que incitan i animan a morir primero que rendirse, i así es jeneral proposicion suya que les pesa de que el sol que a nosotros calienta les caliente a ellos (1).»

Los esfuerzos del gobernador por mejorar la condicion de los mapuches resultaron, sin embargo, inútiles; porque se estrellaron contra la dura roca del interes personal i de la codicia.

Lo único que consiguió con sus enérjicas providencias en favor de los naturales fué atraerse la mas decidida malquerencia de las encomenderos, los cuales no le prestaron ausilio alguno durante todo su gobierno (2).

Garcia de Loyola, ademas, con el fin de pacificar

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 3.°, pájina 134, nota 25.

(2) Véanse Barros Arana, *Historia Jeneral*, tomo 3.°, capítulos 13 i 14; i Amunátegui, *Los Precursores de la Independencia de Chile*, tomo 2.°, capítulo 3.

a las tribus que constantemente se hallaban de guerra, apeló al recurso de fundar ciudades en el corazon mismo del territorio araucano.

Como algunos otros de los jefes que gobernaron en la época colonial, él incurrió en el error de imajinarse que el establecimiento de fuertes i de villorrios con el nombre de ciudades, debian infundir respeto i obediencia a los indíjenas.

El resultado, como se sabe, fué completamente contrario. Esos fuertes i esas aldeas, dispersos en la rejion enemiga, solo contribuyeron a que el ejército perdiera su cohesion; i, por último, todos cayeron, uno en pos de otro, al empuje de las hordas araucanas.

En 1.° de enero de 1595, Garcia de Loyola fundó la ciudad de Santa Cruz de Oñez al sur del Biobio.

Tres años mas tarde, al fin de su gobierno, elevó a la categoria de ciudad el fuerte de Arauco, bajo la advocacion de San Felipe.

Hé aquí la manera como justificaba esta fundacion a los ojos del rei:

«En el fuerte de Arauco, le escribia a principios de 1598, donde los propios indios piden poblacion, dan sus mitas en la cantidad quel castellano las pide, poca o mucha, los cuales se han ocupado hasta este año en el edificio del fuerte, que, por habérsele quemado a don Alonso de Sotomayor, i haberle hecho aprisa, se cayó, i fué necesario hacerlo de cimientos nuevos; i este año se han plantado ciento i cincuenta mill cepas, i el verano pa-

sado algunos pocos indios que estan en la ribera de la mar se ocuparon de su voluntad para sus amos en una pesqueria que se descubrió de tollos, que ha sido de consideracion, por la cudicia que les ha dado a algunos vecinos de llevar sus casas al fuerte, i algunos soldados de su guarnicion a casarse; de manera que aquella poblacion parece que se hará, sin que a V. M. le cueste mucho, i sirva de relevar parte de las costas que hasta aquí ha tenido. Tambien estos tres años han hecho sementera de trigo para el sustento del presidio del fuerte, que, aunque no se ha cojido todo lo ques necesario, ha ayudado, i ayudará la que está hecha (1).»

Mas o ménos, en los mismos dias, Garcia de Loyola recibió un informe fidedigno sobre los encomenderos vecinos que podrian formar parte de la nueva ciudad.

Hélo aquí.

«*Relacion de las personas que tienen encomiendas en la provincia de Puren i su comarca, que caen sus repartimientos en la poblacion que allí se ha de hacer i son de aquella jurisdicion.*

PUREN

«El nieto del mariscal Martin Ruiz de Gamboa, sucesor de su encomienda de Puren, es menor, i va a España a se criar, i no sirve para esta poblacion.

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 146 i 147.

«La hija sucesora de Lorenzo Bernal de Mercado, demas de ser niña i mujer, tiene repartimiento en la jurisdiccion de Ongol, i así no sirve.

«El menor don Rodrigo Vasquez es niño, i así no sirve para esta poblacion.

«El capitan don Luis Ponce de Leon tiene encomienda i casa en la Imperial, i no sirve para esta poblacion.

«Cristóbal Gomez de Olmedo tiene encomienda i vecindad en la Imperial, i no sirve para esta poblacion, demas de ser viejo.

«Tomas Nuñez de Salazar, demas de ser viejo i sordo, tiene vecindad en la Imperial, i no sirve para esta poblacion.

«Don Pedro Ibacache tiene casa i vecindad en la Imperial.

«Don Diego de Almonacid tiene encomienda i casa en Villarrica, i no sirve a esta vecindad.

«Hernando de San Martin es de cincuenta años i se poblará.

«Luis Rodriguez de Cebreros se poblará.

TUCAPEL

«Los que tienen vecindad de indios cercana a la poblacion del estado de Tucapel i los impedidos son los siguientes:

«Doña Catalina Sotelo, viuda, sucesora de Juan

de Lasarte, mujer mayor de edad, reside con su casa en Santiago, i no sirve para esta poblacion.

«El hijo sucesor de don Pedro Arias de Valdivia, niño de tierna edad, no sirve para esta poblacion.

«Critóbal Nuñez, impedido de vejez, tiene casa en Santiago. Su hijo, que ha de suceder, es niño, i así no sirve para la poblacion.

«Martin de Zamora tiene casa i vecindad en Santiago, i no sirve para esta poblacion.

«Alonso Becerra Altamirano tiene encomienda i vecindad en San Bartolomé de Gamboa, i no sirve para la poblacion.

«Juan Guajardo Guerrero se puede poblar.

«Andres de Fuenzalida se puede poblar.

«Juan de Viera es viejo de mas de setenta años.

«Don Luis de Fuentes Pavon tiene encomienda en Arauco.

«Rodrigo de Cárdenas tiene asimismo encomienda en Arauco.

«Juan de Córdoba, viejo impedido, i reside en su casa en Santiago.

«Alonso Martin de Ribera sirve para la poblacion.

«Luis de Góngora Marmolejo tiene encomienda en Arauco, i así no sirve para esta poblacion.

«El repartimiento de Paicaví está vaco.

«En Lincoya, un repartimiento que fué de Anton Martin Moreno.

ARAUCO

«Para la poblacion de Arauco hai las encomiendas siguientes:

«Antonio de Avendaño tiene casa i encomienda en la Concepcion, i no sirve para esta poblacion.

«Don Luis de Fuentes es encomendero en Tucapel, i no puede servir en ambas.

«Rodrigo de Cárdenas asimismo tiene encomienda en Tucapel, i no puede servir en ambas.

«Lorenzo de Figueroa, impedido de mal de corazon.

«Nicolas de Gárnica servirá.

«Luis de Góngora Marmolejo, aunque es encomendero de Tucapel, se poblará en esta poblacion.

Francisco Fris, encomendero asímismo en Santa Cruz de Oñez, donde se puebla.

«Don Manuel de Caravajal, menor, sucesor de Campofrio de Caravajal, es menor i no sirve.

«Hernando de Cabrera tiene encomienda i casa en la Concepcion i no sirve para esta poblacion.

«Francisco de Cepeda se poblará.

«Pedro Jimenez de Tapia se poblará.

«La encomienda de don Lope Ruiz de Gamboa está vaca por su dejacion.

«La encomienda de Francisco Hipólito está vaca por su dejacion.

«Estas son las personas que me consta, i nó otras,

son de la cercania de estas tres poblaciones, i los impedimentos que tienen, por conocerlos; i, para que conste, di ésta en la Concepcion de Chile, a diez i seis de enero de mil i quinientos i noventa i ocho años.—*Fernando Rodriguez de Gallegos*, escribano de gobernacion (1).»

Desgraciadamente, todos los cálculos del gobernador salieron fallidos: las ciudades de Santa Cruz i Arauco no impusieron miedo a los indíjenas; i los decretos de Loyola para protejerlos no fueron recibidos con gratitud por los araucanos.

La derrota de Curalava hace recordar a la derrota de Tucapel por sus graves consecuencias.

(1) Archivo de Medina. Rodriguez de Gallegos debia morir en Curalava, al lado de Garcia de Loyola.

IX

La destruccion de las siete ciudades.—Alonso de Ribera restablece el órden público al norte del Bio-Bio.—Los indíjenas reanudan sus trabajos en los campos i en los lavaderos.—El situado.—Ribera nombra nuevos alcaldes de minas i nuevos administradores de pueblos.—Jines de Lillo mensura las tierras de los indíjenas en el obispado de Santiago.—La tasa de Ribera.—El virrei del Perú ordena que se suprima el servicio obligatorio; pero el gobernador Garcia Ramon no cumple sus instrucciones.—Inútiles esfuerzos del jesuita Luis de Valdivia.

La muerte de Garcia de Loyola i sus compañeros inició una época tristísima en la colonia de Pedro de Valdivia.

Los indíjenas se ensoberbecieron con la victoria i llegaron a dominar casi por completo el territorio

comprendido entre el Bio-Bio i las islas de Chiloé.

En pocos años desaparecieron todas las ciudades construidas en aquella comarca, ya sea incendiadas por los araucanos, ya sea abandonadas por sus mismos habitantes.

Las primeras que cayeron, como era natural, fueron las últimas poblaciones de Garcia de Loyola. Santa Cruz de Oñez tuvo que ser desalojada por sus vecinos i moradores ante el inminente peligro de caer en manos de los bárbaros; i la flamante ciudad de San Felipe de Arauco quedó desde el principio reducida a un fuerte.

En seguida tocó su turno a Valdivia, destruida por los indíjenas a fines de 1599.

En vista de las alarmantes proporciones de la rebelion araucana i de la imposibilidad de defender tantas ciudades repartidas en el territorio enemigo, el gobernador don Francisco de Quiñones resolvió despoblar a la Imperial i a Angol en el mes de abril del año siguiente.

Alonso de Ribera, nombrado gobernador propietario de Chile por el rei Felipe III, gracias a su sabia estratejia, adquirida en los campos de Flándes, i gracias a su hábil plan militar, que ejecutó con rara enerjia, restableció el dominio de las armas españolas entre el Maule i el Bio-Bio, donde en varias ocasiones Chillan i Concepcion habian sufrido terribles ataques de los indíjenas; pero se vió en la dolorosa necesidad de entregar a su suerte las ciudades australes que aun resistian en pié.

Villarrica, la heroica Villarrica, que solo debia volver a levantarse en nuestros dias, fué asaltada e incendiada con fecha 7 de febrero de 1602; i dos años mas tarde, en el mes de marzo de 1604, los últimos habitantes de Osorno, capitaneados por el valiente Hernandez Ortiz, huyeron para siempre de sus hogares queridos i buscaron un asilo seguro en la pequeña isla de Calbuco.

Así cayeron sucesivamente Arauco, Santa Cruz, Valdivia, la Imperial, Angol, Villarrica i Osorno, sin que los tercios españoles, considerablemente aumentados con nuevas compañías, del virreinato i de la Península, fueran capaces de contener el torrente de la barbarie.

Los araucanos habian aprendido de los europeos la táctica militar, empleaban en sus combates las armas de acero que ántes solo se esgrimian en contra suya, i empezaban a servirse de los caballos arrebatados al enemigo.

Su gran número, por otra parte, comparado con las escasas guarniciones que casi siempre defendian los fuertes i aun las ciudades, esplica perfectamente el secreto de sus triunfos.

En estos mismos años la dominacion española se halló espuesta al gravísimo peligro de ser derribada bajo los golpes de los corsarios holandeses, uno de los cuales, con el ausilio de los indíjenas de la comarca, se apoderó de la ciudad de Castro, en la isla de Chiloé.

Felizmente todas estas espediciones piráticas an-

claron en nuestras costas despues de terribles tempestades, en que perdieron algunos de sus principales buques i numerosos tripulantes; de tal modo que les faltó siempre la fuerza i el aliento necesarios para ejecutar empresas duraderas de conquista.

La ciudad de Castro fué recuperada con facilidad por el valeroso coronel Francisco del Campo, i la colonia fundada por Ruiz de Gamboa escapó al poder de los flamencos.

En medio de estas aflictivas circunstancias los encomenderos de Santiago no pudieron negarse, ni a tomar parte en la guerra, ni, ménos aun, a proporcionar todos los recursos que se hallaban a su alcance, cada vez que los sucesores de García de Loyola así lo solicitaban.

De nada les valió entónces la real cédula firmada en San Lorenzo a 15 de octubre de 1597, por la cual el soberano de España ordenaba al gobernador de Chile que no obligara a los vecinos i moradores de estas provincias a salir en campaña sino en casos estraordinarios (1).

Por fortuna para ellos, la llegada de Alonso de Ribera, i el restablecimiento de la paz i tranquilidad públicas, que tan esperto capitan consiguió afirmar en breve tiempo al norte del Biobio, les permitió volver a consagrarse a sus labores agrícolas i al trabajo de los lavaderos.

---

(1) Amunátegui, *Los Precursores de la Independencia de Chile*, tomo 2.º, pájina 103.

Estos hechos no llamarian la atencion si solo hubieran sucedido en el distrito del obispado de Santiago; pero estraña verdaderamente cuando el mismo gobernador asegura al rei que a principios de 1602 habian vuelto a poblarse las haciendas del rio Itata i de las cercanias de Chillan, i que en igual fecha los indíjenas de esta última comarca, en número de ciento cincuenta, trabajaban en unos lavaderos que distaban siete leguas de la ciudad (1).

Esta convalecencia de la colonia no solo se debió, sin embargo, a la accion militar, sino que tambien influyeron para producirla algunas medidas importantes de la autoridad pública.

Entre ellas es digna en primer término de mencionarse el establecimiento del *situado*, o sea, la cantidad de sesenta mil ducados que el virrei del Perú, en obedecimiento a una real cédula de 21 de marzo de 1600, debia enviar todos los años a Chile para el pago del ejército (2).

Como las noticias que despues de esta fecha llegaron a la corte de España fueron mas i mas inquietadoras sobre la sublevacion araucana, la majestad de Felipe III, en el mes de enero de 1603, ordenó al virrei que aumentara la anterior subvencion a ciento cuarenta mil ducados, por el término de tres años, «para que con esto, agregaba el rei en cédula

(1) Errázuriz, *Seis Años de la Historia de Chile*. Tomo 2.º, pájina 185.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 3.º, pájina 347.

confirmatoria de 4 de setiembre de 1604, se escusen las derramas i otros repartimientos que se han acostumbrado hacer en ese reino (1).»

Vencido el plazo, Felipe III se vió en la necesidad de elevar mas aun la cantidad del situado, i, con fecha 5 de diciembre de 1606, fijó en doscientos doce mil ducados la suma con que anualmente las reales cajas del Perú debian contribuir al sostenimiento de los soldados españoles en Chile (2).

Nuestro pais recibió este valioso ausilio hasta fines del siglo XVII, esto es, durante la época mas calamitosa de la historia chilena, cuando los araucanos, los corsarios de Holanda e Inglaterra, los terremotos i las inundaciones del mar i de los rios amenazaron concluir con esta colonia, destruyéndola hasta sus cimientos, por el fuego, por el aire, por la tierra i por el agua.

¡La hoguera, el degolladero, el entierro en vida i la sumersion! Tales fueron los suplicios a que amenudo estuvieron condenados los españoles i criollos de esta comarca.

El situado libertó a los encomenderos de la forzosa necesidad en que les colocaba el enemigo de acudir con sus propias personas o con las de sus hijos a la defensa del territorio, i, en todo caso, de las gravosas contribuciones, en dinero o en especies, que les imponia año a año el gobernador del reino.

(1) *Historiadores*. Tomo 21, pájina 264.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 3.°, pájina 489.

Sin el situado la colonia de Chile habria tenido una vida tan pobre i lánguida que habria corrido el riesgo de verse despoblada por los descendientes de europeos.

Los dueños de encomiendas no quedaron, sin embargo, satisfechos con estas facilidades que la subvencion peruana les ofrecia para consagrarse tranquilamente a sus cultivos i labores.

Ellos pretendian mucho mas.

En el gobierno de Francisco de Villagra, como se ha leido, solicitaron del rei, sin conseguirlo, la perpetuidad de las encomiendas.

A falta de este privilejio, i por boca del gobernador Rodrigo de Quiroga, manifestaron al mismo soberano, que lo era Felipe II, la conveniencia de que las encomiendas no solo fueran concedidas por dos sino hasta por tres vidas, es decir, por tres jeneraciones (1).

Inútilmente.

Mucho mas tarde, casi un siglo despues, cuando las escaseces del tesoro español llegaron a su colmo, una real cédula autorizó aquella merced, pero siempre que el agraciado pagara fuerte contribucion a la corona.

Por lo demas, en fecha posterior al gobierno de Quiroga, los encomenderos pretendieron que los yanaconas establecidos en sus heredades siguieran la suerte de éstas, de tal manera que vendida la finca

(1) Gay, *Documentos*. Tomo 2.º, pájina 115.

pasaran a manos del nuevo propietario, como los edificios, como los árboles, como las ovejas.

En esta ocasion, el soberano de España, segun parece, accedió a lo solicitado; pero sus representantes en America, el virrei del Perú, don Garcia Hurtado de Mendoza, i el gobernador de Chile, don Martin Garcia de Loyola, no prestaron obediencia a la real cédula (1).

En la práctica, sin embargo, los indíjenas arraigados en las haciendas de la jurisdicion de Santiago i de la Serena no volvieron a salir de ellas durante toda su vida.

Estos indíjenas fueron los lejítimos antecesores de los inquilinos del siglo XIX.

Alonso de Ribera, quien, a mas de ser gran estratéjico, poseia las dotes que caracterizan a todo gobernante perspicaz, comprendió desde el primer momento la importancia de las encomiendas para el progreso de la colonia, i la necesidad de velar por que funcionaran regularmente, sin perjuicio de los indíjenas i con ventaja de los encomenderos.

Asi se esplican la especial atencion que consagró a esta rama de la administracion pública, i los prudentes decretos que dictó sobre ella.

En defensa de los naturales, i a fin de que hicieran cumplir las ordenanzas en vigor, nombró a las siguientes personas para los cargos i en las fechas que se indican.

---

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 150 i 151.

A Luis de la Torre Mimensa, protector i administrador jeneral de Santiago. 16 de marzo de 1603. Su antecesor habia sido Jusepe de Junco.

Ribera habia separado del empleo de depositario jeneral a Tomas de Olavarria, a instancias de su favorito Domingo de Eraso (1).

Al capitan Gregorio Sanchez, juez de cuentas de los administradores de indíjenas. 6 de mayo de 1603.

Al capitan Juan Guajardo Guerrero, administrador de los pueblos de Ligueimo, Pichidegua i Peumo. 20 de mayo de 1603. Habia tenido por antecesor en igual empleo a Juan de Madrid.

A Andres de Palacios, administrador de los pueblos de Quillota i Mallaca, con especial encargo de que atendiera a los naturales empleados en el obraje de paños del capitan Juan de Rivadeneira. 30 de junio de 1603.

A Gaspar Nieto, administrador de los pueblos de Aculeo i Chada. 30 de junio de 1603.

A Diego de Cartajena, administrador del pueblo de Nancagua. 14 de abril de 1603.

A Bernardo Madrid, administrador de los pueblos de los Cauquenes, Chanco i Loanco. 18 de julio de 1603.

Al capitan Gonzalo Gutierrez de Sotomayor, correjidor, administrador i alcalde mayor de minas de los pueblos de Colchagua, Copequen, Malloa, Ta-

(1) *Diccionario Biográfico* de Medina. Biografía de Olavarria.

guataguas, Nancagua, Peumo, Pichidegua, Rapel, Ligueimo, Teno i Rauco, o sea, todos los del partido de Colchagua. 8 de agosto de 1603.

A Alonso de Góngora, administrador de los pueblos de la Ligua. 12 de agosto de 1603. El nombrado era nieto del cronista Góngora Marmolejo.

A Alonso de Umana, alcalde mayor i juez de minas de oro de Santiago. 18 de julio de 1603.

A Francisco Díaz, administrador del pueblo de Pelvin, encomienda de Juan de Azócar *el mozo* (1), i del pueblo de Llopeo, encomienda del capitan Diego Yañez de Saravia, hijo mayor de Ramiriañez (2). 2 de octubre de 1603. Este nombramiento fué firmado por el teniente de gobernador don Luis Jufré.

Al alférez Bartolomé Jimenez de Fuentesauz, correjidor i alcalde mayor de minas de Maule. 23 de febrero de 1604. Su antecesor habia sido el capitan Juan Alvarez de Luna (3).

A Diego de Cartajena, administrador del pueblo de Rapel, encomienda de don Fernando de Irarrázaval i Zárate (4). 14 de mayo de 1604.

Al alférez Lorenzo Maturano, administrador de los pueblos de Rancagua i de Codegua. 14 de mayo de 1604.

---

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 114.

(2) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*, tomo 1.°, pájina 244.

(3) Interesante biografía de este último personaje puede leerse en el *Diccionario* de Medina.

(4) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*. Tomo 1.°, pájina 296.

Al capitan don Rodrigo de Rojas, correjidor i alcalde mayor de minas del pueblo de Aconcagua. 20 de mayo de 1604. El capitan Rojas habia tenido por antecesor al capitan Diego de Huerta.

Al capitan Fernando de Andrada, correjidor i alcalde de minas del pueblo i valle de Quillota, con facultad «para visitar todos los navios que salieran de los puertos de Valparaiso, Concon i Ligua para el Perú, mirando si llevaban algun soldado u otra persona asunta a la guerra, sin licencia, o moneda en reales, o en oro en polvo, contra lo ordenado.» 30 de junio de 1604. El antecesor de Andrada habia sido el capitan Gaspar de Espíndola.

A Luis Gonzalez, administrador del valle i pueblo de Teno. 14 de mayo de 1604. En el mismo decreto se nombró a Pedro Martin, a fin de que reemplazara a Gonzalez, miéntras éste servia en el presidio de Arauco.

A Juan de Montiel, administrador de Pelvin i Llopeo. 22 de julio de 1604.

A Andres de Lujan, administrador de los pueblos de Chada i Aculeo. 12 de agosto de 1604.

A Juan Garcia, administrador de los indios del pueblo de Nancagua, encomienda de don Alonso de Quiroga (1).

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 113. Don Alvaro de Quiroga era hijo del capitan don Nicolas de Quiroga i de doña Ana Farra Berris de Gamboa. Véase Thayer Ojeda, *Los Conquistadores de Chile*, pájina 175.

Al capitan Francisco Hernandez de Estrada, alcalde de minas de Santiago. 20 de agosto de 1604.

A don Francisco de Zúñiga, correjidor i alcalde mayor de minas de Santiago. 10 de diciembre de 1604 (1).

Todos estos nombramientos se hallaban destinados, sin duda alguna, a correjir muchos abusos, i debian ejercer, por lo tanto, considerable influencia en el buen tratamiento de los indíjenas; pero Alonso de Ribera no se limitó a protejer en forma administrativa las condiciones de vida de los naturales de nuestro pais.

Juzgó, ademas, indispensable dar fijeza a su propiedad territorial, haciendo amojonar los sitios o campos que les pertenecian.

En diversas cédulas los reyes de España habian ordenado a sus representantes en el Nuevo Mundo que trataran de conseguir que los indíjenas americanos viviesen en pueblos, o reducciones, donde seria fácil enseñarles la doctrina cristiana, i no les permitieran residir aislados unos de otros, léjos de los ausilios de la autoridad civil i de la eclesiástica.

Para la formacion de estos pueblos, el monarca habia dictado reglas precisas; i, entre otras, habia prohibido que se quitaran a los naturales las tierras de que se hallaban en posesion.

(1) Todos los decretos mencionados se hallan insertos en los libros de actas del Cabildo de Santiago correspondientes a 1603 i a 1604; i pueden consultarse en el tomo 21 de la *Coleccion de Historiadores de Chile.*

Por lo demas, habia cuidado de advertir a los virreyes, presidentes i gobernadores que en los indicados pueblos no deberian faltar ninguno de los elementos naturales indispensables para asegurar la subsistencia de sus habitantes: ni las corrientes de agua, ni los montes, ni las tierras de cultivo.

En cada uno de ellos, debia tambien señalarse un ejido, o campo comun, de una legua de largo, donde los indíjenas pudieran reunir sus ganados (1).

La colonia chilena se contó entre las mas reacias de América para obedecer a las órdenes del soberano.

Se ha leido que hacia veinte años, en 1585, el obispo de Santiago, frai Diego de Medellin, habia hecho presente que en este pais los indíjenas no vivian como en el Perú, en pueblos, «porque los gobernadores que los habian de reducir, con achaques de guerra, o no querian, o no lo habian podido hacer.»

Podria agregarse que, aunque en los siglos siguientes no faltaron mandatarios enérjicos que pusieron en ejecucion las reales cédulas dictadas sobre esta materia, aun quedaba mucho por hacer a principios del siglo XIX, i el gobierno de la República se vió obligado a completar por medio de nuevas leyes i mensuras la obra de reparacion de los reyes de España (2).

De todos modos, sin embargo, es innegable que

(1) *Leyes de Indias*, libro 6, titulo 3.º

(2) *Un soldado de la conquista de Chile*, pájinas 176 i 177.

Alonso de Rivera tomó la inquebrantable resolucion de deslindar las tierras de los españoles i las pertenecientes a los indíjenas; i que, gracias a su enerjia, logró reducir a pueblos a los naturales dispersos en muchas encomiendas.

Antes del gobierno de Ribera existian, es cierto, en toda la estension del territorio, rancherias de indíjenas, llamadas con el nombre de pueblos; pero ellas no tenian límites ciertos, i amenudo corrian el riesgo de desaparecer, porque los encomenderos vecinos usurpaban sus tierras, i forzaban así a los naturales a buscar otro sitio para su residencia.

Ribera dió una especie de confirmacion oficial a las rancherias existentes i fundó muchas otras nuevas.

Con tal objeto, creó el cargo de visitador jeneral de tierras, i nombró para que lo desempeñara en el obispado de Santiago al licenciado Juan de Morales Negrete.

Por desgracia, este personaje se escusó de servirlo, por motivos graves i justificados; i, en la mitad del año de 1602, el gobernador designó con el mismo fin al capitan don Melchor Jufré del Aguila.

Tampoco fué acertada esta eleccion; pues en el espacio de un año el poeta Jufré del Aguila *no* hizo «cosa alguna de consideracion en desagravio de los naturales», i Ribera le reemplazó con el capitan Jines de Lillo, a 9 de agosto de 1603 (1).

(1) *Historiadores.* Tomo 21, pájinas 41-44.

Este último era un distinguido soldado del ejército de Flándes, a quien Ribera habia traido a América en su compañia, i a quien habia nombrado en Chile capitan, a principios del mismo año de 1603 (1).

«En nombre de su Majestad, i como gobernador i capitan jeneral, decia Ribera en el citado decreto, vos elijo, nombro i señalo por juez visitador jeneral de tierras de la dicha ciudad de Santiago i sus términos, desde el pueblo de los Cauquenes hasta el de Chuapa, para que, en lugar del dicho capitan don Melchor Jufré de el Aguila, trayendo vara alta de la real justicia, hagais visita jeneral de todas las tierras de la dicha ciudad i de sus términos; i todas las personas que las tuvieren, por cualquier razon o título, lo exhiban ante vos, para que veais el derecho con que las poseen, i el perjuicio i daño con que se dieron las dichas tierras, i desagravieis i hagais restituir a los indios naturales, i los pueblos de su comunidad, en aquellas que, en perjuicio i daño con que se declaren, se hobieren proveido, llamadas i oidas las partes, e con la menor costa que ser pudiere, conforme a derecho, de manera que a los dichos indios e pueblos les queden, i tengan suficiente cantidad de tierras para su labranza i crianza, dejándoles bastante copia, conforme al número de indios que hubiere, sin que puedan recebir daño de los comarcanos. I asímismo se midan i amojonen ante vos todos los que tuvieren tierras sin perjuicio,

(1) Archivo de la Real Audiencia, volúmen 479, pieza 1.ª

i con justo i derecho título de personas que hayan tenido facultad real para dar tierras, solares, heridos i caballerias, para que no se entremetan a poseer cosa por mas de lo que les perteneciere.»

En la misma provision el gobernador nombró para que ayudaran a Jines de Lillo, como alguacil mayor i agrimensor, a Blas Pereira, i como escribano público, a Melchor Hernandez de la Serna, quien debia reemplazar al propietario, Diego Hernandez de Araya, miéntras éste se hallaba ocupado en otras funciones.

Hai antecedentes fidedignos que autorizan para afirmar que el capitan Jines de Lillo desempeñó cumplidamente el delicado encargo que se le confió (1).

Las mensuras ejecutadas por él, en el segundo semestre de 1603 i en todo el año de 1604, han servido de base durante siglos a importantes propiedades rurales de la jurisdicion de Santiago; i los pueblos de indíjenas cuya demarcacion se debe a la rectitud de sus procedimientos ofrecieron cariñoso asilo por el mismo espacio de tiempo a los últimos restos de nuestros aboríjenes en la rejion central de Chile.

Hé aquí un ejemplo de la manera como el visitador jeneral repartió las tierras a los naturales.

«Estando en el pueblo nuevo que llaman de *Pel-*

(1) Consúltese el *Catálogo de los manuscritos relativos a los antiguos jesuitas de Chile*. Santiago 1891.

vin el nuevo (1), de la encomienda de Juan de Azócar, vecino de la ciudad de Santiago, siete leguas de ella, poco mas o ménos, en treinta dias del mes de marzo de mil i seiscientos i cuatro años, el capitan Jines de Lillo, juez visitador jeneral de tierras en los términos de la dicha ciudad, por el rei, nuestro señor, dijo que, por cuanto su merced ha venido a este dicho pueblo a visitar las tierras de él, i dar a los indios bastantemente lo que hubiesen menester para ellos i su comunidad, i desagraviarlos de quien mal i daño les hiciese, para lo cual, hizo parecer ante sí a Rodrigo Hernandez, administrador del dicho pueblo, al cual dijo su merced que a lo que venia era notorio, i que así, como tal administrador, tratase con los dichos indios, i les diese a entender la voluntad del señor gobernador, i lo que trae su merced por instruccion, que es dar a cada indio cuatro cuadras de tierras, i al cacique dobladas, i a las viudas a dos cuadras, i que esto ha de tener ejecucion. Lo cual trató el dicho administrador con los indios; el cual dijo haberse dado a entender, en presencia de su merced, hasta seis o siete que habia en el dicho pueblo. Los cuales dijeron: quedándoles desde donde ellos señalasen les era bastante tierra. I así mandó se la señalasen, i lo hicieron. I, visto por su merced ser la mejor i mas cómoda que

(1) Mas tarde este pueblo se conoció con el nombre de Chiñihue, i a fines del siglo XVIII fué vendido a don José Antonio de Alcalde, dueño de la hacienda contigua. *Mayorazgos i Títulos de Castilla*, tomo 3.º, pájinas 296, 297 i 321.

en el dicho pueblo habia, tomó minuta de los indios que en él habia, i halló veinticuatro indios tributarios i un cacique i tres viudas, i tener necesidad para ellos o su comunidad de ciento i ochenta i cinco cuadras; i su merced les dió doscientas.»

En seguida fijó los límites, i el acto terminó con las firmas del capitan Lillo i del escribano Hernandez.

Aunque esta obra de demarcacion de propiedades i de formacion de pueblos de indíjenas no pudo llevarse a cabo sino en una parte relativamente pequeña del territorio, estaba llamada a producir benéficas consecuencias, atendida la importancia de las labores agrícolas i de las faenas mineras (1).

Para que se aprecie en su verdadero valor la

(1) En el archivo de la Municipalidad de Santiago se conserva el libro orijinal de las mensuras de Jines de Lillo. La vida posterior de este personaje fué esclusivamente militar. Hé aquí los títulos que obtuvo en el Tucuman, a donde siguió a Alonso de Ribera, i despues en Chile, tales como aparecen en el volúmen 479 del archivo de la Real Audiencia. —Lugarteniente i justicia mayor de Córdoba. 21 de febrero de 1606.—Teniente gobernador i capitan a guerra de San Miguel de Tucuman. 7 de noviembre de 1606.—Capitan de infanteria de Chile. Nombrado por el presidente interino Merlo de la Fuente, en 15 de setiembre de 1610.—Sarjento mayor de la ciudad de Santiago. 8 de abril de 1612.—Sarjento mayor del reino. 7 de mayo de 1612.—Maestre de campo jeneral. 1.° de noviembre de 1615.—Contrajo matrimonio en nuestro pais con hija del capitan Gaspar de la Barrera, i dejó varios hijos. Murió en 1630, en la guerra de Arauco. Véase el *Diccionario* de Medina.

grande utilidad de los trabajos de mensura ordenados por Alonso de Ribera, debe recordarse que propiamente solo permanecian en pié cinco ciudades: la Serena, Santiago, Chillan, Concepcion i Castro.

Segun noticias suministradas al rei por el doctor don Gabriel de Celada, miembro de la Real Audiencia, en el año 1610 la Serena solo tenia 46 casas, once cubiertas de teja i las demas de paja; Santiago, que era la capital, 200 casas; Chillan, 52, ocho con teja, treinta i nueve con paja, i cinco ranchos de madera i paja; Concepcion, 76 casas, de las cuales treinta i seis eran de madera cubiertas con paja; i Castro, por fin, no contaba sino 12 casas con techo de paja (1).

En 1603, el número de casas de estas poblaciones debia ser mucho menor, sobre todo en Chillan, incendiado por los naturales a fines de 1599, i en Castro, que al empezar el año siguiente habia servido de teatro a desesperados combates entre españoles i holandeses.

En resúmen, en los principios del siglo XVII la colonia únicamente podia presentar cuatro aldeas en la rejion del centro; i, para mantener la dominacion española, los gobernadores del pais se veian obligados a emprender rudas campañas contra los araucanos, que se habian hecho fuertes entre el Biobio i el Tolten.

A la vista de este cuadro, se comprenderá con

(1) Gay, tomo 2.º de *Documentos*. Pájina 194.

facilidad que la verdadera colonizacion descansaba sobre las encomiendas, que eran otras tantas colmenas de fructíferos trabajos, en las cuales enjambres de indíjenas pastoreaban el ganado, hacian producir al suelo ricas cosechas, i lavaban las arenas para estraer el precioso metal.

¡Qué representaban cuatro pobres villas, diseminadas en una estension inmensa, al lado de los repartimientos, que se sucedian sin interrupcion desde Copiapó hasta las orillas del Biobio, en los principales valles del pais!

Si ello hubiera sido posible, Alonso de Ribera no habria quedado satisfecho sino despues de reducir a pueblos todos los naturales encomendados; pero, para hacerlo, le habria sido necesario disponer de mucho tiempo i de muchos visitadores tan idoneos como Jines de Lillo.

La guerra araucana distraia, por lo demas, su atencion de una manera preferente.

Ribera no terminó, sin embargo, su gobierno sin establecer una nueva tasa, que mereció la aprobacion de la Real Audiencia de Lima i del virrei del Perú, don Luis de Toledo (1).

Segun las disposiciones de esta ordenanza, «solo se daban a los vecinos encomenderos el tercio de los indios para la labor de las minas, el cual entregaba el correjidor del pueblo al minero, i trabaja-

(1) Errázuriz, *Seis años de la Historia de Chile*. Tomo 2.º pájina 441.

ba este tercio los ocho meses del año que duraba la demora, i luego el dicho minero volvia al pueblo los dichos indios i recibia recibo del dicho correjidor del dicho entrego, i el año siguiente salia otro tercio que servia otros ocho meses, i de esta suerte los indios que servian ocho meses de un año descansaban dos años i cuatro meses; i para el beneficio de las haciendas, sementeras i crias de ganados, se daban por dicha ordenanza a razon de quince indios por ciento, los cuales servian de servicio personal dos años, i luego se volvian a su pueblo i descansaban siete u ocho, hasta que volviese el turno (1).»

Como se desprende del trozo anterior, Ribera supo conciliar los intereses de los encomenderos, puesto que no eximia a los indíjenas del servicio, i la conveniencia de los mismos naturales, a quienes no obligaba al trabajo sino despues de un largo descanso.

Evidentemente, estos turnos, o *mitas*, fueron imitados de los que se hallaban establecidos en el Perú (2).

---

(1) Vista del fiscal de la Real Audiencia don Pedro Machado de Chaves, dada en 6 de abril de 1635, en obedecimiento a un decreto del presidente Laso de la Vega, con motivo de la representacion hecha por el capitan don Juan Rodulfo Lisperguer, procurador jeneral de Santiago. Archivo de la Capitania Jeneral.

(2) Solórzano, *Politica Indiana*. Tomo 1.º, libro 2.º, capitulo 7.º, números 3 i siguientes. Edicion publicada en Madrid, año de 1776.

Aunque en la vista del fiscal Machado de Chaves hubiera exajeracion acerca de las ventajas que esta tasa proporcionó a los indíjenas, sobre todo cuando el número de ellos no alcanzaba a ciento, i por necesidad debian prestar sus servicios con mayor frecuencia que la indicada, no podria negarse que la manera de distribuirlos periódicamente en las labores reconocia una base equitativa.

Segun es mui sabido, este primer gobierno de Ribera terminó con su separacion, acordada por el rei en vista de noticias incompletas i de juicios erróneos sobre la competencia militar de este ilustre jefe.

El mismo Felipe III reconoció su equivocacion ántes de mucho tiempo i le restableció en el cargo.

Entretanto, el virrei del Perú, don Gaspar de Zúñiga i Acevedo, conde de Monterrei, a quien tocó designar gobernador de Chile, porque el elejido en España rehusó venir de un modo perentorio, estuvo mui vacilante sobre las instrucciones que debia impartir al nuevo gobernador.

A pesar de los triunfos alcanzados por Ribera, aun no terminaba la guerra araucana, i, por el contrario, amenazaba eternizarse.

En el sentir del virrei, debia obrar en esto causa mui poderosa, que ponia obstáculos insuperables al advenimiento de una paz duradera.

Dos personajes, que se encontraban entónces en Lima, contribuyeron a hacer cesar las vacilaciones

del conde, i le indujeron a que tomara una resolucion definitiva.

Estos fueron don Luis de la Torre Mimensa, protector jeneral de los indíjenas de Santiago, nombrado, como se ha visto, hacia dos años por Alonso de Ribera; i el jesuita Luis de Valdivia, quien habia permanecido algunos años en nuestro pais.

Uno i otro aseguraron al virrei, por datos recojidos en su esperiencia personal, que el verdadero motivo de la indefinida prolongacion de la guerra araucana era el servicio obligatorio, valdria mas llamarlo esclavitud, impuesta a los mapuches desde los primeros dias de la conquista.

Persuadióse el conde de la sensatez de estas afirmaciones, sobre todo despues de oir a Alonso Garcia Ramon, a quien nombró gobernador de Chile, i a otros militares que habian residido en este pais.

Con tales dictámenes i los de algunos teólogos i jurisconsultos, don Gaspar de Zúñiga no pensó sino en tomar las medidas necesarias a fin de abolir el servicio personal lo mas pronto posible.

Con este objeto, nombró una comision para que le asesorara, formada de las personas siguientes: don Juan de Villela, miembro de la Real Audiencia; el doctor Acuña, alcalde de corte; el gobernador Garcia Ramon; i los padres jesuitas Luis de Valdivia i Francisco Coello.

Despues de madura reflexion, los comisionados propusieron al virrei: 1.°, que aboliera todo servicio

personal; 2.°, que autorizara a los dueños de repartimientos i de yanaconas para que hicieran trabajar a los naturales por dos años, miéntras podian reunir servidores voluntarios; 3.°, que durante este plazo se suspendiera toda faena en los lavaderos, i se pagara a los indíjenas de trabajo un jornal fijado de antemano; 4.°, que dictara nueva tasa de tributos; 5.°, que declarara libres a los indíjenas chilenos apresados como esclavos, de los cuales debian quedar en depósito los trescientos que habia en Lima, hasta el fin de la guerra; i 6.°, que tratara de introducir en Chile algunos negros, para que reemplazan a los naturales.

El virrei aprobó con entusiasmo los anteriores acuerdos, i ordenó su ejecucion a Garcia Ramon, el cual se manifestó igualmente persuadido de la necesidad de cumplirlos (1).

El padre Luis de Valdivia, por espreso mandato del virrei, debia acompañar hasta Arauco al nuevo gobernador, con el fin de ayudarle en la ardua empresa de asentar la paz entre los bárbaros.

Alonso Garcia Ramon, con ciento treinta soldados, algunos militares que en otro tiempo habian

(1) Las noticias que acaban de leerse se hallan en una interesante carta del padre Luis de Valdivia dirijida desde Lima, a principios de 1607, al conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias. Consúltese la *Biblioteca Hispano-Chilena* de Medina, donde se halla publicada la carta. Tomo 2.°, pájina 49.

combatido en Chile, i el padre Luis de Valdivia, llegó a Concepcion en marzo de 1605.

Desde los primeros dias, el jesuita empezó activa propaganda entre los araucanos; i se halló siempre al lado del gobernador en los diversos parlamentos de indíjenas que éste convocó para dar a conocer las resoluciones del virrei, encaminadas, como se ha visto, a abolir el servicio personal.

No satisfecho de esta actuacion oficial i aparatosa, el padre Valdivia se aventuró solo en medio de las tribus, con el fin de ponerse en inmediato contacto con estas almas groseras i primitivas.

De este modo pensó insinuarse mas fácilmente en el corazon de los indíjenas, i creyó poder persuadirles con mayor eficacia.

No sin haber corrido serios peligros, como que en cierta ocasion los naturales estuvieron aguardándole en un camino para matarle, recorrió gran parte de la rejion enemiga.

El padre jesuita aprovechaba en estos momentos de la relativa tranquilidad en que habia dejado el territorio araucano Alonso de Ribera. Por lo demas, contaba con la aquiescencia del nuevo gobernador, quien de ningun modo habria podido estorbar sus planes, dada la estimacion del virrei por Valdivia, i las declaraciones que el mismo Garcia Ramon habia hecho en Lima sobre el servicio personal.

Contra todas las probabilidades, sin embargo, i despues de haber permanecido un año i dos meses bajo las órdenes de Garcia Ramon, Valdivia solici-

tó el beneplácito del virrei para regresar al Perú, con el objeto de darle cuenta del fracaso de sus proyectos.

¿Qué había sucedido?

Segun la version del jesuita, comprobada por otros testimonios, el gobernador de Chile no trató siquiera de dar un principio de cumplimiento a las instrucciones del virrei, i, despues de prometer a los indíjenas con gran solemnidad la supresion del servicio obligatorio, solo se preocupó de dominarlos por medio de las armas.

«Como lo que yo les ofrecia, escribe el padre al conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias, no se les cumplia, dudaban de la verdad de mis cartas, importando sumamente, ahora a los principios, para el crédito destos i los de la guerra, el quitarles toda duda. I me decian muchas veces los caciques que cómo habian de poder ellos acabar con sus *quidugeres*, que asi llaman a sus vasallos, que ayer eran soldados libres, de lanzas, i hoi estaban cavando en las minas, la perseverancia, si no les pagan algo; i cómo creerian ellos que no les quitarian sus hijos i hijas para el servicio de sus casas, perpetuo, si veian al ojo, i lo oian por relacion, que con los antiguos amigos de paz se usaba esta crueldad.»

«Quedan ahora los de paz, aseguraba en la misma carta el jesuita, en mayor servicio personal; porque muchos de los que iban ántes a minas se han aplicado por yanaconas a sus encomenderos,

junto con los que tenian, por este gobernador, el cual ha publicado autos de nuevo en que da por esclavos a los indios de guerra que toman.»

De todo esto se deduce que Garcia Ramon habia aparentado estar de acuerdo con el virrei, con el jesuita, con el oidor Villela i con los demas consultores del virrei, nada mas que para asegurar su cargo de gobernador de Chile; pero que, una vez en posesion del mando, solo habia tenido en vista suplantar a su rival, Alonso de Ribera, en el ánimo del rei, i concluir a toda costa la guerra araucana, con el menor gasto i en el menor tiempo.

¿Era oportuno con tal fin convertir en esclavos a los indíjenas de guerra, i permitir que fueran vendidos i trasportados al Perú, para amedrentar a los naturales que se mantenian rebelados, i dar así esta ganancia a los militares? Pues bien, sin vacilar, dictó al efecto cuantos permisos fueron necesarios.

¿Era de buena política, con el propósito de no enajenarse la buena voluntad de los encomenderos, el autorizarlos para que continuaran ocupando a sus tributarios en el penoso trabajo de los lavaderos, sin que, ni a éstos, ni a los gañanes de labranza les pagaran jornales de ninguna especie? Sin escrúpulos, así lo resolvió, como regla jeneral.

En una palabra, violó a sabiendas todos los acuerdos tomados en el palacio del conde de Monterrei, en la confianza de que la majestad de Felipe III le perdonaria plenamente su desobediencia si lograba afirmar la paz en los campos de Arauco.

Uno de sus decretos mas reveladores fué la separacion del protector jeneral de indíjenas Luis de la Torre Mimensa, firmada en Santiago a 27 de julio de 1605 (1), cuando solo habian trascurrido diez dias desde que don Alonso prestó juramento ante el Cabildo de la capital «de guardar el servicio de Dios i su Majestad, i de obedecer sus mandatos.»

Aquel funcionario podia convertirse en un fiscal indiscreto, i convenia apartarlo.

Antes de un año, como se ha leido, el padre Luis de Valdivia, por su parte, se alejó de Chile, i le libertó tambien de un testigo peligroso.

En reemplazo de Luis de la Torre, elijió el gobernador a Juan Venegas, hijo de Francisco de Toledo i hermano de padre i madre del autor del *Puren indómito.*

Venegas ejerció este delicado cargo por tres años, hasta que entró a reemplazarle el capitan don Luis de Fuentes Pavon, nombrado por decreto de 13 de junio de 1608 (2).

Por lo demas, el gobernador Garcia Ramon, como su émulo Alonso de Ribera, designó a diversos vecinos respetables i capitanes distinguidos para que desempeñaran los empleos de correjidores, administradores de pueblos, i otros cargos que habian sido creados en defensa de los naturales.

No puede ménos de causar estrañeza, sin embar-

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 21, pájinas 220-222.
(2) *Historiadores de Chile*, tomo 24, pájina 91.

go, que en todos estos decretos, desde los primeros de 1605 hasta los últimos de 1610, se hiciera referencia a los trabajos de los lavaderos de oro, espresamente prohibidos por el virrei del Perú, de conformidad con numerosas reales cédulas.

Hé aquí una nómina de estos nombramientos:

Capitan Gaspar Nieto, administrador de los valles de Aculeo i Chada. 23 de mayo de 1605.

Capitan Martin Muñoz, correjidor i alcalde mayor de minas del partido de Maule. 23 de julio de 1605.

Diego Ruiz de Vargas, administrador de Tango, Peucudane, Curandúa, i del principal del capitan Alonso de Córdoba. 30 de julio de 1605.

Gaspar Nuñez de Astudillo, administrador de los pueblos de Malloa i Taguataguas. 8 de Julio de 1605.

Andres de Lujan, administrador de los pueblos de Melipilla, Pico i Pomaire, i mayordomo del obraje de Melipilla. 26 de agosto de 1605. Segun este decreto, las funciones del maestro de fábrica del obraje, que lo era Juan Guerra Bravo, debian quedar independientes de las del mayordomo. Las obligaciones del mayordomo eran las siguientes: 1.ª recibir los sayales, frazadas i paños; 2.ª llevar cuenta exacta de estos artefactos, i del número de varas que median; 3.ª apuntar los nombres de los indíjenas que los habian trabajado; i 4.ª cuidar de que los naturales asistieran puntualmente al obraje i no se ocuparan en otras labores.

Capitan Diego Arias de Saavedra, correjidor del

partido de Colchagua. 13 de setiembre de 1605. Este capitan habia tomado parte en la conquista del Portugal; i, despues de varias otras campañas por mar i tierra, habia llegado a Chile en el gobierno de Sotomayor. Su antecesor en el correjimiento habia sido el capitan Gonzalo Gutierrez de Sotomayor.

Juan Rodriguez Marquez, administrador del valle i partido de Choapa. 7 de setiembre de 1605.

Antonio Diaz de Alvarado, administrador del valle de Colina. 20 de setiembre de 1605.

Francisco de Arriola, administrador de los pueblos de Melipilla, Pomaire, Pico, Pichidegua i los Tangos. 25 de octubre de 1605.

Juan de Garai, administrador de los indíjenas del pueblo de Lampa, encomendados al capitan Juan de Barros Alderete. 11 de diciembre de 1605.

Licenciado Juan de Morales Negrete, juez especial de primera instancia para resolver los litijios sobre bienes de indíjenas. 12 de diciembre de 1605. «Una de las cosas que con mas cuidado he procurado desde que entré a este gobierno, escribia Garcia Ramon al principio del decreto, ha sido la conservacion de los indios que en él han quedado de paz, i el aumento de su bien espiritual i temporal, i especialmente de los de la ciudad de Santiago i sus términos, por ser donde particularmente procede el sustento i comercio jeneral del reino; e, por ser jente pobre i miserable, i tan encargada de su Majestad por diversas cédulas reales, he deseado dar asiento jeneral en sus cosas, de modo que fuesen re-

levados i gozasen de su hacienda con la quietud que es justo, por haberla hallado mui disipada, i sin la cuenta i razon que se debia, i esto ha sido de suerte que su protetor me ha informado diversas veces que, por ser mucha cantidad de dineros la que le deben diversas personas, así de censos, sesmos i cuentas como en otras maneras, les es convenientísimo nombrar juez i escribano i alguacil que particularmente entendiesen en las dichas cobranzas, por que de haberse seguido ante diferentes jueces i escribanos se han dilatado de manera que en el tiempo se les han perdido muchos de los instrumentos dellas, de que no hai memoria, en que seran interesados en mucha cantidad de pesos de oro, i lo han perdido (1).»

En el mismo decreto se estableció que las apelaciones de los autos i sentencias dictados por Morales Negrete debian interponerse ante el teniente de gobernador; se fijó en un tanto por ciento de las cantidades percibidas por los naturales, en unos casos el tres i en otros el seis, el sueldo del juez; i, por último, se dió a éste facultad para nombrar escribano i alguacil.

Evidentemente la necesidad del nuevo juez se hallaba mui bien justificada con las razones de hecho aducidas en el decreto, i la creacion de este cargo honraba al gobernador de Chile; pero no de igual modo logra persuadirnos Alonso Garcia Ramon

(1) Obra i tomo citados, pájina 288.

cuando en el preámbulo que acaba de leerse se esforzaba por afirmar que desde su llegada al pais habia tomado todas las medidas conducentes al bienestar de los indíjenas.

Esto no era verdad. En el virreinato él se habia comprometido a prohibir en adelante el trabajo de los lavaderos, a no autorizar que los soldados hicieran esclavos, i a ordenar que se pagaran jornales a los indíjenas de labranza i de otras faenas; i nada habia cumplido.

Otro que Garcia Ramon habria podido defenderse alegando que al ofrecer en el Perú aquellas reformas ignoraba que en Chile su realizacion era imposible, no solo por la repugnancia que los mapuches sentian hacia toda clase de trabajo sino tambien por la resistencia de los encomenderos para otorgar libertades a los naturales de su servicio; pero él habia sido ya gobernador de nuestro pais, i conocia perfectamente, por una parte, el carácter i costumbres de los mapuches, i, por la otra, la necesidad de obligarles al cultivo de los campos, a los quehaceres domésticos i a todos las ocupaciones materiales que que exije el progreso de una colonia incipiente.

Apesar de que en el fondo del alma debia recordar amenudo sus promesas, sus solemnes promesas al virrei, Garcia Ramon no tuvo reparo en faltar a ellas, como ha podido comprobarse, en los nombramientos trascritos; e igual norma de conducta creyó necesario observar en los decretos que a continuacion se enumeran.

Juan de Aguilera, administrador de los pueblos de Malloa i Taguataguas, de las encomiendas de los capitanes Jerónimo de Benavides i Francisco Rodriguez de Ovalle. 12 de diciembre de 1605.

Andres de Lujan, administrador de los pueblos de Chada i Aculeo. 22 de octubre de 1605.

Capitan Lope de Estrada, alcalde mayor de minas de Santiago. 14 de abril de 1606. Su antecesor habia sido el capitan Francisco Hernandez de Estrada.

Capitan Alvaro Rodriguez, correjidor de Aconcagua i Curimon. 1.° de mayo de 1606. Habia tenido por antecesor al capitan Rodrigo de Rojas.

Capitan Gregorio Serrano, protector de los *huarpes*, o indíjenas de la provincia de Cuyo, que prestaban sus servicios en el distrito de Santiago. 9 de mayo de 1606.

Gaspar Alvarez, administrador de los pueblos de Malloa, Taguataguas i Copequen. 1.° de mayo de 1606.

Capitan Juan Perez de Cáceres, correjidor del partido de Quillota. 8 de mayo de 1606.

Juan Martin de Paz, administrador del pueblo de Rapel. 6 de mayo de 1606.

Diego Gago, administrador del pueblo de Rancagua. 12 de mayo de 1606. Su antecesor habia sido Lorenzo Maturano.

Marcos Esquibel, administrador del valle de la Ligua. 9 de agosto de 1606 (1).

(1) Todos los nombramientos apuntados, a contar desde el

Don Juan, cacique del pueblo de Lontué (1), de la encomienda del jeneral Miguel de Silva, administrador del mismo pueblo. 9 de agosto de 1606.

Alférez Sancho de Molina, administrador de los indíjenas de los Cauquenes i de Putagan. 20 de setiembre de 1606.

Hernando de Robadilla, administrador del pueblo de Chada. 21 de marzo de 1607.

Pedro de Lagos, administrador del pueblo de Rancagua. 21 de marzo de 1607.

Capitan Pedro Gutierrez de Mier i Arce, correjidor i alcalde mayor de minas de los pueblos de Pocoa, Rauquen, Duao, Peteroa, los Gualemos, Mataquito, Lora, Vichuquen, Huenchullami, Longomilla, Putagan, Purapel, Cauquenes, Chanco i Loanco, del partido de Maule. 22 de abril de 1607.

Juan Sanchez Modon, administrador del pueblo de Nancagua. 9 de marzo de 1607.

Juan Lobo de la Barrera, administrador de los pueblos de Lampa i Concon. 3 de mayo de 1607.

Luis Gonzalez, administrador de los pueblos de Peteroa, Mataquito i los Gualemos. 6 de junio de 1607.

En la sesion celebrada por el Cabildo de Santiago a 17 dias del mes de julio del mismo año, se le-

---

de Gaspar Nieto, administrador de los pueblos de Aculeo i Chada, se encuentran en el tomo 21 de la coleccion de *Historiadores de Chile*.

(1) Véase el *Diccionario Biográfico Colonial* de Medina. Pájina 364.

yó un decreto del gobernador por el cual prohibia que los encomenderos alquilaran sin su licencia a los indíjenas de sus repartimientos, con escepcion de aquellos que fueran necesarios para la fábrica de jabon, i de los huarpes de la provincia de Cuyo.

En la sesion siguiente, el licenciado don Fernando Talaverano Gallegos dió cuenta del encargo que habia recibido del gobernador para visitar a los indios huarpes que prestaban sus servicios en la jurisdiccion de Santiago.

Juan Fernandez de Guevara, administrador del pueblo de Colina. 16 de mayo de 1607.

Alonso Sanchez de Araya, administrador del pueblo de Ligueimo. 20 de mayo de 1607.

En sesion de 7 de diciembre, el Cabildo objetó, por los perjuicios que irrogaba a la ciudad, el nombramiento recaido en la persona del capitan Luis de Salinas a fin de que visitara a los indios *beliches* (1) i a los de las ciudades de arriba (o sea del territorio que se estendia al sur del Biobio); i el decreto no se llevó a efecto (2).

Capitan Juan Ruiz de Leon, juez visitador de los huarpes. El capitan nombrado fué admitido en el ejercicio de este cargo por el Cabildo de Santiago a 25 de enero de 1608.

Pedro de Sande, administrador de los pueblos de Longomilla, Putagan i Purapel. 9 de mayo de 1607.

---

(1) Se ha visto que esta palabra tenia otra forma mas propia: *huilliche*

(2) *Historiadores de Chile*, tomo 24, pájina 82.

Capitan Francisco de Paniagua, correjidor del partido de Colchagua. 29 de mayo de 1608. Su antecesor habia sido el capitan Juan de Ibarra.

Capitan Simon Diaz Hidalgo, correjidor del partido de Quillota. 15 de junio de 1608. Habia tenido por antecesor al capitan Juan Perez de Cáceres.

Juan Bautista Nido, administrador de los pueblos de Malloa i Taguataguas. 13 de junio de 1608.

Capitan Tomas Nuñez Ramirez, protector de los huarpes. 14 de junio de 1608.

Gregorio de Castañeda, correjidor de Aconcagua i Curimon. 10 de octubre de 1608. Este militar era hijo del capitan Alvaro Gomez de Loaiza i de Petronila de Castañeda, i se habia encontrado hacia dos años en el desastre de Boroa, en el cual fué hecho prisionero. Castañeda habia tenido por antecesor en aquel cargo al capitan Alvaro Rodriguez.

Antonio de Valladolid, administrador del pueblo de Nancagua. 18 de noviembre de 1608.

Andres de Mendoza, administrador del pueblo de Llopeo. 19 de noviembre de 1608.

Antonio Mendez, administrador de los indíjenas de la Ligua. 30 de noviembre de 1608.

Alférez Mateo Hurtado, administrador de los pueblos de Rancagua i Codegua. 27 de agosto de 1609.

Rodrigo de los Rios, administrador del pueblo de Mataquito. 14 de setiembre de 1609.

Pedro de Silva, administrador del pueblo de Choapa. 22 de setiembre de 1609.

Andres Ponce, administrador del pueblo de Lampa. 2 de octubre de 1609.

Diego Ortiz de Espinosa, administrador de los pueblos de Aculeo i Chada. Recibióle el Cabildo de Santiago en sesion de 9 de octubre.

Juan de Alarcon, administrador del pueblo de la Ligua. 3 de octubre de 1609.

Juan Corral, administrador del pueblo de Llopeo. 30 de setiembre de 1609.

Pedro Guajardo, correjidor de Melipilla. 5 de octubre de 1609.

Capitan Tomas de Toro, correjidor i alcalde mayor de minas de Quillota. 30 de marzo de 1610. Su antecesor habia sido el capitan Simon Diaz Hidalgo. Don Tomas de Toro es el tercer abuelo del conde de la conquista, don Mateo de Toro Zambrano.

Capitan don Carlos de la Cerda, correjidor de Aconcagua. 4 de mayo de 1610.

Alférez Diego Ortiz, administrador de los pueblos de Purapel, Putagan i Longomilla. 22 de mayo de 1610.

Sarjento mayor Ortiz, administrador de los pueblos de Ligueimo i Peumo. 12 de mayo de 1610.

Sarjento mayor Juan de Casana, administrador del pueblo de Lampa. 10 de mayo de 1610.

Francisco Gutierrez Caviedes, administrador del pueblo de Rancagua. 27 de mayo de 1610.

Juan Sanchez Modon, administrador de los pue-

blos de Malloa i Taguataguas. 26 de mayo de 1610. (1).

Tal es la larga lista de funcionarios a quienes confió Alonso Garcia Ramon la defensa de los intereses de los indíjenas chilenos, como si de este modo hubiera querido defenderse del grave cargo de no haber puesto en ejecucion las reformas que en favor de ellos le habia encomendado el conde de Monterrei.

Si desde los primeros dias de su gobierno Garcia Ramon hubiera podido adivinar los acontecimientos, no habria tenido necesidad de subterfujios para escusar su conducta; pues el mal éxito de las operaciones bélicas que le tocó realizar habria hasta cierto punto justificado sus crueles procedimientos contra los naturales del pais.

Asi como habia sido de feliz en sus primeras campañas, de igual modo fué desgraciado en sus dos gobiernos.

A pesar de que contó bajo sus órdenes mayor número de soldados que ningun otro de sus antecesores, no supo sacar ventajas positivas de esta privilejiada situacion.

El desastre de Boroa por sí solo habria bastado para oscurecer su estrella, sobre todo si se considera que el establecimiento de este fuerte se debió casi esclusivamente a él.

(1) Los decretos enumerados, desde el del cacique de Lontué, pueden consultarse en el tomo 24 de la coleccion de *Historiadores de Chile*.

La muerte del capitan Juan Rodulfo Lisperguer i la pérdida de la lucida hueste que le acompañaba fueron un verdadero sudario para el gobernador de Chile.

En medio de su desesperacion, Garcia Ramon juzgó que el único castigo digno de los indíjenas era esterminar a todos los que fueran sorprendidos con las armas en la mano; i habria sin duda realizado este propósito si no lo hubieran estorbado los encomenderos i los militares, a quienes una matanza jeneral habria producido inmenso perjuicio: a aquéllos, porque les habria privado de otros tantos brazos para la agricultura; i a éstos, porque habria disminuido la ganancia que esperaban obtener con la venta de los indíjenas reducidos a la esclavitud.

De todos modos, este estado de perpetua rebelion de los enemigos proporcionó a Garcia Ramon un poderoso argumento para su defensa, tanto mas cuanto que su principal, i talvez su único juez, don Gaspar de Zúñiga i Acevedo, ya no podia condenarle.

Cuando el jesuita Luis de Valdivia llegó a Lima, a mediados de 1606, el conde de Monterrei habia muerto hacia algunos meses.

X

El provincial de la Compañia de Jesus reconoce su libertad a los yanaconas que sirven en el colejio de la órden (1), i manda que sean remunerados.—El mismo prelado hace propaganda para que esta regla se estienda a todos los indíjenas de repartimiento.—Oposicion de los encomenderos.—Restablecimiento de la Real Audiencia en Santiago.—Este tribunal ampara el servicio obligatorio; i solo exime del trabajo forzado a los varones menores de diez i ocho años i a las mujeres.—El rei Felipe III condena a la esclavitud a los araucanos cautivados en la guerra.

Si el padre Luis de Valdivia no halló con vida en el Perú al conde de Monterrei, en cambio tuvo

(1) Hasta el año de 1608 no habia en nuestro pais sino un colejio, o casa de residencia, de esta órden, establecido en la capital bajo la advocacion de San Miguel.

la satisfaccion de saber que el provincial de la Compañia, el padre Diego de Torres Bollo, se inclinaba a suprimir el servicio obligatorio de los yanaconas que trabajaban en el colejio jesuita de Chile.

Esta era una medida necesaria, cuya adopcion se imponia con urjencia, desde que la órden fundada por San Ignacio de Loyola se habia propuesto como uno de los fines principales de la institucion la defensa de los indíjenas americanos contra la codicia i crueldad de los encomenderos.

Antes que predicar a los demas el respeto de los naturales, los jesuitas debian dar el ejemplo en sus propias casas.

El colejio de Chile habia formado parte hasta entónces de la provincia peruana; pero en 1604 el jeneral de la órden, Claudio Aquaviva, habia resuelto la fundacion de la provincia de Paraguai, a la cual debian en adelante pertenecer los conventos de Buenos Aires, Tucuman i Chile (1).

Encargado de organizar la nueva provincia, el padre Torres se hallaba en el Perú cuando Luis de Valdivia, a mediados de 1606, se dirijió al virreinato para dar cuenta de su conducta i de la del gobernador Garcia Ramon.

Aun cuando, como se recordará, el rei de España habia prohibido que se concedieran encomiendas a

(1) Enrich, *La Compañia de Jesus en Chile*, libro 1.º, capítulo 14.

los eclesiásticos i casas de relijion (1), en colonias atrasadas por el estilo de la chilena, donde no se conocian los servidores voluntarios, se hallaba establecido al lado de las encomiendas propiamente tales el sistema de los yanaconas, quienes, ya sea en calidad de esclavos apresados en la guerra, ya sea por compra a sus padres o parientes, ya sea en otra forma o ménos ilegal, eran obligados a cultivar los campos, a lavar las arenas auríferas i a ejecutar toda clase de trabajos domésticos o industriales.

El colejio jesuita de San Miguel fundado en Santiago, segun puede fácilmente suponerse, habia sido favorecido de una manera especial por sus numerosos i entusiastas partidarios con los yanaconas que requeria el órden económico i relijioso de la casa.

El padre Torres habia sido comisionado por el jeneral Aquaviva a fin de que estudiara si el servicio obligatorio de los indíjenas americanos guardaba o nó conformidad con los principios morales, i, en el caso de la negativa, para que prohibiera de una manera terminante dicho servicio en los colejios de la nueva provincia del Paraguai.

---

(1) Posteriormente, la majestad de Felipe III autorizó, por real cédula de 10 de octubre de 1618, que se concedieran *mitayos*, o sea, indíjenas que servian por semanas o meses, aun contra su voluntad, mediante un corto salario (Solórzano, *Política Indiana*. Libro 2.º, capítulo 3.º), a los conventos del Paraguai, Tucuman i Rio de la Plata. *Leyes de Indias*, libro 6, título 12, lei 45. Consúltese tambien Solórzano, *Política Indiana*, libro 2.º, capítulo 4.º, acápite 23.

Aunque el padre Torres tenia opinion formada en contra de la violencia con que se obligaba a los indíjenas al trabajo, consultó a los jesuitas mas respetables del Perú, Tucuman, Cuyo i Chile (1), i solo despues de haber oido todos estos dictámenes tomó la resolucion que se halla consignada en la escritura pública que va a leerse.

«J. H. S.

«El padre Diego de Torres, provincial de la Compañia de Jesus en esta gobernacion de Chile, dijo que, habiendo sabido el padre jeneral de la dicha Compañia cómo en este colejio de Chile se conservaba el servicio personal antiguo de los indios, se lo mandó quitar, en conformidad del cual órden lo hace así, i quiere que se guarde i observe en la forma que abajo irá declarado. A lo cual le mueven tambien las razones siguientes:

«1.ª Que todos los hombres doctos de España i de las Indias han tenido por mui injusto el servicio personal que hai en esta gobernacion i en la de Tucuman, i ha habido en otras partes; i así el rei i su consejo lo tienen prohibido por diversas cédulas, i mandado a las audiencias i gobernadores no lo consientan sino que tasen i reduzgan los indios, i en otra cédula despachada el año de 600 no solo prohibe su Majestad el servicio personal, pero en el que se usa en el Perú pone muchas limitaciones, i pro-

(1) Enrich, *La Compañia de Jesus en Chile*. Libro 1.º, capitulo 15, números 5, 6 i 7.

hibe con gravísimas penas que los indios se carguen, i manda a todos los perlados i provinciales de las órdenes le avisen de cómo se ejecuta.

«Lo 2.° Porque sabe que su Majestad manda se quite el servicio personal de esta gobernacion i de la de Tucuman i Paraguai; i para la ejecucion de lo que a Tucuman i Paraguai toca invia el señor licenciado Maldonado, presidente de los Charcas i de su Consejo de Indias, i para lo que toca a esta gobernacion invia el Audiencia, visto el descuido que los gobernadores han tenido.

«Lo 3.° Le mueve el parecer de todos los hombres doctos i graves que la Compañia tiene en la provincia del Pirú, los cuales, habiendo sido consultados diversas veces sobre este caso, han dicho lo mismo, i de este mismo parecer son todos los padres de este colejio, i todos los hombres doctos, pios i graves de las demas relijiones, los cuales todos, i hasta los seglares pios i temerosos de Dios, nuestro señor, sienten que este servicio personal ha sido la causa de la guerra i de los castigos que Dios, nuestro señor, ha hecho en este reino, i que éstos no cesarán miéntras el servicio personal i agravios de los indios ne cesaren, i, aunque la Compañia ha moderado éstos, i tratado a los indios mui bien, i procurado que se les quitase el servicio personal, con todo, por las razones sobredichas, i por el buen ejemplo que los relijiosos deben dar a los demas, el dicho padre provincial ordenó las cosas siguientes, i las

trató con los indios que sirven al dicho Colejio, en presencia de Juan Venegas, su protector.

«1.ª Que a todos los dichos indios, así oficiales como trabajadores, el Colejio les dé tierra en que sembrar, bueyes i tiempo suficiente para beneficiarlas.

«2.ª Los dias que trabajaren en casa se les dará de almorzar, comer i merendar, como se acostumbra; i para mediodia se les haga siempre una olla de maiz i carne; i los dias de pescado, con alguno seco i legumbres; i a los oficiales se les dará vino, como suelen; i a los que trabajan en casa, algunas veces. Pan, como se ha hecho; i a todos se les dará las pascuas i fiestas principales alguna carne, para ellos i sus mujeres i hijos, como se ha acostumbrado siempre en este Colejio, demas de lo que se les da cada sábado.

«3.ª A cada uno de los oficiales se les darán cuarenta pesos de a ocho reales al año, pagados en un vestido de paño, manta, camiseta i calzones, i unos zapatos; otro de lana, con calzones i zapatos; i otro de lana para sus mujeres, o de cordellate. I lo que sobrare, en las cosas que pidieren, como frezada, lienzo, etc. I, si alguno fuese mui buen oficial, se le dará algo mas.

«4.ª A los indios ganaderos, labradores i trabajadores se les dará veinticinco pesos de a ocho reales cada año, pagados en dos vestidos de lana con sus calzones i zapatos, i otro vestido para sus mujeres, de lana o cordellate. I lo que sobrare, en otras

cosas, al modo dicho. I así a éstos como a los oficiales se les dé lana para que sus mujeres hagan de vestir a sus hijos; i al que no tuviere mujer se le dé el dinero que montare el vestido en otras cosas. I así se entiende con los oficiales.

«5.ª Cuando cualquiera de los dichos indios llegare a cincuenta años, o estuviere impedido para trabajar, se le dará su chácara o racion, i un vestido cada año. I a las viudas se les dará su chácara i lana con que se pueda hacer de vestir.

«6.ª Cuando cualquiera de los dichos indios estuviere enfermo, se les procurará a ellos i a sus mujeres de lo necesario, como hasta agora se ha hecho; i cuando la enfermedad lo pidiere, i ellos se consolaren, los traerán a curar a casa.

«7.ª Hacerse con todos, en lo que toca a su doctrina, administracion de sacramentos i entierros, lo que hasta agora de gracia, como la Compañía lo profesa.

«8.ª Las mujeres no servirán de cosa alguna; i, si se ofreciere alguna urjente necesidad de ayudar a desyerbar, o cosa semejante, se les dará de comer, i se les pagará conforme hubieren trabajado.

«9.ª Hasta que sus hijos tengan diez i ocho años o 20, se podrán servir de ellos, o ponerlos a oficio; i, si antes quisieren que sirvan a la Compañía, será dándoles ella de comer i vestir, de manera que anden siempre bien tratados, i en casa les enseñarán algun oficio. I, si cuando llegaren a edad de 20 años, quisieren servir a la Compañía, será pagándoles lo

que está dicho, i tratándolos de la misma manera.

«10. Daráseles a todos cada año dos o tres carretadas de leña, a cada uno, o tiempo, carreta i bueyes para traerla.

«11. Daráseles a todos los solteros libertad para casarse con quien quisieren, como hasta aquí se ha hecho, i todos los que tienen indios estan obligados a hacer ansí.

«12. Todas las fiestas que guarda la Iglesia lo serán para ellos, sino es que en las que no son suyas quieran trabajar para sí, que lo podrán hacer.

«13. I el modo de trabajar será que los de la viña i estancia tres dias en la semana, en saliendo el sol, vayan a rezar a la capilla las oraciones, chatecismo i mandamientos, para lo cual estará señalado algun padre o hermano. I luego se les dará de almorzar, como suelen; i a mediodia se les dará de comer; i descansarán por espacio de un rato; i dejarán el trabajo a puesta de sol.

«14. De las chácaras se han de sustentar sus mujeres i hijos siempre, i ellos los dias que no trabajaren; i cenar tambien siempre.

«15. Supuesto que está a nuestro cargo, han de advertir que, si se emborracharen, amancebaren, i no vivieren como cristianos, que serán correjidos i castigados. Han de tener sus rosarios i rezarlos; oir misa ellos i sus mujeres en la capilla; i asistir a la doctrina todas las fiestas; i, por lo ménos, confesarse dos veces al año; i en sus casas tendrán cruces o imájenes, i agua bendita.

«16. Cada año procurará la Compañia que el proctetor se halle a la paga, por San Juan i Navidad, por convenir así al buen nombre de la Compañia. I al tercio de Navidad se concluye la cuenta con los indios de aquel año, i se rectifique el concierto.

«Esto se les guardará mientras su Majestad, o su Real Audiencia, o el señor gobernador, ordenare otra cosa que sea en mas favor i alivio de los indios, en lo cual seremos los de la Compañia los primeros que obedezcan.

«17. I, si nuestros indios con estas condiciones no quisieren servir a la Compañia, podrán libremente acudir a la real justicia a que disponga de ellos como le pareciere, o al padre rector, habiendo cumplido el año del concierto, i servido lo que se les hubiere dado; porque, aunque se pierdan las haciendas que el Colejio tiene, es mejor que perder nosotros un punto de obediencia a los mandamientos divinos o a los del rei, siendo tan justo como es el de la prohibicion del servicio personal.

«18. A los indios de la guerra que nos dan los gobernadores no hai obligacion de darles mas que de comer i vestir bien; i el trabajo será moderado; i el cuidado de catequizarlos i hacerlos chriptianos, cuando estan domésticos, será mui grande; i de casarlos i curarlos; i dárseles a sus mujeres un vestido, i lana, para que vistan a sus hijuelos, i alguna chacarilla, como a los demas, i a ellos i a los demas los enterraremos en nuestras iglesias; i les dirán misas los padres; i a todos los infieles los baptizarán, a

lo ménos, cuando esten enfermos con peligro de morir, i a sus hijos los baptizarán cuando a los demas; i a ninguna manera los ternemos por esclavos, ántes los trataremos como a los demas yanaconas.

«19. Cuando algun indio quisiere ir a ver a sus parientes fuera de la ciudad por dos o tres dias, se les concederá, como sea persona de quien haya satisfaccion que no se huirá, ni va a ofensas de Nuestro Señor, i no se les asentaran por falla.

«Todo lo que de esto nos toca a los de la Compañia se guardará con gran puntualidad, i así se lo encargo a todos los superiores de parte de nuestro padre jeneral, i esto correrá desde principio de mayo de 1608 años.

«Estando en la heredad del Colejio de San Miguel de la Compañia del santo nombre de Jesus desta ciudad de Santiago, reino de Chile, en diez i nueve dias del mes de junio de mill i seiscientos i ocho años, el padre Diego de Torres, provincial del dicho Colejio, ante el capitan Juan de Ogalde, alcalde de su Majestad, i presente Juan Venegas, protetor de los naturales, i por ante mí el escribano, presentó este concierto i cláusulas contenidas en él, e dijo que, en nombre del dicho Colejio, se obliga de cumplir con los indios della todo lo aquí contenido, lo cual se dió a entender a los dichos indios por lengua del padre Martin de Aranda, los cuales, a lo que pareció, lo acetaron, esceto uno, que dijo que queria irse a su tierra, i se lo concedieron, i le dieron una pieza de ropa i una frezada, de limos-

na; e, visto por su merced del dicho señor alcalde estar justificado el dicho concierto por el dicho padre provincial, dijo que lo aprobaba, i aprobó, i mandó que los dichos indios sirvan el dicho año por lo que así se les da, i los demas en adelante a su voluntad, i así lo mandó i firmó, i el dicho padre provincial i el dicho protetor.—*Juan de Ugalde.* —*Diego de Torres.*—*Juan Venegas.*

«Pasó ante mí, *Miguel Jerónimo Venegas*, escribano público (1).»

Ni aun los enemigos mas encarnizados de la Compañia podrian negar que esta actitud del provincial era sumamente honrosa, ya que esponia a la órden a perder su popularidad, i que de todos modos se hallaba destinada a producir benéfica influencia en la conducta de los dueños de encomienda.

Un espíritu imparcial no puede, sin embargo, dejar de advertir que este reconocimiento por escritura pública de la libertad de los indíjenas i de su derecho para contratar o nó sus servicios personales, contenia al lado de hermosa apariencia falsedad manifiesta.

Ni los naturales de Chile se hallaban preparados para comprender el alcance de tal reconocimiento, puesto que a haberlo vislumbrado siquiera habrian querido aprovecharlo en el acto regresando a sus

(1) Biblioteca Nacional. Rejistro de escribanos, volúmen 31.

tierras, ni los padres jesuitas de buena fe podian imajinarse que los yanaconas de su propia voluntad preferirian continuar a su servicio ántes que recobrar la anhelada independencia.

La verdad era que la libertad dada a los yanaconas del Colejio de San Miguel era solamente nominal; i no tenia mas valor que el de la promesa solemne hecha por el provincial de la órden delante de las autoridades de tratar paternalmente a los indíjenas i de remunerar sus servicios con equidad.

Nada mas, ni nada ménos.

Esta declaracion oficial de la Compañia de Jesus en favor de sus servidores mapuches fué, sin embargo, una verdadera campanada, que resonó desagradablemente en los oidos de los encomenderos; i, cuando el padre Torres empezó a hacer activa propaganda a fin de que el ejemplo de la Compañia fuera imitado por los dueños de repartimientos, solo consiguió un pequeño número de adhesiones, i, en cambio, se atrajo la enemistad de la mayoria de ellos (1).

No obstante, esta impopularidad en que cayeron los jesuitas de Chile fué pasajera; i la razon principal de que el desafecto no cundiera ni perdurara entre los fieles se encuentra en que, como ya se ha espresado, la libertad reconocida a los yanaconas fué meramente ilusoria, i los encomenderos

(1) Enrich, *Historia de la Compañia de Jesus en Chile.* Tomo 1.º, pájinas 134 i siguientes.

hubieron de persuadirse por su propia esperiencia de que los indíjenas no sabian aprovechar la libertad, i en ningun caso trabajarian voluntariamente.

En el documento preinserto, el padre Torres aseguraba que el tribunal de la Real Audiencia, la cual debia nuevamente instalarse en Chile, restablecida por la majestad de Felipe III, habia recibido especial encargo de abolir el servicio personal de los naturales.

Así era la verdad. El virrei del Perú habia dado a los oidores instrucciones terminantes en este sentido.

Ademas, el alto tribunal debia dar cumplimiento a una real cédula, dictada en Valladolid en 1601, i publicada en Lima al año siguiente, en la cual se prohibia en absoluto que se obligara a servir contra su voluntad a los indíjenas de estos paises (1).

Instalada la Real Audiencia en la capital de Chile a principios del mes de setiembre de 1609, ningun asunto podia atraer su atencion de preferencia al de las encomiendas.

Los ánimos se hallaban profundamente divididos i las pasiones habian llegado al mas alto grado de calor sobre la subsistencia del servicio personal.

En favor de los naturales abogaban los padres jesuitas, el obispo de Santiago Perez de Espinosa i

(1) Errázuriz, *Continuacion de los seis años de la Historia de Chile*. Tomo 2.º pájinas 66 i 67.

algunos encomenderos que de mal grado se habian sometido a las predicaciones del provincial Torres Bollo.

En el partido contrario se presentaban unidos i resueltos todos los demas dueños de repartimientos, capitaneados por el Cabildo de Santiago.

El gobernador Alonso Garcia Ramon, como habria podido suponerse despues de la conducta que habia observado con los indíjenas en los últimos años, continuaba prestando firme apoyo a los que defendian el servicio obligatorio.

Los oidores mismos se dividieron, i, miéntras el licenciado don Juan Cajal pedia el cumplimiento de la real cédula de 1601, su colega Talaverano Gallegos, que habia ejercido desde 1604 las funciones de teniente de gobernador, i conocia, por lo tanto, a fondo las costumbres de los indíjenas, se oponia enérjicamente a su ejecucion.

Antes de resolver, la Real Audiencia juzgó prudente que se celebrara una gran reunion de las autoridades civiles i eclesiásticas, a la cual asistieran ademas todas aquellas personas que por su esperiencia o situacion social pudieran emitir opiniones dignas de respeto.

Como el asunto que iba a discutirse era sin duda el mas grave que se habia presentado en la vida política de la colonia, la reunion fué mui numerosa; i a ella asistieron el obispo, los prelados de las órdenes relijiosas, los miembros de ámbos cabildos

seglar i eclesiástico, i numerosos personajes, tanto empleados como particulares.

Despues de un prolongado debate no se llegó, sin embargo, a ningun acuerdo, por haberlo impedido la ajitacion de los espíritus i la fuerza de los intereses controvertidos.

La Real Audiencia hubo de darse por satisfecha con haber conocido las razones en que se fundaban los dos dictámenes opuestos; i con estos antecedentes procedió a deliberar en la sala de sus acuerdos (1).

Felizmente ha podido salvarse de la destruccion el testo mismo del acuerdo que, con fecha 28 de setiembre de 1609, creyó necesario adoptar el tribunal en este grave conflicto (2); i del cual se desprende que en el ánimo de los oidores triunfó la opinion favorable al mantenimiento del servicio personal, a pesar de todas las reales cédulas que se habian dictado en contra, i a pesar de la activa propaganda que en el mismo sentido habian hecho los padres de la Compañia de Jesus i el obispo de Santiago.

Se esplica, por lo demas, este resultado. Los pareceres del gobernador Garcia Ramon i del teniente de gobernador Talaverano Gallegos tuvieron influencia decisiva en un tribunal compuesto en su mayor parte de personas que conocian perfectamente la sociedad de la colonia.

---

(1) Errázuriz, obra i tomo citados, pájinas 77 i 78.

(2) Amunátegui, *Los precursores de la independencia de Chile*. Tomo 2.°, pájinas 130—134.

Así el doctor Merlo de la Fuente, que tenia el carácter de oidor decano, habia estado en Chile en época anterior por espacio de mas de un año, cuando fué enviado por el virrei del Perú para residenciar al gobernador Alonso de Sotomayor.

Por su parte, el oidor don Gabriel de Celada se adhirió tambien al dictámen de sus colegas Garcia Ramon i Talaverano Gallegos.

El licenciado Cajal fué el único que conservó su opinion adversa al servicio obligatorio.

Celada hizo presente al rei poco meses mas tarde, para justificar su voto en esta cuestion, que «todos los indíjenas del distrito de Santiago eran tan pocos que en todos ellos no habia los necesarios para la labranza i crianza, que eran todo el susten to del reino (1).»

A pesar de que los oidores no tomaron acuerdo, como se ha visto, sino despues de oir a muchas personas i despues de reunir muchos antecedentes, creyeron, sin embargo, de buena política dar a su resolucion el carácter de transitoria, para no hacer perder toda esperanza a los que pensaban de un modo diverso de que el tribunal, una vez que adelantara el estudio de tan árduo negocio, pudiera adoptar otra clase de medidas.

En primer lugar, juzgaba la Audiencia que para resolver definitivamente era indispensable reunir

(1) Carta de 6 de enero de 1610. Gay, tomo 2.º de *Documentos*, pájinas 194-203.

todas las ordenanzas dictadas por los anteriores gobernadores sobre el servicio de los indíjenas; i cuidaba de dejar testimonio en el acuerdo de que hasta entónces no habia podido encontrarse el testo de la tasa de Santillan.

En seguida, ponia de relieve que, si bien era justo amparar a los indíjenas, las autoridades se hallaban igualmente obligadas a velar por la conservacion de la colonia i por el bienestar de los españoles que la habian fundado i mantenian con estraordinarios sacrificios.

Hacia presente, por último, que no a todos los naturales encomendados debia aplicarse igual liberalidad, puesto que se encontraban en distintas condiciones jurídicas.

«Unos, agregaba el tribunal, son naturales de los términos i ciudades de Santiago i de otras de paz; i otros son guarpes de la provincia de Cuyo; i hai otros que se han desmembrado de sus repartimientos; i otros tomados en la guerra en tiempo del señor gobernador Rodrigo de Quiroga, a los cuales su Majestad, por una su real cédula, mandó que como indios mitimaes sirviesen por diez años; i otros que en tiempo del señor gobernador Alonso de Ribera se tomaron en la guerra, a los que los dió por esclavos por pregon público. Hai otros tomados en la guerra en tiempo del señor gobernador presente, a los cuales por una real cédula de su Majestad (1)

(1) La Audiencia se refiere evidentemente a la R. C. de 26

se dan por esclavos. Hai asimismo indios beliches en grande cantidad que se han bajado de las ciudades asoladas de arriba. Hai asimismo otros indios que se han bajado de la ciudad de Chiloé a ésta de Santiago, que goza de mayor paz.»

Despues de este detallado preámbulo con que pretendia echar polvo en los ojos de los defensores de los mapuches, la Real Audiencia concluia eximiendo del servicio obligatorio a las mujeres indíjenas, tanto casadas como solteras, i a los varones menores de diez i ocho años.

Autorizaba, sin embargo, el tribunal, como no podia ménos de hacerlo, el trabajo voluntario de las mujeres i de los niños, siempre que las casadas obtuvieran licencia de sus maridos, i los hijos de sus madres, i previo un contrato, con intervencion del protector de los naturales o de los alcaldes, en que se estipulara su salario i la obligacion de curarles en sus enfermedades.

Estos contratos no podrian celebrarse por mayor tiempo que el de un año.

Evidentemente, al establecer estas garantias en favor de las mujeres i de los niños indíjenas, la Real Audiencia imitó el convenio ántes trascrito del provincial de los jesuitas con los yanaconas de su órden.

---

de mayo de 1608, de que se hablará despues; la cual llegó a Chile en 5 de mayo de 1609. Por esta disposicion, como se verá, el rei redujo a la esclavitud a los indíjenas apresados en la guerra.

Por lo demas, esta prohibicion de obligar a las mujeres i a los varones menores de diez i ocho años al servicio personal, debia quedar en el papel; i la única parte sustantiva i valedera de la resolucion consistió en el reconocimiento que los oidores autorizaron con sus firmas de la necesidad del trabajo personal i forzado de los indíjenas de Chile.

Al tomar este acuerdo, los oidores no habian necesitado, sin embargo, hacer uso de una gran enerjia; pues algunos meses atras habia llegado a manos del gobernador Garcia Ramon una real cédula por la que la majestad de Felipe III imponia nada ménos que la pena de esclavitud a los araucanos apresados en la guerra.

Esto es, el soberano de España i de las Indias condenaba a los indíjenas chilenos rebeldes a su autoridad—i podria preguntarse ¿cuáles no lo eran, o no lo serian, si se presentaba la ocasion?—a servidumbre perpetua.

En otros términos, Felipe III borraba con su real mano todas las cédulas que él mismo i sus antecesores en el trono habian dictado para protejer a los infelices naturales de este pais.

¿Cuáles eran los antecedentes de una medida tan cruel?

Como se recordará, hacia treinta años, en 1578, Rodrigo de Quiroga, debidamente autorizado por el virrei del Perú i por el rei de España, habia reducido a la esclavitud a centenares de araucanos i los

habia hecho trasportar a Coquimbo, para que trabajaran en los lavaderos de oro.

Aun cuando sin duda alguna hechos iguales se habian verificado con anterioridad a esta fecha, puede afirmarse que en la mencionada ocasion se impuso por primera vez a los indíjenas rebeldes el castigo de la esclavitud de una manera pública i estrepitosa.

Debian trascurrir mas de veinte años para que los gobernadores de Chile creyeran indispensable apelar al mismo procedimiento.

La derrota de Curalava i la destruccion de las ciudades del sur obligaron a los españoles a combatir contra los araucanos en una guerra sin cuartel.

A raiz de la gran sublevacion que puso término a la vida i gobierno de Garcia de Loyola, su sucesor Pedro de Vizcarra, en el mes de abril de 1599, condenó a la esclavitud a cuarenta indíjenas que habia sorprendido con las armas en la mano en los lavaderos de Quilacoya; i los trasladó a Concepcion, «donde fueron castigados i herrados en la cara (1).»

Igual conducta debia observar dos años mas tarde Alonso de Ribera.

Entre las instrucciones que dió a su secretario Domingo de Eraso, cuando fué enviado por él a España a principios de 1602, se leia la que sigue:

(1) Errázuriz, *Seis años de la historia de Chile.* Tomo 1.° pájina 94.

«44. I que tambien se ha considerado por mui importante medio para acabar aquella guerra declarar por esclavos los indios rebeldes, sobre lo cual hizo el dicho gobernador (Ribera) proceso contra ellos, conforme a los fundamentos de los pareceres que dieron los relijiosos de la ciudad de los Reyes i otros hombres doctos, criándoles defensor i oyéndoles conforme a derecho. I, con asistencia i parecer del licenciado Pedro de Vizcarra, teniente jeneral, pronunció sentencia condenándolos por esclavos, en conmutacion de la pena de muerte que merecen, remitiendo la causa a V. M. i su real Consejo de Indias, como por ella parece (1).»

Garcia Ramon, por último, segun se ha leido en el capítulo anterior, habia continuado la práctica establecida de hacer el mayor número de esclavos posible, i la de venderlos en la colonia o enviarlos al Perú.

En resúmen, despues de la sublevacion de 1598 todos los gobernantes de Chile se habian creido autorizados para reprimir a los rebeldes con mano de hierro, i para castigarles especialmente con la esclavitud.

Mas aun. Esta era la opinion unánime en el pais, no solo de los militares sino tambien de los civiles, no solo de los seglares sino tambien de los eclesiásticos.

«En setiembre de 1600, afirma un historiador

(1) Archivo de Medina.

moderno cuya palabra merece completo crédito, encontramos a los superiores de todas las órdenes relijiosas que habia en Santiago i a los eclesiásticos seculares unánimes en pedir la esclavitud del indíjena rebelde, que merecia, segun la opinion del anciano, respetado i pacífico don Melchor Calderon, dignidad tesorero del Cabildo Eclesiástico en Santiago, ser quemado vivo por sus atroces crímenes (1).»

Este ardiente anhelo de la poblacion europea en Chile fué llevado a los piés del trono en 1601 por el provincial de San Agustin, frai Juan de Bascones, quien recibió poderes no solo de las ciudades sino tambien de los comerciantes del pais.

«Será poner grandes alas i calor a la dicha guerra (la de Arauco), clamaba el provincial en su representacion, que de esta corte por cédula de su Majestad vaya declarada esta esclavitud (2).»

El padre agustino pedia ademas que se creara en nuestro pais un virreinato, i se nombrara para gobernarlo a don Alonso de Sotomayor; que se aumentara el ejército i el situado; que recorrieran continuamente las costas de Chile dos galeones con la artilleria necesaria para combatir a los piratas; que no se obligara en adelante a los vecinos i en-

(1) Errázuriz, *Continuacion de los seis años de la historia de Chile.* Tomo 1.º, pájinas 291 i 292.

(2) Memorial de lo que pide Chile para su restauracion i remedio. Biblioteca Nacional. *Archivo Vicuña Mackenna*, volúmen 278.

comenderos a ir a la guerra, ni se les impusieran derramas; que solo se proveyeran los empleos en personas avecindadas en Chile por algunos años; que se prorrogaran por dos vidas las encomiendas existentes; que se introdujeran por la via de Buenos Aires mil negros, destinados al trabajo en los lavaderos; que se estableciera Casa de Moneda; i, por último, que se prohibieran bajo rigurosas penas las crueldades cometidas por los militares con los indíjenas.

Entre estas peticiones habia algunas de resolucion inmediata, porque así lo exijian los graves sucesos que se habian verificado en Chile; pero, en cambio, otras no debian aceptarse ni rechazarse sin madura reflexion.

El rei se apresuró a enviar los ausilios de hombres, armas i dinero que le fué posible, dados los recursos de su erario; i encargó el estudio de las cuestiones que exijian un exámen mas prolijo al Consejo de Indias.

Como ántes se ha visto, desde principios de 1603, Felipe III ordenó que se aumentara el situado a ciento cuarenta mil ducados; i al año siguiente prohibió las derramas, o contribuciones estraordinarias, con que se solia gravar a los vecinos o mercaderes de este pais.

Las peticiones relativas a la provision de los empleos públicos, a la prórroga de las encomiendas, a la introduccion de mil negros esclavos, i a la crea-

cion de una Casa de Moneda quedaron a un lado para ser resueltas mas tarde.

En cambio, el rei pudo satisfacer, aunque solo en parte, a sus súbditos chilenos con el nombramiento de don Alonso de Sotomayor, para que gobernara esta colonia en lugar de Alonso de Ribera, por real cédula de 9 de enero de 1604.

La majestad de Felipe III no creyó oportuno el establecimiento de un nuevo virreinato.

Si Sotomayor no vino a nuestro pais fué por razones particulares, que la corona hubo de aceptar. El virrei del Perú nombró entónces, segun se ha leido, gobernador de Chile a Alonso Garcia Ramon, quien desempeñó por segunda vez este elevado cargo desde el mes de abril de 1605 hasta el 5 de agosto de 1610, fecha de su muerte.

Entre las medidas mas graves propuestas a la corte por el padre Bascones en 1601, se hallaba sin duda la pena de esclavitud, que, en el sentir de las ciudades de Chile, debia aplicarse sin piedad a los indíjenas rebeldes.

En el memorial del padre agustino se notaba una manifiesta contradiccion entre su parte final, que condenaba las crueldades de la guerra araucana, i esta dura medida, amparada por él, la mas rigurosa que podia aplicarse a un hombre.

El Consejo de Indias vaciló mucho ántes de aceptarla, aun cuando se sabia en la Península que en el hecho era adoptada por los gobernadores cada vez que lo juzgaban necesario.

La noticia del desastre de Boroa, ocurrido a 29 de setiembre de 1606, en el cual perecieron a manos de los bárbaros mas de un centenar de soldados españoles, disipó las últimas dudas del real consejo; i, con fecha 13 de noviembre del año siguiente, propuso al soberano que «se dieran por esclavos los que se cautivasen en la guerra de Chile a los que los tomaren desde la publicacion de la provision que para ello se despachare, así hombres como mujeres, siendo los hombres de diez años i medio, i las mujeres de nueve i medio (1).»

Respecto de los menores de estas edades, el Consejo opinaba que fueran confiados a personas virtuosas, a quienes debian servir hasta la edad de veinte años, a fin de que durante este tiempo pudieran ser educados cristianamente.

Grandes beneficios resultarian de adoptar estas medidas: la captura de esclavos en provecho propio constituiria un poderoso estímulo para los soldados españoles; en las encomiendas seria posible en adelante suprimir el servicio personal de los indíjenas de paz, a quienes reemplazarian los esclavos; los indíjenas sometidos se dedicarian a aprender oficios i podrian trabajar por su cuenta; i, por fin, los esclavos serian convertidos fácilmente al cristianismo.

(1) Errázuriz, *Continuacion de los seis años de la Historia de Chile*. Tomo 1.°, capítulo XX, pájina 295. El señor Errázuriz, en el capítulo citado, hace una esposicion mui completa de los antecedentes de la cédula de esclavitud.

La consecuencia lójica que se derivaba de estas premisas era la próxima conclusion de la guerra.

¡Lástima grande que no fuera verdad tanta belleza!

El único punto en que el Consejo raciocinaba con acierto era aquel que se referia al entusiasmo que sin duda debia despertar en los soldados la captura de esclavos, o *piezas*, como se llamaban; pero este entusiasmo en manera alguna tendria por efecto poner fin a la guerra, sino al contrario prolongarla, a fin de seguir la caza de indíjenas rebeldes.

De igual modo, los esclavos aumentarian el personal de las encomiendas, pero nó en alivio de los naturales de paz, sino para esclusivo provecho de sus amos europeos.

Presentado el dictámen ante la consideracion del rei, éste lo proveyó favorablemente, no, sin embargo, sin advertir a su real Consejo que el principal fundamento de la esclavitud debia ser el hecho de haber negado los indíjenas su obediencia a la iglesia, i que, por lo tanto, solo debian sufrir este castigo miéntras durara su obstinacion. «En el mismo punto, agregaba Felipe III, que volviesen a querer obedecer a la iglesia cese lo de ser esclavos, i sean tratados como los otros cristianos lo suelen ser en la guerra.»

El rei de España rendia así homenaje a las doctrinas de la iglesia romana, la cual por boca de su Santidad Paulo III habia condenado terminante-

mente en el siglo anterior la esclavitud de los indíjenas americanos (1).

Los consejeros de Indias redactaron la real cédula ajustándose en cuanto era posible a las instrucciones de su Majestad; i Felipe III la firmó en Ventosilla con fecha 26 de mayo de 1608 (2).

Todos los encomenderos del pais recibieron con entusiasmo esta resolucion del rei; pues en lo sucesivo podrian aumentar con facilidad el número de sus servidores, ya que la propia majestad de Felipe III autorizaba la esclavitud de los naturales.

No fué, por cierto, motivo para que se amenguara esta satisfaccion la cláusula de la real cédula por la cual concluiria el derecho de hacer esclavos tan luego como los indíjenas manifestaran su voluntad de someterse a la iglesia, en primer lugar, porque los españoles de Chile sabian mui bien que la conversion de los mapuches al cristianismo nunca habia pasado de ser una mera fórmula, i, en segundo lugar, porque los consejeros de Indias habian cuidado de esceptuar de esta regla a los que hubieran sido cautivados en la guerra, quienes, aun cuando la conversion fuera jeneral i completa, debian quedar siempre esclavos.

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 184 i 185.

(2) Puede leerse esta real cédula en la historia del padre Rosales, tomo 2.°, pájinas 477—478; en *Los Precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.°, pájinas 83—86; en la *Continuacion de los seis años de la Historia de Chile*, por Errázuriz, tomo 1.°, pájinas 299—301; i en las actas del Cabildo de Santiago, *Historiadores*, tomo 24, pájinas 194—196.

Se esplica, por lo demas, perfectamente el contento de los dueños de encomiendas. Ya sea por los duros trabajos a que eran sometidos los indíjenas, ya sea por las epidemias que a menudo los azotaban, ya sea porque se fugaban de los asientos donde se les obligaba a residir, los repartimientos iban disminuyendo de año en año en una proporcion alarmante.

Así la encomienda concedida por Valdivia en los primeros tiempos de la conquista a doña Ines Suares, i que constaba de 1500 indíjenas de visitacion, en 1579 estaba reducida a 800 naturales de la misma clase (1).

«He visto en este reino, escribia al rei el obispo Perez de Espinosa en carta de 20 de marzo de 1602, una cosa terrible, i de grandísimo cargo de conciencia: que en los repartimientos de indios, que solia haber a doscientos i a trescientos, como estan apurados i acabados en el servicio de Vuestra Majestad, han quedado de veinte o treinta algunos de ellos (2).»

«En lo que toca a los indios, aseguraba al mismo rei el oidor Celada algunos años mas tarde, han quedado mui pocos lugares de ellos, porque casi todos estan despoblados, i los indios divididos en diversas estancias i otras partes, fuera de sus naturales i tierras; i, habiendo sido este reino uno de los

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 16.

(2) Errázuriz, *Seis Años de la historia de Chile*. Tomo 2.º, pájina 159.

mas poblados de todas las Indias, i que ha habido en él encomenderos de a dos i tres mil indios, no hai de presente encomienda que pase de cien indios, i casi todas son de cuarenta, cincuenta, sesenta indios, i se han apurado i consumido de modo que no han quedado en todo el distrito de esta ciudad (Santiago) dos mil i ochocientos indios tributarios, i de éstos mas de los mil son *aucaes* cojidos en la guerra, i las demas ciudades que estan de esta parte de la Cordillera no tienen todas otros tantos indios (1).»

Razon sobrada tuvieron, pues, los encomenderos para pedir al gobernador Garcia Ramon que promulgara inmediatamente la real cédula de 26 de mayo.

A los encomenderos agregaron sus instancias los militares i hasta los oidores mismos (2).

Contra lo que habria sido de esperar, sin embargo, Garcia Ramon se mantuvo firme, i no puso en práctica la esclavitud de los indíjenas.

El rei, por lo demas, le habia autorizado, en otra real cédula firmada en el mismo dia 26 de mayo de 1608, para demorar la ejecucion de la medida tanto como le pareciera prudente (3).

Desde el dia en que se recibió en Chile la cédula de esclavitud, o sea, el 5 de mayo de 1609, hasta

(1) Gay, tomo 2.º de *Documentos*, pájina 197.

(2) Errázuriz, *Continuacion de los seis años de la historia de Chile*. Tomo 2.º, pájina 83.

(3) Amunátegui, *Los Precursores de la Independencia de Chile*, tomo 2.º, pájinas 86 i 87.

el dia de la muerte de García Ramon, ocurrida el 5 de agosto del año siguiente, el gobernador habria tenido bastante tiempo para dar la publicidad necesaria al castigo acordado contra los indíjenas rebeldes. Nada de esto hizo, sin embargo, i hasta el último momento de su vida se negó a poner en ejecucion el real decreto.

Cabe preguntar qué secretas razones le movieron para proceder así, a él, que habia hecho contra los araucanos tan sangrientas campañas, i que, sin autorizacion alguna, habia permitdo la esclavitud de numerosos prisioneros de guerra.

No seria aventurado suponer que influyeron en su ánimo los padres de la Compañía, i sobre todo el provincial Torres Bollo, quien, en carta dirijida al rei desde Santiago de Chile a 17 de febrero de 1609, se espresaba en estos términos:

«He entendido que la Real Audiencia trae órden de V. M. de quitar el servicio personal de los indios, i que los de guerra se den por esclavos. Lo primero es justísimo, i tiene la buena disposicion en esta ciudad que diran los padres presentados i Luis de Valdivia (1), con que será mui fácil asentarse; pero es mui necesario que V. M. se sirva de hacer merced a esta república con algunas licencias de esclavos (de negros esclavos), algunas vidas a los encomenderos, i que el puerto de Buenos Ai-

(1) Mas tarde, debia convencerse el padre Torres de que la mayoria de los encomenderos, como ántes se ha dicho, era contraria a la supresion del servicio personal.

res se abra con alguna mas permision. Lo segundo tiene mui grande dificultad en la conciencia, como los dichos padres diran; porque hasta agora no se ha publicado la paz i perdon de V. M. a la vijésima parte de los indios, i muchos de ellos no son cristianos, i otros si se levantaron fué porque los españoles los desempararon, i al fin todos pelean por verse libres del servicio personal i otros agravios que cristianos mui antiguos i fidelísimos a sus reyes no sufrieran, i, cuando a todos se les hubiera notificado el perdon i paz, como innumerables veces se les ha quebrantado la palabra, no parece tienen mucha culpa en no creerlo. I, si hasta agora con no ser esclavos, por órden de V. M., sino libres por sus cédulas i leyes, se venden todos los de guerra, i aun muchos de paz, i sus hijos i mujeres, V. M. se sirva ver qué será de aquí adelante dándolos por esclavos. Todos los hombres pios i esperimentados juzgan que la guerra nunca se acabará, sino es siendo por algunos años defensiva, fortificándose las dos buenas ciudades, i quitando el servicio personal jeneralmente, i dando a los indios libertad, i que con esto se pueden enviar relijiosos entre ellos, de buen ejemplo i suficiencia en la lengua.....(1).»

La cédula de esclavitud fué mandada promulgar en Santiago por el oidor don Luis Merlo de la Fuente, sucesor de Garcia Ramon, en 20 de agosto de 1610, con el objeto de estimular a los vecinos de la

(1) Archivo de Medina.

ciudad para que acompañaran al gobernador a la guerra (1).

Posteriormente, por decreto de 28 de agosto, Merlo de la Fuente estendió aquella órden a las ciudades de Chillan i Concepcion, a los valles de Arauco, Lebo, Paicaví, i a los demas fuertes i estancias de su Majestad, a fin de que la cédula antedicha llegara a conocimiento de todos los indíjenas de guerra.

«Pasado el término de los sesenta dias (fijado por el rei para que se sometieran los rebeldes), agregaba el gobernador, a todos los indios e indias que en adelante fueren cojidos en la guerra, a los que (el mismo gobernador) no ahorcare e hiciere justicia de sus personas, la cual hará de todos los que hubieren tomado armas, a todos los demas de menor edad i sin malicia los hará herrar en el rostro como a esclavos, con una *s* i un clavo en los carrillos (2).»

Algunos dias ántes el doctor Merlo habia ordenado que igualmente fueran herrados en el rostro los *beliches* establecidos en Santiago, para que pudieran ser reconocidos en el caso de fuga; pero, con mejor acuerdo, hubo de revocar esta cruel provision con fecha 13 de setiembre.

Probablemente Merlo de la Fuente ignoraba que por real cédula de 13 de enero de 1532 se hallaba prohibido de una manera espresa herrar a los indíjenas en el rostro.

De todos modos, la práctica quedó establecida en

(1) *Historiadores.* Tomo 24, pájinas 188 i 189.

(2) Obra i tomo citados, pájina 197.

Chile, i algunos años mas tarde provocó tanto aquí como en el Perú i en España largas discusiones de teólogos i letrados.

XI

Los oríjenes de la guerra defensiva.—El virrei del Perú ordena establecerla en las fronteras de Arauco; nombra al padre Luis de Valdivia visitador jeneral de Chile; i suspende la cédula de esclavitud.—Asesinato de los jesuitas Aranda, Vechi i Montalvan.—Alonso de Ribera reanuda las operaciones bélicas contra los araucanos, restablece la esclavitud i prohibe a los jesuitas internarse en el territorio enemigo.—El rei desaprueba su conducta.—El gobernador Ulloa i Lemos recibe instrucciones del príncipe de Esquilache para prohibir el servicio personal i obligatorio de los naturales; pero no puede obedecerlas porque los encomenderos apelan ante el virrei.—El Cabildo de Santiago nombra por su procurador en el Perú

a don Pedro Lisperguer i Flores.— Luis de Valdivia se dirije al virreinato.

Contra lo que habria sido de suponer, la real cédula de esclavitud, desde su promulgacion por Merlo de la Fuente, no alcanzó a ser aplicada en toda su fuerza por dos años completos; i los encomenderos de Chile, sorprendidos en estremo, como era natural, recibieron al fin de tan corto plazo la estraña nueva de que la corte, despues de muchas conferencias i consultas, habia autorizado al virrei del Perú para que hiciera ejecutar en Arauco un plan militar en todo diverso de los anteriores.

La noticia era perfectamente fidedigna, como qne en breve comenzó a ser practicado el nuevo sistema; i, aun cuando los principales súbditos del rei en nuestro pais tuvieron derecho para protestar de un cambio tan brusco en las resoluciones reales, el cual perjudicaba de una manera profunda sus intereses i sus lejítimas espectativas, se vieron obligados a sufrir las consecuencias de esta mala política durante trece años.

Al réjimen de rigor, con que la majestad de Felipe III habia creido necesario castigar a los rebeldes de Chile despues del desastre de Boroa, sucedió un réjimen de moderacion i de induljencia. De este modo se imajinaron los consejeros de la corona que los araucanos iban a deponer sus armas i a rendir-

se unos tras otros a la autoridad del rei i a la mas pura doctrina de la iglesia.

¡Profunda equivocacion, nacida, es cierto, en almas bien inspiradas, pero sin la esperieneia práctica necesaria, que causó una larga cadena de derrotas, sacrificios aislados i daños materiales de toda especie en el campo español, i que en manera alguna coinpensó estos males con otros tantos beneficios en el campo araucano!

El sistema de la guerra defensiva tuvo su orijen en el palacio de los virreyes del Perú; i su verdadero autor fue el oidor de Lima don Juan de Villela.

Este ilustre togado concibió el plan de someter a los araucanos por medio de la conquista pacífica, esto es, por la predicacion relijiosa; para cuyo fin debia establecerse la linea de la frontera en las márjenes del Biobio, mui bien defendida por los tercios españoles, pero con prohibicion terminante de que avanzaran en el territorio enemigo.

El plan estratéjico de Alonso de Ribera habia sido a la inversa la conquista gradual i progresiva del territorio araucano, a medida que el ejército del rei iba fundando cada vez mas adelante las plazas fuertes que exijian la defensa i seguridad de las comarcas vencidas.

El plan del oidor Villela era completo i abarcaba todos los aspectos del problema. La linea de fuego en las márjenes del Biobio debia protejer la rejion central del pais, sometida definitivamente, de los ataques e invasiones de los bárbaros. Mas allá

de esta raya o frontera solo los misioneros podrian aventurarse con la oliva de la paz en la mano i con la palabra del evanjelio en los labios. Segun el criterio de los relijiosos de aquella época no habia pueblo ni tribu, por atrasado que se les supusiera, capaces de resistir a la influencia civilizadora de la relijion. La accion de las armas de fuego no traspasaba la esfera de lo material, sobre todo en el primer momento; el efecto de la palabra divina llegaba inmediatamente hasta el fondo del alma i dominaba al individuo por entero.

La eficacia de este plan exijia, sin embargo, a juicio del oidor i de sus amigos, dos medidas importantes. Para que los misioneros fueran bien recibidos entre los rebeldes, era de necesidad que se suspendiera la ejecucion de la real cédula de esclavitud, que habia dado oríjen a innumerables abusos i a crueldades inauditas; e igualmente que se reemplazara una vez por todas el servicio obligatorio de los indíjenas de encomienda por el pago de los tributos pecuniarios que el rei habia establecido en otras de sus colonias americanas.

Cuando los guerreros de Arauco se persuadieran de que el rei de España i sus representantes en el Nuevo Mundo tenian el firme propósito de emplear en el gobierno de este pais los procedimientos de caridad i de benevolencia que desde el principio habian sido recomendados a los conquistadores en millares de reales cédulas, acojerian con entusiasmo

a los misioneros e irian incorporándose poco a poco en la sociedad colonial.

Este proyecto del oidor Villela habia sido espuesto por primera vez en los consejos de gobierno del conde de Monterrei, de los cuales formaba parte el jesuita Luis de Valdivia; i habia recibido completa aprobacion de este personaje, a quien debia tocar importante intervencion cuando llegara el momento de poner en práctica el sistema.

El jesuita nombrado adhirió de una manera tan entusiasta a los planes del oidor, i mas tarde trató de realizarlos con tanto empeño, que la posteridad, i aun la historia, habian olvidado hasta hoi el nombre de Villela, *i habian identificado*, por decirlo así, al padre Luis de Valdivia con el sistema de la guerra defensiva.

Esta injusticia cometida contra el verdadero autor del proyecto se esplica, sin embargo, si se atiende a la circunstancia de que don Juan de Villela fué nombrado presidente de la Audiencia de Guadalajara, i se alejó del Perú, ántes de que se pusieran en planta sus ideas, miéntras que el jesuita Valdivia se consagró por completo durante mas de diez años a la realizacion de ellas.

Villela habia concebido el plan; pero Valdivia fué el brazo activo i abnegado que se esforzó por ejecutarlo.

No sin motivo la figura de este jesuita ha ido ajigantándose hasta tomar las proporciones de un Las Casas en su defensa heróica de los naturales de

Chile, por cuya causa abogó con inaudita tenacidad en América i en España, contrariando de una manera franca i valiente los intereses de los soldados del rei que combatian en Arauco i de todos los encomenderos de este pais.

En esta campaña, Luis de Valdivia contó siempre con el decidido apoyo de los virreyes del Perú; pero, en cambio, tuvo que luchar a menudo con la oposicion de los gobernadores de Chile, i aun con la de los superiores de su órden, a quienes no se ocultaba que esta participacion exajerada de uno de los mas conspicuos relijiosos de la Compañia era perjudicial a los progresos de ella en esta colonia (1).

El fracaso del gobierno de Garcia Ramon, en el cual no pudieron ejecutarse las instrucciones del conde de Monterrei para suprimir el servicio obligatorio de los indíjenas, i solo se obtuvieron resultados desastrosos en la ya casi secular guerra de Arauco, aumentó a los ojos de los consejeros del virreinato la importancia del plan ideado por don Juan de Villela.

---

(1) Ningun historiador moderno ha tratado de los orijenes de la guerra defensiva con mayores detalles i un estudio mas profundo de las fuentes que don Crescente Errázuriz en la obra que acaba de dar a luz con el título de *Historia de Chile durante los gobiernos de Garcia Ramon, Merlo de la Fuente i Jaraquemada*. Para abreviar, en las pájinas anteriores i en las que siguen, se cita esta obra con su segundo título, o sea, *Continuacion de los seis años de la Historia de Chile*.

El decidido apoyo que desde el primer dia prestó al mencionado proyecto el nuevo virrei, don Juan de Mendoza i Luna, marques de Montes Claros, aseguró a este plan excelente acojida en la corte de Felipe III.

En vano Garcia Ramon, que alcanzó a conocerlo, por comunicacion que el virrei nombrado le dirijió a fines de 1608 para pedirle su dictámen, comisionó con el objeto de que lo combatiera en la corte a su propio secretario, el capitan Lorenzo del Salto; pues el marques se apresuró a enviar tambien a España al padre Luis de Valdivia, encargado de defender el proyecto, i cuyas influencias de relijioso jesuita i cuyas relaciones de amistad i parentesco con personas prestijiosas ante el rei triunfaron con facilidad sobre el modesto capitan del ejército de Arauco, que representaba, por otra parte, a un militar tan desgraciado en la guerra como lo habia sido en los últimos años el gobernador de Chile.

Durante todo el año de 1610 se ocuparon en España la junta de guerra del Consejo de Indias i el Consejo de Estado en estudiar la mejor manera de plantear la guerra defensiva; i el resultado de estos debates se tradujo en las resoluciones reales que siguen.

Felipe III autorizó al marques de Montes Claros para que, bajo su responsabilidad, estableciera aquel sistema de conquista en nuestro pais; i a principios de 1611, por instancias del padre Luis de Val-

divia (1), nombró gobernador de Chile a Alonso de Ribera, quien entónces desempeñaba el gobierno del Tucuman.

Mas o ménos, en esta última fecha, el animoso jesuita se embarcó para el Perú, donde debia asesorar al virrei en la preparacion del nuevo sistema.

Valdivia llegó a la capital del virreinato a mediados del mes de noviembre; pero el marques de Montes Claros no se apresuró a dictar las medidas necesarias para llevar a efecto el proyecto.

Por el contrario, ántes de proceder juzgó prudente reunir en su palacio a numerosos consejeros, con el fin de evitar equivocaciones que podrian ser fatales.

Por otra parte, la responsabilidad que cargaba sobre sus hombros era estraordinaria, ya que el rei habia entregado por completo la resolucion del asunto a su criterio; i se esplica perfectamente que quisiera compartirla con los personajes mejor preparados de su corte.

En estos estudios i cavilaciones trascurrieron cuatro largos meses, i solo en marzo de 1612 el virrei dictó las ocho provisiones que a continuacion se enumeran.

Primera. Ordena que en adelante la guerra de Arauco sea defensiva, sin que por esto se depongan las armas. El ejército debe continuar en pié, con el

(1) Errázuriz, *Continuacion de los Seis años de la Historia de Chile.* Tomo 2.º, pájinas 332 i siguientes.

número de soldados necesario. Para pagarlo, las cajas del virreinato enviarán anualmente el situado establecido. La doctrina del evanjelio será predicada entre los rebeldes por los padres de la Compañia de Jesus.

Segunda. Comisiona a Luis de Valdivia para que juntamente con el gobernador de Chile haga cumplir las órdenes relativas a la guerra defensiva, i dirija la predicacion relijiosa que debe hacerse a los naturales.

Tercera. Nombra al mismo padre visitador jeneral de las provincias de Chile, con el objeto de que reuna los antecedentes indispensables para suprimir el servicio obligatorio de los indíjenas i para establecer una tasa de tributos pecuniarios.

Cuarta. Perdona en nombre del rei a los rebeldes por los delitos cometidos, a condicion de que no vuelvan a tomar armas contra la corona; promete que la fuerza armada no les molestará en sus tierras, i a los que vivan en reducciones de paz no se encomendará en adelante, ni se obligará a trabajar en los lavaderos de oro; ofrece enviar misioneros a los indíjenas que así lo deseen; i, en cambio, impone a todos los naturales la devolucion de los cautivos cristianos que tuvieran en su poder, i, dentro de las reducciones pacíficas, la obediencia a los padres de la Compañia de Jesus o a otros relijiosos encargados de enseñar la doctrina.

Quinta. Suspende por todo el tiempo que dure la guerra defensiva la ejecucion de la real cédula de

esclavitud; i prohibe que los rebeldes apresados hasta entónces sean vendidos fuera del pais.

Sesta. Manda que se desmantelen los fuertes de Angol i de Paicaví, i que se conserven el de Cayuguano, con setenta hombres de guarnicion, el de Yumbel, con ciento i cincuenta caballos i el número necesario de infantes, el de Santa Fe, con diez soldados, el de Nacimiento, con setenta, el de San Jerónimo, con otros cien hombres, i el de Arauco, con setenta de presidio, cien caballos i los infantes que juzgue prudente colocar el gobernador. La frontera, o raya, de la guerra quedará, en consecuencia, defendida por los fuertes de Cayuguano, Yumbel i Santa Fe, al norte del Biobio, i por los de Nacimiento, Monterrei, San Jerónimo i Arauco, situados al sur. Ademas debian mantenerse ochenta soldados en el fuerte de Lebo, quince en la estancia de la Buena Esperanza, doce en el fuerte de San Pedro, cincuenta en las ciudades de Concepcion i Chillan, i ciento en la ciudad de Castro i fuertes de Chiloé.

Séptima. Prohibe terminantemente que traspasen la frontera de guerra soldados ni oficiales: a los primeros bajo pena de muerte; i a los segundos bajo pena de perder su plaza o compañia, i de servir sin sueldo por tres años. «En caso, agrega, que los dichos indios de guerra hicieren algun acometimiento i entraren con mano armada dentro de la tierra de paz, tan solamente se les ha de ofender i seguir hasta echarlos de las dichas fronteras i reducciones.» Aumenta en seguida el número de sol-

dados de cada compañia, suprime la compañia de capitanes reformados i la de alféreces, tenientes i sarjentos, tambien reformados, i dicta algunas otras disposiciones relativas a sueldos i a comandos de guarniciones. Da, por fin, instrucciones severas para reprimir i castigar los amancebamientos de los soldados con las araucanas, i los tráficos de los oficiales en los fuertes i campamentos.

Octava. Recomienda tanto al gobernador como a la Real Audiencia la supresion del servicio personal de los indíjenas i el establecimiento de la tasa de tributos pecuniarios, para cuyo efecto deben aprovechar la esperiencia i consejos del padre Luis de Valdivia, nombrado visitador jeneral. Cuidaba, por lo demas, de advertir que el mencionado padre habia recibido facultades independientes de la autoridad del gobernador i de la Audiencia de Chile, i que ni este tribunal ni aquel funcionario debian estorbar la ejecucion de sus actos jurisdiccionales (1).

Estas provisiones del marques de Montes Claros, dictadas en nombre del rei, causaron en Chile una ajitacion i alarma indescriptibles.

Los militares se resistian a aceptar que en lo sucesivo su papel se limitara a defender la frontera del Biobio, i que bajo pena de muerte no pudieran traspasarla, aun cuando los indíjenas se acercaran a provocarlos.

(1) Rosales, *Historia Jeneral de el Reino de Chile*. Tomo 2.º, pájinas 527-529, 531-532, 534-536, 537-542, 543-544.

¡Adios ascensos! Adios granjerias de la guerra activa!

Los soldados de uno de los reyes mas poderosos de Europa no prestarian en adelante otro servicio que el de una muralla defensiva, i solo tendrian derecho de disparar cuando los araucanos pretendieran hacer incursiones al norte del rio, en el valle central del pais.

Entretanto debian llevar la vida ociosa de los campamentos; pero nó la vida libre de otro tiempo, porque los padres jesuitas, los compañeros de Luis de Valdivia, tendrian facultad para vijilar su conducta, de noche i de dia, i para exijir de los capitanes que los castigaran, si descubrian entre ellos actos de inmoralidad.

¡Adios los placeres nocturnos! Ya no podrian robar a los araucanos sus mujeres i sus hijas, para que les aderezaran la comida i satisfacieran sus apetitos sensuales.

Los tercios españoles de las riberas del Biobio no tendrian otra diferencia con las comunidades relijiosas que el traje i las armas.

Entre los encomenderos de todo el pais la indignacion contra el marques de Montes Claros i contra el padre Valdivia era igual o mayor que la de los soldados.

¡Hacia apenas dos años que se habia promulgado la real cédula de esclavitud de los indíjenas rebeldes, i, cuando aun la medida no producia todos sus efectos, el rei autorizaba su derogacion!

Esto era increible, i, aun mas, injustificable.

¿Acáso no sabian los consejeros de Indias que las encomiendas de Chile se iban despoblando de siervos, i que en pocos años mas, si éstos no eran renovados durante las campañas de Arauco, los españoles tendrian que abandonar la colonia?

¿Acáso no habia recibido el rei un luminoso informe del doctor don Gabriel de Celada, miembro de la Audiencia de Chile, firmado en Santiago a principios de 1610, en el cual este majistrado hacia notar la estraordinaria disminucion de los naturales en el corazon del pais?

Sin duda alguna, los encomenderos no sentian alarma por el sonado establecimiento de una tasa de tributos pecuniarios; pues debian de recordar el fracaso de la tasa de Ruiz de Gamboa.

Por otra parte, cuando llegara la oportunidad, ellos podrian apelar al rei con el objeto de hacer respetar sus conveniencias.

No sucedia lo mismo con la prohibicion de hacer esclavos El nuevo gobernador, por mas que fuera el prestijioso Alonso de Ribera, que tan crudas i eficaces campeadas habia dirijido contra los araucanos, i el jesuita Luis de Valdivia, cuya autoridad política i militar equivalia a la del mismo gobernador, estaban obligados a hacer cumplir inmediatamente aquella prohibicion; de tal modo que los dueños de encomiendas no podian halagarse ni por un momento con la esperanza de burlar en la práctica el decreto del marques de Montes Claros.

Tal era el estado de los espíritus cuando llegaron a nuestro pais Alonso de Ribera i el padre Valdivia. Aquél entró en Santiago a 27 dias del mes de marzo, i éste desembarcó en Concepcion dos meses mas tarde, en 13 de mayo de 1612.

Es de calcular el mutuo afecto con que volverian a verse estos dos personajes. Ribera debia su rehabilitacion al relijioso jesuita; i, por su parte, el padre Valdivia habia depositado en el gobernador toda su confianza.

Esta armonia entre las autoridades que debian organizar en Arauco el sistema de guerra defensiva era, sin embargo, una ilusion, apesar de las brillantes apariencias de los primeros dias.

Luis de Valdivia tenia una injenuidad que rayaba en lo inverosímil. En las dos ocasiones en que pretendió intervenir a favor de los naturales de Chile esperimentó por tal causa profundos desengaños, cada uno de los cuales habria sido bastante para desalentar a cualquiera otra persona de ménos fe.

El entusiasta jesuita carecia en absoluto de la perspicacia necesaria para conocer a los hombres. En 1605 fué burlado por Garcia Ramon, cuando se imajinó que este presidente iba a abolir las encomiendas de servicio obligatorio; i en 1612, el gobernador impuesto por él, contra la opinion del virrei del Perú, no hizo sino desbaratar sus planes de conquista pacífica.

Alonso de Ribera era ante todo un guerrero, i

ademas un esperto estratéjico, como lo probó en su primer gobierno.

Despues de saborear hasta la saciedad el placer de encontrarse nuevamente a la cabeza de este pais, donde habia alcanzado espléndidas victorias contra los araucanos, pero donde, al mismo tiempo, su carácter atropellador le habia creado numerosos i temibles enemigos, al punto de haber sido separado del mando, segun él lo creia, por las acusaciones que contra su conducta llegaron entónces a la corte, adquirió el convencimiento de que era de urjencia abatir la soberbia de los caciques indíjenas i continuar la conquista segun el mismo plan adoptado en su anterior administracion.

Dada la impetuosidad de Ribera, ningun hombre despierto habria podido suponerle otro sistema de gobierno; tanto mas cuanto que la guerra activa era el único procedimiento que favorecia el progreso de la colonia.

Solo un relijioso sin malicia como el padre Valdivia podia pensar que el valeroso capitan de Flándes, a quien habia armado presidente de Chile gracias a sus influencias en los consejos del rei, iba a permanecer impasible en las fronteras del Biobio, sin avanzar un paso para castigar los ataques de los indíjenas.

Esto era absurdo; i los sucesos posteriores así lo demostraron hasta la evidencia.

Por lo demas, los indíjenas mismos proporcionaron a Ribera el pretesto para tomar la ofensiva.

Aun resuenan en las montañas de Arauco los ecos lastimeros del alevoso asesinato cometido por los naturales en la comarca de Elicura, a fines del año de 1612, en las personas de los jesuitas Aranda iVechi, i del coadjutor Diego de Montalvan, apesar de las calorosas protestas i juramentos que habian hecho de que oirian con respeto sus palabras i defenderian sus vidas.

Este crímen, que conmovió a la colonia entera, de un estremo a otro del pais, señaló el principio de una serie de campañas i actos de hostilidad de parte de los araucanos rebelados contra los que habian ofrecido su amistad a los españoles.

Aunque las órdenes del virrei lo prohibian de una manera espresa, el mismo padre Valdivia autorizó entónces al gobernador Ribera para que pasara la raya establecida e hiciera una espedicion de guerra a los indíjenas de Puren (1).

Los encomenderos i militares, como habria sido de suponerlo, aprovecharon con entusiasmo esta feliz oportunidad para desacreditar en la corte el sistema de la guerra defensiva, i, con el decidido apoyo de Ribera, resolvieron enviar mensajeros a la Península.

El guardian del convento de San Francisco de Santiago, frai Pedro de Sosa, llevó los poderes de los cabildos de la Serena, Santiago i Concepcion; i el coronel Pedro Cortes fué encargado de la representacion del ejército.

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 4.°, pájina 71.

Uno i otro se embarcaron en Valparaiso a fines del mes de abril de 1613 (1).

Puede asegurarse que ya en esta fecha el gobernador Ribera habia tomado la resolucion de independizarse del padre Valdivia, i de dirijir por sí solo las operaciones bélicas.

En el hecho, él tenia la principal responsabilidad de la defensa de la colonia.

Necesariamente sus relaciones con el relijioso jesuita desde entónces empezaron a ser cada dia mas tirantes, hasta que se cortaron por completo.

Solo en este momento llegó a comprender Luis de Valdivia la profunda equivocacion en que habia incurrido cuando habia impuesto, por decirlo así, a Alonso de Ribera.

Por desgracia, no era tiempo de arrepentirse.

En este conflicto, la justicia, debe confesarse, estaba de parte del relijioso.

El sistema de la guerra defensiva podia i debia ser condenado, por múltiples razones, económicas, políticas i sociales; pero, en cambio, era un sistema perfectamente practicable.

I ¿cómo no habia de serlo? ¿Cómo era posible imajinar que los tercios españoles escalonados en las fronteras del Biobio i defendidos de las sorpresas por los fuertes necesarios, fueran impotentes para detener e inspirar respeto a escuadrones in-

(1) Barros Arana, obra i tomo citados. Pájina 78.

disciplinados de indíjenas, por numerosos que se supusieran?

La circunstancia de hallarse el ejército bajo el mando de un jefe tan respetado como Ribera, no permitia abrigar dudas sobre la posibilidad de mantener la linea de defensa.

El gobernador, ademas, estaba obligado en conciencia a obedecer honradamente las instrucciones del marques de Montes Claros, con tanto mayor motivo cuanto que este habia sido el principal objeto de su reposicion en el mando.

Alonso de Ribera sacudió, sin embargo, con animo resuelto los escrúpulos que pudieron asaltarle, i, sin guardar lealtad alguna al padre Valdivia, en diversas ocasiones persiguió a los indíjenas i les hizo cruda guerra mas allá de la raya establecida.

Ribera tenia plena confianza en que su conducta recibiria la aprobacion de la corona, i para ello se fundaba en un poderoso argumento. Nadie podria negar, con escepcion de los padres jesuitas, que, dada la índole i falta de cultura de los araucanos, su pacificacion demoraria años de años si se persistia en aplicar el nuevo sistema.

La predicacion evanjélica no habia producido en la práctica ningun resultado positivo.

Tanto Ribera como el padre Valdivia cuidaban, por lo demas, de dar cuenta periódicamente al rei de los hechos que sucedian en Chile, i, al mismo tiempo, se esforzaban, uno i otro, en defender sus

ideas personales sobre la mejor manera de alcanzar la paz.

En el estado de ruptura a que habian llegado sus relaciones con el gobernador, el relijioso jesuita creyó, sin embargo, que no debia contentarse con estas comunicaciones escritas, i a principios de 1614 envió a España al padre Gaspar Sobrino, quien poseia talento e ilustracion no comunes, i debia ser mas tarde vice-provincial de la Compañia en Chile por varios años (1).

Este importante encargo confiado al padre Sobrino, i que él debia desempeñar con estraordinaria habilidad, no era, sin embargo, de urjencia por entónces; pues ántes de que sus memoriales pudieran ser considerados en la corte ya el rei se habia afirmado en su resolucion de continuar la guerra defensiva, i por cédula de 4 de marzo de 1615 habia dado órdenes espresas sobre este asunto al nuevo virrei del Perú, don Francisco de Borja i Aragon, príncipe de Esquilache (2).

Los alegatos teolójicos del padre Sosa i los planes de conquista i colonizacion del coronel Cortes

(1) El mas rico arsenal de documentos sobre la guerra defensiva es la *Biblioteca Hispano-Chilena* de don José Toribio Medina. En el tomo 2.º se encuentran numerosas cartas i memoriales de los padres Valdivia, Sobrino i Figueroa, de frai Pedro de Sosa, del coronel Cortes Monroi i de su hijo don Juan. Consúltese tambien el tomo 1.º de la misma obra.

(2) Amunátegui, *La cuestion de límites entre Chile i la República Arjentina*. Tomo 2.º, pájinas 306-309.

Monroi habian sido leidos con detenimiento i estudiados con prolijidad; pero habian sido desechados.

La majestad de Felipe III confiaba, en primer lugar, en la propaganda pacífica i relijiosa de la Compañia de Jesus, la cual ya habia empezado a organizar sus misiones en el Paraguai; i creia que la obra evanjélica de esta órden produciria en breve benéficos resultados en las selvas de Arauco.

En segundo lugar, i esta circunstancia no era digna de desprecio, el tesoro español se hallaba mui escaso, i no podia suministrar los capitales necesarios para mantener en Chile un ejército tan numeroso como el que pedian Alonso de Ribera, Cortes Monroi, i, en jeneral, todos los partidarios de la guerra activa.

Por mas que el rei estaba mui dispuesto a ausiliar a sus subditos contra los rebeldes araucanos, no olvidaba que igual proteccion era reclamada en otras de sus colonias. Así, por ejemplo, despues de firmar en diciembre de 1615 una cédula por la que confiaba al coronel Cortes el mando de un cuerpo de mil infantes destinados a Chile, se vió obligado a cambiar de resolucion, i a ordenar que estos mil hombres se incorporaran en la flota real; pues habia recibido alarmantes noticias sobre los corsarios holandeses, que entónces cruzaban los mares de Europa i Asia (1).

Aunque por las consideraciones espuestas, el sis-

(1) *Un soldado de la conquista de Chile*, pájina 96.

tema de la guerra defensiva se hallaba triunfante en el año 1615, el viaje del padre Sobrino a la corte no fué, sin embargo, en manera alguna inútil, i contribuyó a afianzar en el ánimo de los consejeros del rei el prestijio de Luis de Valdivia i de sus planes de conquista pacífica; de tal modo que a su regreso a Chile el padre mencionado tuvo la satisfaccion de traer una real cédula que confirmaba las anteriores i resolvia todos los conflictos que se habian producido en la práctica.

Alonso de Ribera habia infrinjido abiertamente las órdenes del marques de Montes Claros en tres puntos de grande importancia.

Segun se ha leido, cada vez que lo creia necesario hacia incursiones en el territorio enemigo mas allá de la frontera.

Despues del asesinato de los padres Aranda i Vechi, habia prohibido a los jesuitas que se internaran en las tierras de los rebeldes.

Por último, desde la misma fecha, habia autorizado la esclavitud de los indíjenas a quienes se sorprendia con las armas en la mano

Fué inútil que Luis de Valdivia protestara enérjicamente contra esta conducta, la cual equivalia al restablecimiento de la guerra activa; pues el gobernador continuó impertérrito en su desobediencia (1).

En las instrucciones enviadas por el rei con el

(1) Gay, *Historia de Chile*. Tomo 1.º de *Documentos*, páginas 269-272.

padre Sobrino se disponia: 1.° que el gobernador de Chile prosiguiera la guerra defensiva, i solo hiciera correrias en el campo enemigo «a sangre caliente», para libertar prisioneros i castigar a los invasores; 2.° que únicamente el padre Valdivia i sus compañeros relijiosos podrian celebrar convenios con los rebeldes; 3.° que, del mismo modo, al padre Valdivia, i solo a él, corresponderia nombrar intérpretes; 4.° que el gobernador deberia siempre respetar i cumplir las concesiones hechas por Valdivia a los indíjenas; 5.° que, al mismo tiempo, deberia permitir la entrada en las tierras de guerra a todos los relijiosos que el padre Valdivia juzgara prudente enviar; 6.° que este mismo padre quedaba autorizado para establecer misiones donde lo creyera necesario; 7.° que el virrei del Perú deberia nombrar un visitador jeneral para que hiciera respetar estas resoluciones; 8.° que los rebeldes apresados en la guerra i sometidos a la esclavitud en los últimos años deberian ser puestos en libertad por el visitador antedicho; 9.° que los rebeldes que en adelante cayeran prisioneros deberian ser guardados en custodia, con el objeto de conseguir la libertad de los españoles cautivados por los araucanos; i 10.° que a los indíjenas de Arauco, Catirai, Elicura i Paicaví deberian pagarse puntualmente sus jornales.

«Al gobernador, segun el real pensamiento, tocaba defender la raya i gobernar el reino; i al padre Valdivia, tratar con los indios de guerra.»

Alonso de Ribera no alcanzó a tener conocimien-

to de estas resoluciones de la corona, pues murió el 9 de marzo de 1617, ántes de que llegara a Chile el padre Sobrino (1).

A su sucesor en el mando, que lo fué interino, el licenciado Fernando Talaverano Gallegos, envió el príncipe de Esquilache órdenes terminantes para que cumpliera al pié de la letra lo dispuesto por el rei, amenazándole con nombrar por sí mismo a los jefes del ejército en el caso de que hubiera relajacion en la observancia de las reglas establecidas; i, al mismo tiempo, le comunicó que habia designado por visitador jeneral del reino al licenciado Hernando Machado, fiscal de la Real Audiencia de Chile.

El nombramiento del licenciado Machado anulaba ciertamente el que habia recaido en la persona del padre Valdivia para igual cargo; pero sin lugar a duda el cambio indicado se habia hecho a peticion del mismo padre jesuita, con el objeto de complacer a los superiores de la órden, que no miraban con tranquilidad el ardoroso entusiasmo de su subalterno (2).

Este apoyo tan firme del virrei i su calorosa adhesion al sistema de la guerra defensiva no era, por lo demas, de estrañar en un nieto de San Francisco de Borja, enteramente dominado por la influencia de los jesuitas.

---

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 4.°, pájina 125.

(2) Errázuriz, *Continuacion de los Seis años de la Historia de Chile*. Tomo 2.°, pájinas 358-361.

Luis de Valdivia tuvo tambien el agrado de recibir una real cédula en que el soberano de España le comunicaba el triunfo obtenido en la corte por las jestiones del padre Sobrino (1).

Miéntras duró el gobierno de Talaverano Gallegos, reinó completa armonia entre este funcionario i el padre Valdivia, i la voluntad real fué obedecida con toda estrictez.

Así el visitador Machado dió libertad en la ciudad de Concepcion a todos los indíjenas que habian sido sometidos a esclavitud en los últimos cinco años, contra las órdenes del rei (2).

Por supuesto, se suspendieron las correrias en territorio enemigo, i Luis de Valdivia recuperó su independencia para establecer misiones i tener tratos amistosos con los araucanos.

Guardó, sin embargo, estraordinaria cautela en esta ocasion; pues no podia ménos de recordar el horrendo suplicio de que habian sido víctimas los padres Aranda i Vechi.

Por tal motivo, no pensó entónces en enviar mensajeros jesuitas a las rancherias enemigas, e impartió instrucciones para que los relijiosos establecidos en los fuertes de la frontera aprovecharan con este objeto a los soldados españoles i a los indíjenas de paz.

---

(1) Gay, *Historia*. Tomo 1.º de *Documentos*, pájinas 269-272.

(2) Rosales, *Historia Jeneral de el Reino de Chile*. Tomo 2.º, pájina 625.

El mismo Luis de Valdivia observó esta conducta, estrictamente, en el fuerte de Nacimiento, donde residió por varios meses (1).

El licenciado Talaverano Gallegos era ya anciano, i, por lo demas, formaba parte del tribunal de la Audiencia de Santiago.

No convenia, pues, que continuara en el cargo de gobernador.

El príncipe de Esquilache, con fecha 23 de noviembre de 1617, nombró para que ejerciera estas funciones a un caballero noble de Galicia, don Lope de Ulloa i Lémos, cercano pariente del conde de Lémos, i casado en el Perú con una rica heredera.

El nuevo gobernador llegó a Concepcion a mediados de enero de 1618, e inmediatamente se hizo cargo del mando (2).

«El servicio personal de los indios deste reino, escribia al rei desde Santiago, en 5 de marzo, el licenciado Machado, hasta ahora no se ha quitado, siendo cosa tan inhumana i de tan gran cargo de conciencia. Toda dilijencia hago con vuestro virrei, que al presente me avisa que el jeneral don Lope de Ulloa trae órden para quitarle. No me dice nada del modo; a V. M. lo habrá avisado (3).»

En efecto, Ulloa i Lémos habia recibido del prín-

---

(1) Olivares, *Historia de la Compañia de Jesus en Chile*. Véase *Historiadores de Chile*, tomo 7.°, pájina 193.

(2) Barros Arana, *Historia*. Tomo 4.°, pájinas 132 i 134.

(3) Archivo de Medina.

cipe de Esquilache instrucciones espresas para que dictara una tasa de tributos pecunarios; i tan luego como prestó el juramento de estilo en presencia del cabildo de Santiago, reunido estraordinariamente para esta solemnidad en la Cañada de San Francisco, frente a la puerta mayor de la iglesia (1), comunicó a esta corporacion que estaba resuelto a cumplir el encargo del virrei en la mejor forma posible.

Esta notificacion oficial conmovió en estremo a todos los encomenderos.

El Cabildo de la capital, en cuyo seno dominaban los poseedores de las principales encomiendas del pais, se puso inmediatamente en guardia, i se preparó para emplear los mas eficaces recursos contra la reforma anunciada.

Ejercia entónces las funciones de teniente de correjidor el licenciado Andres de Toro Mazote; eran alcaldes ordinarios don Gonzalo de los Rios i don Melchor Jufré del Aguila; i pertenecian ademas al cabildo: Antonio de Azócar, Rodrigo de Araya Berrio i Pedro Gomez Pardo, hijos de otros tantos compañeros de Pedro de Valdivia; el capitan Alvaro Rodriguez; Jines de Toro Mazote, hijo del célebre escribano del mismo nombre; i Pedro de Recalde, cuya hoja de servicios militares era ya larga en la colonia.

Con fecha 23 de abril, la corporacion acordó que

(1) *Historiadores*, tomo 25, pájina 253.

tanto el licenciado Toro Mazote como los alcaldes ordinarios i el procurador jeneral de la ciudad, don Francisco Rodriguez del Manzano i Ovalle, se acercaran al gobernador i le espusieran los obstáculos insuperables que habian impedido siempre el establecimiento de una tasa pecuniaria.

Al tener noticia de esta resolucion, Ulloa i Lémos pidió al Cabildo que nombrara solamente a dos de sus miembros para que trataran con él sobre la materia discutida; i, en sesion de 26 de abril, fueron designados con tal objeto el alcalde Jufré del Aguila i el procurador Rodriguez de Ovalle, a quienes se autorizó ademas a fin de que entablaran todas las jestiones judiciales i estrajudiciales necesarias (1).

Como habria sido de suponerlo, los comisionados del Cabildo no lograron persuadir al gobernador, el cual dictó un auto en que prohibia el servicio personal de los indíjenas, i lo reemplazaba por una contribucion en dinero, o mas propiamente, en frutos del pais, que debian pagar los naturales a sus encomenderos.

El Cabildo acordó inmediatamente apelar de este auto, i constituyó por su apoderado en la ciudad de los Reyes al licenciado Bartolomé de Acuña Olivera.

Como el gobernador se negara al principio a conceder la apelacion, los capitulares ocurrieron al tribunal de la Real Audiencia; pero felizmente Ulloa i

(1) *Historiadores*, tomo citado, pájinas 254 i 255.

Lémos no insistió, i mandó suspender la ejecucion del auto.

Por otra parte, la resistencia era jeneral, como lo reconocia el mismo gobernador cuando aseguraba al rei, en carta de 20 de mayo, que «no habia ocho personas en todo el reino que le ayudaran (1).»

Entretanto el Cabildo empezó a prepararse para la defensa, i acordó acreditar un apoderado ante la corte del virrei, sin perjuicio de escribir a España sobre el deplorable estado de la guerra de Arauco.

Para tener informaciones seguras, la corporacion envió a la frontera al rejidor Juan de Ugalde, i dirijió sendas comunicaciones a los cabildos de Chillan i Concepcion, a los cuales dió noticia detallada de los últimos sucesos.

Por desgracia, el Cabildo de la capital no disponia de fondos con que costear el viaje de su apoderado a Lima, i resolvió pedirlos al vecindario.

Con este objeto, citó a cabildo abierto, o sea, a una asamblea de notables presidida por los capitulares en ejercicio.

Esta se reunió a 28 dias del mes de agosto, «en las gradas de la Iglesia Mayor (2),» cuyo frente daba entónces a la calle de la Catedral.

Entre los asistentes, que eran numerosos i distinguidos, se hacian notar el licenciado Escobar Villa-

(1) Barros Arana, *Historia*. Tomo 4.°, pájinas 138 i 139.

(2) De ordinario estas reuniones se celebraban en el cementerio de la iglesia, que daba a la Plaza.

rroel, don Diego Gonzalez Montero, don Roque de Ahumada i don Alvaro de Quiroga i Losada, quienes pertenecian a las primeras familias de la ciudad.

Como es de calcular, hubo unanimidad de pareceres en el sentido de resistir a las órdenes del gobernador; i se nombraron dos comisiones para la colecta: una, formada de los capitanes don Diego de Godoi i Andres de Fuenzalida, los cuales en union de los alcaldes ordinarios debian dirijirse a los encomenderos; i otra, compuesta por el capitan Juan de Leon i el alférez Gonzalo Ferreira, que debian reunir suscriciones entre los comerciantes.

En sesion posterior se acordó escribir a todos los correjidores del obispado de Santiago, con el fin de que por su parte solicitaran fondos de los vecindarios respectivos.

Con fecha 7 de setiembre, el Cabildo designó al jeneral (1) don Pedro Lisperguer i Flores como procurador jeneral de la ciudad, para que se dirijiera lo mas pronto posible al virreinato.

Llamado inmediatamente a la sala de sesiones, Lisperguer aceptó el honroso encargo, despues de haberle asegurado el Cabildo la cantidad de 4,000 pesos de plata de a ocho reales para los gastos de viaje (2).

---

(1) Se le daba este título por haber desempeñado las funciones de lugarteniente de capitan jeneral en la Mar del Sur, en el segundo gobierno de Garcia Ramon.—Veáse *Historiadores*, tomo 28, páj. 74.

(2) En las actas del Cabildo hai testimonio de que con

Un mes mas tarde don Pedro Lisperguer partió de Chile. Los capitulares de Santiago no recibieron, sin embargo, cartas suyas sobre la tasa proyectada sino en julio i en noviembre del año siguiente.

¿Cuáles fueron las noticias que él entónces comunicó a sus poderdantes? ¿Favorables o adversas a los encomenderos?

Las actas de las sesiones correspondientes del Cabildo guardan reserva; pero la segunda de ellas deja vislumbrar que en noviembre el asunto estaba en plena discusion en la corte del virrei, i que aun habia esperanzas de estorbar el establecimiento de la tasa.

Hé aquí el testo mismo del acuerdo.

«*Cabildo de 6 de noviembre de 1619.*

«*Sobre la tasa.*—Recibióse en este Cabildo una carta i memorial de el jeneral don Pedro sobre la tasa i la confirmacion de la tasa, la cual se mandó leer, i leida guardar en el archivo; i se mandó despachar cartas al dicho jeneral don Pedro Lisperguer i al licenciado Acuña Olivera (1).»

---

fecha 8 de octubre de 1618 el procurador de Santiago, don Francisco Rodriguez de Ovalle, entregó por órden de la corporacion a don Pedro Lisperguer, en vísperas de su viaje, la cantidad de dos mil pesos de plata de a ocho reales, en que se incluian dos libranzas, ascendentes a 290 pesos de plata, tambien de a ocho reales, contra el jeneral Perez de Urasandi i el capitan Juan de Leon. Posteriormente, en sesion de 13 de setiembre de 1619, la corporacion acordó remitirle a cuenta de lo que se le debia todo el dinero que se habia cobrado. *Historiadores de Chile*, tomo 25, pájinas 301 i 345.

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 25. En este volúmen se hallan todas las incidencias referidas sobre la comision de

Es de suponer que en estas cartas se enviaran nuevas i mas apremiantes instrucciones en defensa de la causa sostenida por el Cabildo.

El nombramiento de Lisperguer habia sido, por lo demas, mui acertado; pues en esta época era uno de los primeros personajes de la colonia.

Alonso Garcia Ramon le habia nombrado en su segundo gobierno lugarteniente de capitan jeneral en las costas de la Mar del Sur, i le habia enviado al Perú con el objeto de solicitar del virrei marques de Montes Claros ausilio de hombres i dinero; en la cual comision habia obtenido espléndido éxito (1).

Posteriormente habia contraido matrimonio con doña Florencia Velasco i Solórzano, hija del licenciado Pedro Alvarez de Solórzano, miembro de la Real Audiencia de Chile (2), de cuyo enlace provienen algunas de las familias mas distinguidas de nuestro pais.

Lo que no pudiera conseguir en el virreinato el rico encomendero don Pedro Lisperguer i Flores deberia darlo por perdido cualquiera otro.

I mayor fuerza adquiere este raciocinio cuando se sabe que en estos mismos dias el padre Luis de Valdivia hizo viaje al Perú con el objeto de confe

---

Lisperguer. Véanse las pájinas 281, 283, 284, 289, 290, 291, 293, 300, 301, 328, 341, 345, 352 i 356.

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 28, pájina 74.

(2) Silva i Molina, *Oidores de la Real Audiencia de Santiago de Chile durante el siglo XVII*. 1902. Pájina 22.

renciar con el príncipe de Esquilache, como si hubiera temido que la influencia de Lisperguer doblegara el ánimo del nieto de San Francisco de Borja.

«I, habiéndose ofrecido de nuevo, son las propias palabras del ilustre jesuita, en el dicho reino de Chile puntos importantes que comuniqué al gobernador, le pareció importaria mucho que yo volviese a Lima (1)».

Obtenido el permiso del virrei, Valdivia se embarcó en el mes de noviembre de 1619, no sin haber dejado perfectamente asegurado el sistema de la guerra defensiva.

Con tal fin, celebróse un convenio entre el padre jesuita i Ulloa i Lémos, en el cual este último se comprometió a obedecer durante la ausencia del primero las cédulas que prohibian la guerra araucana, la esclavitud de los indíjenas rebeldes i el servicio personal obligatorio (2).

Ademas el padre Valdivia llevó consigo, para el caso probable de que llegara a España, una entusiasta recomendacion del gobernador de Chile, dirijida a la majestad de Felipe III (3).

Antes de partir, el evanjélico misionero juzgó indispensable despedirse del Cabildo de Santiago por

---

(1) *Biblioteca Hispano-Chilena*, tomo 2.º, pájina 220.

(2) Barros Arana, *Historia*. Tomo 4.º, pájina 142.

(3) Rosales, *Historia Jeneral de el Reino de Chile*, tomo 2.º, pájinas 643 i 644.

medio de una atenta comunicacion, que le fué contestada inmediatamente (1).

Su amigo Ulloa i Lémos debia morir un año mas tarde, en 8 de diciembre de 1620, cuando él se hallaba mui léjos de América (2).

Ulloa i Lémos alcanzó a completar tres años de gobierno; pero no logró establecer la nueva tasa.

La resistencia de los encomenderos, i, mas que todo, la imposibilidad de encontrar trabajadores voluntarios para el campo, constituyeron un obstáculo invencible.

Ulloa i Lémos llegó a proponer al rei que, a fin de libertar a los indíjenas de la esclavitud, i tener al mismo tiempo brazos para la agricultura, se enviasen mil negros por cuenta de la corona, los cuales deberian ser vendidos al precio de costo (3).

Este habia sido, por lo demas, el clamor constante de las ciudades de Chile despues de la derrota de Curalava.

Mil esclavos negros habia pedido tambien el agustino Bascones cuando habia sido enviado a la corte a principios del siglo; i, del mismo modo, el valeroso Gonzalez de Nájera, en su obra *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, habia aconsejado que se remplazaran por negros a los naturales del pais.

---

(1) *Historiadores*, tomo 25, pájinas 356 i 357.

(2) Barros Arana, *Historia*. Tomo 4.°, pájina 143.

(3) Barros Arana, *Historia*. Tomo citado, pájina 139.

El tesoro real no se hallaba en situacion de atender a esta necesidad i la peticion fué desestimada.

En cambio, la conducta prudente de Ulloa i Lémos, quien no habia empleado violencia alguna para establecer una nueva tasa de tributos, mereció la mas amarga censura.

«He sido informado, le escribia Felipe III en cédula de 25 de julio de 1620, que, habiendo llevado órden de mi virrei de las provincias del Perú, en virtud de la que tuvo mia, cuando me fuistes a servir en esos cargos, para quitar el servicio personal a los indios i entablar la tasa, no lo habeis puesto hasta agora en ejecucion; i porque esta es la cosa mas sustancial de vuestro gobierno, i que tanto importa para la pacificacion de esas provincias, i que los indios de ellas esten sujetos, os mando ejecuteis lo que os está ordenado precisa i puntualmente, pues, siendo éste el fundamento sobre que carga la esperanza de los buenos efectos, si no se comienza por ello, será imposible que se consiga (1).»

Con la misma fecha, firmó el rei otra cédula en que condenó el abuso que de ordinario se cometia, cuando álguien hacia dejacion de su encomienda por una remuneracion en dinero, comunmente de dos mil reales de a ocho por cada treinta indíjenas, de concederlas al comprador, aunque éste no hubiera prestado servicios en la guerra. «I, porque

(1) Amunátegui, *Los precursores de la independencia de Chile*. Tomo 2.°, pájinas 171 i 172.

todas estas provisiones de encomiendas, agregaba el monarca, con las dichas cautelas i trazas, son indignas de vuestra persona i gobierno, i averiguadas sereis castigado severísimamente, os mando no proveais ninguna encomienda si no fuese por vacante real i natural, guardando las cédulas sobre esto dadas, poniendo la cláusula ordinaria de que lleven confirmacion mia dentro de cuatro años (1).»

Felizmente para Ulloa i Lémos, estas severas amonestaciones llegaron a Chile despues de su muerte, i solo pudieron ser tomadas en consideracion por quien le sucedió en el mando.

(1) Amunátegui, obra i tomo citados. Pájinas 172 i 173

XII

Protectores de indíjenas.—Tasa de Esquilache.—El jesuita Luis de Valdivia parte a España.—El gobernador de Chile Osores de Ulloa modifica la tasa del virrei del Perú; mas no se atreve a mandar cumplir esta reforma.—La tasa de Esquilache no es obedecida.

Durante los gobiernos de Jaraquemada, Alonso de Ribera, Talaverano Gallegos i Ulloa i Lémos se continuaron nombrando correjidores de *partidos*, i administradores de pueblos de indíjenas.

Los *partidos* constituian verdaderas circunscripciones administrativas, las cuales tenian límites naturales; i debian mas tarde servir de base a la division de cada una de las dos intendencias establecidas a fines de la colonia. Estos *partidos*, con pocas escepciones, recibieron el nombre de *provincias* cuando la República se organizó de manera definitiva.

Los correjidores de *partidos* debian hacer justicia tanto a los indíjenas como a los españoles e hijos de españoles.

Estos correjimientos, creados, como ántes se ha dicho, por espresa autorizacion real (1) sobre las encomiendas territoriales, en una comarca mas o ménos estensa, pero bien definida, suministran una buena prueba de que el repartimiento de indíjenas fué la célula jeneradora de nuestra sociedad.

En aquella época no existia en la mayoria de los *partidos* poblacion alguna que mereciera el nombre de ciudad, i solo podian distinguirse pequeños villorrios, o mas bien, rancherias de naturales; i, sin embargo, la fecundante potencia del trabajo a que eran obligados los mapuches en las faenas agrícolas ya empezaba a delinear las bases de gobierno que habian de rejir en el porvenir.

Las faenas mineras se hallaban entónces en plena decadencia; i así se esplica que en todo el distrito de Santiago únicamente los correjidores de Quillota recibieran el título de alcaldes mayores de minas i el encargo de velar por la conservacion de los lavaderos.

A su vez, los correjidores del partido de Melipilla eran nombrados al mismo tiempo administradores del obraje de paños que funcionaba en esta rejion. Alonso de Ribera, en su segundo gobierno, fijó el sueldo de 215 pesos de a ocho reales para los indi-

(1) *Leyes de Indias*, libro 5, título 2, lei 3.

cados funcionarios, e igual cantidad continuó pagándoseles anualmente en lo sucesivo.

Cada uno de los pueblos de indíjenas, que en el obispado de Santiago, como se recuerda, fueron mensurados, por Jines de Lillo, tuvo ademas durante los cuatro gobiernos antedichos un administrador particular, el cual debia hacer cumplir a los encomenderos sus obligaciones respecto de los naturales, i debia tomar a su cargo el gobierno de los censos, ganados i otros bienes pertenecientes a los mapuches.

Muchos de estos pueblos estaban llamados a ser la cuna de las actuales ciudades de la República.

Pero, entre todos los empleados que debian cuidar de los naturales, ocupaban el lugar de preferencia los protectores.

Jaraquemada, con fecha 17 de febrero de 1611, nombró protector jeneral de Santiago, en vez del capitan Luis de Fuentes Pavon, al capitan Agustin Perez de la Cuadra, con un sueldo anual de 300 pesos de a ocho reales.

Por decreto de 2 de julio del año siguiente, Alonso de Ribera reelijió a Perez de la Cuadra, i le aumentó su remuneracion a 500 pesos.

El mismo presidente, en 28 de setiembre de 1614, designó como protector jeneral de Santiago al capitan Miguel de Amézquita; i año i medio mas tarde, a 28 de marzo de 1616, volvió a nombrarle con un sueldo de 600 pesos de oro de contrato, «que es el mismo, rezaba el decreto, que llevaron Luis de la

la Torre, don Luis de Fuentes i Juan Venegas (1).»

En 1.° de junio de 1618, Ulloa i Lémos nombró protector jeneral de los indíjenas de la jurisdiccion de Santiago a Gregorio Nuñez.

Hubo ademas otra clase de protectores, encargados de amparar a los naturales de Cuyo que eran traidos por sus encomenderos a la capital, ya sea con el objeto de emplearlos en faenas propias, ya sea para alquilar sus servicios.

Esta costumbre se habia establecido, segun debe recordarse, desde la época en que Rodrigo de Quiroga gobernó al pais como propietario.

La Real Audiencia intentó prohibirla en 1611, por considerar que tal práctica era manifiestamente contraria a muchas reales cédulas; pero el vecindario de Santiago protestó con enerjia, en cabildo abierto, i los buenos propósitos del alto tribunal quedaron burlados (2).»

Por otra parte, Alonso de Ribera, con fecha 26 de mayo de 1612, a los dos meses de haberse hecho cargo del mando, elijió a Juan Navarro protector de estos naturales, conocidos con el nombre de *huarpes*; i en 11 de julio de 1614 designó para el mismo empleo al capitan Pedro de Bustamante.

(1) *Historiadores*, tomo 25, pájina 138. Las noticias que se han leido sobre nombramientos de correjidores i administradores han sido tomadas de las actas correspondientes del Cabildo de Santiago; e igualmente en esas actas se encuentran las designaciones de protectores jenerales i protectores de los *huarpes*.

(2) *Historiadores*, tomo 24. pájinas 294, 395 i 396.

Esta actitud resuelta del gobernador impuso a la autoridad judicial, i estableció jurisprudencia; de tal modo que hasta el propio don Lope de Ulloa i Lémos, enviado por el virrei para suprimir el servicio personal de los indíjenas, se vió obligado a proveer este cargo, con fecha 12 de octubre de 1618, en Pedro de Rivadeneira.

En esta época aun acompañaba al gobernador de Chile el padre Luis de Valdivia; pero, como ántes se ha visto, en noviembre del año siguiente partió a Lima, donde el virrei «le oyó mas de cuatro meses», segun declaracion del propio padre.

En el virreinato, el misionero jesuita «procuró se tomase resolucion de la tasa i ordenanzas del servicio de los indios de este reino, sobre que él habia hecho apuntamientos por escrito, que se vieron en diversas juntas que sobre ello hizo el virrei (1)»; i consiguió plenamente su objeto, pues el príncipe de Esquilache, con fecha 28 de marzo de 1620, firmó en la ciudad de los Reyes el estenso reglamento, o tasa, que lleva su nombre (2).

Un mes i dias mas tarde el padre Valdivia partió del Callao por órden del virrei, en direccion a España, con el encargo de dar cuenta a la majestad de Felipe III sobre el estado en que se hallaba el

(1) *Biblioteca Hispano—Chilena*, tomo 2.°, pájina 220.

(2) Por primera vez, esta tasa se ha reimpreso en la obra ántes citada de don José Toribio Medina. Véase el tomo 1.°, pájinas 134—151.

reino de Chile, i de pedirle que confirmara la mencionada tasa (1).

Entretanto el príncipe de Esquilache hizo imprimir en Lima estas ordenanzas, i las remitió al gobernador de Chile para que las mandara promulgar.

Por su parte, don Pedro Lisperguer i Flores, regresó inmediatamente a nuestro pais i se presentó al Cabildo de Santiago.

En la sesion de 11 de diciembre, se creyó obligado a referir por estenso las diversas jestiones que habia ejecutado en Lima en desempeño de su comision.

Por desgracia, el resultado de ellas habia sido contrario a los encomenderos.

A pesar de todo, sin embargo, Lisperguer i Flores manifestó que, a su juicio, convenia «se asentase la tasa (2).»

Al dia siguiente en la noche llegó a Santiago la noticia de la muerte del gobernador Ulloa i Lémos, ocurrida en Concepcion, i del nombramiento hecho por él en la persona de don Cristóbal de la Cerda, oidor decano de la Audiencia, para que desempeñara el cargo de gobernador interino (3).

Despues de haber asumido el mando, el oidor Cerda se trasladó al sur, a mediados de enero, con el objeto de defender la frontera, que se hallaba

(1) Medina, obra citada, tomo 2.°, pájina 220.
(2) *Historiadores*, tomo 25, pájina 409.
(3) Obra i tomo citados. Pájinas 411 415.

seriamente amenazada por los indíjenas rebeldes.

Como ya se lo habia anunciado don Pedro Lisperguer, en la correspondencia enviada a su antecesor desde el Perú encontró el testo oficial de la tasa, i se apresuró a publicarla por pregon, en la ciudad de Concepcion, con fecha 14 de febrero (1).

En el preámbulo de las mencionadas ordenanzas, el príncipe de Esquilache hacia presente que ántes de dictarlas «habia visto el parecer de el gobernador (de Chile) i presidente de la Real Audiencia, i lo que en contra alegaron los interesados de algunas ciudades de este reino, i lo que le avisaron personas graves i celosas del servicio de Dios, nuestro señor, i de su Majestad, i bien de los indios; i habia oido muchas veces al procurador (Lisperguer) que fué a tratar desta causa; i conferido la materia con personas de ciencia i conciencia, i de quien mas satisfaccion tuvo para consultarlas.»

Entre las últimas, seguramente el virrei colocaba al padre Luis de Valdivia.

El reglamento, o tasa, se hallaba dividido en diez capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO

En que se quita el servicio personal, i se declara la libertad de los indios de Chile.

El virrei prohibia el servicio obligatorio, tanto de los indíjenas de paz como de los de guerra, «por

(1) Barros Arana, *Historia*. Tomo 4.°, pájina 167.

razon de encomienda, costumbre o prescripcion, o mandamiento de amparo que hasta entónces habian dado o dieren gobernadores, o por haberse poblado en chácaras o estancias los indios, o por haberles enseñado oficios sus amos, o por haberse criado o nacido en sus casas, o por haberlos cojido en la guerra, comprado o trocado, o de otra cualquier via que fuera.»

Esta regla jeneral no debia tener sino una escepcion.

El príncipe mantenia la esclavitud para aquellos naturales «que, siendo mayores de diez años i medio, se habian cojido en la guerra ofensiva dos meses despues de la publicacion» de la real cédula que así lo ordenaba.

Para gozar de este beneficio, los dueños debian probar ante la justicia, con declaraciones de testigos, audiencia del protector i de los interesados, que sus esclavos reunian aquellos requisitos.

No quedaban, sin embargo, incluidos en esta escepcion los naturales de Chiloé, aun cuando hubieran caido prisioneros en la época indicada; porque la cédula de esclavitud no habia sido dada por pregon en aquella comarca, i en ella las *malocas* habian sido espresamente prohibidas.

CAPÍTULO II

De los indios que han de dar tributo, i de los que no lo han de pagar.

Se declaraba que no eran encomendables los indíjenas de guerra establecidos al sur de la raya o frontera, ni los de paz que vivian en los campamentos españoles del Biobio; «a todos los cuales su Majestad habia puesto en su real cabeza.»

Respecto de los últimos, si voluntariameute querian alquilar sus servicios a particulares, debian recibir una remuneracion que no bajara de real i medio al dia; i unos i otros no debian ser ocupados sino «con toda moderacion en las cosas del real servicio», con el salario correspondiente, que se fijaba en las mismas ordenanzas.

Los indíjenas tomados prisioneros durante la guerra defensiva podian ser depositados en manos de personas recomendables.

Los naturales del Perú, Tucuman u otras rejiones quedaban esceptuados de tributo.

Todos los demas indíjenas no comprendidos en la anterior enumeracion, eran encomendables; pero solo estarian obligados a tributar los mayores de diez i ocho años i menores de cincuenta.

CAPÍTULO III

Del tributo que han pagar los indios i cómo se ha de distribuir.

Para este efecto, los indíjenas se dividirian en tres categorias.

En las jurisdicciones de la Serena, Santiago, Chillan i Concepcion debian pagar diez pesos i medio: ocho pesos para el encomendero, peso i medio para la doctrina, medio peso para el correjidor del partido i medio peso para el protector (1).

En los distritos de Mendoza, San Juan i San Luis, el tributo seria de diez pesos: siete i medio para el encomendero, peso i medio para la doctrina, medio peso para el correjidor i medio para el protector.

Los naturales de la ciudad de Castro e islas de Chiloé debian pagar nueve pesos i dos reales: siete i medio para el encomendero, un peso para la doctrina, medio para la justicia i dos reales para el protector.

(1) En estas ordenanzas se suprimian los administradores de pueblos, por considerar que ellos ántes perjudicaban que servian los intereses de los indíjenas; i se les reemplazaba con alcaldes mapuches.

CAPÍTULO IV

En qué jénero se ha de pagar la tasa, i en cuánto se tasan los jornales de indios de repartimientos.

Se prohibia terminantemente el trabajo de los indíjenas en los lavaderos.

Estos debian pagar su tributo en los jornales que les fijaban las ordenanzas por sus servicios en las labores agrícolas.

El jornal diario para los naturales de la Serena, Santiago, Chillan i Concepcion seria de real i medio, con mas la comida; para los de Mendoza, San Juan i San Luis, de real i cuartillo, i la comida; i para los de Chiloé, de real i cuartillo, pero sin comida, en atencion a la pobreza de esta comarca.

Deducido el tributo, lo restante debia pagarse a los indíjenas en un vestido de la tierra, si alcanzaba, i en frutos de las haciendas, a saber, trigo, cebada, maiz, ganado menor, potros, yeguas, novillos, vacas, sebo, cordobanes, lana, tasados por la justicia.

CAPÍTULO V

De las rentas que han de dar los indios de repartimientos i vecindades.

Ordenaba el virrei que en cada año solo podria obligarse a trabajar a la tercera parte de los indíjenas de una encomienda; i entretanto los otros ter-

cios tendrian derecho al descanso, i podrian alquilar voluntariamente sus servicios a quien quisieran, o bien ocuparse con libertad en lo que fuera de su agrado.

Si un encomendero no tuviera necesidad de todo el tercio, podria alquilar, autorizado por el gobernador, los indíjenas sobrantes a otro encomendero o persona benemérita.

El tercio correspondiente deberia servir en la *mita* que le tocara doscientos siete dias, o sean, nueve meses de a veintitres dias de trabajo cada mes; pues se dejaban libres los domingos i dias de fiestas, tanto eclesiásticas como especiales de los indíjenas.

A éstos se les reservaban tres meses «para su descanso i para sembrar i cojer sus comidas.»

El tercio de *mita* debia pagar en jornales el tributo entero suyo i el de los otros dos tercios. «Así, donde los indios eran tasados en diez pesos i medio, habia de pagar cada indio de tercio, en jornales de a real i medio, doscientos cincuenta i dos reales, en ciento sesenta i ocho dias; i en Cuyo, donde los indios eran tasados en diez patacones, habia de pagar cada indio de tercio doscientos noventa reales en ciento noventa i dos jornales de a real i cuartillo; i en la ciudad de Castro, donde estaban tasados a nueve pesos i dos reales, habia de pagar cada indio de mita doscientos veinte i dos reales en ciento setenta i siete jornales de a real i cuartillo.»

Ademas, se hallaba establecido que cada indíjena

debia servir sin paga quince dias durante la *mita*, para indemnizar al encomendero de la obligacion que tenia de curar a los naturales en sus enfermedades; «de modo que en las cuatro ciudades de Santiago, la Concepcion, San Bartolomé de Chillan i la Serena no restaban dias que pagar al indio mas que veinticuatro, que a real i medio montaban treinta i seis reales a cada uno, i los veinticuatro reales, quitadas las faltas maliciosas i voluntarias, en lo que alcanzare, para camiseta, o calzones, o manta; i en las tres ciudades de Cuyo, en proporcion de a real i cuartillo, le pagaban ménos, i se han de cumplir las fallas voluntarias; i en la ciudad de Castro sobraban catorce jornales que pagarles a real i cuartillo, de que se habian de descontar las fallas voluntarias.»

Cuando los indíjenas residieran mui cerca de las haciendas de los encomenderos, el gobernador podria obligarlos a todos a servir la *mita* en el mismo año, en tal forma que cada tercio trabajara anualmente sesenta i nueve dias, esto es, tres meses.

Las mujeres i niños no estarian obligados al trabajo; i, en el caso de que quisieran servir voluntariamente, deberian ser remunerados.

A los muchachos pastores se les pagarian dos reales i medio en vestidos cada semana.

De cada cinco indíjenas de *mita* el encomendero podria destinar uno al oficio de pastor, el cual estaria obligado a trabajar todo el año, sin escepcion de domingos ni demas dias de fiesta. Deducido el

pago del tributo, estos pastores recibirian por los dias restantes un jornal diario de medio real; i así corresponderia a cada uno de ellos la cantidad de once pesos i tres reales al año.

Los indíjenas de *mita* no deberian ser empleados en ocupaciones distintas de las de labranza i crianza, como en obrajes, edificios i otras, sin espresa licencia del gobernador.

Bajo severas penas, se prohibia que a los indíjenas de Mendoza, San Juan i San Luis de Loyola se les obligara a atravesar la Cordillera para venir a hacer turnos de trabajo en estas provincias centrales; i se ordenaba a los encomenderos que permitieran volver a sus tierras a los naturales que hubieran sido traidos con tal objeto.

Bajo las mismas penas, se mandaba a los encomenderos de Cuyo que regresaran inmediatamente a las comarcas donde tenian sus indíjenas, i se avecindaran en ellas.

Por último, se establecia que, si los naturales de la ciudad de Castro i del correjimiento de Cuyo obligados al trabajo de las *mitas* eran demasiado numerosos, i los encomenderos no tuvieran necesidad de ocupar a todos los indíjenas del tercio, los que quedaran libres pagarian su tributo en ropa de la tierra, en miel, en jornales de corte de madera, o en otros jéneros de servicio indicados por el gobernador.

CAPÍTULO VI

De las reducciones de los indios de repartimientos.

Ordenaba el virrei que todos los indíjenas de repartimientos, salvo aquellos que hubieran estado ausentes por mas de diez años, o hubieran contraido matrimonio en la frontera, volvieran a habitar en sus *reducciones* (1), o pueblos.

Si voluntariamente algun indíjena tributario, soltero o casado, quisiera permanecer en la casa, chacra o hacienda del encomendero, podria hacerlo, pero con permiso del gobernador.

Los encomenderos no podrian en adelante sacar de las reducciones indíjena alguno, a no ser con órden del gobernador, el cual solo deberia concederla en casos perfectamente calificados.

En las reducciones o pueblos, los dos tercios de indíjenas que hubieran quedado libres de la *mita*, deberian elejir anualmente a uno de ellos para que ejerciera funciones judiciales semejantes a las de los alcaldes ordinarios de naturales en el Perú.

Los caciques i sus hijos mayores no estarian obligados a pagar tributo ni a trabajar en las *mitas*.

En cada reduccion o pueblo deberia dejarse libre una legua de tierra, tanto para las siembras de los naturales como para edificar nuevas habitaciones.

(1) Segun el *Diccionario* de la Academia Española, *reduccion* es un *pueblo de indios convertidos a la verdadera relijion.*

Los encomenderos no podrian criar ganado menor a ménos distancia de media legua de una reduccion, ni ganado mayor dentro del radio de dos leguas de un pueblo de naturales.

CAPÍTULO VII

De los indios oficiales.

Se eximia de servir en las *mitas* a los maestros carpinteros, herreros, sastres, zapateros, i de otros oficios; los cuales deberian pagar su tributo en dinero o en obras, i tendrian derecho a vivir en las ciudades.

En el caso de que quisieran alquilar sus servicios, corresponderia al gobernador señalar los jornales que hubieran de recibir.

Los naturales que no fueran maestros en artes mecánicas, i sí solo aprendices, estarian obligados a trabajar en las *mitas*, como los demas indíjenas; pero, siempre que se aprovecharan sus servicios en artes manuales, su jornal seria de dos reales al dia, i, tan luego como terminaran de pagar el tributo correspondiente, podrian retirarse de la *mita*, a fin de dedicarse al trabajo libre.

CAPÍTULO VIII

De los indios poblados en estancias i de la tasa de sus jornales.

Los indíjenas residentes en las haciendas de campo, conocidos en Chile con el nombre de *inquilinos*, estarian obligados a trabajar anualmente ciento sesenta dias en las faenas del fundo.

El dueño de la hacienda, por su parte, deberia suministrarles por todo el tiempo que estuvieran a su servicio un pedazo de tierra, donde ellos pudieran sembrar un almud de maiz, dos de cebada, dos de trigo i otras legumbres; i deberia prestarles los bueyes i utensilios indispensables para el cultivo (1).

El jornal de estos *inquilinos* seria de un real por cada dia de trabajo; i, deducido el tributo, el resto de los jornales deberia pagárseles en un vestido de la tierra, en unos calzones de cordellate, i, si alcanzare, en frutos de la hacienda.

A las mujeres i a los niños tampoco se les obligaria al trabajo.

El dueño de la hacienda podria destinar al oficio de pastor un indíjena por cada cuatro *inquilinos*.

---

(1) Como se sabe, esta práctica se ha perpetuado hasta nuestros dias; lo que no es de estrañar si se atiende a que los modernos inquilinos descienden en línea recta de los indíjenas de encomienda.

CAPÍTULO IX

De los indios que sirven en las ciudades i familias, i en la milicia.

Los naturales que desempeñaran el oficio de criados, o sirvientes domésticos, serian tratados en adelante como personas libres.

El encomendero, o dueño de casa, estaria obligado a darles comida i abrigo para dormir, i a cuidarles en sus enfermedades.

Deberia pagarles ademas, despues de deducido el tributo, un salario anual: trece patacones a cada indíjena mayor de diez i ocho años; dieciseis pesos a cada mujer de la misma edad; doce pesos a los muchachos de uno i otro sexo, mayores de doce años i menores de diez i ocho; i un vestido al año a los niños i niñas menores de doce años.

El pago de estos salarios se haria en ropa de la tierra o paño de Quito (1).

A fin de asegurar el cumplimiento de estas obli-

(1) En esta época habria sido imposible pagar a los criados en moneda, segun se ha advertido al hablar de la *tasa de Gamboa*; puesto que no habia en Chile casa de acuñacion, i las piezas que corrian en el comercio eran escasas. Fué necesario que trascurrieran ciento cincuenta años, o mas, para que este pago llegara a ser posible. De todos modos, sin embargo, es interesante saber que en 1620 la autoridad estimaba en poco mas de un peso al mes los servicios domésticos de un hombre adulto.

gaciones, los correjidores harian una visita anual a las familias; permitirian que se asentaran por un nuevo año (1) en la misma casa a los naturales que estuvieran contentos con el trato de sus patrones; i pondrian en libertad a los criados que probaran justos motivos de queja.

Los patrones deberian permitir el matrimonio de sus criadas, i darles licencia para que, terminado el contrato anual, fueran a vivir con sus maridos; i en ningun caso podrian alquilar a otra persona los indíjenas de su servicio doméstico, so pena de que les fueran quitados.

Estas mismas reglas serian aplicables a los naturales que prestaran iguales servicios en el ejército.

Al mismo tiempo, i para evitar amancebamientos, el virrei ordenaba que en los campos de Arauco i Yumbel las mujeres indíjenas solteras durmieran en casas especiales destinadas a este objeto.

CAPÍTULO X

De la justicia i doctrina.

Los correjidores deberian hacer matrícula exacta de los indíjenas de repartimiento, i de los que resi-

(1) El sistema de contratar a los servidores indíjenas por un año, o, como entónces se decia, *asentarlos por carta*, fué introducido en Chile, segun se recordará, por el provincial de la Compañia de Jesus, Torres Bollo, en 1608.

dieran en las haciendas i en las ciudades, a fin de obligarles a cumplir con sus obligaciones.

Por su parte, los vecinos de cada ciudad, dueños de haciendas, protectores, doctrineros, oficiales de ejército i correjidores estarian obligados a tener en su poder un ejemplar de estas ordenanzas i a ejecutar estrictamente sus disposiciones.

Serian en adelante prohibidas las borracheras públicas, aun en las épocas de siembra, cosecha, vendimia o de otra clase de labores; i se castigaria con severidad a los que proporcionaran vino para celebrarlas.

Por cada doscientos indíjenas tributarios deberia establecerse una doctrina, donde se enseñaria el catecismo, i en la cual habria tantas capillas cuantas fueran necesarias por la estension del territorio.

Los relijiosos doctrineros estarian obligados a llevar un libro de bautismos; i los indíjenas de cada parroquia, a fabricar la iglesia, con los materiales que les darian los hacendados vecinos, i a servir al doctrinero.

Tales eran los principales preceptos de la tasa de Esquilache; la cual, por lo demas, recomendaba en varios de sus artículos a los encomenderos que trataran de adquirir negros esclavos o de contratar trabajadores voluntarios, tanto para sus labores agrícolas o industriales como para el servicio doméstico, en prevision de que el rei podria, cuando lo tuviera a bien, poner fin a las encomiendas.

Esta tasa, como puede verse por el estracto que

se ha leido, favorecia a los encomenderos mucho mas que la dictada por el gobernador Ruiz de Gamboa.

Segun se recordará, esta última ordenanza imponia a los indíjenas del obispado de Santiago la obligacion de pagar un tributo anual de nueve pesos, de los cuales siete deberian ser en «buen oro» i los otros dos en frutos, pescado, aves u ovejas.

Ademas, el mencionado gobernador, como escribia al rei en 1598 Garcia de Loyola (1), «señalaba a los encomenderos indios de servicio para sus casas, beneficio de heredades, i gañanes para sementeras i guarda de ganados, i entre ellos algunos oficiales, i que estos oficiales sirviesen cierto tiempo del año al encomendero, i lo restante para su provecho, i éstos i los demas se remudasen, i que a estos indios diesen de vestir, i a los oficiales cierta cantidad de pesos.»

En cambio, prohibia terminantemente a los dueños de encomiendas que entrasen en los pueblos de indíjenas, i les quitaba toda autoridad sobre los naturales, quienes solo debian obediencia a sus correjidores i administradores.

En resúmen, Ruiz de Gamboa destinaba el mayor número de tributarios a los lavaderos, como que entonces la principal industria consistia en la estraccion del oro; i en estas labores solo obligaba a

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 152.

los indíjenas a trabajar para el efecto de reunir el oro del tributo.

Los encomenderos, que se hallaban acostumbrados al trabajo incondicional de los naturales, cualquiera que fuese el beneficio, protestaron enérjicamente contra aquella limitacion, i, segun se ha leido, obtuvieron que don Alonso de Sotomayor derogara la ordenanza.

A la inversa, el príncipe de Esquilache prohibia el trabajo de los lavaderos,—prohibicion que no perjudicaba sino a unos pocos dueños de encomiendas, ya que en 1620 no se esplotaban otros lavaderos que los de Quillota i Andacollo; i destinaba el mayor número de indíjenas encomendados a las faenas agrícolas, que entónces constituian la industria mas próspera de la colonia.

La compensacion establecida, por otra parte, en esta última tasa, del tributo con el jornal, dejaba en pié el servicio obligatorio de los mapuches.

Luis de Valdivia, que habia contribuido, como se ha visto, de una manera considerable a la formacion de la ordenanza, habia llegado sin duda al convencimiento de que no era posible suprimir de repente el servicio personal, i se habia contentado con reglamentarlo, a fin de hacer ménos dura la condicion de los naturales.

Basta, por lo demas, esta actuacion del evanjélico misionero para que quede plenamente justificado el prestijio de que goza su memoria; i es evidente que cuando mas tarde las clases populares de Chile

hayan adquirido la conciencia de sus derechos i el conocimiento completo del pasado, herederas como son de los aboríjenes de nuestro pais, sabrán apreciar en su verdadero valor los heroicos esfuerzos del infatigable jesuita, i harán justicia a sus méritos levantándole un monumento en esa Araucania, donde estuvo en peligro de ser asesinado, pero donde los bosques seculares i las montañas pueden atestiguar su caridad i abnegacion.

Los encomenderos, sin embargo, se resistieron desde el primer dia al cumplimiento de una tasa que confirmaba la prohibicion de hacer esclavos; suprimia el trabajo forzoso en los lavaderos; limitaba el número de dias que en cada año los indíjenas debian consagrar al cultivo del campo; obligaba a los dueños de repartimientos a permitir que los naturales vivieran en sus reducciones; i, por último, establecia visitas domiciliarias de los correjidores, con facultad para libertar a los indíjenas que fueran maltratados por sus amos.

A principios de marzo de 1621 llegaron desde Concepcion, donde se hallaba el oidor Cerda, comunicaciones terminantes para que se asentara la tasa en la capital.

De conformidad con los antedichos propósitos, los capitulares de Santiago, en sesion de 10 del mismo mes, acordaron solicitar del correjidor, que lo era don Fernando de Irarrázaval, suspendiera la ejecucion de lo mandado hasta que llegara nueva órden del capitan jeneral, al cual se debia informar

de los inconvenientes que ofrecia la ordenanza dictada por el virrei.

Irarrázaval, que presidia el Cabildo, accedió gustoso a los deseos de la corporacion, a pesar de las protestas del tesorero don Jerónimo Hurtado de Mendoza (1), quien exijió quedara testimonio en el acta de que era partidario de que se obedecieran las reales cédulas contra el servicio personal.

Posteriormente el Cabildo nombró una comision de miembros de su seno, a la cual fué agregado don Pedro Lisperguer i Flores, para que apelara por escrito ante el gobernador del auto en que se mandaban poner en práctica las nuevas disposiciones.

En vano Hurtado de Mendoza insistió en manifestar la obligacion que tenia el Cabildo de acatar las órdenes del rei; pues la corporacion, a su vez, alegó que eran razones suficientes para suspender la ejecucion de la tasa la epidemia de viruelas, las inundaciones del Mapocho i las nuevas rebeliones de indíjenas que en los últimos tiempos habian amenazado la existencia de la colonia (2).

Los encomenderos de Santiago tuvieron entónces oportunidad de manifestar al presidente interino su mala voluntad negándose a suministrarle los recursos de hombres i dinero que les pedia con ins-

(1) Este caballero era natural de Aragon, i fué el fundador de la familia santiaguina del mismo apellido.

(2) *Historiadores de Chile.* Tomo 25, pájinas 464, 468, 491 i 495.

tancia para restablecer la paz en la frontera de Arauco (1).

Por lo demas, ántes de mucho tiempo, recibió noticias el oidor Cerda de que, apesar de sus instancias en contrario, el virrei del Perú le habia designado reemplazante en el gobierno de Chile; i desde este momento careció del prestijio necesario para hacerse obedecer.

Durante su gobierno, don Cristóbal de la Cerda nombró diversos administradores de pueblos de indíjenas i correjidores de *partidos*, en la misma forma que los anteriores presidentes.

Con fecha 19 de diciembre de 1620, designó al licenciado Juan de Morales Negrete (2) para que desempeñara los cargos de correjidor de Melipilla i administrador del obraje de paños; i en 13 de enero del año siguiente nombró al capitan Rodrigo de Araya Berrio (3) correjidor del partido de Quillota.

En este segundo decreto no se daban al agraciado las facultades de alcalde mayor de minas, como habia sido costumbre (4).

---

(1) Obra i tomo citados, pájinas 468, 475, 479, 480, 483 i 485. Los ausilios ofrecidos en esta ocasion por el Cabildo fueron tan exiguos que llegaron a ser ridículos, i el oficial encargado por el oidor Cerda de llevarlos a la frontera se negó en un principio a hacerlo.

(2) Sobre este personaje, consúltese el *Diccionario* de Medina.

(3) Thayer Ojeda, *Los Conquistadores de Chile*. Tomo 1.°, pájinas 98 i 99.

(4) El último nombramiento de alcalde i veedor de minas de Quillota habia sido firmado por Ulloa i Lémos, a 22 de abril de 1619, en favor del capitan don Francisco de Aven-

El mismo oidor Cerda elijió en 13 de enero de 1621 protector jeneral de los indíjenas de Santiago al licenciado Francisco de Escobar; i con igual fecha protector jeneral de los huarpes al sarjento mayor Gonzalo Becerra.

El sueldo fijado a Escobar era de 600 pesos anuales, tal como el que habia tenido su antecesor Gregorio Nuñez; pero con la obligacion de dar 100 pesos al año al capitan don Luis de Fuentes Pavon, i 70 al capitan Luis de Salinas, «por ser personas beneméritas i estar con necesidad, i no haber de presente en qué les hacer merced (3).»

El sucesor de Cerda fué un caballero de la órden de Calatrava, que habia residido por largos años en el Perú, i dueño de una fortuna considerable, llamado don Pedro Osores de Ulloa.

Aunque octojenario, el nuevo presidente poseia mucha independencia de carácter, i no abandonaba fácilmente su opinion cuando habia estudiado por sí mismo un asunto (4).

Por otra parte, el cambio de gobierno en el virreinato le dió una libertad inusitada para proceder en todo lo que se referia a la guerra defensiva i al servicio personal de los indíjenas.

---

daño i Valdivia, de la familia del conquistador de Chile. Véase *Diccionario* de Medina; e *Historiadores*, tomo 25, pájina 348.

(3) *Historiadores*, tomo 25. Pájinas 419, 441, 445, 448, 450, 484, 493, 496, 498 i 504.

(4) Barros Arana, *Historia*. Tomo 4.º; pájinas 171 i 172.

Dos meses despues que llegó a Chile, el príncipe de Esquilache dejó el mando i se dirijió a España. El virreinato quedó entónces gobernado interinamente por el tribunal de la Real Audiencia.

Osores de Ulloa no desembarcó en Valparaiso sino que quiso ir directamente al teatro de la guerra.

Al cabo de poco tiempo se persuadió de que la conquista pacífica de los araucanos era una quimera, i de que aquel sistema tan ensalzado en el palacio del virrei i en la corte de España no habia producido otros resultados que la relajacion de la disciplina en el ejército de la frontera i el ensoberbecimiento de los indíjenas.

Osores de Ulloa no tardó mucho en comunicar al nuevo soberano, Felipe IV, quien acababa de suceder a su padre, cuál era la honrada conviccion que se habia formado de la guerra defensiva; i en carta de principios de 1622 se espresaba así.

«Si el marques de Montes Claros pudiera haber visto con desengaño el estado presente de esta guerra, fio de su gran celo en acrecentar vuestro real patrimonio no hubiera dado principio a semejantes determinaciones (1).»

De igual modo, el gobernador de Chile adquirió el convencimiento de que era impracticable asentar la nueva tasa por la falta de hábitos de trabajo entre los mapuches.

A juicio de Osores de Ulloa, la distribucion de los

(1) Barros Arana, obra i tomo citados. Pájina 175.

indíjenas de cada repartimiento en tercios, que debian alternarse, i la obligacion impuesta a estos tercios de servir doscientos siete dias en el año de la *mita*, de tal modo que sobraran tres meses libres para que los naturales pudieran cultivar sus chacras, constituia un conjunto de disposiciones demasiado complicadas.

«Esta ordenanza, decia, parece es impusible pueda tener efeto, porque, habiendo sacado el tercio del repartimiento para el encomendero, como por ella se manda, no podrán los indios acudir a las demas faenas que se ordena, en los tiempos que se refieren, con la puntualidad que conviene para que los unos no sean vejados ni los españoles agraviados, por la poca estabilidad que se conoce tienen los dichos indios en el trabajo i poca codicia en ganar plata, pues solo la desean o procuran para emborracharse i acudir a sus vicios, en que hacen muchas fallas de omision, segun lo que he entendido i visto, i que acontece ir un indio por los bueyes para arar i no volver en ocho dias, i los pierde i traspone, solo por ocuparse en sus borracheras, ques causa de que vendan las herramientas que les dan para las rozas i otros beneficios, i no podrán satisfacer el tal servicio en el dicho tiempo, i solo servirá la dicha ordenanza de que se perpetúen por esclavos, respeto de las grandes fallas, de que podrá resultar queden los mas desnudos, i anden ausentes todo el año, sin acudir a sus pueblos ni a las sementeras de sus comidas i de las de sus encomen-

deros. Así, por esto como porque se deternán en los caminos en las dichas borracheras i vicios, i, por la mayor parte, se perderá el tiempo del trabajo, que han de tener de ir i venir tantas veces a sus pueblos con hijos i mujeres, i de muchas partes léjos. I, caso questos inconvenientes se pudieran reparar, i que dejasen hechas en los pueblos sus sementeras, dejándolas por venir a casa de su encomendero, los mas dellos confiesan no las podrán lograr, por la tempestad de pájaros, bueyes, caballos, langostas, que de ordinario hai, para ques necesario asistir i tener guardia, i aun con esto no cojen enteramente el fruto, i todos concuerdan en ques imajinacion creer que los indios que quedan en el pueblo les mirarán por ellos, i se ve por esperiencia que no lo hacen, ántes quellos mesmos las destruyen, con que se tiene por sin duda no será mas de trabajo sin fruto en los mas de los dichos pueblos. I, en caso que caigan enfermos de necesidad, les han de asistir sus mujeres, con que las dichas chacras quedarán perdidas, i ellos i sus familias muertos de hambre. I el tiempo que se les señala a los dichos indios para las dichas faenas es tan limitado i puntual que aun religiosos no podrian observarlo, i guardar las dichas ordenanzas como en ellas se refiere, demas del daño universal que se seguiria a las repúblicas, siendo por esta razon las sementeras cortas, habiéndose de hacer i beneficiar en tan breve tiempo, particularmente en las chacras de sus

amos; con que se encarecerian los mantenimientos (1).»

Aunque en las consideraciones que acaban de leerse hai evidente exajeracion, la verdad es que a los indíjenas chilenos se necesitaba obligarles a trabajar, no solo en beneficio de sus encomenderos, sino tambien en beneficio propio i de sus familias.

En este sentido, Osores de Ulloa tenia razon cuando afirmaba que el sistema ideado en la tasa del príncipe de Esquilache para aliviar la condicion del mapuche encomendado adolecia del grave defecto de su complicacion.

Sin duda alguna, los naturales de nuestro pais no estaban preparados para gozar de las franquezas que les concedia la nueva tasa.

En vista de las dificultades que se presentaban en el establecimiento de esta ordenanza, Osores de Ulloa dictó, con fecha 8 de diciembre de 1622, i miéntras el rei resolvia en definitiva, un estenso auto, por el cual puso en vigor algunos de sus preceptos, i modificó otros que, en su sentir, no podian aplicarse estrictamente (2).

En el preámbulo, el gobernador, despues de pasar en revista las diferentes tasas que se habian dictado en Chile, llegaba a la que rejia ántes de que

(1) Medina, *Bibloteca Hispano-Chilena*. Tomo 1.º, pájinas 154 i 155.

(2) Don José Toribio Medina ha reproducido íntegramente esta pieza en el tomo 1.º de su *Bibloteca Hispano-Chilena*; pájinas 151 165.

fuera promulgada la de Esquilache, o sea, a la de Alonso de Ribera, la cual, como se recuerda, mereció la aprobacion del virrei Velasco.

«Fué disimulando en la antigua, escribe, (a pesar de las reales cédulas que ordenaban se suprimiera el servicio personal) esta Real Audiencia, con ciertas calidades, sin mudar del estado en que estaban las cosas de los indios, teniendo, contra la opinion del señor licenciado Hernando Machado, por bastante paga que sus encomenderos les diesen dos vestidos de lana, que valen diez patacones, dos pares de calzones de cordellate, a tres cada uno, i una frezada por cinco, de comer i curallos en sus enfermedades, pagar dotrina, i a los del tercio dalles sesmo del oro que sacaban, no descontándoles fallas, que son pocos o ninguno que las dejen de hacer, trocándose cada dos años; sin dar cuenta de la hacienda que estaba a su cargo, ántes por la mayor parte usaban della a su voluntad. I lo que ahora se les da (a los encomenderos) en la nueva tasa es mucho ménos i con mayores zozobras; i, si entónces no se reparó en los dichos inconvenientes, que no hacian los dichos indios mas que sacar oro, i algunos se ocupaban en las labranzas i crianzas, i no estaban tan divididos como estan ahora, ni habia tantos de tan diferentes partes que con la ruina i absolucion de las ciudades despobladas se han agregado a esta ciudad de Santiago, que en alguna manera quedan perpetuados por esclavos de las chacras, sin tener tercio de remuda, mucho mas

justo parece, en el tiempo presente se debia mirar, sin mandarles guardar tasa con tantas circunstancias, que los relijiosos que por minutos reparten el tiempo les seria imposible ejecutarla. I, sin embargo de todas las dichas dificultades i otras muchas que no se refieren, se ha determinado se imponga la dicha nueva tasa; i, aunque conocidamente se ve el daño que ha de causar, i confusion en que se han de poner los dichos indios, por la imposibilidad de su cumplimiento, que no es ni puede ser en favor de los unos ni de los otros, piden se cumpla el mandato de su Majestad, i quieren guardar la órden dada, creyendo que el tiempo mostrará breve los daños que resultarán, i tomará la resolucion que mas convenga.»

En esta esposicion, segun ha podido notarse, Osores de Ulloa se inclinaba resueltamente a favor de los encomenderos; i tal fué sin duda el espíritu jeneral que inspiró su auto de 8 de diciembre.

Una sola de las nuevas medidas ordenadas por él habia de redundar en provecho directo de los indíjenas.

Héla aquí: «Acabada la mita, establecia el gobernador, se vuelvan los dichos indios del tercio a sus pueblos, para que vengan el siguiente año, i los dichos sus amos les ayuden a su sustento i vestuario, remitiéndoles algunas fallas; porque, habiendo de ir i venir en los dichos tres meses que les dan para ello i sus sementeras, los consumirán sin fruto, i con todo esto han de ser los indios mui mal paga-

dos, i les ha de ser de poco fruto lo que les diere, como no sea en oro o en plata, que por correr tan poco destos jéneros, en la tierra, de presente, no se puede obligar por ahora a los españoles, a quien sirven, sino que se siga la forma de atras.»

En cambio, Osores de Ulloa suspendió la prohibicion de Esquilache para hacer trabajar a los naturales en los lavaderos; i dispuso que, entretanto el rei resolvia otra cosa, pudieran los encomenderos ordenar estas faenas, con permiso del gobernador.

«El jornal, se leia en el auto, quel indio ha de llevar por la causacion de la saca del dicho oro ha de ser a dos reales cada dia, en que se han de incluir todas las demas cosas contenidas en las ordenanzas de las pagas, i no se les ha de dar tareas (1) para este jornal, sino quel indio se ocupe en lo que del dicho beneficio le mandaren, que es fácil i sin peligro, por no haber minas de profundidad en este reino, sino que todo es en la haz de la tierra, labrando a tajo abierto.»

Prohibia, ademas, que los indíjenas dedicaran a sus hijos a las artes mecánicas sin licencia del gobernador, i obligaba a todos los artesanos de las encomiendas a servir en las *mitas*, contra lo dispuesto espresamente por el virrei, aunque con la

(1) En la tasa de Gamboa, segun se ha visto, el indíjena solo estaba obligado a estraer una cantidad de oro determinada. Osores de Ulloa, por el contrario, quiso favorecer a los encomenderos en todo.

fórmula conocida de «hasta quel rei, nuestro señor mande otra cosa.»

Aumentaba considerablemente el número de indíjenas que podian destinarse al oficio de pastores; i autorizaba a los encomenderos para que ocuparan a sus yanaconas i a los individuos del tercio de la *mita* en las granjerias que tuvieran a bien, como beneficio del sebo, curtimientos i construcciones, en el tiempo que les quedara libre despues de las labranzas i crianzas.

Fundado en una real cédula de 19 de junio de 1620, por la cual se habian declarado nulas las encomiendas de aquellos indíjenas que hubieran sido arrancados de sus pueblos, Osores de Ulloa no respetaba la disposicion del virrei que eximia de reducirse a los naturales que, por residir en casas o haciendas de españoles, estuvieran ausentes de sus rancherias por diez años; i, a la inversa, ordenaba que todos debian ser obligados a vivir en sus reducciones, a fin de que en éstas se reuniera el número suficiente de tributarios, i un tercio pudiera trabajar en la hacienda del encomendero, otro en la misma reduccion, i el restante en las chacras o haciendas vecinas, donde debian remunerarse sus servicios.

Como complemento de esta última disposicion, establecia que los indíjenas que de su propia voluntad residian en la casa, chacra o estancia del encomendero no podrian en adelante exceder del diez por ciento de los tributarios del mismo repartimien-

to. i que al fin del año tendrian derecho para volver a sus pueblos, sin que nadie lo estorbara.

A los indíjenas artesanos de las ciudades mandaba pagar un jornal diario de cuatro reales; a pesar de que el virrei habia dictado una regla contraria, prohibia a los *beliches* establecidos en las *estancias*, o haciendas, que se alquilaran a los propietarios vecinos; i, por fin, no autorizaba a otros soldados que a los de los fuertes de la frontera para servirse de tributarios, a condicion de que se pagara puntualmente a los encomenderos la renta debida.

Osores de Ulloa desobedecia tambien lo dispuesto por el virrei cuando restablecia, previa licencia del gobernador, las *mitas* de los indíjenas de Cuyo; i cuando mandaba suspender la ejecucion del precepto que obligaba a los encomenderos de allende la Cordillera a trasladarse a su vecindad, so pena de perder en dos años el repartimiento.

Por último, en atencion a que los naturales eran incapaces para cuidar de sus bienes, disponia que continuaran nombrándose administradores de indíjenas, uno por cada tres pueblos, con derecho al sustento diario, i al sesmo de las labranzas, crianzas i demas frutos de la comunidad.

El príncipe de Esquilache no habia creido conveveniente autorizar estos nombramientos, sin duda por evitar los abusos i escándalos que se cometian en tales administraciones.

Por lo demas, el auto dictado por Osores de Ulloa con fecha 8 de diciembre, especialmente con el ob-

jeto de hacer posible la aplicacion de la tasa del virrei del Perú, contenia una disposicion que habria sido mui difícil llevar a efecto, cual era, la de establecer en sus pueblos a todos los indíjenas de encomienda.

El mismo Osores de Ulloa reconocia que el rei no tenia «hacienda para ocupar ministros que hicieran las dichas reducciones»; i, con criterio mui estraño, comisionaba a los «mesmos vecinos», se entiende encomenderos, para que, «con intervencion de la justicia, donde estuvieran los dichos indios», los recojieran i redujeran.

Se comprende a primera vista que ningun encomendero se habria prestado con buena voluntad a realizar esta obra, humanitaria, si se quiere, pero perjudicial a sus propios intereses; puesto que la persona encargada de ella habria tenido que empezar por despojarse de los inquilinos de su hacienda.

A pesar de esto, sin embargo, el auto del gobernador recibió la mas ámplia aceptacion de la autoridad eclesiástica; i, en 10 de diciembre de 1622, diez i ocho relijiosos respetables firmaron un documento solemne en que declaraban que el decreto aludido correspondia en todo a las necesidades de la época (1).

Encabezaba la lista el gobernador del obispado, doctor don Juan de la Fuente Loarte, i seguian los

(1) Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*. Tomo 1.º, pájinas 166 i 167.

provinciales de Santo Domingo, San Francisco, San Agustin i la Merced, amen de varios maestros i definidores de las mismas órdenes, entre los cuales es justo recordar al agustino frai Juan de Toro Mazote, quien muchos años mas tarde debia cambiar radicalmente de opinion i debia convertirse en ardoroso defensor de los naturales (1).

Brillaba por su ausencia en este documento, como era de suponerlo, la poderosa Compañía de Jesus.

Faltó tambien al gobernador el apoyo de la Real Audiencia, la cual se negó a dictaminar. Consultados los oidores sobre el auto, «no les pareció convenia dar su parecer, declarándose, porque de los pleitos que dello habian de resultar era forzoso fuesen jueces.»

Esta actitud del primer tribunal de justicia de la colonia doblegó el ánimo del anciano presidente, que hasta entónces habia dado pruebas de estraordinaria enerjía, i no se atrevió a seguir mas allá.

Por un nuevo auto de 20 de diciembre, «suspendió el cumplimiento de las dichas sus declaraciones, hasta que, habiéndolas visto, i las demas cosas contenidas en la dicha tasa, el rei, nuestro señor, i su real consejo, o su excelencia del señor virrei del Perú, marques de Guadalcázar, proveyeran sobre ello i su ejecucion, i lo demas contenido en la dicha tasa,

(1) *Mayorazgos i Títulos de Castilla.* Tomo 1.º, pájina 196.

lo que conviniera al bien i conservacion deste dicho reino i naturales dél (1).»

Don Pedro Osores de Ulloa murió en Concepcion a 18 de setiembre de 1624, sin poner en planta la real tasa, que la majestad de Felipe IV mandó ejecutar por cédula de 17 de julio de 1622, con el pretesto, probablemente, de que aguardaba un pronunciamiento de la corona sobre el auto de 8 de diciembre.

Como los anteriores presidentes, Osores de Ulloa nombró en su gobierno diversos correjidores de partidos i administradores de pueblos de indíjenas.

Con fecha 30 de diciembre de 1621, nombró protector jeneral de los indíjenas de Santiago i de los *huarpes*, naturales de Cuyo, al sarjento mayor Andres Jimenez de Lorca (2); i en 28 de junio de 1624 elijió para los mismos cargos al capitan Francisco de Fuenzalida Guzman, jeneroso benefactor de la Compañía de Jesus (3).

Antes de estas fechas las protectorias mencionadas habian sido ejercidas, como se ha visto, por distintas personas (4).

---

(1) Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*. Tomo 1.°, pájinas 165-166.

(2) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*. Tomo 2.°, pájina 321.

(3) Cedió a esta órden una casa situada en el mismo sitio donde hoi funcionan los tribunales superiores de justicia, para el convictorio de San Francisco Javier.

(4) *Historiadores*, tomo 28, pájinas 11, 14, 23, 54, 61, 65, 68, 83, 91, 92, 110, 112, 128, 186, 195, 201, 215 i 216.

XIII

Felipe IV aprueba la tasa de Esquilache; pero, al mismo tiempo, decreta la esclavitud para los araucanos que pasan la raya i atacan a los españoles.—A pesar del mandato real, la tasa no se cumple.—Tres años despues el rei autoriza la guerra activa i restablece la esclavitud sin limitaciones contra los rebeldes.—El padre Luis de Valdivia no regresa a Chile.—¿Es o nó lícito herrar en la cara a los esclavos indíjenas?—Sesion de la junta de guerra del Consejo de Indias.—Real cédula sobre esta materia.

Como se ha leido, a mediados del mes de julio de 1622 el rei Felipe IV dió su aprobacion a la tasa del príncipe de Esquilache, no sin introducir, sin embargo, reformas de importancia: algunas favora-

bles i otras adversas a los indíjenas chilenos (1).

Por desgracia, estas últimas encerraban mayor trascendencia que las primeras, i revelaban que el cambio de gobierno significaba tambien un cambio de política con relacion a los araucanos rebeldes.

Entre las reformas favorables, es digna de mencionarse la disminucion de los tributos que debian pagar los naturales: los de Coquimbo, Santiago, Chillan i Concepcion, en vez de diez pesos i medio, fijados por el virrei, solo estarian obligados a dar anualmente ocho pesos i medio; los de la provincia de Cuyo, ocho pesos, en lugar de diez; i, por fin, los de Chiloé, siete pesos dos reales, cuando la ordenanza de Esquilache les imponia una contribucion de dos pesos mas.

En cambio, el rei restablecia la esclavitud para los indíjenas varones mayores de catorce años que con justo motivo fueran aprehendidos, ya sea por haber pasado la raya, ya sea por haber acometido a los españoles en la frontera misma, o mas allá de la linea fijada.

La anterior disposicion no rejia respecto de las mujeres i niños cautivados por las mismas causas; pero debian quedar éstos sometidos a la autoridad del gobernador i a la de la Real Audiencia.

En seguida, el rei prohibia que los naturales así apresados pudieran llevarse fuera del pais, o ven-

(1) Gay, *Historia de Chile*. Tomo 2.º de *Documentos*. Pájinas 317-346.

derse dentro de él, o ponerse en libertad, o rescatarse, sin permiso espreso i escrito del gobernador, quien tendria ademas autorizacion para permutarlos por españoles cautivos, con la obligacion de pagar a los dueños la recompensa correspondiente (1).

A pesar de las reservas que acaban de leerse, el hecho positivo fué que la majestad de Felipe IV restableció la esclavitud de los indíjenas rebeldes, con limitaciones en el testo de la lei, pero sin ninguna en la realidad, tanto mas cuanto que en España no podia ignorarse que los gobernadores de nuestro pais amenudo violaban la prohibicion de hacer guerra activa a los araucanos, i debia suponerse que éstos, en represalias, se veian obligados a atacar a los españoles.

Precisamente entónces se hallaba en la Península el padre Luis de Valdivia, quien podia dar testimonio personal de las infracciones cometidas en esta materia por Alonso de Ribera.

De la facultad jenerosamente concedida a los soldados españoles de Chile para imponer la esclavitud a los araucanos que les atacaran o traspasaran la raya, a la cesacion de la guerra defensiva, no habia sino un paso, que no tardó mucho tiempo en ser dado por el rei.

Malos vientos corrian, pues, para la propaganda evanjélica del padre Valdivia; i no es por ello de estrañar que este ilustre jesuita, contra su voluntad,

(1) Artículos 5 i 6 de la Ordenanza.

se arraigara en España, sin llegar a la realizacion de sus dorados ensueños.

Cabe ahora preguntar ¿quién le impidió regresar a Chile, como era su mas vehemente anhelo?

El jesuita chileno Alonso de Ovalle, el cual le visitó en Valladolid a principios de 1642, refiere que, «aunque se veia tan dolorido i impedido que no podia dar un paso, le abrazaba el celo de estas almas de los indios de Chile, de manera que habia hecho voto de volver acá; i, pidiéndole que le trajese consigo, le facilitaba las dificultades del camino de tal suerte que le parecia posible el emprenderlo.»

Luis de Valdivia sumaba en esta fecha mas de ochenta años de edad, i debia morir en el mes de noviembre.

El padre Ovalle agrega que «aquellas eran las últimas llamaradas que su encendido espíritu daba a los últimos términos de su vida (1).»

¿Qué motivo tan poderoso fué parte para que veinte años ántes, en 1622, no volviera a nuestro pais?

Un distinguido cronista de la órden hace presente que cuando el padre Valdivia fué recibido en la corte «el rei no le confirmó sus anteriores facultades, ni le invitó a que volviera a perfeccionar la grande obra que en Arauco habia dejado comenzada (2).»

(1) Ovalle, *Histórica Relacion del Reino de Chile.* Véase el tomo 13 de *Historiadores*, paj. 335.

(2) Enrich, *La Compañia de Jesus en Chile.* Tomo 1.°, páj. 350.

Ajeno está de toda duda que así pasaron las cosas; pero nadie afirma, ni podria hacerlo, que el rei prohibiera al misionero jesuita regresar a América, como lo habia prometido en Chile i en el Perú. I tanto es asi que, segun acaba de leerse, hasta sus postreros dias vivió ilusionado con el proyecto de este viaje.

No seria estraño, aunque nadie tampoco lo asegure, que los superiores de la Compañia le estorbaran desde el primer momento la vuelta a Arauco, ya que, como ántes se ha hecho notar, no aprobaban de buen grado su intervencion política en la defensa de los naturales de Chile (1).

Así se esplicaria, por otra parte, el nombramiento que le hicieron de prefecto de estudios mayores en el colejio de Valladolid, i, sei saños mas tarde, de director de la Congregacion de Sacerdotes en el colejio de San Ignacio. El precepto de estricta obediencia obligó a Luis de Valdivia a cumplir sin protestas de ninguna especie los nuevos cargos que le confiaron.

Entretanto la tasa del príncipe de Esquilache modificada por el rei no recibia en Chile cumplimiento.

A pesar de que en esta ordenanza se autorizaba de nuevo la esclavitud de los indíjenas rebeldes, i se facilitaba así el aumento de los sirvientes domés-

(1) Errázuriz, *Continuacion de los Seis años de la Historia de Chile.* Tomo 2.º, pájinas 324 328, 358-361.

ticos i de los trabajadores para el campo, los encomenderos negaron con porfia su obediencia a las reglas establecidas en ella.

Contaban, por lo demas, con la complicidad de los presidentes.

A fines del gobierno interino de don Francisco de Alava i Nurueña, el fiscal de la Real Audiencia, doctor Jacobe de Adaro i Samartin, daba al rei el siguiente informe, con fecha 20 de febrero de 1625.

«La tasa que últimamente se publicó por el doctor don Cristóbal de la Cerda, oidor mas antiguo, siendo gobernador, capitan jeneral de este reino, no se guarda en los pleitos i causas que se ofrecen, debiéndose de guardar como leyes que estan publicadas, i como V. M., por cartas, cédulas reales, lo tiene mandado, de que resultan los inconvenientes que se dejan entender, con gran daño de los naturales en particular, a quienes los españoles tratan como es razon, i los desnaturalizan de las partes i lugares donde nacieron i estan acimentados i rancheados, a cuya causa los pueblos estan sin un indio, i muchos andan al monte, procurando huir destas vejaciones (1).»

En resúmen, la tasa de Esquilache no se obedecia aun cuando habian trascurrido cuatro años desde su promulgacion por el oidor Cerda, i la tasa aprobada por el rei ni siquiera era conocida por los

(1) Archivo de Medina.

miembros de la Real Audiencia cerca de tres años despues que habia sido dictada por Felipe IV.

La esplicacion de este último fenómeno se halla en otro informe del mismo fiscal Adaro, dirijido tambien al rei, en 12 de febrero de 1626.

Dice así: «La real tasa que últimamente se envió a este reino, su fecha en Madrid a 17 de julio de 1622 años, la retuvo, con otras cédulas que con ella venian, las cuales no han parecido, aunque se han hecho por mí dilijencias, don Pedro Osores de Ulloa, presidente que fué deste reino; i fué milagro llegase a mis manos, i, luego que llegó, pedí su cumplimiento a esta Real Audiencia en 25 de febrero de 1625, i se publicó a los 28 del mismo mes i año en esta ciudad, como en cabeza de reino, i a todos los correjimientos se han despachado sendos tantos con reales provisiones, para que se publiquen i guarden, como constará a V. M. del testimonio que va con ésta (1).»

A pesar de esta solemne promulgacion, la nueva tasa no por eso fué mandada llevar a efecto por el sucesor de Alava i Nurueña, o sea, don Luis Fernandez de Córdoba i Arce, elejido presidente de Chile por su tio el virrei del Perú, marques de Guadalcázar.

En carta escrita al rei desde la ciudad de Concepcion, con fecha 1.° de febrero de 1627, se espresa de este modo.

(1) Archivo de Medina.

«Habiendo hallado cuando llegué a este reino por entablar la forma de la tasa, i para que se guardase entre los indios i españoles i sus encomenderos, conocí recibirla mal, así por parte de los unos como de los otros, i que es imposible que, con tantas condiciones como tiene, puedan cumplir dichos indios, i que, habiéndose dispuesto para su mayor alivio i conservacion, no se sigue la utilidad que en esto se pretendió; a cuya causa, hallándome en la ciudad de Santiago por principio de este año, tomé diferentes pareceres, i hice juntas con el obispo de aquella ciudad, algunos prebendados de su iglesia, i todos los prelados de las relijiones, i otras personas doctas i antiguas en este reino que, con noticia de la materia, estando enterados de su entidad, pudieron tratar de ella. Respondieron que debia suspender la ejecucion de dicha tasa hasta dar cuenta a V. M., para que, mejor enterado de lo que mas importa a la conservacion de este reino, se sirva de mandar lo que en esto se hará, en vista de los papeles que en razon de ello se han hecho, i que remito en esta ocasion a V. M. (1).»

De conformidad con este dictámen, la tasa quedó suspendida.

Entretanto, el virrei del Perú nombró visitador jeneral en Chile al oidor don Cristóbal de la Cerda, el mismo que habia sido presidente en 1621.

---

(1) Gay, *Historia de Chile*. Tomo 2.º de *Documentos*, pájinas 351 i 352.

Suscitóse entónces la cuestion de si el oidor nombrado debia aplicar la tasa, que por cédula real se hallaba en vigor.

La Real Audiencia dictó, como era de suponerlo, un auto afirmativo.

En estas circunstancias, se celebró en Santiago un cabildo abierto, en el cual el procurador jeneral de la ciudad, don Diego Jaraquemada, sostuvo que debia permitirse al oidor Cerda la aplicacion de la tasa, sin perjuicio de informar al rei sobre los obstáculos insuperables que sin duda alguna encontraria en la práctica el visitador nombrado, para poner en planta la ordenanza.

Esta opinion fué unánimemente aceptada por los vecinos i por los capitulares, en 19 de agosto de 1628 (1).

Tanto Alava i Nurueña como Fernandez de Córdoba firmaron en sus respectivos períodos los nombramientos acostumbrados de administradores de pueblos, correjidores de partidos i protectores de indíjenas.

Hé aquí las principales de estas designaciones.

En el gobierno de Alava i Nurueña.

14 de noviembre de 1624.—Capitan don Francisco Lariz i Deza, correjidor de Melipilla; i, un mes mas tarde, administrador del obraje.

19 de diciembre.—Sarjento mayor Gonzalo Becerra, protector de los naturales de Cuyo.

---

(1) *Historiadores*, tomo 30, páj. 39.

13 de noviembre.—Capitan Juan Ortiz de Urbina, correjidor de Quillota. Dos dias despues, el mismo fué tambien nombrado alcalde mayor de minas.

En el gobierno de Fernandez de Córdoba.

30 de julio de 1625.—Capitan Juan Perez de Cáceres, protector jeneral de los indíjenas de Santiago.

14 de febrero de 1626.—Alférez Juan Flores Lisperguer (1), correjidor de Melipilla i administrador del obraje.

29 de diciembre de 1625.—Sarjento mayor Pedro Vasquez, correjidor de Valparaiso. Segun los términos del decreto, el sarjento mencionado debia administrar justicia en el puerto de Valparaiso i su distrito, con el carácter de *juez comisario*, «por ausencia del correjidor de Quillota.»

Con fecha 4 de marzo de 1611, el presidente Jaraquemada habia elevado el puerto de Valparaiso a la categoria de ciudad, con el nombre de *Paraiso de Montes Claros*, dándole por límites jurisdiccionales los del correjimiento de Quillota, i nombrando correjidor de la nueva ciudad al capitan Pedro de Recalde; pero los capitulares de Santiago, en 26 dias del mismo mes, se habian negado a recibir a

(1) Hijo ilejítimo de don Juan Rodulfo Lisperguer, el héroe de Boroa. Véase poder para testar de doña Sabina de Miranda i Rueda, ante Velez, en 30 de julio de 1652. Debo esta noticia a mi amigo Luis Thayer Ojeda.

este funcionario conforme a su título, por cuanto el puerto de Valparaiso habia dependido siempre directamente del Cabildo de la capital.

A pesar de que el capitan Recalde interpuso apelacion ante la Real Audiencia, en el hecho se sometió al acuerdo anterior, por el cual el Cabildo solo le aceptaba como correjidor de Quillota; i en tal carácter empezó a desempeñar sus funciones.

En realidad, el conflicto no era grave, pues, la corporacion habia consentido de una manera espresa en que el correjidor nombrado tuviera autoridad sobre *el puerto de Valparaiso.*

El Cabildo, por lo tanto, habia acatado en lo principal el decreto de Jaraquemada, sin perjuicio de que que la ciudad apelara ante el rei i ante la Real Audiencia.

A principios del año 1612, sin embargo, cuando ya se tuvo conocimiento de que la majestad de Felipe III habia nombrado presidente propietario de Chile a Alonso de Ribera, i de que éste iba a llegar en breve, el Cabildo revocó su acuerdo de 26 de marzo de 1611 en cuanto reconocia a Recalde juridiccion sobre el puerto de Valparaiso, con el objeto, se lee en el acta, de que en adelante «ningun correjidor adquiriera la dicha jurisdiccion.»

Para esplicar este cambio de criterio, el Cabildo daba una triste escusa, cuya falsedad saltaba a la vista; pues afirmaba en su libro de actas que las palabras relativas al puerto de Valparaiso habian

sido agregadas «por defecto e inadvertencia de pluma.»

La verdad era distinta. En 1611 el Cabildo de Santiago no se atrevió a desobedecer a un presidente que acababa de ser elejido por el virrei del Perú; i a principios de 1612 tenia la cobardia de hacerlo, porque ese presidente habia caido en desgracia i estaba ya reemplazado.

La corporacion sufrió con este motivo un penoso desengaño. Alonso de Ribera, el nuevo gobernador, se apresuró a nombrar, con fecha 21 de abril, al capitan Diego de Huerta Villagutierrez «correjidor de Quillota i sus anexos, *puerto de Valparaiso*, Concon i la Ligua.»

El Cabildo no presentó entónces dificultades para recibir a este capitan «conforme a su título (1).»

Con el trascurso de los años, Valparaiso continuó adquiriendo lentamente mayor importancia i personalidad; i así se esplica que en 1625 el presidente Fernandez de Córdoba juzgara indispensable el nombramiento de un *juez comisario*, que representara en el *puerto* al correjidor de Quillota.

El título de *ciudad*, que, segun se ha leido, dió a esta poblacion en 1611 el presidente Jaraquemada, no fué confirmado, sin embargo, hasta 1802, fecha en la cual una real cédula de 9 de marzo denominó a Valparaiso «mui noble i leal *ciudad* de nuestra señora de las Mercedes de *Puerto Claro*.»

(1) *Historiadores*, tomo 24, pájinas 243, 302 i 311.

Otros nombramientos de Fernandez de Córdoba dignos de mencion fueron los que siguen:

15 de enero de 1626.—Sarjento Asensio de Subiauri, teniente de correjidor i mayordomo del obraje de Melipilla. La razon de este decreto fué sin duda la mala salud del propietario, el alférez Juan Flores Lisperguer, quien murió en octubre de 1627.

14 de setiembre de 1626.—Capitan Juan Perez de Cáceres, protector jeneral de los indíjenas de Santiago. No alcanzó a ejercer el cargo sino hasta mediados del año siguiente.

1.° de julio de 1627.—Capitan Alonso Chimeno de Zúñiga, protector jeneral de los naturales de Santiago, i de los huarpes de la provincia de Cuyo, ya sea que estos últimos vinieran de *mita* a la capital, ya sea que permanecieran en su territorio.

6 de octubre de 1627.—Capitan don Juan de Mendoza, correjidor i administrador del obraje de Melipilla.

14 de agosto de 1628.—Licenciado Juan de Escobar i Carrillo, correjidor de Melipilla, i al dia siguiente administrador del obraje (1).

Fernandez de Córdoba no se limitó a hacer estos nombramientos sino que ademas tomó medidas para

(1) Los nombramientos apuntados en el testo, de los presidentes Alava i Norueña i Fernandez de Córdoba, pueden leerse en el tomo 28 de *Historiadores*, pájs. 230, 240, 243, 257, 302, 356, 358, 391, 444, 451 i 476; i en el tomo 30 de la misma obra, pájina 42.

que los nombrados desempeñaran bien sus funciones.

Así, como llegara a su noticia que algunos administradores de pueblos de indíjenas desatendian las obligaciones de su cargo, o bien las confiaban a otras personas, a quienes vendian o arrendaban el empleo por cantidad determinada de dinero, dictó con fecha 20 de mayo de 1628 un decreto por el cual ordenó a los correjidores i capitanes a guerra que vijilasen cuidadosamente la conducta de los administradores i dieran cuenta al gobierno de los abusos cometidos por ellos, i prohibió bajo severas penas la venta o arriendo de los mencionados cargos (1).

Durante este gobierno tuvo fin el tan discutido sistema de la guerra defensiva, que habia hecho triunfar en la corte el padre Luis de Valdivia.

«Viendo por la esperiencia de mas de diez años, escribe el comentador Solórzano, frustrados sus pensamientos, i que se habian hecho mas insolentos estos indios con la impunidad, haciéndonos muchos daños, i matando algunos relijiosos compañeros del dicho padre, se volvió a mandar por cédula de 13 de abril de 1625, despachada por el rei don Felipe IV nuestro señor, que Dios guarde, precediendo para ello muchas i graves juntas i consultas, que se les hiciese de nuevo cruda guerra por todas vias, i se tomasen por esclavos los que en ellas se prendiesen

(1) *Historiadores*, tomo 30, pájina 19.

i cautivasen, cediendo estos presos i piezas en utilidad de los soldados que las ganasen, i que ellos las pudiesen herrar, i vender a su voluntad, en aquel reino i fuera de él (1).»

Esta real cédula fué conocida del presidente de Chile en 24 de enero de 1626, i por decreto del dia siguiente ordenó publicarla en la capital del reino (2).

No cabe lugar a duda de que una resolucion tan grave fue tomada en la corte, segun lo afirma Solórzano, despues de detenido estudio i de numerosos dictámenes favorables; pero, a juicio de los historiadores, influyó principalmente en el ánimo del rei la opinion del oidor de Lima don Luis Merlo de la Fuente, quien, como se recuerda, habia gobernado interinamente en nuestro pais por algunos meses (3).

El Cabildo de Santiago, con fecha 16 de enero de 1613, le habia otorgado poder jeneral para que lo representara ante el virrei del Perú, i manifestara al marques de Montes Claros los graves perjuicios que sufria esta colonia con el mantenimiento de la guerra defensiva (4).

El doctor Merlo se constituyó desde entónces en ardoroso adversario de los planes de conquista pacífica, i dirijió a España importantes comunicaciones

(1) *Solórzano, Política Indiana*, tomo 1.°, pájina 63.

(2) *Historiadores*, tomo 28, pájinas, 342 i 343.

(3) Barros Arana, *Historia Jeneral*, tomo 4.°, pájina 205, nota 9.

(4) *Historiadores*, tomo 24, pájinas 376 i 377.

sobre esta materia, en las cuales hizo valer por cierto su esperiencia personal.

Los encomenderos de Chile contaron tambien con el apoyo de un hijo de este majistrado, el presbítero don Alonso, quien con motivo de su viaje a España recibió poder jeneral del Cabildo de Santiago, en 21 de abril de 1623 (1), para que continuara personalmente en la Península la propaganda emprendida por su padre desde Lima.

Sea lo que fuere, la cesacion de la guerra defensiva causó entre los españoles de nuestro pais entusiasmo indescriptible, e hizo concebir a todos, gobernantes i gobernados, halagüeñas esperanzas de que la guerra araucana terminaria mui pronto.

Por otra parte, el restablecimiento de la esclavitud con que volvia a castigarse a los indíjenas rebeldes era, puede decirse, una medida de buen gobierno.

Las epidemias, las deserciones i hasta las crueldades de los encomenderos habian disminuido en forma alarmente el número de los naturales encomendados; de tal modo que empezaba a sentirse la falta no solo de servidores particulares, en las casas i en los campos, sino tambien de jornaleros para las obras públicas.

En el libro de actas del Cabildo de Santiago se encuentra la comprobacion fehaciente de esta necesidad.

---

(1) *Historiadores*, tomo 28, pájinas 138 i 140.

Para construir los malecones, de madera i piedra, indispensables como defensa contra las inundaciones del Mapocho, la corporacion hubo de solicitar permiso del gobernador con el fin de traer indíjenas de la provincia de Cuyo; pues en la ciudad no habia trabajadores en cantidad suficiente.

El presidente don Cristóbal de la Cerda dió autorizacion al Cabildo, en el mes de diciembre de 1620, para que mandara buscar allende la Cordillera ciento cincuenta indíjenas con tal objeto.

El jornal fijado en esta ocasion fué de cuatro reales por cada dia de trabajo (1).

Mas tarde, el presidente Osores de Ulloa, a principios del año 1624, concedió permiso para que se trajeran cien huarpes destinados a las obras públicas de la misma ciudad de Santiago; e igual práctica observó durante su gobierno don Luis Fernandez de Córdoba i Arce (2).

Se comprende, pues, a la vista de tales antecedentes, que el sistema de la guerra defensiva aplicado por largo tiempo habria levantado en las márjenes del Biobio una verdadera muralla china, en estremo perjudicial para los intereses públicos i particulares de la colonia.

El sistema indicado pecaba ademas por su base. Era gravísimo error el imajinar que la predicacion evanjélica mejoraria de una manera apreciable i en

(1) *Historiadores*, tomo 25, pájinas 379, 424 i 528; i tomo 28, pájina 83.
(2) *Historiadores*, tomo 28, pájinas 174, 369 i 401.

breve plazo las ideas, los sentimientos, las costumbres, la cultura, en una palabra, del pueblo araucano.

Si el padre Luis de Valdivia, i, en jeneral, los misioneros jesuitas sostenian con ardor que los tercios españoles no debian hacer guerra a los indíjenas, sino solamente concentrar sus fuerzas en la frontera, con el esclusivo objeto de impedir que los rebeldes amenazaran i atacaran las ciudades i las haciendas del centro del pais, era sin duda porque tenian la íntima conviccion de que su propaganda relijiosa habia de ser completamente eficaz.

Talvez los padres de la Compañia de Jesus llegaron a ilusionarse con la esperanza de organizar en Arauco misiones parecidas a las del Paraguai.

Los hechos se encargaron, sin embargo, de demostrar que los indíjenas de nuestro pais residentes al sur del Biobio, no solo presentaban una resistencia invencible a los progresos de la vida civilizada, sino que tambien mantenian bajo la imperturbabilidad de sus facciones el ardor guerrero que siempre ajitó su alma.

La ciencia moderna ha esplicado satisfactoriamente este fenómeno, que se observa, con caractéres mas o ménos iguales, en todas las latitudes.

«La constitucion mental i corporal propia a una vida salvaje, escribe uno de los mas célebres filósofos ingleses de nuestro tiempo (1), no puede refor-

(1) Herbert Spencer, *Les institutions professionelles et industrielles*. Paris, 1878. Pájina 191.

marse de manera que convenga a una existencia fija sino mui lentamente. Los deseos que encuentran su satisfaccion en la caza, en las aventuras i en el viaje, i que no han muerto aun en nosotros mismos, son tan poderosos en el salvaje que hacen intolerable para él la tranquilidad; i el cambio que, no solo le estorba la actividad propia a sus facultades i a sus sentimientos, sino que le obliga a un trabajo monótono, le repugna tanto negativa como positivamente. La transicion repentina de la existencia no civilizada a la civilizada es, en efecto, fatal; como se vió en el Paraguai, donde los indíjenas fueron ejercitados por los jesuitas en las labores ordinarias de la industria: llegaron a ser infecundos, i la poblacion de la colonia disminuyó.»

A pesar de la evidencia de estas verdades, numerosos e ilustres escritores han sostenido que, si la guerra defensiva no produjo en Arauco las benéficas consecuencias que sus autores esperaban, ello se debió a que el sistema nunca fué aplicado de buena fe ni de una manera continuada por los gobernantes i militares españoles.

Es cierto que ni Alonso de Ribera ni don Pedro Osores de Ulloa respetaron las reales instrucciones relativas al mantenimiento de la raya fronteriza, i que uno i otro hicieron campañas activas mas allá del Biobio; pero tampoco admite lugar a duda que, aun cuando estos presidentes hubieran obedecido punto por punto las órdenes indicadas, el resultado habria sido el mismo.

Comprobacion, i ámplia, de este aserto ofrece la historia de la mision jesuítica del lago de Nahuelhuapi.

Fundada en 1670 por el padre Nicolas Mascardi, duró apénas tres años; pues el padre fué asesinado por indíjenas que vivian mas al sur, en el mes de diciembre de 1673, i la mision quedó desierta (1).

Acordóse, sin embargo, restablecerla en el año 1703, i en esta segunda ocasion recibió jenerosos ausilios del gobierno.

Dos distinguidos jesuitas se hallaban entónces encargados de dirijirla: los padres Juan José Guillermo, como superior, i Felipe de la Laguna.

El padre Guillermo empezó por solicitar, i obtuvo, del presidente Ibañez de Peralta doce indíjenas de las encomiendas de Calbuco, a fin de que le ayudaran en sus primeras tareas de organizacion.

La majestad de Felipe V confirmó en distintas reales cédulas el establecimiento de esta mision, i ordenó ademas que para los gastos que ella exijiera se destinara la correspondiente suma de dinero del situado que mandaba a Chile desde el virreinato del Perú.

Por desgracia, ni el decidido apoyo de las autoridades, ni la evanjélica conducta de los padres de la Compañia de Jesus consiguieron modificar la naturaleza salvaje de los indíjenas.

---

(1) Enrich, *Historia de la Compañia de Jesus en Chile*. Tomo 1.°, pájina 744.

«Despues de largos años de heroicos esfuerzos de los misioneros, tuvo aquella casa de conversion un deplorable fin. Los indios asaltaron la mision, mataron en ella al abnegado padre Elguea i entregaron los edificios a las llamas. Los otros relijiosos, en retirada hácia lo mas poblado del territorio chileno por las cimas nevadas de los Andes, perecieron como verdaderos mártires, segun se halla recordado en una coleccion de biografías de varones ilustres de la Compañía, titulada «Las siete estrellas de la mano de Jesus», en que se encuentran las de los reverendos padres Juan José Guillermo i Felipe de la Laguna (1)».

Este ejemplo, elejido entre otros, de la mision de Nahuelhuapi, manifiesta elocuentemente que el sistema de la guerra defensiva podria producir cuantos efectos se quisiera para latranquilidad de la rejion central del pais, pero en manera alguna estaba llamado a operar una trasformacion apreciable en la civilizacion indíjena al sur del Biobio.

Los misioneros de Nahuelhuapi tuvieron a su disposicion todos los elementos necesarios para llenar su objeto: independencia, aislamiento i tiempo.

En vano agotaron los recursos de la persuacion i de la enseñanza durante una serie continuada de años; pues, aunque no fueron perturbados ni por la

(1) Morla Vicuña, *Estudio Histórico sobre el descubrimiento i conquista de la Patagonia i de la Tierra del Fuego.* Apéndice, pájinas 218 i 219.

codicia de los encomenderos ni por la violencia de los militares, fracasaron por completo en su labor.

Hai, pues, derecho para sostener que el sistema de la guerra defensiva, amparado por los consejeros de varios virreyes del Perú, i aplicado en Chile por algunos presidentes, no alcanzó el triunfo, porque su base era falsa, como los hechos repetidamente así lo demostraron.

Esto no quiere decir que deba condenarse en absoluto el plan ideado por el oidor del Perú don Juan de Villela i patrocinado con ahinco por el jesuita Luis de Valdivia.

Nó. Ese plan merece ser juzgado con respeto por la posteridad.

El sistema de la guerra defensiva presentaba dos faces igualmente interesantes.

Una de ellas era su aspecto moral i humanitario; i la segunda, su aspecto político, i, por decirlo así, práctico.

Sentimientos nobles i jenerosos fueron a no dudarlo los que movieron a los defensores del sistema para querer plantearlo a toda costa en las rejiones guerreras de Chile.

En el pecho de esos hombres predominaba sobre todo otro impulso la simpatia por el pueblo araucano: vencido, pero siempre indómito; perseguido en sus propias tierras i tratado con crueldad por el vencedor.

Todo esfuerzo encaminado a suavizar los rigores de la conquista i de la pacificacion no podia ménos

de servir a los intereses jenerales i permanentes de la colonia.

En este sentido, los hombres que concibieron las guerra defensiva i aquellos que la llevaron a efecto, no solo dieron a conocer su abnegado espíritu de equidad sino que tambien contribuyeron a calmar pasiones malsanas, i, por lo tanto, a llenar el profundo foso que separaba a la raza indíjena de la raza española.

El sistema propuesto por el oidor Villela i aceptado por el rei de España debe tambien ser considerado desde el punto de vista político.

La guerra de Arauco consistia en una serie de emboscadas, combates parciales i matanzas, que todos los años volvian a repetirse en las estaciones de primavera i verano con fatigante igualdad.

A esta guerra no habria sido posible dar fin con una gran batalla, ni con un arreglo diplomático.

Ella era la lucha interminable de la civilizacion con la barbarie.

Se comprende, pues, que los estadistas de entónces se preocuparan de disminuir por todos los medios los malos efectos de este estado endémico; i que se esforzaran por correjirlo confiando a otras autoridades que las militares una parte principal en la colonizacion de Arauco.

«En cuanto a la accion militar, escribe un notable publicista frances (1), es necesario reducirla,

(1) J.—L. de Lanessan, *Principes de Colonisation*. Paris, 1897. Pájina 151.

aun en los paises mas bárbaros i en el momento de las rebeliones, en toda la medida de lo posible: es necesario principalmente no confiar nunca a la autoridad militar la direccion de los asuntos de colonia alguna. Por su educacion, por sus intereses personales, por las excitaciones de que está rodeado, el ejército irresistiblemente se siente movido al empleo abusivo de la fuerza. El ejército tiende ménos a prevenir los desórdenes que a reprimirlos, i las pérdidas que sufre no hacen sino estimularlo en la via de las espediciones sangrientas; porque de la muerte de los unos resulta el ascenso de los otros.»

Por desgracia, como ha podido notarse en los capítulos anteriores, estos sabios principios no se aplicaron en la guerra de Arauco en forma realizable, i por querer lo mejor nada se obtuvo.

El rei de España prohibió de repente la esclavitud de los indíjenas rebeldes, sin prevencion ni limitacion alguna, i trazó una raya infranqueable entre el ejército español i el campo enemigo.

El carácter absoluto de estas resoluciones no podia ménos de llevar a un fracaso.

La real cédula que ponia término a la guerra defensiva brilló como un arco iris en el cielo de nuestro pais.

El gobernador Fernandez de Córdoba no supo, sin embargo, aprovechar esta situacion favorable, e incurrió en los mismos desaciertos i en las mismas crueldades innecesarias de la mayor parte sus antecesores.

«El año pasado, escribia al rei a principios de 1628, entré a la (provincia) de la Imperial i otras sus circunvecinas, donde españoles no habian puesto los piés desde el alzamiento ahora veintiocho años, con tan buenos efectos que le quemé muchas casas i mas de 14 o 15 mil hanegas de comida de todas semillas, i cuatro o cinco mil cabezas de ganado, que se le mataron i desbarrancaron, i algunos caballos. I demas de que se degollaron muchos enemigos, se cautivaron mas de ducientas i cincuenta personas. I, sin perder un hombre, me retiré, por haber apuntado ya el invierno. Despues de haber descansado algo la jente, se han hecho algunas entradas por este tercio de San Felipe (Yumbel), i asimesmo por el del estado de Arauco otras, con mui buenos sucesos; i, aunque se ha peleado en estas últimas, por la grande obstinacion que este enemigo tiene, no me han muerto sino treinta españoles i algunos cien amigos naturales, i le cuesta al enemigo cautivos i muertos mas de dos mil i quinientas personas, sin los ganados i casas quemadas en estas ocasiones, que todo ha sido mucho (1).»

La mas elemental prudencia habria aconsejado que, a pesar del cambio en las instrucciones del rei sobre los procedimientos bélicos, se hubiera seguido con los indíjenas una táctica discreta, i hasta cierto punto amistosa.

Fernandez de Córdoba optó por la violencia, i

(1) Barros Arana, *Historia*. Tomo 4.°, pájinas 207 i 208.

desde sus primeras campañas hostilizó a los araucanos, como se ha leido, por todos los caminos imajinables.

Del sistema de la guerra defensiva pasaron los españoles al de la guerra a sangre i fuego.

Una impetuosa reaccion envolvió a jefes i subalternos, i les hizo olvidar las lecciones de la esperiencia.

Esta lucha a muerte dió por resultado inmediato la derrota de las Cangrejeras, en la cual setenta españoles, o descendientes de españoles, quedaron tendidos en el campo.

Entretanto, miéntras llegaba esta hora fatal, los soldados del rei no tuvieron sino motivos de satisfaccion.

La esclavitud de los indíjenas rebeldes constituia para ellos un pingüe negocio.

Por el delito de defender con heroismo sus tierras, los infelices araucanos eran vendidos dentro o fuera del pais.

Muchos se vieron llevados al Perú, donde les compraban por un precio mas alto que en Chile.

A tal estremo llegó este trasporte de esclavos al virreinato que la majestad de Felipe IV se vió obligada a prohibirlo, por real cédula de 16 de marzo de 1628 (1).

Los encomenderos i vecinos de las ciudades de Chile se alarmaron con esta emigracion forzada de

(1) *Historiadores*, tomo 30, páj. 103.

indíjenas, que ellos juzgaban les pertenecian de derecho, i se apresuraron a denunciar el abuso ante la corte española.

Así consiguieron que la mayor parte de los rebeldes cautivados en la guerra prestaran sus servicios en el pais.

Para distinguir a los naturales esclavos de los que no lo eran, volvió a adoptarse entónces la práctica establecida durante el gobierno de Merlo de la Fuente de herrarlos en el rostro.

Este inhumano procedimiento dió lugar a innumerables injusticias

Los soldados marcaban amenudo a indíjenas que no habian sido apresados en la guerra, i aun a niños que no tenian la edad señalada por el rei.

Fernandez de Córdoba quiso poner remedio a estos atentados, i publicó un bando por el cual ordenaba que en adelante no podria herrarse a ningun indíjena cojido en la guerra que no fuera presentado en el término de tres meses e inscrito en el rejistro que con este fin se abrió en la secretaria de gobierno.

Prohibió ademas, bajo pena de quinientos pesos de multa, i pérdida de los esclavos, el que éstos fueran conducidos al Perú; i estableció severos castigos para los bárbaros que herrasen a indíjenas que no tuvieran las condiciones requeridas (1).

En descargo de los españoles de Chile, es justo

(1) Rosales, *Historia Jeneral*. Tomo 3.º, pájina 37.

hacer presente que en las naciones mas adelantadas de Europa se acostumbraba marcar como un castigo aun a delincuentes vulgares.

Un autor moderno mui respetable refiere que en Inglaterra se trataba a los vagabundos con tanta crueldad que «en la época de Eduardo VI, se llegó hasta el estremo de marcarlos, por medio de hierros candentes, con una *V* o con una *S*, para indicar que eran vagabundos o esclavos (slaves) (1).»

En nuestro pais continuó esta práctica durante todo el gobierno de Fernandez de Córdoba; pero en el siguiente de don Francisco Laso de la Vega voces mui autorizadas, como la del jesuita Juan de Alvis, rector que fué del Colejio Máximo de San Miguel (2), protestaron de tan bárbara costumbre i se hicieron respetar en el virreinato.

El conde de Chinchon examinó con cuidado todos los antecedentes reunidos sobre la materia, i, con su dictámen, creyó oportuno remitirlos al Consejo de Indias para mejor resolucion.

Diversas razones aducian los enemigos de que se marcara a los indíjenas en el rostro.

En primer lugar, atacaban esta práctica como contraria al derecho natural; por cuanto, «habiendo hecho Dios al hombre a su imájen i semejanza», no era lícito afear la cara, donde residia la principal semejanza con Dios.

(1) Spencer, Las instituciones profesionales e industriales. Traduccion francesa de Varigny, Paris, 1898. Pájina 389.

(2) Torres Saldamando, *Los antiguos jesuitas del Perú*. Pájina 262.

En seguida, citaban en su apoyo la real cédula de 1532, la cual prohibia herrar en el rostro a los indíjenas americanos.

I, por fin, hacian presente que la marca de los cautivos en la guerra provocaba a los indíjenas rebeldes para tomar repesalias, i herrar del mismo modo a los españoles prisioneros (1).

El asunto fué discutido estensamente en la junta de guerra del Consejo de Indias, con fecha 24 de abril de 1635.

Hé aquí el acta de la sesion, tal como fué remitida a la secretaria real.

«Señor: Habiéndose tenido por medio a propósito para atemorizar a los indios de guerra de las provincias de Chile que todos los que se tomasen i cautivasen en ella, que fuesen mayores de diez años i medio los varones, i las mujeres de nueve i medio, se diesen por esclavos, juzgando que por este camino se vendrian a reducir i hacer mas domésticos, i darian la obediencia a la santa madre iglesia católica, se ordenó i dispuso así despues de largas conferencias i pareceres que sobre ello hubo de personas doctas, seculares i esclesiásticas; i, por carta i provision del rei, nuestro señor, questá en gloria, de veinte i seis de mayo del año pasado de mil seiscientos ocho, se mandó llevar a debida ejecucion, en cuyo progreso se ha ofrecido duda sobre si estos indios que así se cautivan en la guerra, i que-

(1) Rosales, *Historia Jeneral*. Tomo 3.°, pájinas 40—42.

dan por esclavos, se han de herrar en el rostro, como lo han introducido a hacer los dueños dellos, fundándose en la jeneral costumbre que en esto se tiene recibida en todas las provincias de Europa, porque algunos relijiosos de la Compañia de Jesus sienten no se debe hacer, porque, demas de la prohibicion jeneral que hai por cédula real de trece de enero de mil quinientos treinta i dos, de que no se yerren los indios en el rostro, era dar ocasion para que por venganza i similitud hicieran lo mismo los indios con los españoles que cojiesen en aquella guerra, como ya lo habian comenzado a hacer, herrándolos en la cara con una herradura.

«Con esta duda se acudió al conde de Chinchon, virrei del Perú, el cual, para enterarse bien de la calidad de la materia, escribió al gobernador i Audiencia de las dichas provincias de Chile le avisasen el oríjen que habia tenido el herrar los indios en el rostro, habiendo la dicha cédula en contrario, i que, si sobre ello tenian algunos papeles o órdenes, se los remitiesen, con su parecer; i, por lo que el dicho virrei escribe a V. M., en carta de seis de abril de seiscientos treinta i tres, i relacion que sobre este punto remite, parece que la dicha Audiencia le respondió que, respecto de que por derecho comun está prohibido jeneralmente en todos los esclavos el yerro en el rostro, i por la sobredicha cédula en los indios, sin que para lo contrario haya mas causa que haberse introducido allí por la costumbre comun de hacerlo en otras partes, i que su

mayor sentimiento era el verse herrados en el rostro, con que desesperaban de la paz, i atendiendo juntamente a lo que por venganza hacian, de herrar los españoles, era de parecer que no se herrasen mas los indios. I lo mismo dice el fiscal de la dicha Audiencia, ponderándolo mucho.

«El gobernador de las dichas provincias lo siente diferentemente, diciendo que el herrar los indios esclavos es consecuencia de la esclavitud lejítima i costumbre recibida con ella desde sus principios, i que lo dispuesto en la sobredicha cédula de trece de enero de mil quinientos treinta i dos se entiende con indios mas domésticos, ménos rebeldes, i que se herraban siendo libres, porque cuando se despachó no habia guerra en Chile, i si hoi se publicase lo contrario, que es su mayor castigo, pensarian se volvia otra vez a la guerra defensiva, i atribuirian a temor lo que es misericordia, i los soldados del ejército desmayarian, siendo que no le salian ciertas las presas que cojiesen, por no tener seguridad dellos ni poderlos guardar sino es con el hierro en el rostro, siendo jente que con facilidad se huyen i vuelven a sus tierras.

«El dicho virrei concluye esta materia con decir que, despues de haberlo considerado todo con atencion, i comunicádolo con personas de ciencia o conciencia, se habia resuelto de no hacer novedad por ahora, en permitirlo ni prohibirlo, remitiéndolo para que V. M. ordene lo que se hubiere de hacer, juzgando que no tenia por mal temperamento, por las

razones que de una parte i otra se consideraban; que los dichos esclavos se herrasen en las manos, pues seria bastante señal para su seguridad, i que quedase privilejiado el rostro, por ser parte tan noble i estimada de los hombres, i que por eso es tanto mayor cualquiera afrenta o defecto en ella.

«En esta junta se trató i confirió sobre lo que a esto toca, con la atencion que el caso pide, i dijeron el marques de Castrofuerte, Bartolomé de Anaya, marques de Fuentes i conde de Humanes que, por ser esta materia de la calidad que es, i ser necesario que haya alguna seguridad que se cautivaren i dieren por esclavos, para que sean conocidos en caso que se huyan, conviene que sean herrados, i que así se podrá ordenar que esto se haga en la mano i no en el rostro, por evitar el sentimiento que dello tienen, i obligarles a que no hierren los españoles en la cara, en la forma referida.

«Don Felipe de Silva, Hernando de Villaseñor, don Diego de Cárdenes, don Lorenzo Ramirez de Prado sienten que en ninguna manera conviene que los indios se yerren, sino que esto corra como ántes que se introdujese el herrarlos, guardándose en cuanto a ello lo dispuesto por la dicha cédula del año de quinientos treinta i dos que habla en favor de los indios, pues ésta no está derogada en todo ni en parte por la dicha provision del año de seiscientos ocho, ni por otra alguna, ántes hai en favor de los indios tantas cédulas e instrucciones dadas que seria contravenir a ellas si se les dejase

de amparar i favorecer en lo que mirase a su aumento i conservacion, si bien, porque haya algun jénero en los que se huyeren, i seguridad para lo de adelante, parece a don Felipe de Silva i don Lorenzo Ramirez que a estos tales se les hierre en la mano en volviéndolos a cojer, con que queda bastantemente prevenido lo que a esto toca.

«Yo el conde de Castrello juzgo esta materia por de tal calidad que conviene caminar en ella con mucho tiento i atencion, tanto por lo que se debe huir de no errar su determinacion como por la consecuencia que viene a resultar dello contra los españoles que los indios cautivaren, en que es cierto procederán recíprocamente, i así, a lo que se resuelve mi dictámen es a que se guarde en ello el estilo que hasta aquí se ha acostumbrado, i que se remita al virrei, para que, como quien tiene la materia presente i los proos i contras della, tome en el caso algun temperamento, i lo asiente i disponga como mas convenga.

«V. M. se servirá de mandarlo ver, i en todo lo que mas fuere su real voluntad. En Madrid, a veinticuatro de abril de mil seiscientos treinta i cinco.—(Hai cinco rúbricas).»

A continuacion de esta acta el rei estampó su determinacion i la rubricó con su real mano.

«En esta duda de votos, me parece bien remitirlo al virrei, como dice el conde de Castrello, con todas

las razones que dice el uno i el otro voto. (Hai una rúbrica) (1).»

Pocos dias mas tarde la majestad de Felipe IV firmó una real cédula dirijida al conde de Chinchon, en la cual le autorizó para que, o bien aprobara la práctica existente, o bien ordenara que en adelante solo podria marcarse a los indíjenas en las manos, o bien, por fin, dispusiera que este último procedimiento no seria aplicable sino en el caso de los esclavos fujitivos que volvieran a ser apresados.

Estas instrucciones fueron tambien comunicadas al presidente de Chile, a quien se recomendó ejecutara estrictamente las órdenes del virrei (2).

El resultado de este largo e interesante debate, que empezó en la capitania jeneral de Chile i se ventiló ámpliamente en las salas del virrei del Perú i del real Consejo de Indias, fué la abolicion completa de la brutal costumbre de marcar a los indíjenas, como si hubiera sido reses, con hierro candente (3).

(1) Archivo de Medina.

(2) José Hipólito Salas, *Memoria sobre el servicio personal de los indíjenas*. Pájinas 110 i 111.

(3) Rosales, *Historia Jeneral*. Tomo 3.°, pájina 41.